

THOMPSON.

La formación de la clase obrera
en Inglaterra

Vol. II

13. EL WESTMINSTER RADICAL

El radicalismo popular no desapareció cuando fueron disueltas las sociedades de correspondencia, se suspendió el hábeas corpus y se proscribió toda manifestación «jacobina». Simplemente perdió coherencia. Durante años se convirtió en algo inarticulado debido a la censura y la intimidación. Perdió su prensa, su expresión organizada y su mismo sentido de la orientación. Pero a lo largo de las guerras está ahí, como una presencia palpable. Apenas es posible hacer un relato histórico coherente de una presencia incoherente, pero debemos hacer un intento.

En 1797, mientras la represión de Pitt se extendía por todo el país, Grey y Fox promovieron por última vez una moción, en la Cámara de los Comunes, en favor del derecho a voto de los cabezas de familia. Después de esto, Fox y su patricio residuo de «*commonwealthsmen*»^{*} *whigs* abandonaron la Cámara en protesta contra la suspensión del hábeas corpus y en oposición a la guerra. Se retiraron a sus mansiones rurales, sus diversiones, su erudición, sus discusiones en Holland House y el Brooks' Club. Ricos e influyentes, no podían ser completamente excluidos de la vida política, puesto que tenían asegurada su presencia por la posesión de *rotten boroughs*^{**} que iban en contra de sus propios principios.¹ Después de 1800 dieron marcha atrás y volvieron a sentar

* Partidarios de la *Commonwealth* inglesa, es decir de la república de Cromwell. Se les podría denominar republicanos. (N. de la t.)

** Municipios con derecho a tener representantes en el Parlamento, que habían perdido población y por tanto su anterior importancia. Pero sus propietarios, haciendo uso del antiguo derecho, seguían nombrando representantes parlamentarios. La traducción literal es «burgos podridos», y su significado en castellano no se aleja mucho del inglés. (N. de la t.)

1. Una de las ironías más singulares de la época fue la elección de Horne Tooke, en 1800, como diputado del burgo más podrido de todos: Old Sarum. Tooke fue destituido por un motivo técnico: que había sido ministro de la Iglesia.

se en sus escaños de la Cámara. Aunque las convicciones democráticas de la mayoría del grupo eran en gran parte especulativas, algunos miembros individuales —sir Samuel Romilly, Samuel Whitbread, H. G. Bennet— se mantuvieron una y otra vez en la Cámara para defender las libertades políticas o los derechos sociales. Entre 1797 y 1802, parecía que Fox era el único refugio para la reforma. Aquí y allá se reunían grupos para brindar a la salud de Fox y Grey, para pedir el restablecimiento de las libertades políticas o para solicitar la paz. En Norwich, antiguos jacobinos se encontraban para cosas de este estilo y en 1799 iniciaron «una Reunión Mensual abierta de los Amigos de la Libertad».²

Pero la más mínima prueba de la existencia de grupos como éste atraía inmediatamente la atención de los magistrados y el ataque de los propagandistas antijacobinos; entre los cuales uno de los más mordaces era un nuevo periodista, William Cobbett, que había vuelto hacía poco tiempo de los Estados Unidos donde había actuado como polemista antijacobino, y que había sido recompensado por su patriotismo al recibir ayuda de Windham, ministro de la Guerra, para fundar el *Political Register* (1802). Pero si bien los reformadores declarados fueron dispersados o arrojados a la clandestinidad, el descontento general aumentó durante los años que van de 1799 a 1802. El bloqueo continental de Napoleón supuso para Gran Bretaña la paralización de industrias, el desempleo y el alza vertiginosa de los precios de los alimentos. Los fabricantes pedían la paz y recibían el apoyo de una oleada de resentimiento contra las *Assessed Taxes*.^{*} Había motines de subsistencia por todo el país. Y hay pruebas que indican la existencia de una clandestinidad insurreccional organizada.³

La breve Paz de Amiens (abril de 1802-mayo de 1803) inauguró un nuevo período. Por un tiempo Pitt dio paso a Addington (lord Sidmouth, más adelante), que fue un primer ministro menos duro, aunque estaba firmemente adscrito a la misma tradición antijacobina y represiva. La guerra había durado casi diez años sin descanso, y la paz fue recibida con iluminaciones y júbilo público. El emisario de Napoleón

fue arrastrado triunfalmente por las calles de Londres. Se destruyó la oficina de Cobbett porque el *Register* daba apoyo a la continuación de la guerra. Algunos *whigs* y reformadores curiosos, incluyendo al mismo Fox, acudieron a París en tropel para ver de cerca la nueva república. (El coronel Thornton, que había lanzado a sus regimientos contra la «chusma» de York en 1795, se llevó a París una jauría para la caza del zorro, caballos y un estuche de pistolas como regalo para el Primer Cónsul.)

La paz trajo una elección general, en la que candidatos de ideas políticas avanzadas, con el apoyo de los jacobinos, tuvieron un éxito sorprendente en media docena de distritos electorales. En Kent, donde las sociedades de correspondencia habían tenido mucha fuerza en otro tiempo en las ciudades del Medway, un candidato foxita derrotó al diputado que tenía el escaño. En Coventry, después de serios motines, un candidato radical perdió la elección sólo por ocho votos. En Norwich, Windham, el ministro de la Guerra, perdió el escaño y fueron elegidos dos candidatos foxitas con un apoyo jacobino muy activo. En Nottingham se produjeron escenas de extraordinaria excitación cuando salió elegido un reformador con el apoyo de la corporación foxita y la jubilosa muchedumbre. En una procesión triunfante, la orquesta interpretó *Ca Ira* y *La Marsellesa*, se izó la bandera tricolor y (según un folletista antijacobino) «¡había una figura visible de una mujer, que representaba a la Diosa de la Razón, en un estado de ¡¡¡COMPLETA DESNUDEZ!!!». La multitud de Nottingham (comentaba Cobbett) era «en todos los aspectos ... una muchedumbre republicana, revolucionaria». En 1803, el vencedor fue destituido por la Cámara de los Comunes, con el pretexto de que los amotinados habían intimidado a los electores; y se aprovechó la ocasión para reforzar el poder de los magistrados rurales en las ciudades fabriles.⁴

Pero la elección más sensacional tuvo lugar en el Middlesex, antigua circunscripción electoral de Wilkes. Durante los tres años anterior-

2. Uno del Pueblo, *The Thirty-Sixth of a Letter to the Society which met at The Angel ... to Celebrate the Birth-Day of C. J. Fox*, Norwich, 1799.

* Impuestos que gravaban las casas habitadas, los criados varones, los carruajes, los perros, los polvos para el cabello, los escudos de armas, las ventanas, etc. (*N. de la t.*)

3. Véase más adelante, pp. 34-47.

4. J. Bowles, *Thoughts on the late General Election, as demonstrative of the Progress of Jacobinism*, 1802, pp. 3-4; y *Salutary Effects of Vigour*, 1804, p. 141. Los reformadores desmintieron coléricamente a Bowles con respecto a la afirmación de que había una mujer desnuda: véase *Ten Letters on the Late Contested Election at Nottingham*, Nottingham, 1803, pp. 24-25; Sutton, *Date-Book of Nottingham*, p. 244. El secreto reside quizás en la referencia a una mujer que había en la procesión y que «iba ataviada con unos ropajes de color salmón o color carne»: *Letter to John Bowles*, Nottingham, 1803, p. 9.

res, se habían sacado a la luz algunos escándalos referentes al «Hábeas Corpus de los prisioneros» de la SCL y los Ingleses Unidos, retenidos sin juicio en la prisión de Coldbath Fields, bajo el régimen del gobernador Aris. Sir Francis Burdett, miembro del Parlamento y amigo de Horne Tooke, recibió una llamada de las víctimas, escrita sobre las guardas de un libro —según relato posterior de Cobbett— con una astilla de madera mojada en sangre. Halló a varios de los prisioneros demacrados, «simples esqueletos humanos», y se hizo cargo de sus casos —en particular del caso del coronel Despard— dentro y fuera de la Cámara de los Comunes. De la noche a la mañana, se convirtió en el héroe de la multitud de Londres, y pronto estalló el grito: ¡ABAJO LA BASTILLA! En 1802, se presentó por el Middlesex frente al diputado que ocupaba el escaño, un defensor del ministerio llamado Mainwaring que además era un magistrado asociado al gobernador Aris. La campaña centró la atención del país; John Frost, a quien habían puesto en la picota en 1794, era uno de los representantes de Burdett, y otros antiguos jacobinos y detenidos le ayudaron en su campaña. Cobbett, que todavía era *tory*, lamentaba que:

La calle que va de Picadilly a las *hustings* en Brentford es una escena de confusión y sedición como jamás se había visto, a no ser en los alrededores de París, en los momentos más terribles de la revolución ... La calle ... está llena de infelices harapientos de St Giles's que gritan en voz muy alta «Sir Francis Burdett y abajo la Bastilla»; y en las *hustings* diariamente hay media docena de condenados que han cumplido su pena en la casa de corrección, que se dedican a divertirse a la chusma diciendo abominaciones sobre el señor Mainwaring.

La victoria de Burdett fue una señal para la iluminación, en una escala casi igual a la de la celebración de la paz. «Esto tendrá consecuencias terribles —se lamentaba Cobbett—, envalentonará y hará crecer la parte turbulenta y deshonesta de esta metrópolis monstruosamente hipertrofiada y disoluta.»⁵

Incluso Lancaster vio una disputa en la que una dama se dirigía a

5. Elegidos: Byng (*whig*), 3.843; Burdett (*radical*), 3.207. No elegidos: Mainwaring (*tory*), 2.936. Véase el *Political Register* de Cobbett del 10, 17, 24 de julio de 1802; J. A. Alger, *Napoleon's British Visitors and Captives*, 1904; J. Dechamps, *Les Iles Britanniques et la Revolution Française*, Bruselas, 1949, cap. 5; M. W. Patterson, *Sir Francis Burdett*, 1931, caps. 4 y 7.

una «multitud jacobina» diciéndoles que «la contienda era entre zapatos y zuecos de madera, entre camisas delicadas y bastas, entre los opulentos y los pobres y que el pueblo lo era todo si se decidía a defender sus derechos».⁶ Parecía que estaba madurando un movimiento de mayor fuerza que el de 1792-1795. Si hubiesen habido cinco años de paz se podría haber cambiado el curso de la historia inglesa. Pero los hechos sucedieron de tal modo que lo sumieron todo en la confusión. En noviembre de 1802, el coronel Despard fue detenido con una acusación de alta traición, en enero era ejecutado.⁷ Durante el invierno de 1802-1803 las relaciones entre Gran Bretaña y Francia se hicieron ásperas. En mayo de 1803, los dos países estaban de nuevo en guerra.

Pero ésta, para muchos reformadores, apareció como otro tipo de guerra. En 1802, Napoleón se había convertido en Primer Cónsul vitalicio; en 1804 aceptó la corona como emperador hereditario. Ningún auténtico seguidor de Paine pudo tragar eso. El jacobino común quedó tan profundamente decepcionado por esto como consternados habían quedado los reformadores más moderados por Robespierre. Por mucho que hubiesen intentado mantener un distanciamiento crítico, la moral de los reformadores ingleses estaba estrechamente vinculada a la suerte de Francia. El Primer Imperio asestó un golpe al republicanismo inglés del que jamás se recobró por completo. Los derechos del hombre habían sido sumamente vehementes en su condena a los tronos, las instituciones góticas, las distinciones hereditarias; a medida que seguía la guerra, el acuerdo de Napoleón con el Vaticano, su comportamiento como rey y su exaltación de una nueva nobleza hereditaria, despojaron a Francia de todo su magnetismo revolucionario. Incluso se desvaneció el *Ça Ira* de las memorias de la multitud de Nottingham. Si el Árbol de la Libertad debía crecer, tenía que ser injertado en un tronco inglés.

Para muchos, ahora Francia se aparecía como un rival comercial e imperial, como el opresor de los pueblos español e italiano. Entre 1803 y 1806 la *Grande Armée* se mantuvo expectante al otro lado del Canal, acechando sólo el dominio de los mares. «El jacobinismo está muerto y enterrado —declaró Sheridan, que había entrado personalmente a formar parte del ministerio de Addington, en diciembre de 1802—. ¿Y quién lo ha hecho? Pues, el que ya no se puede llamar por más tiem-

6. J. Bowles, *Thoughts on the late General Election*, p. 63.

7. Véase más adelante, pp. 40-47.

po hijo y paladín del jacobinismo: Bonaparte.» Y Windham, con su reciente derrota en Norwich, hizo un llamamiento extraordinario en la Cámara, en favor de la unidad nacional frente al retorno de la guerra:

A los jacobinos me dirigiría, no como amantes del orden social, del buen gobierno, de la monarquía, sino como hombres de espíritu, como amantes de lo que ellos llaman libertad, como hombres de sangre caliente y orgullosa; yo les preguntaría si están satisfechos de sucumbir bajo el yugo y ser aniquilados por Francia.⁸

Con el reanudamiento de la guerra, los voluntarios hacían instrucción todos los domingos. Quizá, de todos modos, no eran tan populares como hicieron ver los propagandistas contemporáneos y como los presenta la leyenda patriótica. En cualquier caso, «voluntarios» es un nombre inapropiado. Los oficiales se presentaban con mucha mayor disposición que la tropa heterogénea, poco disciplinada, incurablemente antimilitarista, que perdía su día de descanso. También se tuvo mucho cuidado de que las armas no llegasen a manos de los desafectos. «En las grandes ciudades —decía Sheridan en nombre del gobierno— como Birmingham, Sheffield y Nottingham, preferiría que se formaran asociaciones de las clases más altas, y en el campo y los pueblos asociaciones de las más bajas.» En Norwich, *The Times* informaba, en 1804:

El pueblo común de la ciudad ... y sus alrededores siente aversión hacia el sistema de voluntariado. El lunes hicieron un intento, particularmente las mujeres, de impedir que el regimiento de voluntarios de Norwich pasara revista. Maltrataron e insultaron a los oficiales, y acusaron a los voluntarios de ser la causa del reducido tamaño de las hogazas de pan y de la subida del grano.

Los hijos del *squire*, del procurador y del fabricante se divertían cabalgando ataviados de manera elegante y asistiendo a los bailes de los voluntarios. Entre la aristocracia y la clase media nació una comprensión, que dio lugar a ese *esprit de corps* que más tarde les iba a dar la victoria sobre el terreno en Peterloo; mientras que en los bailes sus hijas escogían maridos que facilitaban esa fertilización cruzada entre la riqueza hacendada y la comercial que caracterizó la Revolución industrial inglesa. La tropa recibía pocas de estas recompensas: en un pue-

8. *Cobbett's Parliamentary Debates*, II, suplemento, 1667, 1752.

blo de Northumberland, con un elevado porcentaje de «voluntarios», se ofrecieron 13 para servir en infantería, 25 en la caballería, 130 como guías, 260 como conductores de carretas y 300 como conductores de ganado.⁹

Pero a pesar de esta tendencia subterránea, Sheridan tenía razón: el jacobinismo como movimiento que se inspiraba en Francia estaba prácticamente muerto. Verdaderamente, entre 1802 y 1806 hubo un resurgimiento del sentimiento patriótico popular. Si se admiraba a «Boney» era como «soldado», no como encarnación de los derechos populares. Gran Bretaña se vio inundada de cuentos, folletos y publicaciones patrióticos. Si bien por una parte las mujeres de Norwich se resistieron y los habitantes de Northumberland se hicieron los locos, por otra, miles de tejedores del Lancashire se unieron a los voluntarios. Nelson era un héroe de guerra tan popular como no se había conocido en Inglaterra desde Drake; se creía que era un hombre que simpatizaba con los derechos populares, y se recordaba su intervención en favor de la vida del coronel Despard; la agri dulce victoria de Trafalgar (1805) fue motivo para cientos de baladas y tema de conversación en todas las tabernas y las pequeñas aldeas. En 1806, el mismo Fox (en el último año de su vida) se unió a la coalición nacional —el «Ministerio de Todos los Talentos»— y se resignó a la continuación de la guerra.¹⁰

Una vez más, el radicalismo no se extinguió. Pero la expresión de los argumentos se tamizó hasta hacerse irreconocible. Antiguos jacobinos se convirtieron en patriotas, tan ansiosos de denunciar a Napoleón por su apostasía de la causa republicana, como lo estaban los legitimistas de denunciarle por la usurpación de la Casa de Borbón. (En 1808, John Bone, que había sido secretario de la SCL, hizo un intento significativo para reavivar la vieja causa, al publicar el *Reasoner*, un diario que daba apoyo a la vez a la guerra y a muchas de las viejas demandas «jacobinas».)¹¹ Otros, como Redhead Yorke de Sheffield

9. *Cobbett's Parliamentary Debates*, IV, 1191, 1362; *The Times* (5 de noviembre de 1804). Para tener información contemporánea de la reconciliación entre la hacienda y el comercio en los voluntarios, véase el diario de Sheffield de T. A. Ward, *Peeps into the Past*, *passim*. Y Jane Austen.

10. Sobre literatura del patriotismo popular, véase F. Klingberg y S. Hustvedt, *The Warning Drum ... Broadside of 1803*, Universidad de California, 1944. Incluso John Thelwall contribuyó con un *Poem and Oration on the Death of Lord Nelson*, 1805.

11. Este periódico, honradamente bautizado, fracasó por falta de apoyo. Véase *Reasoner* (16 de abril de 1808).

fueron víctimas de las coacciones clásicas de la culpa y el deseo de autoexculparse, que tan conocido es de los románticos desencantados de épocas más recientes; Yorke, hacia 1804, se había convertido en un propagandista «antijacobino» tan virulento que condujo a Cobbett hacia los reformadores, como resultado del más completo disgusto.

En esa dirección sumamente inesperada fue hacia donde sonó la primera nota del nuevo radicalismo. Puesto que las mismas influencias que habían dispersado el jacobinismo de viejo tipo habían sido la causa de que el antijacobinismo de viejo tipo perdiese parte de su fuerza. Si Napoleón era un enemigo porque era un déspota que había concentrado todo el poder en sus manos, ¿qué se podía decir de Pitt, que (instalado en el poder desde 1804 hasta su muerte, a principios de 1806) había erosionado las libertades británicas, encarcelado a hombres sin juicio previo, sobornado a la prensa y había utilizado todas las formas de la influencia ministerial para reforzar su poder? Cobbett, el belicoso periodista *tory*, que bajo ningún concepto podía ser acusado de jacobinismo, hizo un viraje brusco en 1804 y empezó a aguijonear al Ministerio con polémicas:

La marea ha cambiado: del entusiasmo popular se ha pasado al despotismo; la exaltación de Bonaparte al puesto de Cónsul vitalicio inició el gran cambio en el espíritu de los hombres, que se ha completado con su más reciente proclamación (es decir, como Emperador), y que no sólo acaba con el peligro de ser sospechoso del predominio de ideas en favor de la libertad, sino que tiende a despertar sospechas de otro tipo, a hacernos temer que, gracias a la inmensa influencia, todavía creciente, que se ha depositado en manos del ministro, por parte del sistema de deuda consolidada y de emisión de papel moneda, podemos, de hecho, aunque no de palabra, convertirnos en poco más que esclavos y además, no en esclavos del rey sino del ministro de turno ...

No está de ningún modo clara la lógica con que se conecta el despotismo de Napoleón con el de Pitt; Cobbett, que tan convincente era en la argumentación detallada, a menudo decía bravatas en los planteamientos generales. Pero el significado de lo que decía, con una fuerza y una frecuencia crecientes, estaba claro. Se debía luchar contra el despotismo tanto en el propio país como en otras partes. La prensa estaba comprada. El Ministerio era ineficaz y corrupto al mantener a una muchedumbre de «aduladores cortesanos, parásitos, pensionistas, senadores sobornados, directores, contratistas, especuladores, lores merce-

narios y ministros del estado». La *Civil List* era una forma de soborno faccional que se basaba en el dinero que se recaudaba con unos impuestos excesivos. El *nouveau riche* advenedizo, que se había hinchado con la guerra, amenazaba los derechos del rey y las libertades del pueblo. Sólo una Gran Bretaña libre podría resistir una invasión extranjera. En una singular mezcla de torismo y radicalismo acusaba, no a los reformadores, sino al Ministerio de: «... intentar sembrar las semillas de la discordia entre [el pueblo]; dividirlo de nuevo entre jacobinos y antijacobinos; tramar un pretexto para tomar medidas de extraordinaria coerción; crear descontento y deslealtad, acobardar el brazo de la guerra y dejarnos postrados a los pies del enemigo».¹²

Las palabras de Cobbett fueron tan notables como su oportunidad. Mainwaring había dado al traste con los resultados electorales de 1802, mediante una petición a la Cámara. En 1804 hubo una elección complementaria en el Middlesex, en la que se emplearon todos los recursos ministeriales para derrotar a sir Francis Burdett y sustituirlo por el hijo de Mainwaring. Burdett apenas podía considerarse como un reformador con la talla de un líder nacional. Era un patricio radical que moldeaba conscientemente su táctica sobre la de Wilkes,¹³ y que había adquirido una gran riqueza a través de su matrimonio con la señorita Sophia Coutts. Aunque era muy teatral en las *hustings*, demostró ser un líder reformador débil en la Cámara durante los 10 o 15 años siguientes. Pero era uno de los pocos portavoces nacionales de la reforma al que se podía escuchar. No intentó borrar la mancha de jacobinismo que le reportó su amistad con Horne Tooke y Arthur O'Connor. En 1804 se mantuvo firme, y mientras el populacho lanzaba gritos de ¡ABAJO LA BASTILLA!, él manifestaba abiertamente su desprecio hacia los *whigs* y los *tories* por un igual. Durante 50 días los sondeos oscilaron entre Mainwaring y Burdett. Cada día, al final del sondeo, Burdett se dirigía a las multitudes inmensas y excitadas, hacía llamamientos a los propietarios del Middlesex bajo el lema de «INDEPENDENCIA», y les incitaba una y otra vez a «ser activos en las votaciones». ¿Podrían tener, los electores del Middlesex, «una voz independiente y libre», o iba a

* Término que designa la relación de gastos correspondientes al mantenimiento de la casa real inglesa y los honores y dignidades de la corona. (*N. de la t.*)

12. *Political Register* (1 de septiembre de 1804).

13. «Haré ... todos los esfuerzos posibles —dijo en las *hustings* en 1804— para que 45 y Libertad vayan juntos para siempre.» [Con 45 se refiere a las 45 libras de renta anual que había que poseer como mínimo para tener derechos políticos. (*N. de la t.*)]

estar a perpetuidad el escaño en manos de «una combinación de intereses de destiladores, taberneros y cerveceros, de magistrados y contratistas»? Cada día, después de la votación, Mainwaring se presentaba para dirigirse a la multitud de las *hustings*, y le impedían hablar con abucheos y gritos. Los seguidores de Mainwaring llenaron la ciudad de Londres de carteles difamatorios referentes a Burdett y sus conexiones «jacobinas», expresaban dudas acerca de sus votantes y se ganaban a todos los electores susceptibles de ser influidos: «los oficinistas, los cantores de salmos y campaneros de Westminster», «agentes de policía, especuladores y cazadores de ladrones». Al decimoquinto y último día, parecía que Burdett tenía mayoría por un voto: Burdett, 2.833; Mainwaring, 2.832. Una multitud jubilosa le paseó triunfalmente por las calles de Londres, «en medio de un desfile que parecía un bosque móvil: los carruajes y los hombres a caballo iban cubiertos de ramas verdes», mientras que las orquestas tocaban *Rule Britannia* y ondeaba una bandera sobre el carruaje de Burdett, que tenía pintado a Hércules pisando a la Hidra. A la mañana siguiente el *sheriff* invirtió la decisión alegando una cuestión técnica que había cambiado el resultado en el momento del cierre de la votación. Pero la moral de triunfo era completa.¹⁴

Cobbett estaba en lo cierto al hablar de una marea cambiante. Su propio apoyo a Burdett —impensable dos años antes— era una señal del cambio. El hecho de que tantos propietarios se hubiesen manifestado en favor de Burdett indicaba la existencia de una agitación poco habitual entre las gentes de oficio, los profesionales y la pequeña *gentry*, y los maestros artesanos. Estos grupos tenían una serie de motivos de queja, algunos de ellos desinteresados —por ejemplo la demanda de los viejos gritos de «libertad» e «independencia»—, algunos otros interesados; por ejemplo, los contratos que hacía el gobierno para la construcción de carruajes, guarniciones y ropa militar eran normalmente para unas pocas empresas grandes o para los intermediarios, pasando por encima de la multitud de pequeños maestros o de maestros artesanos. Cobbett, en 1804-1806, no estaba iniciándose sino creciendo junto con una nueva marea reformista. Durante los años que siguieron su *Register* proclamó un radicalismo agresivo y poco coherente, cuya característica más impresionante era airear cada abuso particular y tratarlo con un detalle individualizado. Cobbett denunció la mala administración ci-

14. *Cobbett's Political Register* (25 de agosto de 1804).

vil y militar, el desfaldo de los fondos públicos, la venta de comisiones por parte de la amante del duque de York y los malos tratos en el ejército con una fuerza que captaba la atención de hombres de diferentes opiniones, para muchos de los cuales los alineamientos de la década de 1790 habían perdido su significado. Precisamente *porque* Cobbett todavía era, en cierto modo, un *tory*, que rememoraba un ideal sentimental de un pueblo tenaz, independiente y franco que despreciaba la riqueza y el rango pero era leal a su Constitución, evitó los prejuicios antijacobinos y permitió que los reformadores se reagrupasen.

Pero el triunfo de Burdett fue posible por la presencia de la multitud de Londres, mucho más radical. En 1806 el sentimiento popular encontró otra salida y se volcó plenamente en el proceso electoral de Westminster. Mientras que en el Middlesex tenían derecho a voto sólo los propietarios, Westminster era una de las pocas circunscripciones «abiertas» del sur de Inglaterra, con sufragio para los cabezas de familia, lo cual incluía a muchos maestros artesanos y a algunos oficiales en el derecho al voto. Desde 1780, uno de sus dos escaños era controlado por Fox. Horne Tooke se había presentado para el otro escaño y había obtenido un número de votos respetable, en 1790 y 1796, pero el escaño había ido a parar a manos de un candidato del Ministerio por un acuerdo tácito. «El partido de Pitt designó a uno de los diputados y el partido de Fox designó al otro; y ambos partidos detestaban cualquier cosa que se pareciese a una elección real. El asunto se acordó en una reunión conjunta de las dos facciones, igual que los ladrones hacen el reparto del botín ...»¹⁵

A la muerte de Fox, el escaño quedó disponible para la facción *whig*, y el duque de Northumberland se arrogó el derecho de nombrar candidato a su hijo, lord Percy, que fue «elegido» sin contienda electoral. Francis Place contemplaba con disgusto cómo los criados del duque, vestidos de librea, lanzaban trozos de pan y queso y repartían cerveza entre la multitud servil y batalladora.¹⁶ En un momento en que estaba próxima una elección general, Cobbett dirigió cuatro cartas abiertas a los electores de Westminster. Los motivos eran simples:

15. Véase el relato partidista de Cobbett acerca de la contienda electoral de 1806, escrito 12 años más tarde, *Political Register* (17 de enero de 1818).

16. Véase más arriba, vol. 1, p. 71.

En el caso de que un desconocido oyese a algunas personas hablar de una elección para Westminster creería que los electores eran los fiadores o, como mucho, los simples criados domésticos de unas pocas grandes familias. El problema ... parecer ser, no qué hombre quieren escoger los electores, sino qué hombre prefieren unos cuantos nobles ...

Los electores deberían afirmar su independencia y desembarazarse del respeto y el miedo a la influencia:

Sois casi veinte mil. Vuestros oficios y empleos son ... tan imprescindibles para vuestros patronos como vuestros patronos lo son para vosotros. Si os despiden de una casa, siempre habrá otra dispuesta a recibirlos; si perdéis un cliente, ganaréis otro ...

En particular, «los oficiales, que constituyen una buena parte de los electores de Westminster, me parece que están completamente fuera del alcance de la seducción ...». Los patronos que intentasen forzar el voto de sus empleados deberían ser expuestos al «desprecio público»; «los artesanos de un taller que sean llevados a las *hustings* bajo el mandato de su patrono, quedan degradados al mismo nivel que el ganado». A menos que se ofreciese algún candidato independiente para las elecciones generales, «Westminster se situaría ... a un nivel equivalente al de Old Sarum o Gatton».¹⁷

Los *tories* presentaron al almirante Hood. Los *whigs* presentaron al antiguo compañero de Fox, Sheridan, que ahora era ministro de Marina del gobierno de coalición y cobraba un sueldo de 6.000 libras al año. Cobbett y los reformadores no tenían nada en común con él. A última hora, se ofreció un candidato que personificaba el estado de confusión existente en el terreno radical. James Paull, hijo de un sastre de Perth, era un comerciante de la India que se había enriquecido gracias a su propio esfuerzo, y que había vuelto a Inglaterra en 1804 con la intención de participar en el proceso del gobernador general Wellesley. Fue adoptado por el círculo de Fox, que en aquel momento tenía el apoyo del príncipe de Gales; y como hombre que tenía posibilidades de poner en un aprieto a la administración de Pitt, se le encontró (en 1805) un escaño en el *rotten borough* de Newtown, Isla de Wight. El ataque contra Wellesley se emprendió a su debido tiempo. Pero cuando los foxitas entraron a formar parte de la coalición, se le dijo a Paull en pri-

17. *Ibid.* (9 de agosto, 20 y 27 de septiembre de 1806).

vado que dejase correr el asunto, o al menos «que me lo tomase con calma». Y cuando Paull rechazó la propuesta con indignación, se encontró que a la disolución del Parlamento le expulsaron de su escaño en Newtown, y que los hombres que él ingenuamente había creído que apoyaban su causa de todo corazón le repudiaban. Su respuesta fue presentarse a las *hustings* de Westminster.

Paull pasó brevemente por la historia radical, y nadie se ha molestado en buscar información acerca de él. Tradicionalmente se le ha descalificado describiéndole como un hombre bajito y pendenciero que tenía una cuestión personal en el asunto de Wellesley. Sin embargo, su agravio era más que personal. La arrogancia, la brutalidad y la mala fe de Wellesley en sus relaciones con Oudh están fuera de ninguna duda. No hay razón para suponer que Paull no estuviese coléricamente ofendido por esos «actos de capricho, agresión y tiranía» cometidos en la India, y que él comparaba con aquellos que «diariamente le reprochamos» a Francia. Si bien estos temas eran lejanos para los electores de Westminster, Paull imponía respeto como hombre al cual tanto los *whigs* como los *tories* querían silenciar. «Lo que a nuestro hombre le faltaba en cuanto a talento y conocimiento», —escribió Cobbett más tarde—, «lo compensaba ampliamente en cuanto a *laboriosidad y valor*. Era un hombre de tamaño diminuto; pero lo que en él había era bueno. Era atrevido, en cada pulgada de su cuerpo: era un auténtico gallo de pelea». Sabía pocas cosas de la política inglesa, no tenía una gran elocuencia como orador o una gran fuerza como escritor, pero tampoco tenía inhibiciones políticas o ambiciones. En las tres semanas de campaña, se creó una nueva alianza de los reformadores: sir Francis Burdett, el patricio radical, presentaba a Paull como candidato en las *hustings*; Cobbett, el reformador práctico que dirigía su campaña; y el comandante Cartwright, el veterano defensor del sufragio universal masculino, y que recibió garantías de que Paull sería un reformador parlamentario.

Cobbett recordaba, «tuvimos que luchar contra toda la fuerza de la facción de los *boroughs*, que se había unido contra nosotros en una abierta, activa y desesperada acción hostil». Durante los primeros cuatro días, los sondeos daban como ganador a Paull, mientras que Hood y Sheridan, que se habían burlado de las posibilidades de aquél, formaban una coalición en su contra. Folletos, pasquines y canciones se esparcieron por todo Londres:

¡He aquí! La corrupción está al acecho bajo el disfraz de la Libertad,
 ¡Hombres libres! reunid a vuestras legiones y protegéd vuestro valioso premio.
 Ondead vuestros estandartes en alto, a la hermosa llamada de la Libertad.
 Gritad bien alto la consigna: ¡Independencia y Paull!

Dejad que esa pandilla de cazadores de puestos despotriquen contra nuestra política,
 Que nos llamen Jacobinos, Traidores y otras tonterías infundadas como éstas;
 Estamos dispuestos, con nuestro Rey, a resistir o morir.
 Por tanto, éxito para nuestra causa: ¡Independencia y Paull!

Él es el amigo de los pobres y de la libertad del hombre,
 Y aligerará nuestros impuestos tan pronto como pueda ..."

Los oponentes de Paull ridiculizaban sus humildes orígenes y su aspecto:

¿... quién es ese tipo exageradamente pequeño y extraño,
 Que parece un ratero sacado a rastras del arroyo?""

En un lado, declaraba Cobbett, estaban «los conocidos de los *placemen*"" y los pensionistas», los «recaudadores, magistrados, policías y el clero dependiente», y el séquito personal de Sheridan compuesto por «comediantes, tramoyistas, despabiladores y personas con ... vocaciones inmorales». En el otro lado, existen indicios del primer intento de crear una organización electoral democrática entre los artesanos y los oficiales; comités de parroquia para solicitar el voto; y el apoyo organizado entre los clubs de oficio de los oficiales zapateros, impresores y sastres. Una noche tras otra, la multitud paseaba triunfalmente a Paull por las calles.

* Lo! Corruption stalks forward in Liberty's guise, / Freeman! rally your legions,
 and guard your rich prize, / Wave your banners on high, at fair Liberty's call— / Shout
 the watch-word aloud - *Independence and Paull!* / Let the place-hunting crew gainst our
 politics rant, / Call us Jacobins, Traitors, and such idle cant; / With our King we're de-
 termined to stand or to fall- / So success to our cause- *Independence and Paull!* / He's
 the friend of the poor, and the freedom of man, / And will lighten our taxes as fast as
 he can ...

** ... who is that odd little fellow beyond, / Who looks like a pickpocket dragg'd to
 a pond?

*** Persona que ocupa un cargo (o intenta ocuparlo) al servicio del rey o del Estado,
 por motivos de interés y no por su cualificación para el mismo. (N. de la t.)

James Paull no ganó el escaño, pero sólo quedó 300 votos por detrás de Sheridan¹⁸ y la campaña quebró el dominio de las dos facciones sobre Westminster. «Esa era la *lucha real* —declaró Cobbett—. Ese fue el *triunfo real* de la libertad en Westminster.» Cuando, al año siguiente, llegó la victoria auténtica, Paull no participó en ella. En 1806, Burdett había perdido en el Middlesex; algunos propietarios estaban asustados por su extremismo, aunque todavía recibía vítores en las *hustings* y cuando fue derrotado «la mayor parte de las casas de Kensington y Knightsbridge se iluminaron y todo en conjunto tuvo más la apariencia de un triunfo ...». Pero también fracasó por otra razón, típicamente quijotesca. En anteriores elecciones, Burdett había utilizado su gran riqueza con liberalidad, siguiendo la forma tradicional de las maniobras electorales, con el trapicheo y la compraventa de votantes al por mayor, y probablemente con tanto engrase general de vino y dinero como utilizaban sus oponentes. Ahora le importunaron con acusaciones de soborno, a la vez que Cobbett, que en aquel momento era su aliado, había estado protestando durante 1806 en demanda de austeridad electoral. En una famosa elección complementaria en Honiton en 1806, Cobbett había pedido la absoluta prohibición del soborno y el trapicheo y que los candidatos se comprometieran solemnemente a no aceptar ni cargo ni dinero públicos si resultaban elegidos. En consecuencia, Burdett adoptó la actitud austera; pero, no contento con ello, se negó a hacer otra cosa que aparecer cada día en las *hustings* y hacer llamamientos a los «electores independientes» para que acudieran espontáneamente. No se pediría el voto, no se negociaría, no se pondrían carruajes a disposición de los votantes más viejos, no habría organización de ningún tipo. Cuando sus seguidores formaron un comité, lo rechazó ante las *hustings* y les instó a que confiaran en el «principio público por sí solo». La confianza dividió su voto por la mitad.

En 1807, otra elección general les dio una oportunidad a los reformadores. Una semana tras otra, Cobbett dirigió cartas, desde el *Political Register*, a los electores de Westminster dando la alerta. Los seguidores de Paull estuvieron dispuestos y se formó un comité que invitó a Burdett a luchar por el otro escaño. Pero Burdett había abandonado:

Con los omnipotentes medios de corrupción que están en poder de

18. Hood, 5.478, Sheridan, 4.758; Paull, 4.481.

nuestros malversadores, toda lucha es inútil. Debemos esperar a que se produzca nuestra enmienda y regeneración, hasta que la corrupción haya agotado los medios de corrupción. ... Hasta que llegue este momento, solicito retirarme de todo servicio parlamentario ...

Un grupo de representantes le cumplimentó y le preguntó si, en el caso de resultar elegido sin su permiso o intervención, estaría dispuesto a aceptar el escaño. A lo que Burdett dio un fatigado consentimiento: «Si fuera elegido por Westminster ... debo obedecer la llamada ... pero no gastaré una guinea, ni haré absolutamente nada para contribuir a esta elección». Era peor tener que perseguirle. Con este asentimiento pasivo, el comité de Westminster se preparó para presentar a Burdett y a Paull como compañeros para los dos escaños. Pero Burdett parecía tener deseos de deshacerse del candidato plebeyo que tenía por compañero, debido a lo cual el «gallo de pelea» se encolerizó y retó a Burdett a un duelo del que ambos salieron heridos: Paull recibió heridas tan serias que sus seguidores retiraron su candidatura. En vísperas del decimoquinto día de sondeo, la causa de los reformadores parecía haberse alborotado y ridiculizado a sí misma hasta límites insospechados.¹⁹ La candidatura de última hora de un marinero radical poco conocido, lord Cochrane, trajo consigo un ligero resurgimiento de las esperanzas. Pero la mañana en que empezó la votación, los miembros del comité de Burdett «estaban muy deprimidos»:

No teníamos dinero, ni medios para darnos a conocer, nadie se nos había unido, los *tories* nos despreciaban y los *whigs* se burlaban de nosotros. Lo que peor nos sentaba era que se burlasen, ... quienes hubiesen sido capaces de aguantar el insulto, no podían soportar que se rieran de ellos.

Pero sólo quince días después, los artesanos y los tenderos de Westminster sacaban en hombros a Burdett y a Cochrane, en un tumultuoso triunfo. Burdett había quedado muy por delante de los demás, mientras que Cochrane había ganado el segundo escaño con una mayoría de 1.000 votos por encima de Sheridan. (Cochrane lo sentía tanto por Sheridan, durante el último día de la votación, que sacó a sus inspectores y le permitió recontar varias veces a sus votantes para que alcanzase

19. Sobre este incidente, véase *Annual Register* (1807), pp. 425-428, 632-639; M. D. George, *Catalogue of Political and Personal Satires*, 1947, VIII, pp. 528-529.

una derrota más digna.) Desde entonces (excepto en un curioso episodio de 1819) el radicalismo jamás volvió a perder Westminster. La única circunscripción electoral popular de Londres, en la que estaban situados los edificios del Parlamento, la habían ganado hombres que casi toda la prensa designaba como «jacobinos».²⁰

Esta no era una acusación tan descabellada como parece. En 1806 había tenido lugar un incidente interesante. Paull fue informado de que un destacado miembro de su comité era un conocido jacobino de origen francés: el señor Lemaitre. Horrorizado, exigió que Lemaitre abandonase los salones del comité, y le pidió a Cobbett que le transmitiera el mensaje. Cobbett intentó cumplir la sentencia de despido de manera tan amable como pudiese, pero se encontró con un hombre más enérgico de lo que había esperado. Ciertamente, Lemaitre era un antiguo jacobino; era constructor de cajas de reloj y miembro activo de la SCL, le habían detenido durante el pánico de «la conspiración de Pop-Gun» de 1794-1795, le volvieron a encarcelar sin juicio en 1796, y le detuvieron una vez más entre 1798 y 1801; en resumen, había estado «confinado gran parte del tiempo entre la edad de dieciocho y veinticinco años». Cuando le dejaron en libertad, ayudó a Burdett en las elecciones del Middlesex y en ellas adquirió una experiencia considerable. Al entrar en los salones del comité de Paull, durante el tercer día de las votaciones, descubrió que el comité «no tenía ni un plan ni un sistema para regular los asuntos electorales». Durante varios días trabajó desde primera hora de la mañana hasta medianoche para organizar un plan electoral eficaz. Plan que ahora sacó a colación ante Cobbett. «Por mi honor, señor Lemaitre, esta es la única cosa realmente útil que he visto en este comité hasta ahora», exclamó Cobbett. Presentó sus excusas, y Lemaitre permaneció.

La victoria de 1807 fue obra completa del comité de Westminster. Varios de sus miembros clave eran antiguos miembros del comité de la SCL. Lemaitre tenía un plan bien preparado con antelación, de solicitud de votos calle por calle y patio por patio. En el tercer piso de «una tienda de ginebra llamada la Britannia Coffee House», Francis

20. Cochrane ocupó su escaño hasta 1818, año en que dimitió para acudir en ayuda de las repúblicas sudamericanas. Burdett siguió siendo diputado por Westminster hasta 1837, cuando con un gesto quijotesco final, cruzó la sala de la Cámara, renunció al escaño y volvió a presentarse de nuevo, ahora como conservador, sólo para barrer para casa. Paull fue menos afortunado: sobrevivió al duelo poco más de un año, acabando con su vida en 1808.

Place trabajó durante tres semanas sin cobrar, desde el amanecer hasta la medianoche, llevando cuidadosamente las cuentas, cotejando los resultados electorales y preparando informes para el Comité General. Richter, otro ex detenido, era su lugarteniente. «Todos éramos personas desconocidas», escribió Place:

... no había ningún hombre notable entre nosotros, ninguno que fuese conocido en general por los electores, no se podía haber reunido un grupo de personas más insignificante para hacerse cargo de una tarea tan importante como una elección en Westminster contra la riqueza y el rango, el nombre y la influencia ...

Sus oponentes se refían de ellos porque eran «don nadies, simples sastres y barberos ... Se burlaban de nosotros por nuestra locura y nos condenaban por nuestro atrevimiento». Tanto los principios como la escasez de fondos exigían austeridad electoral: «... no habría consejeros pagados, ni procuradores, ni inspectores, tampoco habría solicitadores de votos, ni sobornos, ni pago de tarifas, ni trapicheos, ni escarapelas, ni tampoco guardias pagados, excepto dos para guardar las puertas de la sala del comité». No se gastaba dinero alguno, si no era por decisión votada en el comité. La mayor partida, con mucho, de gastos (hasta que se compraron las banderas, las cenefas y las cintas del triunfo) estaba destinada a la impresión de octavillas y carteles. En Place, que sólo abandonó la sala del comité una vez para votar, el comité tenía a un organizador genial.²¹

Debemos intentar ahora hacer un cierto examen de la posición del radicalismo inglés en 1807. En primer lugar, el término «radicalismo»

21. El relato de las elecciones de 1806 y 1807 se ha basado ampliamente en el *Political Register* (1806 y 1807), *passim*; *Ibid.* (17 de enero de 1818); *Political Review* de Flower (mayo de 1807); recuerdos de Place, en Wallas, *op. cit.*, pp. 41-47, y en Cole y Filson, *British Working Class Movements*, pp. 79-81; Anon., *History of the Westminster and Middlesex Elections*, 1807, pp. 15, 36-37, 145, 157, 345, 379, 437; Comité de Westminster, *An Exposition of the Circumstances which gave rise to the Election of Sir F. Burdett, Bart ...*, 1807. Véase también M. W. Patterson, *Sir F. Burdett*, 1931, I, cap. 10; G. D. H. Cole, *Life of Cobbett*, caps. 9 y 10; C. Lloyd, *Lord Cochrane*, 1947, II parte, cap. 1; S. Maccoby, *English Radicalism, 1786-1832*, pp. 207-208. El relato de Cobbett, aunque no es completamente fiable, es un correctivo para los relatos que proporciona Place (y que se han aceptado de forma demasiado acrítica) que no tienen en cuenta la importancia de las elecciones del Middlesex de los años 1802 y 1804, ridiculizan a Paull y atribuyen el éxito de 1807 sólo al genio organizativo de Place.

sugiere tanto una idea de amplitud como de imprecisión en el movimiento. Los jacobinos de la década de 1790 se identificaban con claridad por su lealtad hacia *Los derechos del hombre* y hacia ciertas formas de organización abierta. El «radicalismo» llegó a abarcar tendencias muy diversas a medida que avanzaba el siglo XIX. En 1807 denota tanto acerca del valor y el tono del movimiento como acerca de cualquier doctrina. Indicaba una oposición intransigente al gobierno; desprecio hacia la debilidad de los *whigs*; oposición a las restricciones de las libertades políticas; denuncia abierta de la corrupción y del «sistema de Pitt»; y apoyo general a la reforma parlamentaria. En las cuestiones sociales y económicas y aunque el radicalismo más coherente era el del populacho de Londres, era lo bastante amplio como para incluir a veces el malestar de los fabricantes o de la pequeña *gentry*.

A pesar de la confusión, las contiendas electorales de 1806 y 1807 tuvieron una importancia real. La causa de la reforma se articuló una vez más. En la Cámara había dos radicales extremos, elegidos por un electorado plebeyo. Existía una revista semanal, editada con talento, que la administración difícilmente podía prohibir y que había demostrado estar fuera del alcance tanto de la influencia *tory* como de la *whig*. Incluso el «padre de la reforma», el comandante Cartwright, había obtenido una renovada popularidad.²² Se oye por primera vez un nombre, el de un *gentleman* agricultor, Henry Hunt, que hizo público un llamamiento a los propietarios del Wiltshire para que siguieran el ejemplo de Westminster. En la misma ciudad se había construido un nuevo tipo de organización electoral; y el comité de Westminster no se autodisolvió, sino que permaneció durante muchos años como prototipo de las organizaciones para la reforma en la época de la posguerra. Durante los siguientes 15 años nombres como Burdett, Cartwright, Cobbett, Hunt, Place se destacan en la historia del radicalismo articulado. Burdett siguió siendo durante varios años el preferido de la multitud de Londres. Cartwright, cuya firmeza sobrevivió a todos los giros de los acontecimientos, promovería los primeros Clubs Hampden. Cobbett fue avanzando, paso a paso, desde la «independencia» a la denuncia completa de la «Vieja Corrupción»; y, por supuesto, de los radicales débiles como Burdett y Place. Hunt actuaría, ora como aliado

22. Además de dar apoyo a Paull y Burdett, Cartwright se presentó en 1806 en su propia ciudad de Boston, sacó 59 votos frente a los 237 que obtuvo el candidato victorioso.

de Cobbett, ora como su rival, oponiendo su maestría en la oratoria de masas a la maestría polémica de Cobbett. Place desarrollaría la política de la penetración reformista y de la alianza entre los artesanos y las clases medias, y actuaría como enlace entre los reformadores benthamitas, las *trade unions* y los grupos de debate plebeyos.

La victoria de 1807 estuvo a medio camino entre las técnicas patrias de Wilkes y las formas más avanzadas de organización democrática. Los avances fueron importantes. Se le había dado un nuevo significado a la idea de «independencia». Hasta entonces, el término había sido un sinónimo de opulencia e interés terrateniente: a menudo se recomendaba a los candidatos *tories* y *whigs* en las *hustings* por su riqueza que, supuestamente, les hacía «independientes» de la necesidad de buscar favores o puestos de los ministros o el rey. La idea de independencia de Cobbett hacía hincapié en el deber de los *electores*, ya fuesen propietarios, gentes con negocios o artesanos, de mantenerse libres del mecenazgo, el soborno y el clientelismo por su propio esfuerzo. El Comité de Westminster todavía había ido más lejos; en tanto que habían organizado la victoria de manera independiente de sus propios candidatos, el *menu peuple* de Westminster había surgido como una fuerza de derecho propio. Además, habían aportado un ejemplo sorprendente de la eficacia de un nuevo tipo de organización electoral, que no dependía de la riqueza o influencia del candidato sino de los esfuerzos voluntarios de los electores. En este sentido, el pueblo de Westminster tuvo la sensación de que la victoria le pertenecía.

Sin embargo, sería equivocado sugerir que el Comité de Westminster dirigía un movimiento «populista» independiente que todavía tenía muy poco de obrero. El electorado (que comprendía cerca de 18.000 cabezas de familia en 1818)²³ incluía a muchos artesanos independientes y a algunos artistas. Pero su tono se lo conferían, de forma progresiva, los maestros con pequeños talleres y las gentes de oficio. El grado de radicalismo de esos grupos fue un factor importante en la vida política de la posguerra, y tuvo una influencia en un sector de las libertades inglesas que demostró ser una fuente de problemas para las autoridades. La mayoría de los procesos judiciales políticos y contra la prensa tuvieron lugar en Londres, y los jurados salían de este medio social. Los tenderos y las gentes de oficio habían convertido los jurados de la década de 1790 en algo conflictivo. Entre los papeles del pro-

23. *Gorgon* (4 de julio de 1818).

curador del Tesoro se han conservado las listas de posibles jurados para los casos de Despard o de O'Coigly, y muestran con qué cuidado los funcionarios judiciales de la corona intentaban eliminar a los simpatizantes jacobinos de los jurados.²⁴ A pesar de sus precauciones, las autoridades recibieron nuevas humillaciones de manos de los jurados de Londres entre 1817 y 1819.²⁵ A partir de entonces, los jurados se volvieron más sumisos, en parte porque las autoridades desarrollaron nuevos refinamientos del sistema de jurados especiales y otros medios de «amañarlos», en parte porque el radicalismo de la *City* (y sus representantes como Aldermen Waithman y Wood) empezaban a estar más y más distanciados del movimiento plebeyo.

Así, la victoria de Westminster apenas les perteneció a los artesanos, por mucho que hubiesen contribuido a ella. Y la misma victoria fue ilusoria en parte. Aparte del hecho de que el requisito de poseer propiedades reducía la elección de los candidatos a los hombres acaudalados, nadie en el Comité General de Place (y Place menos que ninguno) hubiese concebido presentar a uno de ellos como candidato. El escaño era de Burdett, y la función del Comité era apoyarle. Además, el Comité demostró tener, durante los últimos años, serias limitaciones como organización democrática. En 1807 se había creado en el centro de un nuevo impulso democrático. En los últimos años se convirtió fundamentalmente en un grupo que se nombraba a sí mismo —o, como lamentaba Cobbett, en un «caucus»*— y que estaba en parte bajo el control de Burdett y en parte representaba a gentes de oficio y a patronos como Place. Hacia el final de las guerras, Place se había convertido en el confidente de Bentham y James Mill. Se volvió más y más hostil hacia Hunt y Cobbett y hacia los métodos de agitación entre «in-

24. En una de esas listas, de las cuales se iban a sacar los jurados, los nombres estaban marcados con una B (bueno), una M (malo) y una D (dudoso). La mayoría de las M correspondían a gentes de oficio, como un constructor de balanzas, un vendedor de cristalería, un abacero, un velero y diversos cerveceros (un cervecero de Southwark estaba marcado con «muy M»), T.S. 11.333.

25. El jurado que absolvió al doctor Watson de su participación en los molines de Spa Fields (1817) tenía como presidente a un encargado de un despacho de lotería, y los miembros que lo componían eran un botonero, un herrero que hacía áncoras, un pañero de lana, un peluquero que hacía postizos, un quincallero, un platero, un mercero, un zapatero, un trajinero y un farmacéutico; *People* (21 de junio de 1817).

* El uso que se hace de este término en Gran Bretaña es en un sentido estrictamente disciplinario, en particular referido al manejo de las elecciones y al control de los votantes. (*N. de la r.*)

numerables miembros». El Comité de Westminster era un lugar útil desde el cual se podía practicar el enchufismo de forma discreta, según los intereses del moderado y aplicado artesano. Cuando el escaño de Cochrane quedó vacío, en 1818, se prescindió del candidato de Cobbett, el comandante Cartwright, en favor del benthamita radical, Hobhouse. El Comité se fue desvinculando progresivamente de la población obrera de Londres, en la misma proporción que crecía el sentido de aprobación de sí mismo de Place y su disgusto hacia las manifestaciones y las *hustings*.²⁶

En parte, este era un resultado inevitable de la situación en que se encontraban los radicales de 1807. El antijacobinismo no había desaparecido de ningún modo. Cobbett consiguió abrir brecha en la censura casi por accidente, y apenas había otra prensa radical regular. (En 1810, el propio Cobbett fue encarcelado durante dos años a causa de sus ataques relativos a los abusos de malos tratos en el ejército.) El Comité de Westminster sobrevivió como organización electoral, pero las autoridades no tenían la menor intención de permitir un nuevo crecimiento de los clubs populares. Cuando John Gale Jones, el antiguo líder de la SCL, excedió los límites de la prudencia en los debates que había organizado en el «The British Forum», frente al Covent Garden, la Cámara de los Comunes le confinó en Newgate (1810). Y cuando Burdett denunció la ilegalidad de su acción, la Cámara confinó a Burdett en la Torre. Es cierto que casi toda la población de Londres parecía estar del lado de Burdett. Al principio, Burdett se negó a someterse a la Cámara, adoptando la política de desafío de Wilkes y atrincherándose en su casa de Piccadilly. Lord Cochrane se dirigió allí en un coche de alquiler, hizo rodar un barril de pólvora a través de la puerta y se preparó para sembrar de minas todas las entradas y para defender a Burdett con las armas. La gente se apiñó en las calles, y parecía inevitable que se produjesen motines de la misma magnitud que los de 1780. El mismo Place pensaba que el ejército estaba tan descontento que era posible alguna insurrección espasmódica. Pero la misma naturaleza del incidente, con sus teatrales ecos de Wilkes y la confusión entre los líderes radicales, subraya la debilidad de los reformadores. Incluso cuando encabezaban una marea revolucionaria, no tenían organización ni política coherente. Las leyes que ilegalizaron las socie-

dades de correspondencia, que convocaban reuniones políticas abiertas, habían atomizado el movimiento, de modo que el comportamiento individualista y pendenciero de sus líderes era una consecuencia de su situación como «voces» más que como organizadores.

El radicalismo siguió siendo un movimiento defensivo, un movimiento de protesta articulado, que recibía el apoyo de un descontento popular muy extendido. No era todavía una fuerza ofensiva. Si queremos entender el extremismo de Burdett y Cochrane, en 1810, sólo tenemos que leer a Byron. Estos hombres despreciaban la lucha por el poder y las riquezas, la hipocresía de su propia clase y las pretensiones de los nuevos ricos. En su frustración, soñaban quizás, algunas veces, en algún tipo de espasmo revolucionario que derrumbase toda la estructura de la «Vieja Corrupción». Si queremos entender la ira de Cobbett, sólo es necesario que pensemos en las cosas que le enojaban: los contratos que proporcionaban pingües beneficios, los viles escándalos de los duques reales, las subidas de los alquileres y los impuestos y el empobrecimiento de los braceros rurales, los subsidios ministeriales a la prensa, la destrucción de las diversiones populares por parte de los delatores de la Sociedad contra el Vicio. El descontento crecía por cientos de razones. La hostilidad hacia el *press-gang*, los agravios de los soldados mutilados, el agravio de los artesanos desbancados por las empresas, que aparecían de la noche a la mañana, con contratos para la guerra, y, después de Trafalgar, la creciente resaca de oposición hacia una guerra que parecía infinita y sin objetivo.

Escribía un pastor disidente de Sheffield en 1808:

Es muy probable que, siempre que la humanidad se organice en sociedades para la creación de aquel reino en el que las *espadas* se convertirán en *arados* ... los grandes hombres sean quienes sobre todo se opongan a esta tarea gloriosa; en especial, se puede esperar oposición de los *Generales*, *Almirantes*, *Contratistas*, *Representantes* y otros por el estilo; y muchos de los defensores del *Pacífico reino de Cristo* pueden esperar un trato severo en sus malvadas manos.

«El reino de Cristo» se establecerá en el mundo, sólo después de «mu-cha resistencia y de sangre», puesto que el «Diablo y sus enviados» no permitirán que sea de otra forma:

26. Para una visión del funcionamiento del comité, véase A. Aspinall, «The Westminster Election of 1814», *Eng. Hist. Rev.* XL (1925).

¡Qué a menudo he visto a pobres viudas y madres empeñar sus prendas más necesarias para salvar a sus maridos o a sus hijos de las garras de un *reclutador truhán e implacable!* ¡Oh Dios! a cuántas desgracias están condenados los pobres ...

«¡Oh pobreza! ¡Tú eres la ofensa imperdonable! ... ¡No tienes derechos, ni cartas de privilegios, ni inmunidades, ni libertades!»

Ven aquí, *viejo SATÁN*, viejo *Asesino* y haré contigo lo mismo que tú hiciste con uno mejor que yo; luego, te llevaré a «una montaña sumamente grande y elevada, y te mostraré todos los reinos de este mundo *cristiano* y su gloria» ... Ahora, *SATÁN*, mira hacia la *cristiandad* y contempla el abigarrado grupo; Biblias, Espadas -Iglesias, Cuarteles-Capillas, Fortalezas -Ministros de la paz vestidos de negro y hombres de guerra vestidos de rojo y azul- unos *pocos* hombres que actúan como *Salvadores*; millones de hombres cuya única ocupación es sistematizar y practicar la destrucción de los hombres. ... Los verdaderos *Hijos de la Paz* muy poco apreciados, oscuros, olvidados y despreciados. Los *Héroes del Asesinato* y el Saqueo exaltados, alabados, recibiendo honores y pensiones e *inmortalizados* ...²⁷

Esta es una voz salida de la vieja Inglaterra de Winstanley y Bunyan, pero de una vieja Inglaterra que ha empezado a leer a Cobbett. Y nos recuerda lo lejanas que son las elecciones de Westminster para Sheffield, Newcastle o Loughborough. En las tabernas y los cafés de la ciudad, los radicales se podían reunir para discutir y podían sentir la fuerza de su número. De todos los centros provinciales en donde había penetrado la propaganda jacobina con mayor profundidad, sólo Norwich y Nottingham tenían un sufragio lo bastante amplio como para que los radicales pudiesen utilizar el proceso electoral. Birmingham, Manchester, Leeds y la mayor parte de los centros industriales en crecimiento no tenían representación alguna en la Cámara no reformada. Allí, y en las ciudades más pequeñas y los pueblos industriales, la Iglesia y los magistrados vigilaban cualquier signo de «sedición»; incluso un suscriptor del *Register* de Cobbett se podía encontrar en la situación de ser

27. Beaumont, Ministro del Evangelio de la Paz, *The Warrior's Looking-Glass*, Sheffield, 1808. Probablemente el autor era un pastor baptista. Para una nota parecida de protesta cristiana radical contra la guerra, véase el *Cambridge Intelligencer*, y cartas en el *Tyne Mercury*, por ejemplo el 5 de enero de 1808.

marcado. El reformador se sentía aislado, «oscuro, olvidado y despreciado». El triunfo de Westminster sumió en una oscuridad mayor la represión de las provincias.

De ahí que el movimiento radical tomase formas notablemente diferentes en las Midlands y en el norte industrial; una diferencia que influiría en los hechos durante medio siglo. En Londres, los canales entre los reformadores de la clase media y los de la clase obrera permanecieron abiertos; la forma característica de organización era el comité, en donde unos cuantos profesionales trabajaban junto con artesanos autodidactas que tendían a despreciar el atraso político de los peones y de los pobres, desmoralizados y delincuentes. A medida que la represión se suavizó, el foro, la sociedad de debate y el grupo de discusión revivieron. Las periódicas elecciones de Westminster hicieron el papel, al menos, de una válvula de seguridad y fueron una sanción para los tumultos. En las Midlands y en el norte, el radicalismo fue abocado a la clandestinidad, al mundo de las ilegales *trade unions*; llegó a estar asociado con las injusticias industriales, las reuniones secretas y los juramentos. Hasta 1815, ni Burdett ni Cobbett eran conocidos en los centros de la Revolución industrial. El Comité de Westminster no tenía mensaje alguno para los ludistas. Al norte del Trent nos encontramos con la tradición ilegal.

14. UN EJÉRCITO DE REPARADORES

I. LA LINTERNA NEGRA

«¡He aquí la cabeza de un traidor!» En febrero de 1803, el verdugo levantó la cabeza de Edward Marcus Despard ante la multitud de Londres. Él y otras seis víctimas, en su misma situación, habían sido declarados culpables de alta traición (incluyendo la muerte del rey) y todos ellos murieron con valor. Despard declaró que era inocente de aquella acusación, pero que moría porque era «amigo de los pobres y oprimidos». La multitud estaba furiosa y compasiva. La prensa de Londres temía que, si las víctimas eran conducidas por las calles y ejecutadas en Tyburn o Kennington Common, en vez de serlo en Southwark, hubieran motines e intentos de rescate. Entre quienes presenciaron la ejecución se encontraba un joven aprendiz llamado Jeremiah Brandreth. Catorce años más tarde, su propia cabeza era alzada ante la multitud, delante del castillo de Derby: «¡He aquí la cabeza de un traidor!».

Entre Despard y Brandreth se extiende la tradición ilegal. Es una tradición que jamás será rescatada de la oscuridad. Pero podemos aproximarnos a ella desde tres direcciones: primero, tomando en consideración algunas pruebas referentes a la «clandestinidad» entre 1800 y 1802 que todavía sobreviven; segundo, a partir de una cierta crítica de las fuentes históricas; y tercero, a partir del estudio de la tradición cuasilegal de las *trade unions*. Si no tomamos esta precaución, no podremos entender el movimiento ludista, y los años de posguerra de la sublevación de Pentridge, Oliver el espía y la conspiración de la calle Cato.

Hemos visto el origen de la tradición ilegal en las oscuras sociedades de los «Ingleses Unidos» a finales de la década de 1790.¹ En 1800 y 1801 tuvo lugar por toda Inglaterra un estallido de amotinamientos. En su mayoría eran motines de subsistencias provocados por la escasez y la subida vertiginosa de los precios durante el bloqueo continental de Napoleón. Pero también hay indicios de algún tipo rudimentario de organización. Se habían anunciado por adelantado, mediante octavillas, varios motines y «huelgas» de consumidores, en una escala que indica la existencia de una organización de comités que tenían acceso a la imprenta. Desde Londres, en septiembre de 1800:

COMPATRIOTAS

¿Por cuánto tiempo estaréis dispuestos a aguantar, mansa y cobardemente, que abusen de vosotros y medio os maten de hambre una pandilla de esclavos mercenarios y lacayos del Gobierno? ¿Podéis soportar todavía que sigan disfrutando de sus amplios privilegios, mientras vuestros hijos lloran por un trozo de pan? ¡No! no permitamos que existan ni un solo día más. Nosotros tenemos la soberanía, salid pues de vuestro letargo. Acudid el lunes al Mercado de Granos.

Durante seis días se produjeron tumultos en el Mercado de Granos. En noviembre, las octavillas convocaban a las «Gentes de oficio, Artesanos, Oficiales, Peones, etc., a reunirse en Kennington Common»; reunión que sólo fue impedida gracias a una demostración de fuerza militar. En Portsmouth, los trabajadores de los astilleros decidieron «abstenerse de consumir mantequilla, nata, leche y patatas» hasta que bajasen los precios. En Nottingham, sacaron a pedradas de un teatro a algunos oficiales del ejército que pretendían que el público cantase «Dios salve al Rey». También en Nottingham, donde todavía a finales de siglo se plantaba el Árbol de la Libertad con una ceremonia anual, las autoridades interceptaron una carta que describía con entusiasmo un motín de subsistencias, que había tenido éxito, por «la conducta del pueblo que resistió los disparos de la *Yeomanry* con un Valor tan Inaltable que los *Gentlemen* quedaron sorprendidos ...». Pero el escritor añadía un comentario significativo. La multitud ya no estaba dividida en las facciones de «jacobinos» y partidarios de la «Iglesia y el Rey»: «Lo que más mella hizo en los *Gentlemen* fue contemplar la Unión de

1. Véase más arriba, vol. 1, pp. 174-181.

partidos, que no hubiese ... paititas ni se oyese ninguna canción como Dios salve al Rey». Aquí había un cambio importante en las actitudes populares, en las respuestas subpolíticas de «la muchedumbre».²

Mientras tanto, llegaban informes alarmantes al Ministerio del Interior. Parece que los peores centros en conflicto eran Nottingham, el Lancashire industrial (donde se decía que seguían siendo activos los Irlandeses y los Ingleses Unidos) y el West Riding. Podemos juntar todo lo que se conoce con respecto a la última región. La organización se extendió desde el Sheffield jacobino hacia fuera. En septiembre de 1800, se encontró una octavilla clavada abiertamente en un taller: «K -- G -- y el Labrador están ocupados llenando los estómagos vacíos de los pobres con Bayonetas». En diciembre, los magistrados de Sheffield creyeron necesario hacer pública una proclama contra las reuniones «muy concurridas» que tenían lugar en los campos por las noches. Se le enviaron varios informes a Earl Fitzwilliam, *Lord-Lieutenant** del condado. En una de esas reuniones, que estaba anunciada para estudiar los medios más adecuados para reducir el precio de las provisiones, un espía oyó hablar de picas y armas; cuando reconocieron al espía, le expulsaron. La población se incorporaba a las sociedades secretas y prestaba juramento solemne de confabulación: «existe un sistema de organización que avanza —los comités secretos— y una preparación de armas hostiles». Cerca de Sheffield tenían lugar frecuentes reuniones: «por la noche a las diez, un orador enmascarado arenga a la población, lee cartas de sociedades lejanas a la luz de una vela y luego, inmediatamente, las quema». No se admitía a nadie en el campo si no daba el santo y seña a un grupo de centinelas.³

Hacia marzo de 1801, la alarma se había extendido hasta Leeds y Huddersfield, donde los magistrados temían que «entre los órdenes más bajos se proyectase una Insurrección». Había «personas que iban de un lado para otro intentando persuadir al Pueblo de que se juramentase para apoyarse mutuamente en el momento de regular y bajar el Precio de los productos de primera necesidad». Una carta de los magistrados del Lancashire afirmaba que en enero había tenido lugar algún tipo de

2. H. O. 65.1; J. Ashton, *Dawn of the Nineteenth Century in England*, 1906, p. 19; D. V. Erdman, *Blake, Prophet against Empire*, pp. 317-319; Hammond, *The Town Labourer*, p. 291.

* Principal autoridad ejecutiva de un condado, jefe de la magistratura nombrado por el soberano. (N. de la t.)

3. Fitzwilliam Papers, F 44 (d), (e).

reunión representativa de «delegados» del Yorkshire, Birmingham, Bristol y Londres, en el vecindario de Ashton-under-Lyne. Al mismo tiempo, expiró el plazo de las *Two Acts* de Pitt (aprobadas a finales de 1795) que prohibían las reuniones sediciosas y suspendían el hábeas corpus. Aunque cualquier tipo de correspondencia organizada entre grupos individuales siguió siendo ilegal, una vez más volvió a ser técnicamente lícito convocar reuniones públicas. En cuestión de semanas se habían convocado mítines de protesta, a menudo mediante octavillas escritas a mano, en multitud de lugares muy alejados unos de otros. En el Yorkshire, se convocaron mítines en Sheffield, Wakefield, Dewsbury, Bingley. En Bingley a principios de abril, se distribuyeron secretamente las octavillas por debajo de las puertas y en los puestos del mercado, llamando a la población a asistir a una manifestación de la «asociación de Amigos de la Libertad». El objetivo del mitin era manifestarse contra el precio excesivo de los víveres, «desenmascarar el fraude y cualquier tipo de Gobierno Hereditario, disminuir la presión de los Impuestos, proponer planes para la educación de la infancia indefensa y el mantenimiento confortable de los viejos y los afligidos ... extirpar la horrible práctica de la guerra»:

¿Vais a soportar que abuse de vosotros una Mayoría de lacayos mercenarios, alcahuetes del Gobierno: tratantes de granos, *placemen*, pensionistas, parásitos, etc., mientras vosotros Morís de hambre por falta de Pan? No permitamos su existencia ni un día más, nosotros tenemos la Soberanía ... Sacad la Constitución de su escondrijo y que esté abierta al examen público; Haced que la Tierra tiemble hasta su mismo centro ...⁴

«Parece que hay agitación —informaba un Comité de Materia Reservada de la Cámara de los Comunes— para convocar de pronto numerosos mítines en diferentes partes del país, el mismo día a la misma hora, hasta un punto que, si no se impide, puede poner materialmente en peligro la paz pública.» Hacia finales de abril, se volvió a poner en vigor la *Seditious Meetings Act*, y se suspendió el hábeas corpus por otro año.

Inmediatamente, la agitación volvió de nuevo a la clandestinidad. Una vez más, podemos intentar seguir su historia en el West Riding.

4. *Ibid.*, F.45 (a).

Durante el verano de 1801 siguieron habiendo reuniones, sobre todo por la noche; Batley, Ossett y Saddleworth se añaden a la lista de centros de la agitación. En julio de 1801, parece que se reunió en Halifax algún tipo de comité representativo, con delegados de las ciudades textiles y un orador de Sheffield. Se habló de prestar juramento o «unirse» a los Británicos o Ingleses Unidos, cuyo principal centro de actividades pudo estar al otro lado de los Peninos, en Bolton. A todos los que ingresaban se les exigía responder afirmativamente a tres preguntas: 1) ¿Deseaban un cambio total de sistema? 2) ¿Estaban dispuestos a arriesgarse en una lucha para liberar el futuro? 3) «Estás dispuesto a hacer todo lo que esté en tu mano para crear el Espíritu del Amor, la Hermandad y el Afecto entre los amigos de la libertad y a no perder ninguna oportunidad de dar toda la información política que puedas ...» Desde Leeds se informa de otra reunión representativa que había tenido lugar en agosto; se pospuso, según un magistrado, con una resolución de que no había «motivo para hacer otras Reuniones adicionales hasta que los Franceses desembarcaran». Un magistrado de Wakefield asintió: «... su objetivo es una Revolución y el levantamiento de los desafectos depende completamente de que el enemigo invada el país».⁵

Por aquel entonces las reuniones se habían extendido tanto que se mencionaban en el *Leeds Mercury*, cuyo editor, Edward Baines, había sido en otro tiempo secretario de un club «jacobino» de Preston, pero que ahora estaba ansioso por desvincularse completamente de «todas las asociaciones secretas con fines políticos». Desde un editorial observó que la costumbre de hacer reuniones políticas nocturnas se había vuelto «muy frecuente». Había razones de peso para suponer que estaban motivadas por «malos designios» y alguna sospecha de que existía una correspondencia secreta con Francia. Acusaba a los reformadores de esconderse en «oscuras madrigueras como bandidos criminales». El escrito de Baines motivó una dura réplica por parte de Benjamin Flower, cuyo *Cambridge Intelligencer* fue (junto con el *Sheffield Iris* de Montgomery) el último de los periódicos de los reformadores que luchó hasta el siglo XIX. En noviembre de 1800, Flower había publicado un llamamiento general para hacer una manifestación pública en favor de la paz: el pueblo (decía) «se da cuenta y es consciente de que el resultado de la guerra y los impuestos [es] elevar el precio de todos los

5. *Ibid.*, F.45 (a), (d).

productos de consumo». Ahora Flower acusaba a Baines de ser un «contemporizador», de ayudar a los propagandistas de la «Iglesia y el Rey», de difamar a los reformadores (que no tenían otra alternativa que reunirse en secreto) con el libelo de la «correspondencia francesa», y de alentar: «este sistema corrupto y disoluto que ha arrasado una gran parte de Europa, asesinado a millones de nuestros semejantes, le ha robado al pueblo de este país sus más valiosos derechos y ha llevado el reino al borde de la ruina». Esta brecha, que se abría entre el viejo radicalismo punitivo de hombres como Flower (que no tenían el riesgo de ser procesados o de hacer agitación entre las masas de descontentos) y el cauteloso radicalismo «constitucional» de tipo *whig* de Baines, iba a crecer en cuanto a trascendencia a medida que avanzaba el siglo XIX.⁶

Parece que, cuando se ratificaron los preparativos de la paz en octubre, hubo una tregua interrumpida sólo por la alegría popular. Más tarde, en el invierno de 1801-1802 se volvieron a hacer de nuevo informes sobre reuniones «nocturnas» en el West Riding, y de protestas contra el impuesto sobre la malta, el impuesto sobre las ventanas, y las restricciones a la libertad. Aunque la paz llegó en marzo de 1802, las reuniones nocturnas siguieron y, a pesar de todos sus esfuerzos, los magistrados no pudieron identificar a ninguno de sus líderes. En una carta del alcalde de Leeds a Earl Fitzwilliam, de agosto de 1802, hay un relato completo de una reunión:

Con respecto a las reuniones nocturnas, éstas siguen, aunque nunca se sabe el lugar hasta que se realizan. El viernes por la noche, cerca de la medianoche, se hizo una reunión en el camino de una hondonada o estrecho valle que está a unas seis millas de Leeds y unas dos de Birstall, a cierta distancia de cualquier carretera pública. Un hombre que merece toda mi confianza me asegura que intentó formar parte del grupo, pero se encontró con que, a cierta distancia, había vigilantes por todas partes, el más lejano de ellos se le acercó e intentó que se fuera en otra dirección. Al continuar adelante se encontró con otra línea móvil de vigilantes, que le preguntaron qué quería y al insistir él en que quería llegar al grupo de hombres de la «Linterna Negra», hicieron un silbido y oyó tales expresiones y tonos de voz que le disuadieron de su propósito. De lo que alcanzó a oír podía recordar con facilidad que se espera-

6. *Leeds Mercury* (1 de agosto de 1801); E. Baines, *Life of Edward Baines*, 1851, p. 51; *Cambridge Intelligencer* (15 de noviembre de 1800, 8 de agosto de 1801).

ba a algunas personas en particular a las que llamaban *gentlemen* y que todavía no habían llegado. ...

Por otra fuente de la que me puedo fiar, sé que el comité que forma la «Linterna Negra», y en el que el viernes por la noche debieron participar unos 200 hombres, está compuesto por quienes han discutido el tema con otros nueve y les han admitido bajo juramento, cada uno de los cuales a su vez, *ad infinitum*, se convierte en miembro del Comité por el mismo sistema. Los temas sobre los que disertan los líderes y el cemento que les mantiene a todos unidos son la «Abolición de todos los impuestos, y el disfrute de sus derechos». «Hacia Navidad deberían poder alcanzar sus objetivos y en una noche tendrían lugar el levantamiento en todas partes.»⁷

Cualquiera que fuese su organización, tenían acceso a la imprenta. En junio de 1802, un magistrado del West Riding envió al Ministerio del Interior una pequeña octavilla que contenía una «Proclama a los Británicos Unidos». Proponía unir «en una cadena de entendimiento» a todos aquellos que pretendieran derrocar a los opresores de la nación:

Llaman TRAICIÓN a la LIBERTAD independiente de un pueblo sabio, porque temen que la justicia caiga sobre sus culpables cabezas ...⁸

En otoño, procesaron a dos hombres de Sheffield, William Lee y William Ronkesley, por prestar juramentos secretos. Se afirmaba que, entre octubre de 1801 y agosto de 1802, habían pertenecido a una asociación secreta, que tenía 1.000 miembros en Sheffield, y que había fabricado picas y tenía depósitos de armas enterradas. Los que mandaban la organización eran «Directores y Jefes» que adiestraban a los miembros por las noches. Sus objetivos eran inconcretos, pero (escribió el alcalde de Leeds a Fitzwilliam) «existe una idea entre los pobres, de que no deberían pagar los Impuestos. ... Miles de ellos albergan la Secreta Convicción y Alientan la Esperanza de que las Cosas están Madurando».⁹ Lee y Ronkesley fueron condenados a 7 años de deportación.¹⁰

7. H. O. 44.66, Transcrito por completo en Aspinall, *Early English Trade Unions*, pp. 52-53. El original se encuentra en Fitzwilliam Papers, F.45 (d).

8. R. Walker, a H.O. 28 de junio de 1802 (carta adjunta), H.O. 42.64.

9. J. Dixon, 17 de julio de 1802; W. Cookson, 27 de julio de 1802; J. Lowe, 3 de diciembre de 1802, todo en Fitzwilliam Papers, F.45 (d).

10. L. T. Rede, *York Castle in the Nineteenth Century*, pp. 198-201.

En noviembre detuvieron a Despard y sus compañeros en Londres. En diciembre llegaron más informes acerca de la preparación de armas en Sheffields. En fecha tan tardía como agosto de 1803, un informador le dijo a Fitzwilliam que los juramentos y la fabricación de picas continuaban. La organización secreta «ha impregnado a la gran mayoría de la Población de los distritos manufactureros de este País», le escribió al ministro, a pesar de su escepticismo habitual. «Un gran número de miembros del Ejército y la Milicia estaban juramentados», con el mismo juramento que se había prestado en el asunto de Despard. Entre los distritos había enviados especiales: «Muy poca cosa se confía al papel, pero cualquier cosa que sea se destruye inmediatamente después de ser comunicada». «Los Dirigentes jamás se reúnen en sus propias ciudades: cuando tienen motivo para consultar se van lejos de sus casas.»¹¹ Después de esto la «Linterna Negra» parece apagarse.

Durante el mismo período, llegaron informes parecidos del sur del Lancashire y de las Midlands. Sin duda, existía algún tipo de organización clandestina que intentaba convertir el descontento respecto de la subida de los precios y la escasez de víveres en un canal revolucionario. Existen demasiadas pruebas, y éstas provienen de fuentes demasiado independientes, para que se pueda sostener la ficción histórica aceptada de que la «sedición» no existía a no ser en las imaginaciones de los ministros, magistrados y espías. Pero en este punto las fuentes sólo nos conducen a la oscuridad. ¿Tenían los «Británicos Unidos» alguna existencia real a nivel nacional? ¿Estaba el coronel Despard en conexión con ella y con las organizaciones clandestinas del Lancashire y el West Riding? ¿Había vínculos con Francia y con Robert Emmet en Dublín? ¿Siguió existiendo la organización clandestina después de 1802?

El proceso contra Despard reveló poco, aunque sugirió mucho. El coronel Despard procedía de una familia terrateniente irlandesa y tenía un distinguido historial militar. «Estuvimos juntos en tierras españolas —declaró Nelson, que fue citado por la defensa para declarar en el juicio—. Dormimos muchas noches juntos, vestidos sobre el suelo, hemos medido juntos la altura del muro enemigo. Y en todo ese tiempo ... ningún otro hombre hubiera mostrado una fidelidad más apasionada a su Soberano y a su País que el coronel Despard.»¹² Nelson te-

11. Fitzwilliam Papers, F.45 (e). El informador, añade Fitzwilliam, es «un hombre juicioso y laborioso, no es joven, pero no creo que haya muchas razones para considerar que sea la frívola mentira de un charlatán poco serio ...»

12. Cf. *London Gazette* (18 de julio de 1780); «Apenas se disparó alguna arma pero la apuntó el capitán Nelson, del *Hinchinbroke*, o el lugarteniente Despard, mecánico primero ...».

nía tan bien conceptuado a su camarada de armas que había esperado que llegase a uno de los puestos más distinguidos dentro del ejército. Pero todo esto había ocurrido muchos años antes; los dos hombres no se habían vuelto a ver desde 1780. A partir de 1772, Despard había servido de forma continuada en las Indias Occidentales y en la Honduras inglesa, hasta su retirada con media paga en 1790. En apariencia fue el prototipo de muchos oficiales de aquella época que, al no poseer riqueza ni influencia suficientes para obtener reconocimiento, se encontraron con que les estafaban en la promoción, les adelantaban los bobos de capirote que tenían intereses en la corte, recibían acusaciones de mala conducta de parte de sus rivales y se quedaban sin poder hacer nada, durante años, en los corredores del poder.¹³ En Despard podemos encontrar algo de la misma mezcla de agravios privados de un oficial en activo y del descontento general respecto de la corrupción y la falta de sinceridad de la vida política que convirtieron a lord Cochrane en un radical.

Pero además, Despard era irlandés, y alrededor de 1796 o 1797 se había llegado a comprometer tan profundamente con la causa de la independencia irlandesa que, tanto en el comité de la Sociedad de Correspondencia de Londres como en los círculos más oscuros de los Irlandeses Unidos y los Ingleses Unidos de Londres, era el representante de aquella. Formaba parte del grupo con el que había contactado O'Coigly en la Taberna de Furnival.¹⁴ A principios de 1798, el Consejo privado había recibido diversas informaciones referentes a sus actividades que sugerían que estaba creando una organización militar clandestina, en la cual se mezclaban los estilos del soldado isabelino con fortuna y del revolucionario del siglo XIX. Aunque los fines de la organización eran jacobinos, a quienes se alistaban al servicio de Despard se les prometía un rango elevado y una recompensa en el caso de triunfar. Encarcelado durante la suspensión del hábeas corpus entre 1798 y 1800, el caso de Despard fue importante entre quienes formaban parte de la agitación, «¡Abajo la Bastilla!», de sir Francis Burdett y de la multitud de Londres. Parece que cuando le dejaron en libertad, en 1800, volvió a ponerse manos a la obra para crear su ejército revolucionario.

Le detuvieron la última semana de noviembre de 1802, en El Bla-

13. Para la temprana carrera de Despard, véase sir Charles Oman, *The Unfortunate Colonel Despard*, 1922; J. Bannantine, *Memoirs of E. M. Despard*, 1799.

14. Véase más arriba, vol. 1, p. 175.

són de Oakley, en Lambeth, en compañía de casi cuarenta obreros y soldados. En su proceso, se probaron algunos hechos fuera de toda duda. Despard y algunos de sus asociados habían ido, durante los meses anteriores, de un lugar de reunión a otro en las tabernas del Londres obrero: El Caballo Veloz en Newington, Las Dos Campanas y El Coche y los Caballos en Whitechapel, El Pueblo y el Molino de Viento en Haymarket, El Oso Pardo y El Caballo Negro en St Gile's, El Corazón Sangrante en Hatton Garden. En todos estos lugares su compañía estaba constituida por obreros y soldados, con una elevada proporción de irlandeses, y verdaderamente se discutía algún tipo de conspiración jacobina.

Durante su juicio o también en la prensa del momento se alegaron otros hechos que deben contemplarse de forma más crítica. Así, se dijo que guardias jacobinos, tanto en los cuarteles de Chatham como en los de Londres, habían alistado un número considerable de seguidores, vinculados a la conspiración por juramentos secretos. A los prisioneros se les encontraron documentos referentes a los «objetivos constituyentes» de su sociedad:

La independencia de Gran Bretaña e Irlanda; Una igualación de los derechos civiles, políticos y religiosos; Una provisión holgada para las familias de los héroes que caerán en la lucha.

Una recompensa liberal para los méritos destacados; Estos son los objetivos por los cuales luchamos, y para conseguir estos objetivos juramos estar unidos.¹⁵

Se había invitado a los soldados a incorporarse a esta «Sociedad en favor de la Constitución» con el fin de «luchar para romper las cadenas del cautiverio y la esclavitud». La organización tenía (según se decía) por lo menos siete divisiones y ocho subdivisiones sólo en Southwark, con divisiones adicionales en el Borough, Marylebone, Spitalfields y Blackwall, sobre todo entre los «jornaleros, oficiales y soldados rasos», marineros sin trabajo y estibadores irlandeses. Era una organización paramilitar, con «diez hombres en cada compañía, y cuando ascendían a once, el undécimo tomaba la dirección» de una nueva compañía. Cada compañía estaba dirigida por un «capitán», cada grupo de cinco com-

15. En el Yorkshire, en 1802, se encontraron unos documentos idénticos; Fitzwilliam Papers, F.45 (d).

pañías constituía una «subdivisión» dirigida por un «coronel». Por otra parte, si bien éste era el modelo, no parece que se llevara a la práctica de forma general. Según un testigo, Despard decía que: «una organización regular en Londres constituye un peligro para nosotros, porque está bajo la vigilancia del Gobierno; pero una organización regular en el campo es necesaria y, creo, general...». Una organización de este tipo en Londres sería «una imposibilidad moral». Pero citaba Leeds, Sheffield, Birmingham, Manchester y Chatham como centros «rurales» en donde existía ese tipo de organización, y con los cuales afirmaba estar en contacto.

El proceso trajo a colación otras acusaciones adicionales. El coronel Despard y su ejército revolucionario fueron acusados de preparar un *coup d'état* inminente. Se iban a tomar por asalto la Torre y el Banco, los cuarteles serían tomados desde dentro, se abrirían las prisiones y se asesinaría o se haría prisionero al rey. Se afirmaba que Despard había dicho: «Lo he meditado todo profundamente, y Dios sabe que tengo el corazón endurecido». Entre los conspiradores se conocía a los miembros del gabinete como «los Devoradores de Hombres». El asalto a la Torre o la detención del rey serían la señal para que la multitud de Londres se sublevase; y los coches del correo (que abandonaban Londres desde un punto central situado en Piccadilly) serían «detenidos como señal para los habitantes del campo de que en la ciudad se habían sublevado».

No existen pruebas reales que indiquen que el proceso contra Despard fuese una «estratagema», aunque en aquel momento se creyese ampliamente en su inocencia¹⁶ y se haya transmitido esta idea a través de la tradición *whig* de la historia. Es cierto que los testigos de la corona eran personas de mala reputación; en particular John Emblin, un antiguo relojero jacobino, y uno de los guardias, que volvieron en su contra las pruebas del rey, y el segundo de los cuales renegó de la vida de su propio hermano. También es cierto que buena parte de las pruebas referentes a la conspiración en el ejército sólo implicaban a Despard de forma indirecta y pudieron ocurrir con independencia de él o incluso en contra de su opinión; mientras que los detalles más coloristas refe-

16. Véase, por ejemplo, C. F. Mortimer, *A Christian Effort to Exalt the Goodness of the Divine Majesty, even in a Memento, on Edward Marcus Despard, Esq. And Six Other Citizens, undoubtedly now with God in Glory*, 1803, que cita a Mateo cap. 28, vers. 12: «Dieron Grandes Sumas de Dinero a los Soldados, etc.»

rentes al intento de asesinato del rey y al asalto de la Torre pudieron haber sido inventados para la ocasión. Por otra parte, ni Despard ni su defensa dieron la más mínima explicación a propósito del objeto de aquellas frecuentes reuniones en oscuras tabernas de Londres, en las que un *gentleman* de la categoría de Despard era un cliente desacostumbrado. Despard sólo rompió el silencio que había mantenido durante su proceso y el de sus compañeros de conspiración, después de que se dictara la sentencia de muerte. Y entonces lo hizo para protestar:

Vuestra Señoría me ha atribuido el papel de persuasor de esos hombres; no creo que nada de lo que ha aparecido en el proceso, o las pruebas alegadas contra mí, prueben que soy el persuasor de esos hombres.

En las circunstancias en que se dijo, esto sólo se podía tomar como una admisión de que existía una conspiración, pero que Despard, lejos de iniciarla, se introdujo en ella por medio de otras personas, respecto a la identidad de las cuales mantuvo un leal silencio.

«El coronel Despard —escribió Francis Place (que había trabajado con él en el comité de la SCL) en un manuscrito, unos treinta años más tarde— era ... un hombre caballeroso, singularmente apacible; un hombre con un corazón singularmente bueno.» El «orador» Hunt, cuyo primer contacto con las ideas jacobinas lo tuvo cuando (estando encarcelado por la judicatura real) se encontró con Despard, escribía de una manera similar, «un caballero apacible». ¿Debemos aceptar los relatos que dicen que su grupo de partidarios era «microscópico» o que «es difícil explicar la locura de su conspiración a no ser que estuviera trastornado»?¹⁷ La situación de Irlanda en 1798 era suficiente para trastornar la mente de cualquier patriota irlandés. Y si suponemos (como razonablemente lo podemos hacer) que Despard y su círculo tenían acceso a antiguos contactos de la SCL así como de los «Irlandeses Unidos» en Inglaterra,¹⁸ y que existía algún vínculo impreciso entre ellos

17. Véase Cole y Postgate, *The Common People*, p. 163; H. W. C. Davis, *The Age of Grey and Peel*, p. 95.

18. Al menos otro de los conspiradores, Charles Pendrill, había sido con anterioridad un miembro dirigente de la SCL. Estuvo encarcelado, en 1798-1800, en la prisión de Gloucester junto con Binns. Era oficial zapatero (anterior patrono), de la calle Tooley. Aunque se le citó en los juicios como uno de los principales conspiradores, se le dejó en libertad con la amnistía decretada después de ejecutar a Despard y sus asociados; reapareció haciendo un papel conspirativo similar, en 1817. Véase más adelante, p. 244.

y una organización como la «Linterna Negra» en el Yorkshire,¹⁹ entonces la conspiración era un asunto serio. Además, los motines de la flota nos recuerdan que de ningún modo era inconcebible la existencia de una organización revolucionaria en el ejército. Al igual que la armada, el ejército hervía de injusticias respecto de la paga, el alojamiento, el cuidado de los familiares, la disciplina y los malos tratos. A los soldados, entre los que había muchos irlandeses, se les permitía vestirse de paisano por las tardes y mezclarse con los obreros y los artesanos en las tabernas de Londres. Existían pocas precauciones de seguridad, y los emisarios jacobinos podían acceder con facilidad a los alojamientos de los soldados en los cuarteles; como lo harían Bamford y Mitchell en 1817. Hoy en día nos parecería inverosímil que un guarda granadero bautizara a su hijo «Bonaparte»; pero este era el caso de uno de los asociados de Despard. La afirmación de la corona de que por lo menos 300 soldados del tercer batallón de los guardas y 30 o 40 del primer batallón estaban implicados en la conspiración puede parecer poco probable; pero las seis víctimas seleccionadas junto con Despard para ser juzgadas y ejecutadas eran guardias, y este ejemplo indica que el gobierno estaba seriamente inquieto por el alcance de la conspiración.

Cuando adquirimos una visión completa de las pruebas, nos damos cuenta de que el asunto Despard debe considerarse como un incidente de significación real en la historia política británica. Unía las luchas de los nacionalistas irlandeses (Despard tenía algún contacto con Robert Emmet) con las quejas de los obreros de Londres, y de los cardadores de paños y tejedores del norte de Inglaterra. Fue un último estallido del viejo jacobinismo de la década de 1790 que sufrió, junto con Despard, una seria derrota. El asunto pareció justificar la política de «alarma» del gobierno y la suspensión de las libertades populares. También sirvió para iniciar, entre un pequeño grupo de ultrajacobinos, la estrategia (o, quizá, la fantasía) del *coup d'état*. Este seguiría siendo el objetivo de pequeños grupos de Londres hasta la época de la conspiración de la calle Cato (1820), mientras que la idea de extender la señal de una sublevación general deteniendo los coches del correo volvería a aparecer en la época cartista.

Despard se llevó con él la mayor parte de sus secretos. Si, como

19. En 1801 detuvieron a varios «Ingleses Unidos» en Bolton, y uno de ellos, Callant, fue ejecutado más tarde bajo la acusación de apartar a los soldados de su deber; W. Brimelow, *Political History of Bolton*, 1882, I. p. 14; G. C. Miller, *op. cit.*, p. 404.

afirmaba, era inocente de la acusación de urdir el asesinato del rey y el gobierno, de todos modos no ofreció ninguna explicación adicional respecto de los objetivos de su sociedad. Según se cuenta, en el cadalso dijo:

Sé que por el hecho de haber sido enemigo de las sangrientas, crueles, coactivas e inconstitucionales medidas de los ministros, éstos han decidido sacrificarme en nombre de lo que ellos llaman un pretexto legal ... Conciudadanos, os deseo salud, felicidad y prosperidad; y aunque yo no viva para disfrutar de las bendiciones del cambio providencial, estad seguros, ciudadanos, de que llegará el momento, y lo hará con prontitud, en que la gloriosa causa de la Libertad realmente triunfará ...

Si Despard era inocente de complicidad en la conspiración que existía entre los guardias, es posible que, por cuestión de honor, fuese imposible una defensa porque hubiese implicado a otras personas. Pero la acusación también escondió su jugada, limitando el proceso a las pruebas de ciertos hechos evidentes y afirmando que estaba en posesión de más información que provenía de informadores que no se habían dado a conocer en el proceso, puesto que «seguirían estando fuera de sospechas ... para la futura seguridad del Estado». Se rumoreaba que no se habían revelado las pruebas referentes a la complicidad francesa, porque cuando tuvo lugar el proceso Gran Bretaña estaba todavía en paz con Francia. Según declaraba el *Morning Post*, Despard

era de la opinión, de que no se haría una revolución mediante vastas asociaciones ... sino con un pequeño partido de hombres desesperados que, habiendo asestado un fuerte golpe, como el asesinato del Rey, y sembrado la consternación por la ciudad, encontrarían miles de seguidores. ... Los pobres ... creen que es un mártir. ... ¿Acudirá el cuerpo decapitado de Despard a todas las tabernas para multiplicar por cien sus prosélitos?²⁰

20. El presente relato de la conspiración de Despard se basa en: J. H. Gurney, *The Trial of Edward Marcus Despard*, 1803, en especial las pp. 33, 36, 44-45, 72, 73, 79, 115, 127, 137, 174, 269; T.S. 11.332; T.S. 11.333; «Narración de John Oxlade» (anotada por Place) en Add. MSS. 27809; *Leeds Mercury* (27 de noviembre de 1802); *Morning Post* (22 de febrero de 1803); State Trials at Large, *The Whole Proceedings at the Trials of Colonel Despard*, 1803, p. 78. Quince años más tarde, Oliver informó acerca de una conversación sostenida con uno de los principales conspiradores, Charles

II. LA SOCIEDAD OPACA

Durante algunos años parecería que la alarma expresada por el *Morning Post* había sido excesiva. El movimiento clandestino no se volvió a manifestar de nuevo hasta 1811, y entonces lo hizo en forma de un violento conflicto industrial: el movimiento ludista. Los ataques ludistas se limitaban a objetivos laborales determinados: la destrucción de telares mecánicos (Lancashire), tundidoras mecánicas (Yorkshire) y resistencia a la ruptura de la tradición en la industria de los calceteros de bastidor de las Midlands. ¿Debemos investigar más allá de las injusticias económicas y laborales inmediatas para explicar sus acciones?

Proponemos una respuesta diferente. Pero al intentar dar cualquier respuesta, el historiador se enfrenta a dificultades de interpretación de las fuentes que deben explicarse. Desde la década de 1790 hasta 1820 estas fuentes están extraordinariamente nubladas por el partidismo:

En primer lugar, está el partidismo consciente de las autoridades; desde Pitt a Sidmouth el gobierno seguía una sola política. El descontento debía ser rodeado y aislado; y eso se debía hacer atribuyéndole la sospecha de conspiración probonapartista o (a partir de 1815) de intenciones violentas e insurreccionales. Sucesivas comisiones de materia reservada de la Cámara (1801, 1812, 1817) presentaron fantásticas e indemostradas aseveraciones de existencia de redes insurreccionales. En un sentido, el gobierno necesitaba conspiradores para justificar la continuación de una legislación represiva que impedía la existencia de una organización popular a nivel nacional.

Pero el mito de que todos los reformadores eran agentes franceses o conspiradores puso en marcha una curiosa lógica. No sólo significó que los reformadores fueron obligados a adoptar formas de actuación oscuras y secretas. También significó que las autoridades, con el fin de penetrar en aquellas formas, se vieron en la necesidad de emplear espías e informadores en una escala desconocida en cualquier período anterior. La línea que separaba al espía del *agent provocateur* era confusa. Al informador se le pagaba a destajo; cuanto más alarmista era

Pedrill: «Reconoció que los Soldados estaban profundamente implicados y muy decididos.» En una ocasión, se reunieron cerca de 200 soldados armados en las casas próximas a la Torre, estaban dispuestos a intentar dar el *coup* y Pedrill «parecía estar seguro de que aquella vez se podía haber tomado la Torre con facilidad y que los soldados la hubiesen entregado, pero el número de los que comparecieron era despreciable». Narración de Oliver, en H.O. 40.9.

su información, más lucrativo era su oficio. La información falsa podía ser aceptada con ansia por parte de las autoridades que propagaban el mito. A un cierto nivel, es imposible saber hasta qué punto las mismas autoridades eran víctimas del engaño por lo que se refiere a conspiraciones que sus propios informadores inventaban. Era posible adoptar una política de provocación liberada con el fin de aislar y aterrorizar a los revolucionarios potenciales. En este sentido, fue la política de Pitt, al reprimir las sociedades de correspondencia, la que puso en marcha la lógica que condujo tanto a Oliver el espía como a la sublevación de Pentridge de 1817. Estos años revelan un modelo de pruebas falseadas tan sucio, que podemos lamentar que aquella lógica no llegase por sí misma al final que le era apropiado. Si los conspiradores de la calle Cato hubiesen conseguido su objetivo de asesinar al gabinete, le habrían eliminado unos conspiradores engendrados por su propia política represiva y armados por sus propios espías. 24.

Así pues, las pruebas que las autoridades presentaban, referentes a una clandestinidad conspiradora entre 1798 y 1820, son dudosas y algunas veces carecen de valor. Esta era, por supuesto, la principal línea de contraataque de los reformadores contemporáneos, incluyendo a Burdett y a Samuel Whitbread. En un momento dramático, en 1817, H. G. Bennet, diputado por Shrewsbury, arrojó al suelo de la Cámara el informe del comité de materia reservada, declarando que era una difamación contra «todo el pueblo ... basura que sólo merece que la pisotee con mis pies». Sucesivos historiadores han adoptado el mismo punto de vista, sea porque actúan con una preocupación escrupulosa por las leyes de los hechos, sea por simpatía hacia los reformadores o, más recientemente, por una flemática suposición de que cualquier actividad revolucionaria concreta se debe excluir como no inglesa, sin previo examen. Como reacción frente a los mitos de las conspiraciones jacobina y spenceana, han propagado el contramito del «constitucionalismo» inglés, y han depositado una gran confianza en la fuente de información alternativa más importante: los archivos (manuscritos, memorias, folletos, recortes, etc.) recogidos por Francis Place.

Estos archivos tienen un valor incalculable. Pero Place estaba lejos de ser esa mítica criatura, el «observador objetivo». También él era sumamente partidario, estaba profundamente implicado en las disputas radicales que desfiguran por completo el período 1806-1832, y no era tolerante con sus oponentes: a Cobbett le consideraba sólo como «un cobarde jactancioso sin principios», al orador Hunt como «insolente,

enérgico y vulgar». Como investigador oficial de los problemas de la clase obrera para los utilitaristas, cuando empezó a escribir sus memorias ansiaba subrayar la contribución de los moderados y minimizar la importancia de los «agitadores de la muchedumbre». Además, entre los reformadores avanzados le consideraban profundamente sospechoso. En 1810 fue presidente de un jurado de primera instancia que exculpó al impopular duque de Cumberland de la bien fundada sospecha de haber asesinado a su ayuda de cámara; era conocido que se relacionaba con personas a quienes los radicales consideraban indeseables; tanto Burdett como Hunt le acusaron públicamente de ser un «confidente». La acusación es ridícula: en general los confidentes eran un tipo más repugnante de seres. Por otra parte, después de 1810, Place estaba tan convencido de la necesidad de una reforma constitucionalista, que si hubiese llegado a tener pruebas respecto de una conspiración insurreccional muy bien podría haberlas comunicado a las autoridades. De ahí que, cuando hagamos referencia a los archivos de Place, debamos recordar que, aunque estaba bien situado para reunir información sobre los movimientos reformistas metropolitanos y sobre las *trade unions* y los clubs de oficio más «respetables», había áreas sobre las cuales su información era tan incompleta como la de las autoridades; sabía muy poco de las Midlands y el norte, poco acerca de la organización ilegal de *trade unions* y en el caso de que hubiese existido cualquier movimiento político clandestino serio, desde luego, sus organizadores no hubiesen admitido a Place en sus secretos.²¹

Y aquí nos acercamos al corazón del problema. Porque la tercera razón por la cual las fuentes son oscuras es que los obreros *se proponían* que así fuera. «Propósito» es un término demasiado racional. En Inglaterra había, ciertamente, dos culturas. En los centros de la Revolución industrial surgían nuevas instituciones, nuevas actitudes, nuevas pautas de comportamiento comunitario que, de forma consciente o inconsciente, estaban configuradas para resistir la intrusión del magistrado, el patrono, el párroco o el confidente. La nueva solidaridad no era sólo una solidaridad *con*, también era una solidaridad *contra*. Desde el punto de vista de las autoridades las dos terceras partes del problema consistían en obtener algún tipo de información fiable. Los magistrados cabalgaban por vecindarios atestados, situados a pocos cientos de

21. Addenda MSS. 27809, folios 16, 17. Véase también W. E. S. Thomas, «Francis Place and Working Class History», *Hist. Journal* (1962), p. 61.

yardas de sus residencias, y eran recibidos como extranjeros hostiles. Eran más impotentes para descubrir las sedes de las *trade unions* que los filibusteros de Pizarro para descubrir cálices de oro en los pueblos del Perú.

I

De ahí que los documentos del Ministerio del Interior (que son las principales fuentes de primera mano) sean a menudo de lectura confusa. Al igual que viajeros desconocedores del terreno que pisan, los magistrados y los jefes se encontraban a merced de los informadores. Una sociedad de socorro mutuo podía parecer un foco de sedición a un hombre que jamás hubiese pensado acerca de lo que costaba un entierro a los pobres. Un vociferante predicador callejero podía parecer un agente de Despard. Los patronos podía *desear* helar la sangre de los magistrados con historias de jacobinos para asegurarse un trato severo para con los sindicalistas. Los *J.P.s* iban a la caza de noticias de poca importancia que provenían de informadores (pagados o anónimos) y de diversos alcahuetes como taberneros, viajeros y soldados. Aquí encontramos la solemne transmisión al *Lord-Lieutenant* del West Riding del chisme que el barbero había traído aquella mañana. Allí encontramos otro, escrito desde Barnsley en 1802, para decir que «todas las mujeres hablan de forma misteriosa. Existe una expectación general en torno a no saben qué». Y más allá encontramos a un ministro metodista que escribe al duque de Portland acerca de una Gran Asociación de revolucionarios, con sede en Bolton en 1801; la historia provenía de un «amigo confidencial» que la obtuvo del «líder de los Cantantes Metodistas» del templo de Sheffield, quien a su vez la obtuvo de otra persona.²²

Por supuesto, este tipo de chismorreos carece de valor. Pero debemos observar bastante más de cerca el papel de los informadores. Los ingleses tenían la fervorosa creencia de que el empleo de espías en los asuntos internos no era británico, y pertenecía al «sistema de espionaje continental». En realidad, era una parte antigua del arte británico de gobernar, así como de la práctica de la policía, que se remonta a la época en que Christopher Marlowe fue cazado en sus propias redes; y el espionaje y contraespionaje contra los católicos, la *Commonwealth* y los

22. Fitzwilliam Papers, F.44 (a), 45 (d); R. F. Wearmouth, *Methodism and the Working-Class movements of England, 1800-1850*, p. 60. Compárese con la carta de T. A. Abdy al duque de Portland, 20 de diciembre de 1795, que daba información de «mi propio guardabosque, que gracias a su situación tiene la oportunidad de saber más cosas de las que yo, como magistrado, conozco...»: H.O. 42.37.

j. cobitas nos sitúan en el siglo XVIII. Se apoyó en una práctica delictiva (y llegó a estar muy extendido durante los 50 años que van desde 1780 a 1830) por razones completamente diferentes. La misma incapacidad de las fuerzas de policía regular había conducido al sistema de «pago según los resultados», o de recompensa graduada (o boletos de Tyburn) a cambio de conseguir diferentes grados de condena. Y eso, a su vez, había alimentado un tipo de intermediario nauseabundo que se aprovechaba de la revelación de delitos, que tenía interés en agrandar o incluso en inventar. A principios del siglo XIX se produjeron varias revelaciones asombrosas de provocaciones de este tipo en casos puramente criminales, y sin duda muchos otros pasaron inadvertidos. Se persiguió a los ludistas como si se tratase de cualquier grupo de delincuentes culpables, mediante amplias recompensas a cambio de información que condujese a la condena. Joseph Nadin, el destacado jefe auxiliar de policía de Manchester había incurrido en la sospecha de sacar provecho de la venta de boletos de Tyburn obtenidos por procedimientos ilegales. En 1817, el Banco de Inglaterra procesó a 124 personas por falsificar o poner en circulación billetes de banco falsos, y la prensa radical explicó casos en los que informadores que cobraban dinero manchado de sangre «colocaron» billetes de banco falsificados a víctimas inocentes y luego obtuvieron la recompensa por su condena.²³

De modo que tanto la tradición política como la criminal reafirmaban el empleo de espías y, en especial después de 1798, esto se reforzó con la experiencia obtenida en la «pacificación» de Irlanda. Pero los espías empleados de este modo eran de muy distintas categorías. Las autoridades en pocos casos podían seleccionar e introducir a hombres con algún nivel de educación y talento, cuando se trataba de movimientos políticos radicales: el «Ciudadano Groves», que consiguió penetrar en los consejos secretos de la SCL en 1794, era un hombre de ese tipo. Sin embargo, la gran mayoría de los informadores pertenecen a la tradición de los mercenarios que cobran «dinero manchado de sangre». Los intentos recientes de disipar algo del odio que tradicionalmente se

23. Para el conjunto del sistema de información criminal y sus abusos, véase L. Radzinowicz, *op. cit.*, I, pp. 333 y siguientes; Southey, *Letters from England*, 1808, 2.ª ed., I, p. 173; Hazlitt, «On the Spy System», *Works* VII, pp. 208 y siguientes. Para Nadin, véase D. Read, *Peterloo*, Manchester, 1957, p. 65. Para las falsificaciones de billetes de banco, véase el *Black Dwarf*, 1816-1818, *passim*; *Duckett's Dispatch* (9 de febrero de 1818); H. Hunt, *Memoirs*, 1822, III, p. 483.

les ha tenido a esos hombres, presentándolos como «detectives» que realizaban un trabajo peligroso pero honorable, según su punto de vista, están equivocados.²⁴ Quizá sea posible dar esa visión de un espía en época de guerra, incluso en una guerra civil; pero no en una guerra como la que libraban Pitt o Sidmouth contra los reformadores, con unas fuerzas tan desigualmente situadas. Además, estos informadores se dividen en dos grupos. En primer lugar, estaban aquellos que se habían indispuesto con la autoridad de algún modo y que compraban su inmunidad frente al procesamiento (o se aseguraban librarse de la cárcel) entrando en el oficio. El terreno más favorable para reclutar a ese tipo de espías eran las cárceles de deudores. En el cambio de siglo, un ejemplo particularmente repugnante de este tipo de recluta, llamado Barlow, se alojaba en las posadas de Manchester y Sheffield (e intentaba comprometer a reformadores de clase media) y escribía con frecuencia lastimeras cartas al Ministerio del Interior pidiendo dinero, no sólo para cubrir sus gastos corrientes sino para pagar antiguas deudas, cosa que (según afirmaba) se le había prometido al entrar en el empleo. Parece que sobrepasó los límites de la discreción, y una de sus cartas mendicantes está anotada con malhumor (quizá por el duque de Portland) de la siguiente manera: «Si era necesario algún argumento más para librarse de Barlow, esta carta seguramente lo proporciona. Soy partidario de pagarle 20 libras y despedirle sin demora.»²⁵ Los contactos entre el gobierno y Castle, Oliver y Edwards (escribía un escocés que había llegado a ser informador, por motivos menos deshonorables, y que se había avergonzado de su propio oficio) «se originaban todos en la prisión de Fleet».²⁶

El segundo grupo de informadores comprendía a los renegados que, habiendo sido reformadores activos, se habían convertido en espías para salvar su propia piel o por dinero; o, más sencillamente, de mercenarios voluntarios accidentales que intentaban vender información a tanto la «pieza». Para los hombres de ambos grupos las ideas del honor y el

24. Véase por ejemplo, A. F. Fremantle, «The Truth about Oliver the Spy», *Eng. Hist. Rev.*, XLVII (1932), p. 601; R. J. White, *From Waterloo to Peterloo*, cap. 13.

25. Barlow, 16 de noviembre de 1799, P.C. A.164. De hecho, Barlow no fue despedido en esta ocasión puesto que (quizá debido a que percibió hacia donde soplaba el viento) empezó a enviar largos informes detallados sobre las organizaciones ilegales.

26. A. B. Richmond, *Narrative of the Condition of the Manufacturing Population*, 1825, p. 159. Véase también (para Oliver) la declaración de Charles Pendrill en el *Political Register* de Cobbett del 16 de mayo de 1818.

deber profesional apenas eran relevantes.²⁷ Por otra parte, es equivocado suponer que, en consecuencia, los informes de esos hombres carecen de valor. Los hombres malos pueden ser útiles a una causa mala.²⁸ Si es posible intentar hacer generalizaciones a partir de la extraordinariamente diversa colección de documentos (informes escritos y cartas, transcripciones de declaraciones verbales, confesiones de condenados, etc.) que se encuentran entre los papeles del Ministerio del Interior, el procurador del Tesoro y el Consejo Privado, éstas podrían adoptar la siguiente forma:

1. El informador tenía, ciertamente (como observaron los Hammond y otros autores), una tendencia profesional a exagerar de manera sensacionalista sus informaciones. Cuanto más mercenarios eran sus motivos, más se preocupaban de proporcionar el tipo de información que sus patronos querían comprar.

2. Sin embargo, los patronos no eran necios del todo; hecho que se pasa por alto demasiado a menudo. Ellos eran conscientes de esa tendencia. Los magistrados estaban interesados en obtener una información exacta. Les disgustaba que les enviaran a misiones absurdas en busca de depósitos de armas inexistentes, o perder el tiempo persiguiendo a los demagogos de taberna. Con frecuencia tomaban la precaución de contratar a más de un informador (sin que se conociesen unos a otros) como medio de contrastar la información. Los *J.P.s* que enviaban información al Ministerio del Interior tenían por costumbre añadir algún tipo de comentario referente a la credibilidad de la información.

3. Sin embargo, esas informaciones son una especie de espejo distorsionador para contemplar la historia, no sólo porque la mayor parte de los espías tendían a hacer una interpretación delictiva incluso de actividades «inocentes», sino debido a la información que *no* enviaron. Ésta abarca, por supuesto, las preocupaciones y los intereses de la mayoría menos política y más apática. Pero también abarca regiones en-

27. Sobre el sistema de espionaje político en general, véase F. O. Darvall; *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, 1934, caps. 12 y 14; Hammond, *The Skilled Labourer*, cap. 12; F. W. Chandler, *Political Spies and Provocative Agents*, Sheffield, 1933; W. J. Fitzpatrick, *The Secret Service under Pitt*, 1892.

28. Fitzwilliam le escribió a Pelham acerca de un espía: «... un sinvergüenza consumado, un tipo que no puede tener peor reputación... pero por muy despreciable que sea, quizá no es el peor de mis Agentes a la hora de obtener secretos relativos a los Desafectos»; 25 de septiembre de 1802, Fitzwilliam Papers, F.45 (d).

teras de Gran Bretaña. Debemos pensar no sólo en los motivos de los espías, sino también en los motivos de los *J.P.s* que les contrataban. Visto desde la Oficina del Registro Público, Bolton parece haber sido el centro más insurreccional de Inglaterra, desde finales de la década de 1790 hasta 1820. Pero no está de ningún modo claro si ello se debía a que los habitantes de Bolton tenían una actitud excepcionalmente revolucionaria, o a que Bolton soportaba a dos magistrados extraordinariamente celosos —el reverendo Thomas Bancroft y el coronel Fletcher—, los cuales empleaban espías (o «misionarios») en una proporción excepcional.

Este aspecto es importante, porque durante la mayor parte de este período Inglaterra estuvo gobernada por los *tories*. Un magistrado que escribiese con diligencia al Ministerio del Interior probablemente era, o bien un *tory* fervientemente antijacobino, o estaba interesado en ganarse el favor del gobierno por alguna razón más privada. Durante el mismo período, muchos de los informes que provenían del Yorkshire eran más lacónicos que los que provenían del Lancashire, aunque no hay razón alguna para creer que Sheffield o Barnsley tuviesen un carácter menos revolucionario que Manchester o Bolton. El Yorkshire tenía una magistratura de carácter *whig* con un *Lord-Lieutenant* (Fitzwilliam) *whig* a quien no le gustaba el intervencionismo *tory* en los asuntos de su incumbencia. Y el mismo argumento es aplicable a muchos *J.P.s* de la «vieja escuela», ya fuesen *whigs* o *tories* en sus lealtades. El mantenimiento del orden era un asunto local, responsabilidad de la aristocracia local, y el hecho de escribir largas cartas al Ministerio del Interior era innecesario, fastidioso y un tanto humillante.

De hecho, este celo de la autoridad central condujo a muchos embrollos extraordinarios. Sucesivos ministros del Interior depositaron su confianza en magistrados de celo probado, cuya autoridad se extendió más allá de sus propios límites. Los oficiales del ejército de rango superior y los magistrados daban informes sobre la actividad o apatía de unos y otros. Durante la crisis ludita, al señor Lloyd, un activo procurador de Stockport, se le animó a que extendiese su autoridad en el Yorkshire, incluso hasta el punto de hacer que los testigos de la corona se fueran al otro lado de los Peninos. En los años de la posguerra, el coronel Fletcher de Bolton tenía a menudo fuentes de información más completas sobre los reformadores de Manchester que la judicatura local. Cuando Sidmouth envió directamente a Oliver a las Midlands y el norte, en 1817, éste se encontró más de una vez en peli-

gro de ser detenido por los *J.P.s* locales que creían que era un revolucionario *bona fide*.

De modo que debemos tener presente que los documentos del Ministerio del Interior proporcionan una visión distorsionada, no sólo en este o aquel asunto particular, sino como conjunto. Debemos leer, no sólo entre líneas de las cartas que se enviaban, sino también las cartas que jamás se llegaron a enviar.

4. Se puede afirmar, en general, que las autoridades tuvieron más éxito, tanto a nivel nacional como local, en infiltrarse en las organizaciones políticas ilegales que en las organizaciones de tipo industrial, y en los organismos regionales que en los locales. Las razones para que fuera así son evidentes. Para un informador era más fácil hacerse pasar por un jacobino o un radical que por tundidor o tejedor de punto. Las sociedades políticas reunían gentes que provenían de una región amplia y de diferentes grupos sociales; las *unions* ilegales o los grupos ludistas surgieron en los talleres y las comunidades en las que todos se conocían. Siempre era en el punto de unión de una ciudad o una región con otra donde el espía podía infiltrarse con mayor facilidad.

5. Cuando se tienen presentes todos estos aspectos, sólo nos quedan dos reflexiones por hacer. La primera es la perogrullada de que cada informe independiente se debe examinar con cuidado, siguiendo las reglas normales de comprobación de datos. Es necesario advertir esto, porque se ha puesto un tanto de moda desechar *todos* los informes de este tipo bajo el supuesto de que no son fiables, o por lo menos todos aquellos que no se adecuan a una interpretación determinada. Pero hay muy pocos informes que no proporcionen algún asidero para realizar una crítica de la fuente: la corroboración o contradicción de su contenido con otras fuentes, la evidencia interna, la probabilidad intrínseca, etc. Podemos tomar dos ejemplos, ambos de 1817. El primero de ellos es el relato de un informador acerca del discurso de un reformador de Manchester:

Luego dejó constancia de la situación del pobre y sus hijos. El Hijo dice a su Padre: dame un poco de pan, el padre responde: No tengo; el Hijo dice: ¿Es que no hay pan?; el Padre dice: sí, hay en abundancia pero los Tiranos o los Ladrones nos lo roban. Vosotros (refiriéndose al pueblo) debéis extender vuestras manos y recuperarlo de nuevo.²⁹

29. Informe del discurso de Bagguley, en H.O. 40.4.

El segundo ejemplo es una carta dirigida a un abogado de la corona:

Señor Litchfield hay una cosa que no estoy seguro de haberos mencionado pero he creído más oportuno comunicársela y es que se han situado pequeños Destacamentos en Diferentes Lugares dentro y fuera de Londres para impedir que el Gobierno envíe despachos a cualquier parte del país a no ser que se mande un soldado a caballo con ellos ... lo cual ha sido propuesto por el joven Watson y Thistlewood y todos los demás estuvieron de acuerdo.³⁰

¿Es necesario destacar el contraste? El primero parece ser tan creíble como cualquier información escrita por un reportero inexperto. Es evidente que el informador quedó impresionado, a su pesar, por este fragmento del discurso y ha reflejado el estilo del orador demócrata con mayor intensidad que las versiones «literarias» que habitualmente se publicaban en la prensa radical. El autor del segundo es el conocido *provocateur*, John Castle, el «protector» de la dueña de un prostíbulo, cuyas pruebas quedaron hechas trizas en el proceso de Watson, en 1817. Pero incluso en el caso de que no supiésemos esto, su estilo le traiciona desde la primera línea. Lucha con su pluma analfabeta haciendo un esfuerzo para congraciarse con las autoridades. Esto no significa que cada palabra de su declaración sea una mentira. Significa que se debe fumigar cada palabra antes de poder admitirla en la disertación histórica.

La otra reflexión es la siguiente. Lejos de verse envuelto en multitud de dificultades a causa de una serie de impostores, es impresionante la extraordinaria habilidad con la que el gobierno consiguió, entre 1792 y 1820, anticiparse a los avances revolucionarios serios y mantener una corriente constante de información fiable respecto de las conspiraciones insurreccionales. Se situaron con éxito confidentes en la SCL (aunque sólo se consiguió situarlos en el centro de forma intermitente). Descubrieron cierta cantidad de información acerca de los Irlandeses y los Ingleses Unidos. Se infiltraron y desbarataron la conspiración de Despard. Con el tiempo (pero sólo de forma parcial y después de grandes dificultades) se infiltraron en ciertos distritos ludistas. Como veremos,

30. John Castle, 6 de marzo de 1817, T.S. 11.351. [La ortografía del texto inglés es tan confusa que no permite reconocer algunas palabras; la traducción es, por consiguiente, un tanto libre y en ella no constan faltas ortográficas. (N. de la t.)]

en los años de la posguerra, el gobierno sabía todos los detalles de la conspiración que culminó en la Sublevación de Pentridge, antes de que ésta tuviese lugar; al mismo tiempo que se vigilaba y seguía a Arthur Thistlewood desde 1816 hasta su muerte en el cadalso en 1820. En Manchester, «la persona a la que designamos con la letra B» fue nombrada tesorero para recoger suscripciones para la defensa del coronel Despard; y el mismo, u otro «B», fue nombrado tesorero de un «comité secreto» cuasiludita en 1812; mientras que él y otros confidentes estaban completamente enterados de toda la evolución del Lancashire entre 1816 y 1820.³¹ Las ideas sobre la tradicional estupidez de las clases dirigentes británicas se desvanecen al conocer los documentos del Ministerio del Interior.

En verdad, se podría escribir una historia convincente del jacobinismo inglés y del radicalismo popular únicamente en términos del impacto del espionaje sobre el movimiento. Durante sus primeros años la SCL se dio cuenta de las actitudes demasiado entusiastas y provocativas adoptadas por los típicos confidentes. En 1794 se acusó (equivocadamente) a un tal Jones, de Tottenham, de ser un espía, debido a sus violentas propuestas que, se afirmaba, tenían el «objetivo de *compro-meter* a la Sociedad». Jones (según informaba Groves, el verdadero confidente, con un toque irónico) se lamentaba de que:

Si un Ciudadano hacía una Propuesta que parecía fogosa de algún modo, se le consideraba un espía que el Gobierno hubiese enviado para infiltrarse entre ellos. Si un Ciudadano se sentaba en un Rincón y no decía nada estaba observando sus procedimientos para poder informar mejor acerca de ellos ... los Ciudadanos no sabían cómo comportarse.³²

En 1795, en un intento de velar por la seguridad, se introdujo en la SCL un nuevo reglamento que incluía la siguiente Norma de Orden:

Las personas que pretendan interferir en el orden, con la pretensión de mostrar entusiasmo, valor, o con cualquier otro motivo, deben considerarse sospechosas. Una actitud ruidosa raras veces es un signo de valor, y el entusiasmo extremado es a menudo una forma de encubrir la traición.³³

31. T.S. 11.333 y más adelante, p. 176.

32. Groves, 21 de julio de 1794, T.S. 11.3510 A (3).

33. Addenda MSS. 27813.

Pero tales normas, una vez que se habían hecho, podían ser burladas por un actor capaz de modificar su estilo. Y el radicalismo político apenas había empezado a rehacerse, después de la guerra, cuando se encontró con los sobresaltos de Castle y Oliver. Aquí podemos encontrar una explicación de la fragmentación del radicalismo de las posguerras y la mayor confianza depositada en los periodistas que en las organizaciones.³⁴

Por esta razón, la tradición *política* secreta se nos aparece, o bien como una serie de catástrofes (Despard, Pentridge, calle Cato), o más bien como un goteo de propaganda tan secreta y en pequeña escala, y tan rodeada de sospecha, que apenas tuvo efecto alguno, excepto en aquellos lugares en los que dio lugar a una unión con la tradición *industrial* clandestina. Esta unión se produjo en el movimiento ludista, y en Nottingham y el Yorkshire los ludistas tuvieron un éxito extraordinario en la resistencia a la infiltración de espías. Aquí las autoridades se enfrentaban a una cultura obrera tan opaca que (a menos que un prisionero ludista se desmoronase en un interrogatorio, por miedo al cadalso) resistió todo tipo de penetración. Cuando mandaron a Nottingham a dos magistrados de la policía, con mucha experiencia, éstos enviaron el siguiente informe al Ministerio del Interior: «casi todo aquel que pertenece a la clase más baja, tanto en la ciudad como en el campo, está de su lado».³⁵

Y llegados a este punto podemos hacer varias observaciones evidentes, referentes al estudio del ludismo en particular. Si durante esos años hubiese existido un movimiento clandestino, por su misma naturaleza, no hubiese dejado testimonios escritos. No hubiese tenido periódicos, ni libros de actas y, puesto que las autoridades inspeccionaban el correo, hubiese mantenido muy poca correspondencia. Se podría esperar, quizá, que algunos de sus miembros hubiesen dejado memorias personales; y sin embargo, hasta este momento, no han aparecido relatos de primera mano escritos por luditas y que hayan sido autenticados. Muchos de los luditas activos, aunque sabían leer y escribir, no eran ni lectores ni escritores. Además, tenemos que mirar desde 1813 hacia adelante. El ludismo acababa en el patíbulo; y en cualquier momento de los siguientes 40 años, declarar que uno había sido un instigador ludita

34. Véase más adelante, en especial las pp. 214-215.

35. Informes de Conant y Baker, 26 de enero de 1812, en H.O. 42.119. (También existe copia en la Nottingham Reference Library.)

podía atraer la atención, nada bienvenida, de las autoridades, y quizás incluso las recriminaciones de la comunidad en la que todavía vivían los familiares de aquellos que habían sido ejecutados. Los luditas que habían dejado atrás su pasado tenían tan pocas ganas de que les recordasen su juventud como un hombre que tenga antecedentes delictivos. Respecto a aquellos que no lo habían dejado atrás, debemos recordar que la corriente revolucionaria y de conspiración avanza hacia adelante durante los años 1816-1820, 1830-1832, y hasta los últimos años del cartismo. La cultura obrera de las Midlands y el norte que nutría el cartismo partidario de la utilización de la fuerza física, en 1848 apenas era menos opaca a los ojos del investigador agudo que la de los años de la guerra. Frank Peel escribió sobre aquellos luditas «a quienes se les perdonó la vida y que siguieron viviendo en el país»,

es curioso observar que muchos de ellos al parecer siguieron participando durante el resto de sus vidas en todos los movimientos políticos y sociales que siguieron, y que en alguna medida estaban prohibidos por la ley.

La mayor parte de ellos se convirtieron en seguidores de Cobbett, Hunt y Feargus O'Connor. Un viejo ludita (cuenta Peel) que jamás hubiese revelado ninguno de los secretos del ludismo, sin embargo en su etapa enil cantaba canciones luditas a sus nietos; otro se trasladó a escondidas del Yorkshire al Lancashire, y le encarcelaron más de 25 años después, por haber participado en el movimiento cartista; otro permaneció «taciturno y silencioso» acerca del ludismo hasta que murió.³⁶ En los pueblos de los tejedores de punto de las Midlands, al igual que en el West Riding, las reuniones a medianoche, los entrenamientos y la retórica insurreccional siguieron durante 40 años. Existen leyendas sobre armas de los luditas enterradas en 1812 y desenterradas en las crisis subsiguientes. Estos recuerdos, tal y como han sobrevivido, se transmitieron como una tradición secreta.

Por supuesto, las historias de los supervivientes no empezaron a salir a la luz pública en letra impresa, hasta las décadas de 1860 y 1870; y un hombre que en 1811 tuviese 21 años, tendría unos 80 en 1870. En el West Riding había varios de esos supervivientes, y sus historias fue-

36. Frank Peel, *The Risings of the Luddites*, Heckmondwike, edición de 1895, pp. 269-270.

ron reunidas por los historiadores locales con benevolencia y (hasta donde se puede opinar) con cierta precisión. Puesto que esas obras son la forma última que ha adoptado una tradición verbal secreta, se deben considerar como fuentes históricas serias.³⁷

En Nottingham nos enfrentamos a una circunstancia confusa y misteriosa. Al menos uno de los líderes de los tejedores de punto era un hombre con un talento político y literario excepcional. Graverer Henson (1785-1852) fue un hombre que admite comparación con Francis Place, en un sentido, y con John Doherty, en otro. No existía (escribió un contemporáneo) «asociación de oficio en los tres condados de las Midlands, durante los primeros cuarenta años de este siglo, que ... Henson no conociese». En 1812 era el espíritu motor del comité de los tejedores de punto, que fue verdaderamente un primo del movimiento ludita. En los años siguientes le encarcelaron (1817) durante la suspensión del hábeas corpus, y más tarde jugó un papel dirigente en la campaña por la revocación de las *Combination Acts*. Era un autodidacta, rechoncho, «con un cuello corto, pequeños y penetrantes ojos, y una cabeza muy ancha por la base, que se levantaba haciendo un ángulo hasta una altura excepcional». Estaba sumamente bien informado sobre las leyes relativas a la industria y el sindicalismo, publicó la primera parte de una *History of the Framework-Knitting and Lace Trades* (1831), y escribió para la prensa radical y local. En el distrito de Nottingham tenía fama de haber sido ludita, incluso de haber sido el mismo «General Ludd». Esto casi con toda seguridad es falso; pero sin ninguna duda, Henson *conocía* la mayor parte de la historia ludita. Y sin embargo, un escritor tan fluido como él mostraba, hacia el final de su vida, una «decidida renuencia» a entrar en detalles sobre el tema. Desde luego, se dice que dejó valiosos manuscritos, que revelaban los secretos del ludismo, en manos de un «miembro influyente» de la corporación de Nottingham, «con el acuerdo de que se darían a conocer al público cuando la muerte de ciertas partes implicadas hiciese desaparecer la única dificultad». Pero esos manuscritos jamás han aparecido; qui-

37. Algo de ellas encontramos en *Shirley* de Charlotte Brontë —casi todas desde el «otro» bando— y en A. L., *Sad Times*, Huddersfield, 1870, y en D. F. E. Sykes y G. Walker, *Ben o' Bill's, The Luddite*, Huddersfield, sin fecha, y Frank Peel, *The Rising of the Luddites*, 1.ª ed., 1880. Véase mi introducción a la reimpresión de Peel, que se hizo en 1968.

zás el «miembro influyente» prefirió llevárselos con él a la tumba.³⁸

Lejos de desacreditar la historia de la existencia real de un movimiento ludita clandestino, la «renuencia» de Henson a revelar los hechos le da más peso. Y llegados aquí, debemos pasar de la crítica de las fuentes a la especulación constructiva. Desde Despard hasta Thistlewood, y más allá de ellos, existe un tratado de historia secreta, sepultado debajo del mar como la gran llanura de Gwaelod. Debemos reconstruir lo que podamos.

III. LAS LEYES CONTRA LA ASOCIACIÓN

Una de las «manos ocultas» detrás del desorden, de la que más sospechaban las autoridades, era Thomas Spence. Se creía que los spenceanos habían instigado los motines de subsistencias de 1800 y 1801, aunque cuando en el último año se había juzgado y encarcelado a Spence había sido por causa de sus publicaciones sediciosas. En 1817, una vez más, una comisión especial de la Cámara había detectado una conspiración organizada por la «Sociedad de Filántropos Spenceanos». Por otra parte, Place afirmaba que los spenceanos no estaban «al lado de nadie ni de nada», eran «inofensivos y simples».

Volvamos a los sucesos de 1816-1817. Pero es probable que, hasta la muerte de Spence en 1814, la descripción de Place sea la más cercana a la verdad. Spence no poseía ni la discreción, ni la aplicación práctica, para ser un conspirador serio. Por otra parte, su grupo mantenía vivo un cierto tipo de descontento clandestino en Londres, con inscripciones hechas con tiza y burdas octavillas. Y algo más importante, en el contexto de la represión, Spence no creía en la necesidad de un movimiento clandestino centralizado y disciplinado. Su política era la de *difusión* de la agitación. En marzo de 1801, los spenceanos acordaron organizarse de la forma más libre posible, a base de «predicadores ambulantes». Los seguidores formarían sociedades, que se reunirían en las bodegas «siguiendo unas formas libres y sencillas y sin cargar-

38. W. Felkin, *History of the Machine-Wrought Hosiery and Lace Manufactures*, 1867, pp. XVII, 240-241; *Nottingham Review* (19 de noviembre de 1852); W. H. Wylie, *Old and New Nottingham*, 1853, p. 234. En una de las versiones, el «miembro influyente» era Alderman John Bradley. El descubrimiento de estos manuscritos tendría un gran interés.

se con reglas»; su función era charlar y hacer circular los folletos del ciudadano Spence. (Una sociedad que se llamaba «Libre y Sencilla» se reunía cada martes en El Vellochino en la calle del Pequeño Molino de Viento, en 1807.) Parece que su propósito era hacer que el descontento fuese tan amorfo, que las autoridades no pudiesen encontrar ni centro, ni recursos organizativos.³⁹

Estos no eran los métodos utilizados por la «Linterna Negra» ni por el ludismo. Pero nos proporciona algún indicio de la misma política de difusión. Porque la tradición ilegal, desde 1800 a 1820, nunca tuvo un centro. Nunca hubo una conspiración babuvista de los iguales, ni Buonarroti alguno que enviase emisarios arriba y abajo del país; y si nos ponemos a buscar alguna, cometemos el mismo error que las autoridades. El jacobinismo había empezado a ser algo propio de las comunidades obreras, exactamente en el mismo momento en que había perdido su centro nacional, así como la mayor parte del apoyo de la clase media. El «espíritu socrático» de Thelwall se hizo entonces endémico en los talleres y las fábricas de los viejos centros de propaganda jacobina como Sheffield, Nottingham, el sur del Lancashire, Leeds. Esta era en parte una tradición consciente. Grupos de painitas, que se conocían y confiaban unos en otros, se reunían en secreto; *Los derechos del hombre* pasaban de mano en mano; en Merthyr, según un pintoresco relato «unos cuantos que valoraban sumamente sus *Derechos del hombre* y su *Edad de la razón* se reunirían en lugares secretos de las montañas y, sacando las obras escondidas bajo grandes piedras o cosas parecidas, las leían con gran unción».⁴⁰ Mayhew escribió el relato de un viejo vendedor de libros de Londres que solía vender libros de «Tom Paine a hurtadillas»:

Cuando alguien compraba un libro y quería pagar ... el triple de lo que estaba marcado, le daba la «*Edad de la razón*». ... Su puesto siempre había sido un puesto piadoso, y a menudo tenía uno o dos ejemplares de la «*Anti-Jacobin Review*» ... aunque tenía «Tom Paine» en un cajón.⁴¹

39. O. D. Rudkin, *Thomas Spence and his Connections*, pp. 122-123, 146-147; Adenda MSS. 27808.

40. C. Wilkins, *History of Methyr Tydfil*, 1867. Según el mismo relato, «hombres religiosos llevaban los clavos de sus botas dispuestos de modo que formasen las letras T.P., para dejar, de forma figurada, la huella de Tom Paine por donde pasaban».

41. Mayhew, *op. cit.*, 1, p. 318.

En Sheffield todavía se reunían los «*old Jacks*» para beber a la salud de Paine y para cantar «Dios Salve al Gran Thomas Paine»:

Los hechos son sediciosos
 Cuando tienen que ver con cortes y Reyes,
 Se reclutan ejércitos.
 Se construyen cuarteles y cárceles,
 La inocencia carga con la culpa,
 Se derrama sangre de la forma más injusta,
 Los dioses están asombrados ...⁴²

Después de la ejecución de Despard, los grupos de painitas de las comunidades fabriles, como éste, perderán cualquier vínculo a nivel nacional. Se retiraron a sus propias comunidades, y su influencia se configuró a través de los problemas y las experiencias locales. Sólo en las épocas de gran malestar tenderán puentes, con una precaución extrema, primero para establecer contactos regionales y más tarde para establecerlos a nivel nacional. Pero en la medida en que se retiraron, sus ideas se conformaron, a su vez, según las peculiaridades de cada comunidad. Los focos de descontento pasarán a ser económicos y laborales; en Bolton o en Leeds, era más fácil organizar una huelga o una manifestación por el precio del pan, que una discusión política, una petición o una insurrección. Los jacobinos y los painitas desaparecieron, pero la demanda de los derechos humanos empezó a difundirse con mayor amplitud que antes. La represión no destruyó el sueño de una república igualitaria inglesa; disolvió los vínculos de lealtad que todavía quedaban entre los obreros y sus patronos, de modo que el descontento se extendió en un mundo al que las autoridades no tenían posibilidad de acceder. Un indignado magistrado que era eclesiástico, el reverendo J. T. Becher, daba su propia versión sobre el origen del ludismo:

Atribuyo ... los atropellos a esos principios jacobinos que los Reformadores de Nottingham han transmitido con rapidez a las clases infe-

* Jacobinos. (N. de la t.)

42. John Wilson, *The Songs of Joseph Mather*, Sheffield, 1862, pp. 56-57. Cf. B. Brierley, *Failsforth, My Native Village*, pp. 14-16. (Facts are seditious things / When the touch courts and Kings. / Armies are rais'd. / Barracks and bastilles built, / Innocence charge with guilt, / Blood most unjustly spilt, / Gods stand amaz'd ...)

riores; las cuales, en muchos casos, les han convertido en objetos de aquella organización secreta y malévolamente complot que ellos mismos promovieron con sus perniciosos ejemplos, sus arengas inmorales y su Prensa sediciosa para conseguir sus proyectos facciosos. Así se introdujeron y se protegieron los males hasta convertirse en algo *íntimamente incorporado a la situación de la sociedad* en este y en otros distritos fabriles.⁴³

Detrás de este arrebató se esconden hostilidades complejas. Becher como *tory* (que representaba en su propia persona tanto a la Iglesia, como al rey) opinaba que a los calceteros de Nottingham les había salido el tiro por la culata. Algunos habían sido reformadores en la década de 1790; eran disidentes; habían participado en las peticiones a favor de la paz en 1801; habían contribuido a destituir a un diputado *tory* en 1802, con acompañamiento de motines y del *Ça Ira*. (Irónicamente, el mismo diputado, Daniel Parker Coke, restituido en su escaño en 1803, demostró prestar más atención al problema de los tejedores de punto que los patronos *whigs* de aquéllos.) Ahora, los dientes de dragón que 10 años antes habían sembrado en la plaza del mercado de Nottingham se estaban levantando en armas a su alrededor. Pero Becher tenía razón al observar que aquello que durante un tiempo había sido propaganda de una minoría se había convertido ahora en algo «íntimamente incorporado a la situación de la sociedad». Y el tronco sobre el cual se había injertado el jacobinismo era la *trade union* ilegal.

Existen pocas pruebas respecto de cualquier decisión deliberada, por parte de los painitas, de «infiltrarse» en las *trade unions* y en las sociedades de socorro mutuo.⁴⁴ Pero es una equivocación separar en nuestra mente el descontento político y la organización laboral, en cualquier fecha anterior a la década de 1840. En las sociedades de socorro mutuo que, aunque eran legales, tenían prohibido establecer vínculos a nivel regional o nacional, se cumplía a menudo la norma de «no hacer política». Algunos de los clubs de oficio viejos tenían una tradición similar. Pero en las comunidades fabriles probablemente el comienzo de *cualquier* tipo de movimiento organizado recayó en una minoría de

43. Aspinall, *op. cit.*, pp. 170, 174. La cursiva es mía.

44. W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies*, p. 20, afirma que «los miembros de los clubs» pensaban que «su tarea era introducirse en las sociedades recreativas de todo tipo», en particular en las sociedades de socorro mutuo.

espíritus activos; y probablemente, los hombres que tenían el valor de organizar una *union* ilegal, la habilidad de llevar su correspondencia y sus finanzas y el conocimiento necesario para presentar peticiones en el Parlamento o consultar con procuradores, tampoco eran desconocedores de *Los derechos del hombre*. A medida que debieron ir apareciendo líderes más jóvenes de las *trade unions*, debieron decantarse hacia un radicalismo extremo debido a las mismas características de su conflicto con los patronos, los magistrados y una Cámara de los Comunes indiferente o punitiva.

Fue Pitt quien, al aprobar las *Combination Acts*, llevó inconscientemente a la tradición jacobina a asociarse con las *unions* ilegales. Este fue, en particular, el caso del Lancashire y el Yorkshire, donde la ley de 1799 empujó a los jacobinos y los sindicalistas a formar una extensa asociación secreta, con un acento medio político y medio laboral. «Se originó en Sheffield», informaba un confidente (Barlow): «... en la sociedad republicana de aquí, que está en contacto con las principales ciudades fabriles del Yorkshire, y luego se conectó con esta Ciudad [Manchester], Stockport y, en particular, Bury». El mismo informador encontró que en Sheffield «se había creado un espíritu de descontento general en todas las clases de artesanos y trabajadores manuales, debido al último proyecto de ley ... que me temo que ha dado lugar a más asociación de la que se hubiese podido imaginar que provocase una medida como aquella, si no existiesen esas leyes». Los sindicalistas (informaba) estaban recontando cuántos obreros se habían visto probablemente afectados de forma negativa por las *Combination Acts*, y calcularon unos 60.000 en el Lancashire, 50.000 en el Yorkshire y 30.000 en el Derbyshire. Los comités secretos de la nueva organización estaban «bajo la dirección de Republicanos». Es interesante observar cómo, después de esto, los clubs políticos que sobrevivieron en el norte y las Midlands abandonaron nombres como «Patriótica» o «Constitucional» para sus sociedades y se llamaron «*union societies*», término que por su ambivalencia les permitía abarcar tanto los objetivos políticos como los laborales. El nombre (si no lo hicieron los clubs) sobrevivió en las *union societies* y en las *political unions* de los años de la posguerra.⁴⁵

45. P.C. A. 161, 164. Hacia esta época el comandante Cartwright atendió «muchas consultas para la formación de varias sociedades nacientes», que se llamaban *union societies*. F. D. Cartwright, *op. cit.*, I, p. 243.

En el Lancashire, la resistencia a las *Combination Acts* la organizó un comité de sindicalistas experimentados formado por cortadores de fustán, hilanderos de algodón, zapateros, constructores de máquinas y estampadores de percal.⁴⁶ En el Yorkshire, continuos informes atribufan el papel de iniciadores de las organizaciones secretas, para fines laborales y para propósitos ulteriores, a los aprestadores de paños o a los tundidores. Un memorándum que se presentó ante el Consejo Privado en el momento en que se aprobaron las *Combination Acts* de 1799 dirigía una condena particular a los tundidores: «el poder Despótico que poseen y Ejercen en realidad casi excede lo creible».⁴⁷ En 1802, Earl Fitzwilliam, el moderado *Lord-Lieutenant* del West Riding, envió informes sucesivos al Ministerio del Interior, en los que se demostraba una interconexión inextricable entre la organización de los tundidores y otras asociaciones ilegales de carácter más general. En un primer momento Fitzwilliam se inclinó por tomarse con una pizca de buen humor los informes de conspiraciones insurreccionales serias. En julio escribió: «Me temo que existe, en mayor o menor grado, el verdadero tipo de conspiración jacobina ... Creo, que el auténtico secreto está en muy pocas manos, y que el resto son engaños ...». Consideraba que la mayor parte de reuniones nocturnas sólo se hacían «con el propósito de aumentar sus sueldos, y no se puede sospechar nada de ellos». Por lo que se refiere a la conveniencia de acceder a la petición de algunos grandes fabricantes, de que se pusiera fin a la fuerza a tales reuniones, era cauteloso. La necesidad de acabar con las reuniones sediciosas no debía servir como pretexto para «conseguir unas leyes más restrictivas contra las asociaciones de oficiales dirigidas a conseguir aumentos salariales». Esos hombres tenían derecho a obtener su parte de los «beneficios» cuando el negocio iba bien. Castigar sus asociaciones sería injusto: «No estoy seguro de que no les diésemos motivo de queja contra la Constitución, que no les arrojásemos en brazos del verdadero jacobinismo y, debido a nuestra actuación, les diéramos una justificación a sí mismos ...».⁴⁸

En dos meses su opinión había cambiado. Hubo tres razones para ello. En primer lugar, recibió informes tanto sobre la «Linterna Negra»

46. T. Bayley a H.O., 6 de noviembre de 1799, en P.C. A. 164.

47. «Observations on Combinations among Workmen», en P.C. A. 152. Véase más adelante, p. 94.

48. Aspinall, *op. cit.*, pp. 41, 45-46.

como de la organización secreta de las *trade unions*, que eran más detalladas, y en los que los objetivos de las *trade unions* se hallaban inseparablemente vinculados a los rumores de ulteriores objetivos revolucionarios. Se le informó de que:

... había tres casas en Leeds y tres en Wakefield en las que se reunían los comités, que desde hacía algún tiempo se esperaba que una de ellas fuese registrada, y por ello los papeles estaban escondidos debajo de una trampa en el suelo de la casa y entre los pedazos de carbón; que cada miembro pagaba 1*d.* a la semana para contribuir al fondo; que ya había muchos hombres que eran del comité, y que cada miembro del comité conseguía diez más ... que llevan sus peniques semanales a Leeds; que en una misma noche habría un levantamiento por todo el país y a la mañana siguiente todo cambiaría.

En segundo lugar, recibió pruebas convincentes, que provenían del Ministerio del Interior, referentes a la estrecha conexión que existía entre los tundidores o desbarradores del Yorkshire y el oeste de Inglaterra, donde recientemente se habían destruido rebotaderas mecánicas. En tercer lugar, su alarma fue en aumento con los informes de una marea creciente de sindicalismo triunfante en multitud de oficios. A principios de septiembre, el alcalde de Leeds le escribió consternado ante «la forma crítica que ha adoptado el espíritu de asociación entre los obreros de casi todas las clases (pero en particular entre los tundidores), en la actualidad»:

Primas, privilegios, horario, forma de trabajo, precio, a quién se debe dar empleo, etc., etc., todo esto depende ahora del consentimiento de nuestros obreros, de forma inapelable; y todas las secciones luchan ahora para compartir estos nuevos poderes. Hoy día se da por supuesto que un albañil, un cantero, un carpintero, un ruedero, etc., cobrarán unos salarios de 3*s.* más a la semana en Leeds o en Manchester que en Wakefield, York, Hull, Rochdale ...

A finales de septiembre de 1802, todos los tundidores empleados por Gott, el mayor fabricante lanero de Leeds, se declararon en huelga contra el empleo de dos muchachos que tenían más edad de la reconocida para el aprendizaje (14 años). (El tema era un pretexto para una confrontación general entre Gott y los tundidores, y a partir de ahí para todo el oficio en el West Riding, sobre el problema del aprendizaje.)

Entonces, Earl Fitzwilliam escribió a lord Pelham pidiéndole «mayor restricción contra la asociación de los oficiales»:

No puedo dejar de tener la fuerte impresión de que todas las reuniones, e indicios de reuniones, se originan en la asociación de los mismos hombres de los que hablamos, los tundidores. Son los tiranos del país; su poder y su influencia ha surgido a partir de sus elevados salarios, que les permiten hacer desembolsos que les sitúan fuera de todo temor de incomodidad derivada de la mala conducta. Sin embargo, son un tipo de trabajadores no imprescindibles para las fábricas; y si los negociantes tuvieran la firmeza de prescindir de ellos, desaparecería su importancia, disminuirían sus ingresos, sus asociaciones se desmoronarían y no volveríamos a tener noticia de reunión de ningún tipo ...⁴⁹

No sabemos si alguno de los espíritus promotores de la *union* de los tundidores había sido miembro de la sociedad de «Obreros Manuales» que había escrito a la SCL 5 años antes.⁵⁰ Sabemos, sin embargo, que los productores con pequeños negocios habían creado hacia el cambio de siglo en Leeds una nueva lonja para el comercio libre de los paños, prescindiendo de los pañeros ricos, y que comúnmente se la conocía como la «Lonja de Tom Paine». Sabemos también que el principal intermediario de la comunicación postal entre los tundidores del Yorkshire y los del West Country era un zapatero de Leeds, George Palmer, que podemos identificar con seguridad con el proverbial zapatero remendón radical. Cabe dentro de lo razonable el suponer que algunos de esos trabajadores instruidos, cualificados y capacitados eran painitas.

Además, las *Combination Acts* de 1799 y 1800 habían abocado a las *trade unions* al mundo de la ilegalidad, en el que el secreto y la hostilidad hacia las autoridades eran intrínsecos a su misma existencia. La situación de las *unions* entre 1799 y la revocación de las *Combination Acts* (1824-1825) fue compleja. En primer lugar, debemos reconocer la paradoja de que en los mismos años en que estuvieron en vigor estas leyes, el sindicalismo registró grandes avances. No sólo siguieron existiendo, de forma más o menos impertérrita durante los años en que estuvieron en vigor las *Combination Acts*, las *unions* que se remontaban al siglo XVIII, como los cardadores de lana, los sombrereros, los

49. *Ibid.*, pp. 53-64. Véase también la obra de los Hammond, *The Skilled Labourer*, pp. 174-178.

50. Véase más arriba, vol. 1, p. 183.

cordobaneros y zapateros, los carpinteros de navío, los sastres; también existen pruebas de que la organización se extendió a muchos oficios nuevos, y de los primeros intentos de crear un sindicalismo generalizado. Los Webb opinaban que un determinado número de los oficios artesanos de Londres «jamás se habían organizado tan a fondo ... como entre los años 1800 y 1820». ⁵¹ Muchos oficios artesanos, como los sastres, tenían su propia red de clubs o logias del oficio, lonjas, boletos, apoyo a los miembros ambulantes, control sobre el aprendizaje (que suponía un ingreso sustancioso para los fondos de la *union*), beneficios, depósitos bancarios e incluso, a veces, listas de precios oficiales establecidas de acuerdo con los amos. Estas pruebas han dado lugar a la sugerencia de que las *Combination Acts* eran casi «letra muerta», y de que la idea según la cual durante esos años hubo alguna «campana contra la libertad» es muy exagerada. ⁵²

Esta idea es tan falsa como la que a veces encontramos en los relatos populares de que las *Combination Acts* ilegalizaron las *trade unions* que antes eran legales. En realidad, antes de la década de 1790 había legislación suficiente para que casi cualquier actividad sindical imaginable estuviese expuesta a un procesamiento, como conspiración según la legislación corriente, por incumplimiento de contrato, por dejar el trabajo sin acabar, o bajo la normativa legal que abarcaba distintas industrias. Las *Combination Acts* las aprobó un Parlamento de antijacobinos y terratenientes, cuya preocupación principal era añadir a la legislación existente elementos intimidatorios para los reformadores políticos. También iban dirigidas a codificar las leyes contrarias a las *trade unions*, que ya existían, simplificando los procedimientos, y permitiendo proceder a dos magistrados por jurisdicción sumaria. Su novedad consistía precisamente en eso, en la naturaleza inclusiva de su prohibición de toda asociación; y en el hecho de que, a diferencia de la legislación de la anterior tradición paternalista, no contenía ninguna cláusula protectora en compensación. Y aunque a nivel técnico también prohibían las asociaciones de patronos, fueron, como ha demostrado el profesor Aspinall, un «fragmento odioso de la legislación de clase». ⁵³

51. S. y B. Webb, *History of Trade Unionism*, p. 83. Véase también vol. I, pp. 271-278.

52. Véase M. D. George, «The Combination Acts», *Economic History Review* (1936), VI, pp. 172 y siguientes. Un resumen útil de la situación legal antes y durante la vigencia de las *Acts* se encuentra en Aspinall, *op. cit.*, pp. X-XXX.

53. *Loc. cit.*, p. XVII.

Y como tales, durante 25 años pendieron sobre las cabezas de todos los sindicalistas, y se emplearon a menudo. «Diariamente se reúnen dos o más jueces en una u otra de las Ciudades Fabriles», escribía un emisario del Ministerio del Interior desde el oeste de Inglaterra en 1802, «y como las *Combination Acts* proporcionan un pretexto muy cómodo para citar e interrogar bajo juramento a cualquier Persona sospechosa, continuamente tengo a alguien para que se presente ante ellos». ⁵⁴ Esta naturaleza omniabarcadora de las leyes era la que demostraba ser tan «cómoda». No se ha llevado la cuenta del número de casos que tuvieron lugar bajo aquéllas (puesto que esto implicaría realizar una extensa investigación en la prensa provincial), pero nadie que tenga conocimiento de aquellos años dudará de que su prohibitiva influencia general estuvo siempre presente. Por otra parte, existían multitud de razones interesantes por las cuales no se aplicaron con la amplitud que se podría haber previsto. Primero, a pesar del peso de la legislación, había un área imprecisa en la que determinado tipo de actividad sindical se aceptaba todavía, en la práctica, como algo permisible. Por un lado, los clubs de oficios —como los que había en los oficios artesanos de Londres— que subrayaban su función como sociedades de socorro mutuo, y que se mantenían inactivas por lo que se refiere a la correspondencia nacional y a sus funciones de negociación, podían seguir durante años sin recibir molestia alguna, hasta que algún tipo de conflicto o huelga ofendía a los patronos o a las autoridades. Por otro lado, hubo ocasiones en que se consideró lícito que los oficiales de un oficio —al menos en diferentes ciudades y distritos— reflejasen sus intereses en peticiones al Parlamento, o asistiendo a comités de la Cámara. Además, las leyes no desplazaron por completo la vieja y obsoleta legislación que daba poder a los magistrados para arbitrar en los conflictos salariales. Para que los oficiales solicitasen protección, ya fuese a un magistrado o al Parlamento (y las autoridades se resistían a obstruir por completo las salidas constitucionales a las situaciones injustas), se debía permitir algún tipo de organización para que pudiesen escoger a sus portavoces y recoger el dinero necesario para los gastos.

Ahí, pues, existía un área en disputa que se encontraba en el límite de la legalidad y que demostró ser importante en la historia del ludismo. Pero, además, había diversas razones por las cuales los patro-

54. Hammond, *The Skilled Labourer*, p. 176.

nos a menudo eran remisos a utilizar las leyes como algo más que una amenaza. En las industrias artesanas, como la sastrería y la zapatería, existían muchos patronos con pequeños talleres que estaban escasamente organizados entre sí. En Londres y en Birmingham muchos de ellos eran radicales que desdeñaban la legislación represiva de la cual las *Combination Acts* eran una parte, y que tenían escrúpulos contra su utilización. Las relaciones con sus oficiales eran a menudo informales y personales; los clubs del oficio se habían aceptado desde hacía mucho tiempo como parte del panorama; el patrono con un taller muy pequeño todavía consideraba adecuada la existencia del aprendizaje. Consideraban su negocio más como una forma de obtener los ingresos suficientes para vivir que en términos de expansionismo, y en consecuencia tenían tantos recelos como sus trabajadores respecto de los patronos más poderosos que, sin tener en cuenta la tradición y el aprendizaje, se llevaban lo mejor del mercado y empleaban mano de obra barata. De ahí que en tales oficios existiesen *unions* de artesanos dentro de un área indefinida de tolerancia. Si sobrepasaban estos límites, haciendo huelgas o peticiones «insensatas», podían atraer sobre sus cabezas el procesamiento o la contraorganización de los patronos. No estaban libres de los efectos de las *Combination Acts*, pero habían aprendido a convivir con ellas.

Fuera de los oficios artesanos, y, por supuesto, en la mayor parte de los distritos fabriles del norte, las Midlands y el oeste, predominaban otras condiciones. Dondequiera que hubiese trabajo a domicilio, fábricas o grandes talleres industriales, la represión del sindicalismo era mucho más severa. Cuanto mayores eran las unidades industriales o mayor la especialización técnica necesaria, más agudas eran las hostilidades entre capital y trabajo, y mayor la probabilidad de que existiese un acuerdo común entre los patronos. Encontramos allí algunos de los conflictos más agudos en los que participaron trabajadores con cualificaciones especiales que intentaban alcanzar o mantener una posición privilegiada, como por ejemplo: los hilanderos de algodón, estampadores de percal, diseñadores, *mill-wrights*, carpinteros de navío, tundidores, cardadores o algunas categorías de trabajadores de la construcción. Encontramos también otros conflictos en los que estaban implicados un gran número de trabajadores a domicilio —en especial tejedores y tejedores de punto— que intentaban resistirse a la rebaja de los salarios y al deterioro de su posición.

Pero incluso en estas zonas no siempre se aplicaron las *Combina-*

tion Acts. En primer lugar, porque éstas hacían recaer la responsabilidad de los procesamientos sobre los patronos. Pero a pesar de la existencia de una serie de organizaciones antiguas de patronos en diferentes industrias, cada patrono se encontraba rodeado por los celos de sus competidores. Cuanto mayor era la empresa, mayor era la envidia, y con mayor probabilidad se iban a beneficiar sus rivales de sus dificultades. (Así, el intento de Gott de asestar un golpe a los tundidores en 1802 fracasó debido a la capitulación de otros fabricantes de Leeds frente a las demandas de la *union*.) Además, en todos los lugares donde las *unions* eran fuertes, los procesamientos suponían muchas dificultades. Era particularmente difícil conseguir dos testigos entre los trabajadores que jurasen acerca de la existencia de la *union*. El patrono sabía que era probable que perdiese a muchos de sus mejores artesanos. Si no los encarcelaban o estaban en huelga, simplemente se irían de uno en uno, o de dos en dos y «boicotearían» su taller o su fábrica. Además, los resultados de un juicio no siempre justificaban las pérdidas que podía acarrear. Para una primera condena, el castigo sólo era de tres meses de encarcelamiento; y aunque la condena se conseguía habitualmente, no era automática. Otra cuestión que disuadía a los patronos, de forma adicional, era «la posibilidad de apelar a las *Quarter Sessions* ... que podían tenerles pendientes durante tres meses antes de que se pudiese obtener una resolución, y durante todo este tiempo el denunciante no podría hacer negocios porque sus talleres de tundido estarían bajo un interdicto».⁵⁵

De modo que a menudo los procesos se hacían, no acogiéndose a las leyes de 1799-1800, sino según la legislación anterior, la ley común de conspiración, o el *Elizabethan Statute of Artificers* (5 Eliz. c.4) que penalizaba a los trabajadores por abandonar el trabajo sin acabar. La ventaja de la primera residía en el hecho de que se podía utilizar en contra de los «cabecillas» o los dirigentes de una *union* (lo cual iba acompañado de la confiscación de documentos y fondos); que se podían imponer condenas mayores; y, no menos importante, que la responsabilidad del procesamiento recaía sobre las autoridades en vez de sobre patronos individuales. La ventaja del segundo era que, en caso de huelga, permitía al empresario proceder por jurisdicción sumaria sólo con la prueba de la misma huelga, sin necesidad de conseguir testigos que jurasen acerca de la existencia de una organización formal de

55. De Beckett dirigida a Fitzwilliam, 28 de enero de 1803, Fitzwilliam Papers, F.45 (e).

una *trade union*. «Bajo las *Combination Acts* se han hecho efectivos muy pocos procesamientos», escribió Gravener Henson, el líder de los tejedores de punto: «pero han tenido lugar cientos bajo esta ley, y el obrero nunca podrá ser libre a menos que esta ley se modifique; la ley contra la asociación no es importante; los empresarios utilizan la ley relativa al acabado del trabajo para atormentar y mantener bajos los salarios de sus obreros».⁵⁶

Estas observaciones son importantes; pero no deberían llevarnos a concluir que las autoridades tenían un tipo de disposición moderada hacia el sindicalismo. Desde el punto de vista de los sindicalistas, había poca diferencia entre ser procesado bajo las leyes contra la asociación, bajo la legislación común o el 5 Eliz. c.4, excepto que el último era más severo o más expeditivo. En cualquier caso, para el público general toda esta legislación se agrupaba bajo el término genérico de «las leyes contra la asociación». No se debe juzgar la eficacia de la legislación por el número de procesamientos, sino por su influencia disuasoria general. Bajo una u otra ley, se asestaban golpes a los sindicalistas en los momentos críticos, o en los puntos críticos de expansión, por ejemplo, los obreros de la lana del oeste de Inglaterra (1802), el «Colegio» de pañeros del Yorkshire (1806), los tejedores de algodón del Lancashire (1808 y 1818), los cajistas del *The Times* (1810), los tejedores de Glasgow (1813), los cuchilleros de Sheffield (1814), los tejedores de punto (1814), los estampadores de percal (1818) y los tejedores de lino de Barnsley (1822). Estos casos surgían, en general, en las épocas en que había una organización amplia y victoriosa, o en las épocas en que el mismo gobierno empezaba a estar alarmado ante el desorden y la agitación «sediciosa» que le rodeaba. La correspondencia del Ministerio del Interior revela que, a menudo, las consideraciones de este tipo prevalecían por encima de los temas industriales concretos; y, además, que se desarrollaba una lucha continua entre las autoridades (Ministerio del Interior o magistrados), que deseaban que los patronos demandasen en juicios, y los patronos que querían traspasar la responsabilidad al gobierno.⁵⁷ Incluso los patronos con mayores em-

56. Citado por M. D. George, *op. cit.*, p. 175.

57. Un excelente ejemplo lo proporciona la opinión que Spencer Perceval, que entonces era fiscal de la corona, manifiesta el 5 de octubre de 1804: «Si el gobierno atiende esta petición de parte de los zapateros y los que hacen botas, podemos esperar otras peticiones similares por parte de todos los demás oficios, y esto conducirá a la opinión de que no es asunto de los patronos del oficio que ha recibido el perjuicio el iniciar un proceso, sino que es asunto del gobierno.» Aspinall, *op. cit.*, pp. 90-92.

presas actuaban a menudo con un recelo considerable. «La ley es severa —admitió un empresario de Sheffield en 1814 ante su prometida que le hacía objeciones— porque es difícil que los salarios aumenten si no es mediante la asociación, y en un período de menor insubordinación yo no hubiese intentado poner en vigor unas leyes como éstas.»⁵⁸ Una vez más podemos detectar esta indefinida área de tolerancia, que sólo se alteraba en el momento en que los sindicalistas llegaban a tener éxitos inquietantes o se comportaban de forma «insubordinada».

De ese modo en los oficios artesanos, en especial en Londres, existía un mundo ambiguo de semilegalidad, en el que se alcanzó un grado muy elevado de organización y se acumularon considerables fondos. (Hemos visto la indicación de Thomas Large de que los carpinteros tenían 20.000 libras en 1812, y el relato de Davenport sobre los zapateros en los mismos años.⁵⁹) El primer periódico que trataba los asuntos de las *unions* —el *Gorgon*, editado por John Wade, un clasificador de lana— surgió de los oficios de Londres en 1818. Pero en los distritos manufactureros del norte y las Midlands, donde las condiciones hacían que las asociaciones debieran ser o bien amplias y militantes, o ineficaces, se utilizaban con frecuencia unas u otras leyes contra la asociación, como un complemento al recorte de salarios o las penalizaciones, destruyendo las *unions* incipientes y abocando a otras a las formas de actuación clandestinas. En los oficios textiles, Gravener Henson consideraba que las leyes contra la asociación eran como

una inmensa rueda de molino atada al cuello del artesano local, que le ha rebajado y envilecido hasta el suelo; todas las acciones que ha intentado, todas las medidas que ha ideado para mantener o aumentar sus salarios, se ha dicho que eran ilegales; se ha ejercido contra él toda la fuerza del poder civil y la influencia del distrito, porque estaba actuando de forma ilegal. Los magistrados, que procedían, según sus creencias, de acuerdo con los puntos de vista del cuerpo legislativo, para controlar las asociaciones y mantener bajos los salarios, consideraban ... todo intento de mejorar su situación, por parte de los artesanos ... como una especie de sedición y resistencia al gobierno; todos los comités o los hombres activos que se encontrasen entre ellos se consideraban elementos

58. T. A. Ward, *op. cit.*, pp. 216-219.

59. Véase más arriba, vol. 1, pp. 256 y 275.

revoltosos, peligrosos instigadores, a quienes era necesario vigilar y destruir si era posible.⁶⁰

La asociación de tejedores de punto de Henson, en 1813, tenía unos boletos con un escudo de armas, en el que se veía un telar, un brazo que sostenía un martillo y el lema: «*taisez-vous*» (callad). Los trabajadores del condado de Notts (decía en 1824) consideran tan opresivas las leyes contra la asociación «que su divisa ha sido: "Si vosotros os pertrecháis de cárceles, nosotros nos pertrecharemos de personas"».⁶¹ Los Webb, que reunieron sus materiales para escribir *The History of Trade Unionism* hacia fines del siglo XIX, observaban que todas las viejas unions tenían una «leyenda romántica de sus primeros años de existencia»: «la reunión de patriotas a medianoche en un rincón de algún campo, la caja de documentos enterrada, el juramento secreto, los períodos de prisión ...».⁶² Así, se supone que la sociedad de fundidores de hierro, fundada en 1810, se reunía en «noches oscuras en las cimas, los páramos y los yermos de las tierras altas de los condados de las Midlands».⁶³ Si tales reuniones nocturnas tenían lugar (como sin duda lo tenían) toda su atmósfera debió fomentar la charla revolucionaria, incluso cuando el objetivo inmediato fuese de tipo laboral. De forma más corriente, las unions se reunían en una sala privada de un posadero amistoso. La forma de organización dificultaba la infiltración de espías. En algunos casos se hacía en base a las «clases» (una forma que se había tomado de los metodistas),⁶⁴ o a otros sistemas refinados que quizás estaban de alguna forma en deuda con la experiencia jacobina o irlandesa. De ese modo, mediante un elaborado sistema de delegación que iba desde el taller al comité de la ciudad, y desde allí al comité regional, era posible ocultar los nombres de los dirigentes y los hombres que componían el comité, incluso a los miembros de la union. (En algunos casos, los cargos más altos se nombraban por votación secreta entre los miembros del comité, y sus nombres sólo los conocían el secretario y el tesorero.)⁶⁵ De modo que, si una parte de la organización llegaba a

60. (G. White y Gravener Henson), *A Few Remarks on the State of the Laws at present in Existence for regulating Master and Workpeople*, 1823, p. 86.

61. *Fourth Report ... Artizans and Machinery*, 1824, p. 281.

62. *Loc. cit.*, p. 64.

63. R. W. Postgate, *The Builders History*, p. 17.

64. Véase R. F. Wearmouth, *op. cit.*, parte III, cap. 2.

65. Véase A. B. Richmond, *op. cit.*, p. 77.

ser conocida por las autoridades, otras partes seguían quedando intactas.

Los juramentos imponentes y las ceremonias de iniciación probablemente estaban ampliamente extendidas. No existe razón alguna para dudar de la autenticidad de la muy conocida ceremonia de los cardadores (¿o los maestros de obras?), con sus *porteros* de logia de dentro y fuera, su vendaje de los ojos y su solemne juramento de secreto formulado ante una imagen de la muerte:

Pongo a Dios por testigo de mi más solemne declaración de que ni esperanzas, ni miedos, ni recompensas, ni castigos, ni siquiera la misma muerte, me inducirán, directa o indirectamente, a dar cualquier información relativa a cualquier cosa de esta Logia, o cualquier Logia similar conectada con la Sociedad; y no escribiré ni motivaré que se escriba sobre papel, madera, arena, piedra o cualquier otra cosa, por la cual pueda ser descubierta ...⁶⁶

Estos juramentos tenían una larga ascendencia, debían algo a la francmasonería, algo a las viejas tradiciones de los gremios y algo a las ceremonias civiles corrientes, como el juramento de los diputados. Así, un juramento de los «Hombres libres de la Compañía de los Cesteros», que estaba en uso a mediados del siglo XVIII, obligaba a los miembros a «guardar bien y fielmente» los secretos del oficio, que no se le podían enseñar «a ningún Hombre excepto a aquellos que accedían a ser hombres Libres de la misma Ciencia», y a cumplir «todo tipo de Obligaciones, como era adecuado que hiciese un Hermano y un Hombre Libre».⁶⁷ Uno de los «misionarios» de Bolton, del coronel Fletcher, desenterró un juramento todavía más horrendo, que supuestamente habían importado los «*ribbon-men*» irlandeses: «Juro, en presencia de vosotros mis hermanos y de nuestra bendita señora María, que conservaré y mantendré nuestra sagrada Religión destruyendo a los Herejes, hasta donde me permitan mi persona y propiedad, sin excepción alguna».⁶⁸

66. (E. C. Tuffnell), *Character, Objects and Effects of Trades' Unions*, 1843; edición de 1933, p. 67.

67. Los reglamentos se encuentran en Brit. Mus. press-mark L.R. 404.a.4. (52). Véase también la gran variedad de formas en *The Book of Oaths*, 1649.

* Pertenecientes a la Ribbon Society, una sociedad católica romana secreta formada en el norte y noroeste de Irlanda a principios del siglo XIX para contrarrestar la influencia protestante y que estuvo asociada a los desórdenes agrarios. (*N. de la t.*)

68. H.O. 42.119.

A partir de estas fuentes tan dispares se compusieron los juramentos de principios del siglo XIX; los luditas extrajeron la mayor parte de los suyos de la tradición irlandesa, los sindicalistas los sacaron de las tradiciones artesanales y masónicas.⁶⁹ Probablemente los juramentos cayeron en desuso más temprano entre los oficios de Londres y los artesanos de las grandes ciudades. Pero las ceremonias de iniciación y los juramentos perduraron en las Midlands y el norte (y otras partes) durante muchos años antes de que se revocasen las *Combination Acts*, no sólo como medida de seguridad frente a los patronos, sino también porque habían llegado a formar parte de una cultura moral —solidaridad, dedicación e intimidación— que era esencial para la existencia de las *unions*. La sección de Huddersfield de los Trabajadores Manuales Viejos compró, al formarse en 1831, una pistola, una Biblia y diez yardas de tela de cortina; sin duda, los accesorios de la ceremonia de iniciación eran un primer gasto de los fondos de los miembros.⁷⁰ Durante la gran oleada de sindicalismo que se produce entre 1812 y 1834, parece que hubo un resurgimiento de los juramentos, en especial en la oscura «*Trades' Union*» del Yorkshire. Paradójicamente, parece que la tradición del *taisez-vous* hubiese estallado en una última fase de ceremonia rimbombante que estaba lejos del silencio. La *gentry* se alarmó con los rumores de «juramentos solemnes y terribles» que obligaban a los hombres a matar a los traidores y a los patronos malos. Se vio a mineros del carbón y a obreros de la construcción entrar en algunas posadas en las que «hacían un ruido parecido al de la instrucción militar, y ... frecuentemente se disparaban en una noche, 30 o 40 tiros de pistola. Inmediatamente después de que un hombre preste juramento, se dispara una pistola sobre su cabeza ...».⁷¹ Simeon Pollard, que era el líder de la *union*, negaba que se prestasen tales juramentos; pero John Tester, uno de los líderes de la huelga de los cardadores de lana de 1825 (y que ahora era un encarnizado adversario del sindicalismo) escribió de forma cáustica acerca de los gastos que suponían los avíos de las *unions*: «espadas, escenas de muerte, togas, pendones, hachas de combate y grandes cajas vacías parecidas a cofres militares». En la in-

69. Para la tradición masónica y para el papel de las ceremonias rituales y de iniciación en general, véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, cap. 9.

70. Véase el facsímil en J. B. Jefferys, *The Story of the Engineers*, en la página opuesta a la 20.

71. MS. del Diario de Anne Lister (Bankfield Museum, Halifax), 31 de agosto al 9 de septiembre de 1832.

vestigación judicial acerca de un joven esquirol irlandés que había muerto a consecuencia de los golpes que le propinaron unos asaltantes desconocidos en Farsley, cerca de Leeds (en diciembre de 1832), salieron a la luz detalles que parecen creíbles. Una sección de la *union* se había reunido semanalmente en La Yegua Baya pagando 3d. por semana para utilizar un salón privado en el segundo piso:

Se tomaban precauciones extraordinarias para impedir que se oyera lo que ocurría en el salón, la superficie inferior de las viguetas se recubría con tablas de una pulgada de espesor, y los intersticios se rellenaban con virutas de madera, y durante las reuniones se apostaba un guardián delante de la puerta, y toda la cerveza y otro tipo de bebidas alcohólicas las entraba en la habitación uno de los miembros de la *union*.

El padre del hombre que había muerto aportó pruebas de haber ingresado en la *union*, a petición de su patrono, para descubrir sus planes. Pero su relato parece auténtico:

Cuando se admite a un miembro nuevo, se utilizan dos salas, en una de las cuales está reunida la Logia. La primera operación era vendarle los ojos; luego dos miembros le conducían a la Logia; luego se le pedía que diese el santo y seña, que en aquella ocasión era Alfa y Omega; luego se le hacía andar alrededor de la habitación, mientras se hacía un ruido sordo con una lámina de hierro —entonces se cantaba un himno— y él seguía andando por la estancia dos o tres veces, y se le preguntaba si su intención era pura; luego le sacaban el vendaje de los ojos y la primera cosa que veía era una imagen de la muerte del mismo tamaño que un hombre, sobre la cual había la inscripción «Recuerda Tu Fin». Sobre esta imagen había una espada desnuda; se vendaban de nuevo sus ojos y se le volvía a pasear por la sala, hasta que, después de recibir una señal, todos los miembros hacían un estampido de ruido con sus pies; entonces se le ordenaba hincarse de rodillas junto a una mesa, y se retiraba de nuevo el vendaje de sus ojos; entonces veía una gran Biblia ante él, sobre la cual habían colocado su mano. ... Se leía entonces el salmo 94, cuando se prestaba el juramento, el cual era del siguiente modo: que iba a obedecer todas las órdenes del Comité de la *Union* e iba a mantener todos los secretos que hubiese sobre cada particular; la conclusión del juramento contenía una imprecación, según la cual el

juramento de cada persona le hace desear que, en caso de violar el dicho juramento, su alma sea quemada en el pozo más hondo del infierno para toda la eternidad ...⁷²

En una época que ha olvidado al Dios de las Batallas, podemos citar algunos versos del salmo que seleccionaron aquellos sindicalistas para leer a los iniciados:

¡Dios de las venganzas, Yavé,/ Dios de las venganzas, muéstrate!
 ¿Hasta cuándo los impíos, ¡oh, Yavé!/, hasta cuándo los impíos triunfarán?
 ¿Hablarán proterva y jactanciosamente/ los que obran la iniquidad?
 Aplastan, Yavé, a tu pueblo,/ oprimen tu heredad.
 Dan muerte a la viuda y al peregrino/ y a los huérfanos quitan la vida.
 No abandona Yavé a su pueblo,/ no desampara su heredad.
 Volverán a la justicia los juicios/ y la seguirán todos los rectos de corazón.
 ¿Quién se levantará por mí contra los malvados?/ ¿Quién estará conmigo contra los obradores de la iniquidad?
 ¿Puede acaso ser aliado tuyo el trono de la iniquidad? / ¿Puede la tiranía sofocar el derecho?
 ¿Los que se echan sobre la vida del justo / y condenan la sangre inocente?
 Pero Yavé es refugio para mí,/ y mi Dios es la roca de mi salvación.
 Él arrojará sobre ellos su misma perversidad,/ y con su misma malicia los aniquilará,/ los aniquilará Yavé, nuestro Dios.⁷³

Este juramento y este salmo, ante la imagen de la muerte en la habitación trasera de una posada, eran cosas serias para una gente a la que todavía conmovían supersticiones profundamente arraigadas; algunos de los cuales, quizás, habían creído en Joanna Southcott o habían sido

72. *Leeds Mercury* (15 de diciembre de 1832). Véase también *ibid.* (4 de agosto, 8 de diciembre, 22 de diciembre de 1832) y para (Tester) *Leeds Times* (7 y 14 de junio de 1832). He citado estos párrafos en toda su extensión puesto que matizan la información, por otra parte admirable, que se encuentra en Cole, *Attempts at General Union*, caps. 7 y 16.

73. Otros juramentos se basaban en *Ezequiel XXI* (véase más arriba, vol. 1, p. 437) y *Números XXX*, v. 2 y *Deuteronomio XXIII*, v. 21-23. Véase E. J. Jones, «Scotch Cattle and Early Trade Unionism in Wales», *Econ. Journal*, Suplemento (1926-1929), I, pp. 389-391.

arrastrados por el resurgimiento metodista. Además, un trabajador sólo necesitaba levantar la vista en el trabajo, o quizás en una taberna o capilla, para encontrar las miradas de otros que compartían con él las mismas promesas de mantener el secreto. Por algún tipo de juramento parecido, los braceros de Dorchester (o «Mártires de Tolpuddle») sufrieron deportación en 1834, después de lo cual los juramentos cayeron rápidamente en desuso. Y en el mitin masivo que tuvo lugar en Hunslet Moor, Leeds, para protestar contra las sentencias de Dorchester, un conocido reformador declaró públicamente: «He conocido hombres del carácter moral más estricto, de las clases sociales más humildes, que han prestado el mismo juramento. Tantos, ... que si les cogemos y les deportamos, casi se despoblaría el West Riding».⁷⁴

Pero no debemos dar una imagen tan colorista de los heroicos días de la ilegalidad. Gan parte del trabajo que se realizaba en las habitaciones traseras de las posadas era rutinario. En gran parte era el trabajo seguro y tranquilo de las sociedades de socorro mutuo y de entierro. Muchos de los peores problemas, en los años de tranquilidad, provenían, no de los patronos, sino de la inexperiencia y la ignorancia de los funcionarios. Los fondos que se habían acumulado lentamente se perderían por culpa de un funcionario que huyese con ellos, sin que hubiese posibilidad de recurrir a la justicia; como es el caso de la rama de Tewkesbury de los tejedores de punto, que confió de manera imprudente en un secretario que era «en apariencia un Hombre de Talento y de disposición religiosa».⁷⁵ Si bien los funcionarios trabajaban habitualmente sin cobrar, las reuniones del comité eran regadas en abundancia con cerveza pagada con los fondos de la *union*. Las funciones sociales de las *unions* eran importantes, pero se ha dejado suficiente constancia en antiguos libros de cuentas como para sugerir que otra de las quejas de John Tester no carecía de fundamento: «He conocido multitud de miembros de comités, que no parecían tener otra ... virtud que su extraordinaria capacidad de engullir. Su facultad de deglución era prodigiosa».⁷⁶

No hay razón alguna por la cual la tradición clandestina no debiese pertenecer por un igual a las tabernas y a las reuniones de media-

74. *Leeds Times* (19 de abril de 1834). El presidente, Thomas Barlow, añadió: «Me alegra oír que desde hace algún tiempo habéis dejado de tomar juramentos».

75. Nottingham City Archives, 3984 I, 22 de junio de 1812.

76. *Leeds Times* (7 de junio de 1834). Para ejemplos, véase Postgate, *op. cit.*, pp. 21-22.

noche en los páramos. Los *gentlemen* no se encontrarían en ninguno de los dos lugares y un extraño sería reconocido tan pronto como entrase en el bar. La clandestinidad debe considerarse como algo más que una cuestión de juramentos y ceremonias; durante los años de la guerra y sus consecuencias implicaba todo un código de conducta, casi una forma de conciencia. En el trabajo, no era necesario que un líder o una representación de los trabajadores se acercase al patrono para presentarle las demandas de aquéllos; se soltaría una indirecta, se le sugeriría a un vigilante o se dejaría una nota sin firmar para que la viese el patrono. Si no se concedían las demandas, no había necesidad —en los pequeños talleres— de hacer una huelga formal; los trabajadores, simplemente, dejarían de acudir o lo harían saber por separado. Aunque los líderes podían ser conocidos, a su vez podía resultar imposible obtener pruebas de sus actividades. «Se han vuelto tan cautelosos —escribió un magistrado de Wakefield en 1804— que no hace falta ninguna convocatoria de huelga general o comunicación con los empresarios; todo se hace de una forma perfectamente inteligible para los patronos, pero de tal modo que es imposible obtener pruebas de la existencia de una asociación.»⁷⁷ «Hay algunos individuos», escribió Place 20 años más tarde,

que tienen la confianza de sus compañeros, y cuando se ha discutido cualquier asunto relativo al oficio, ya sea en el club, en una sala reservada, en un taller o corral, y la cuestión se ha vuelto importante, se espera que estos hombres dirijan lo que hay que hacer, y ellos lo dirigen, simplemente con una indicación. A partir de esto los trabajadores actúan, y todos y cada uno de ellos dan apoyo a los que pueden ser despedidos. ... Los que dirigen no son conocidos para todo el grupo, quizá ni siquiera uno de cada veinte trabajadores sabe quién es la persona que dirige. Entre ellos es una norma no hacer preguntas, y otra norma entre los que más saben es, o bien no responder si se les pregunta, o dar una respuesta para despistar.⁷⁸

Además, la situación de ilegalidad era a la que más a menudo recurrían los sindicalistas para la acción directa con el fin de reforzar las

77. Aspinall, *op. cit.*, p. 93.

78. Webb, *op. cit.*, pp. 86-87.

demandas que no se podían conseguir por la vía de la legalidad ni en negociación abierta. Esto podía ocurrir de múltiples maneras. En su forma más suavizada era poco más que una presión moral extrema. El artesano que trabajara por menos dinero del que había fijado la *union* sería boicoteado; el trabajador «ilegal» descubriría que sus herramientas se habían «perdido», o sería multado por sus compañeros de taller. En Spitalfields, le cortarían la seda del telar; en los distritos laneros, las piezas de tela serían rasgadas; en la industria del tejido de punto, desaparecerían los «*jacks*», piezas vitales de los telares de los calceteros. Los esquirols y los malos patronos sabían que les vigilaban; podían lanzarles un ladrillo a través de la ventana, o asaltarles por la noche en algún camino. En Gloucestershire, a los tejedores que eran esquirols se les llevaba a horcajadas sobre el travesaño de su propio telar y se les tiraba a una charca. Incluso a veces, se utilizaban formas de intimidación más violentas; había unos cuantos casos denunciados en Glasgow, Dublín, Manchester y Sheffield de intentos reales de asesinato, lanzamiento de vitriolo o cargas de pólvora lanzadas dentro de talleres. A los casos más espectaculares se les dio una amplia publicidad que generó, incluso en los espíritus de las gentes más benévolas de la clase media, un profundo miedo al carácter violento de las *unions* secretas.⁷⁹

De forma más general, estas acciones directas se mantenían cuidadosamente dentro de los límites que imponía la cultura oral de la comunidad obrera. A un esquirol se le consideraba como un intruso que amenazaba con robar el pan de la boca de los trabajadores esforzados y de los inocentes; pero, aunque no se vertía una lágrima por él en caso de que le atacasen y le «diesen una lección», tampoco existía una aprobación moral del asesinato o la mutilación. El ludismo fue una extensión de ese tipo de acción directa, pero estaba también cuidadosamente controlado dentro del mismo código tácito. Incluso en el código, más brutal, de los pueblos mineros o los puertos de mar, como Sunderland y North Shields, donde ruidosas manifestaciones y motines precedieron a otras formas de organización más consolidadas, la violencia se mantenía dentro de unos determinados límites que se percibían más que se definían.

79. Un ejemplo excelente de este miedo profundamente arraigado se encuentra en el tratamiento de las *trade unions* que hace la señora Gaskell en su compasiva *Mary Barton*, 1848.

De forma paradójica, la persistencia de la clandestinidad y de la violencia ocasional favorecía los argumentos para revocar las *Combination Acts*. Es conocido el argumento de Francis Place:

Las leyes contra la asociación ... indujeron [a la población obrera] a infringir y a no respetar las leyes. Les hicieron sospechar de las intenciones de cualquier hombre que les ofreciese sus servicios. Hicieron que los obreros odiasen a sus patronos con un rencor que ninguna otra cosa podría haber provocado. E hicieron que odiasen a todo aquel de su propia clase que rechazase unirse a ellos, hasta el punto de intentar perjudicarle amistosamente.⁸⁰

Y el propio relato de Place acerca de la exitosa agitación en favor de su revocación se ha repetido tan a menudo (y de forma tan acrítica) que hoy en día es legendaria. Según aquél, poco tiempo después de que finalizaran las guerras, empezó, casi sin ayuda de nadie, a agitar la opinión dentro y fuera de la Cámara. En esta tarea recibió poca ayuda y más bien alguna resistencia de los mismos sindicalistas:

Los obreros habían sido defraudados demasiadas veces para estar dispuestos a confiar en cualquiera que no les fuese muy conocido. Astutos como normalmente eran, y suspicaces con todo aquello que estuviese por encima de su posición en la vida, sin tener expectativa alguna de suavización, y mucho menos de cualquier oportunidad de que las leyes fuesen revocadas, no se podían convencer de que mis contactos con ellos les pudiesen servir para algo, y por lo tanto no creían necesario preocuparse por ellos y mucho menos proporcionar una información que, en su opinión, algún día se podía utilizar en su contra. Les comprendía perfectamente y su actitud no me disuadió de mi objetivo ni me ofendió. Estaba decidido a serles todo lo útil que pudiese.⁸¹

Por fin, en Joseph Hume, encontró un diputado bastante capaz, persistente y que tenía la confianza de algunos ministros, para dirigir la revocación en el seno de la Cámara. Se formó una comisión especial que estaba repleta de partidarios. Fuera de la Cámara, Place estableció un cuartel general permanente para el movimiento sindical, que preparaba los mejores testigos y suministraba pruebas a Hume; y (en 1824) se

80. Wallas, *op. cit.*, p. 239.

81. *Ibid.*, p. 204.

introdujo un proyecto de ley bajo la estrategia del *laissez-vous*, de forma tan callada que incluso se advirtió a sus partidarios más incondicionales que no hablasen de él. Este proyecto de ley no sólo revocaba las detestables leyes, sino que excluía explícitamente a los sindicalistas de ser juzgados por conspiración según la ley común. A ello siguió una oleada de organización abierta de *trade unions* y de huelgas, y en 1825 los patronos y el gobierno contraatacaron nombrando una nueva comisión que se esperaba que recomendase la restitución de la legislación punitiva. Pero una vez más, Place y Hume trabajaron de manera incansable para resistir o modificar tal legislación; llovieron peticiones desde las zonas rurales; los grupos de presión de la Cámara se vieron atestados de delegaciones que pedían aportar pruebas. Como resultado, el proyecto de enmienda de 1825 endureció la legislación hasta el punto de que casi cualquier forma de persuasión o intimidación de personas que no perteneciesen a las *unions* era considerada delito, pero mantenía la victoria conseguida en los puntos principales: el sindicalismo y las huelgas, como tales, ya no se consideraron delitos.⁸²

Este relato no es falso. El logro de Place fue una hazaña notable de empleo inteligente de resortes y de un cabildeo enormemente laborioso e instruido. No se pasó por alto ninguna situación de ventaja o de peligro. Explotó hasta la saciedad el hecho de que trataba con una Cámara llena de *gentlemen* que encontraban aburridos los asuntos de las *trade unions*, algunos de los cuales tenían aversión hacia los intereses fabriles, otros habían hecho del *laissez faire* un dogma incuestionable y la mayor parte estaban confusos o eran indiferentes en relación a los temas. Pero hace tiempo que esta historia se debería haber reexaminado. Y entre los aspectos que se deberían tener en cuenta, están los siguientes:

En primer lugar, los sindicalistas tenían razón al desconfiar de Place. Su rencor había surgido, no sólo debido a las *Combination Acts*, sino (e incluso más) debido a la simultánea abolición o sustitución de toda la legislación que protegía sus propios intereses.⁸³ Pero tanto Place como Hume eran devotos de la «economía política» ortodoxa, y habían prestado un apoyo activo al desmantelamiento de toda legislación

82. El relato completo de Place se halla en Wallas, *op. cit.*, cap. 8; Webb, *op. cit.*, cap. 2.

83. Véase más arriba, vol. 1, p. 273 y (para los tundidores y los tejedores de medias) más adelante, pp. 118-119.

que restringiera la «libertad» del capital o del trabajo. Así, en julio de 1812, Gravener Henson, que por aquel entonces estaba presionando frente a una fuerte oposición para la aprobación completa de un proyecto de ley de protección para los tejedores de punto, contestó tristemente al comité de Nottingham: «el señor Hume se opuso a nuestro proyecto de ley con los argumentos del doctor A. Smith de que hay que dejar que los Negocios sean libres ...». La revocación de las cláusulas del 5 Eliz. c.4 referentes al aprendizaje fue activamente gestionada por Place. El comité de los maestros-fabricantes que organizó la campaña en favor de la revocación (1813-1814) estaba presidido por Alexander Galloway, el antiguo secretario auxiliar de la SCL, cuyos talleres de Smithfield eran ahora los principales talleres de ingeniería de Londres. El secretario del comité, John Richter, fue durante años uno de los asociados más íntimos de Place. El tema había sido contestado, de forma encarnizada, por las *trade unions*, y se habían enviado cientos de peticiones para que la regulación del aprendizaje se mantuviera o se extendiese, reuniendo un total de 300.000 firmas. Place desechó la oposición de los obreros (y de muchos patronos con pequeños talleres de los oficios artesanos de Londres) como «fanatismo»: «una prueba de la ignorancia que los oficiales tienen de sus intereses reales». No es sorprendente, por lo tanto, que los sindicalistas todavía «sospechasen de las intenciones» de Place y Hume en 1824.⁸⁴

En segundo lugar, no es de ningún modo cierto que Place dirigiera una campaña «sin ayuda de nadie». En realidad, Gravener Henson (que gozaba de mucha mayor autoridad entre los sindicalistas, en especial al norte del Trent) se había adelantado tanto a Place que había diseñado un proyecto de ley y había conseguido el apoyo de Peter Moore, el parlamentario radical por Coventry, quien presentó el proyecto en 1823. Place y Hume se movieron con rapidez, tanto para sabotear el proyecto de Henson, como para promover el suyo. Habitualmente Place despreciaba las ideas de Henson considerándolas «complicadas y absurdas», un «montón de absurdidades». Los Webb, de forma más cautelosa, observaban que el proyecto era «complicado», proponía revocar las *Combination Acts* pero «sustituirlas por una complicada maquinaria para la regulación del trabajo a destajo y la reglamentación de los

84. *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, p. 156; Webb, *History of Trade Unionism*, pp. 61-62; T. K. Derry, «Repeal of the Apprenticeship Clauses of the Statute of Apprentices», *Econ. Hist. Rev.*, III (1931-1932), pp. 77, 85.

conflictos laborales industriales». «Algunas de esas propuestas eran meritorias anticipaciones de la legislación laboral subsiguiente —continuaban—, pero la época no estaba madura para tales medidas.» Y seguían adelante elogiando a Place por su «gran sagacidad política» al utilizar técnicas fabianas particularmente intrincadas para asegurarse que Henson y Moore quedaran fuera de su camino.⁸⁵

En realidad, la «sagacidad política» de Place era tal que estaba convencido de que las *Combination Acts* eran la causa, no sólo de la clandestinidad y los atropellos, sino de las huelgas y del mismo sindicalismo. Influido por su propia experiencia en los pequeños talleres de sastrería, suponía que si los patronos y los trabajadores se encontraban en una situación de libertad completa, cada patrono acordaría los asuntos de forma más o menos amigable con sus propios obreros, las leyes de la oferta y la demanda regularían el precio del trabajo, y en unos pocos casos el arbitrio de los magistrados resolvería las dificultades. «El asunto es verdaderamente muy simple», le aconsejaba a Hume, cuando le indicaba cómo salvar el obstáculo que Moore representaba: «Abolir todo decreto que sea molesto y engorroso, y decretar muy pocas leyes en su lugar. Dejar que los obreros y sus patronos se encuentren en la máxima libertad posible para realizar sus propias negociaciones a su manera. Esta es la forma de evitar conflictos ...». Y en 1825 le escribió a Burdett:

Las asociaciones pronto dejarán de existir. Los hombres se han unido durante largos períodos de tiempo debido sólo a la opresión de las leyes; cuando éstas sean abolidas, las asociaciones perderán la razón que las une en un solo cuerpo y se romperán a trozos. Todo será tan ordenado como incluso un Cuáquero lo podría desear. Nada sabe de los obre-

85. Wallas, *op. cit.*, pp. 207-210; *op. cit.*, p. 100, n.1. El proyecto de ley de Moore (y Henson) fue verdaderamente molesto e imprudente desde el punto de vista táctico. Proponía revocar cerca de 400 leyes y secciones de leyes (incluyendo la detestada legislación relativa a Patronos y Empleados, que se utilizó durante muchos años después de que las *Combination Acts* fuesen abolidas) y poner en vigor medidas referentes a: 1) obligar a los patronos a dar a sus empleados una ficha en la que se consignasen los salarios y las condiciones de trabajo; 2) limitar las horas extraordinarias; 3) abolir el *truck*; 4) facilitar las actuaciones de los empleados contra sus patronos para mejorar sus salarios, y 5) someter a arbitraje la instalación de maquinaria. Había una serie de cláusulas menores que hacían referencia a los contratos anuales, la defraudación de materiales, herramientas, etc. Véase *Parliamentary Papers*, 1823, II, pp. 253, et seq.; *Hansard*, nuevas series, VIII, 366.

ros quien crea que, cuando se les deja libertad para que actúen por sí mismos, sin verse abocados a las asociaciones permanentes debido a la opresión de las leyes, seguirán contribuyendo con dinero para experimentos remotos y dudosos, para recibir unos beneficios inciertos y precarios.⁸⁶

«Esta es la forma de evitar conflictos ...» Esta era la pieza clave de todas las intrigas de Place. Un artículo de McCulloch, el *decano* de la «economía política», en la *Edinburgh Review*, que exponía argumentos parecidos, fue el que hizo decantar a muchos parlamentarios en favor de la revocación. Por supuesto, Henson no tenía tales ilusiones. Pero, puesto que él mismo era un trabajador a domicilio, sabía por experiencia que para los tejedores, los tejedores de punto y otros, el sindicalismo no era suficiente; y de ahí que su proyecto de ley intentase proporcionar la maquinaria protectora positiva, para la cual la Cámara de los Comunes quizá no debía estar «madura», pero de la que los trabajadores a domicilio seguían teniendo una necesidad acuciante.

Hoy parece más explicable la respuesta de los sindicalistas a los sucesos de 1824 y 1825. Contemplaron cómo unos hombres conocidos por haberse opuesto a las demandas de las *trade unions* con anterioridad, y que parecían tener alguna forma de entendimiento con el gobierno, hacían maniobras para desplazar el proyecto de ley de Henson. De ahí que tuviesen una decidida renuencia a dar apoyo en las primeras etapas; y cuando comparecieron para testimoniar ante el comité de Hume, Place les encontró llenos de reservas:

No era fácil manejar a los obreros. Requería un gran cuidado y esfuerzos y paciencia para no chocar con sus prejuicios. ... Estaban llenos de ideas falsas, que atribuían, todas ellas, sus desgracias a causas equivocadas. ... Todos esperaban que se produjese un aumento repentino de los salarios, cuando se revocasen las *Combination Acts*; ninguno de ellos tenía la más mínima idea de la conexión que existe entre salarios y población ...

Cuando se dieron cuenta de lo que pretendía Place, le dieron apoyo, sin entusiasmo, pero siguiendo el principio de que era mejor media hogaza de pan que ninguna. Cuando se revocaron las leyes, hicieron uso de su nueva libertad con energía. Cuando, en 1825, pareció probable

86. Wallas, *op. cit.*, pp. 210, 217.

que fueran reinstauradas, incluso el gobierno se vio sacudido por la oleada de protestas, peticiones, mítines y delegaciones que provenían de todos los oficios. Desde el Lancashire, Glasgow, el Yorkshire y Tyneside llegaron «hombres inteligentes y vigilantes» para observar los procedimientos del Parlamento. Cualquier intento de restablecer las *Combination Acts*, escribió John Doherty, el líder de los hilanderos de algodón del Lancashire, a Place, tendría como resultado un amplio movimiento revolucionario.⁸⁷

Place fue el principal artífice de la revocación y de este modo quedó inmortalizado para la historia de las *trade unions*. Lo merecía. Pero este no era motivo para reprender a las *unions* por su «apatía» (como hicieron los Webb)⁸⁸ ni para subestimar la casi alegre confusión de la época. Place era un doctrinario que deseaba que se revocasen las leyes porque pecaban contra la buena economía política (y también porque se indignaba ante cualquier situación represiva contra los obreros). No tenía la menor intención de «trabajar» para el movimiento sindical haciendo consultas y llegando a acuerdos comunes. Quería manejar a sus representantes como manipulaba a los miembros del Parlamento: «Sabía perfectamente bien que si se les podía ayudar ... debía ser sin su propia intervención, a su pesar».⁸⁹ Los sindicalistas, por su parte, le tomaron las medidas rápidamente; se dieron cuenta de que era apasionado e influyente; y le dieron un apoyo competente, aunque no era el proyecto de ley que ellos querían. Casi con seguridad, Place tenía razón al creer que el proyecto de ley de Henson no hubiese sido aprobado por la Cámara, al igual que le ocurrió al proyecto de Maxwell y Fiel-den para regular los salarios de los tejedores 10 años más tarde. Por otra parte, Place sufrió un enorme autoengaño en cuanto a las proba-

87. Wallas, *op. cit.*, pp. 213-214, 228; Webb *op. cit.*, pp. 106-107; *Reports of Select Committee on Artizans and Machinery*, 1824, *passim*.

88. En fecha tan temprana como enero de 1824 el *Black Dwarf* hizo público un llamamiento general para realizar peticiones en favor de la revocación: durante los primeros meses de 1824, afluyeron multitud de esas peticiones provenientes de los clubs de oficio de todo el país. Es interesante especular acerca de hasta qué punto los miembros del gobierno (como Huskisson) toleraron el proyecto de ley de Hume como medio de deshacerse del proyecto de ley de Peter Moore. Véase *Black Dwarf* (17 de enero de 1824); *Mechanics' Magazine* (24 de enero, 7 de febrero de 1824); *Journals of the House of Commons*, LXXIX (1824); Huskisson en el debate del 27 de mayo de 1823, *Hansard*, nueva serie, VIII (1823).

89. Wallas, *op. cit.*, p. 204.

bles consecuencias de la revocación; y en parte fue la fuerza de este engaño (que la revocación evitaría conflictos) la que permitió a Hume reunir partidarios en una Cámara aburrida y hostil.

Una vez obtenida la revocación, no fueron las «leyes» de McCulloch sino las organizaciones de hombres como John Gast y Doherty las que se movieron en el área de nueva libertad. Los sindicalistas de Londres no se dirigieron a Place sino a Thomas Hodgskin para elaborar su teoría. Durante un breve período de tiempo, diversas *unions* miraron con aprobación el evangelio de Place acerca de los intereses comunes de obreros y patronos.⁹⁰ Pero apenas había hecho su aparición la teoría de la colaboración de clase, cuando fue tiroteada, primero desde el *Trades Newspaper*, y segundo, desde el socialismo owenita.⁹¹ Excepto en algunas *unions* de oficios artesanos fue rechazada hasta tal punto, que apenas tuvo influencia en el desarrollo de las *trade unions* durante 15 o 20 años. Nos preguntamos si Francis Place, el gran manipulador de resortes, no estuvo manejando personalmente algunos de los hilos de las *trade unions*.

IV. TUNDIDORES Y CALCETEROS

Esto es anticipar nuestra narración. Porque los argumentos más sólidos para explicar la revocación de las *Combination Acts* fueron, en primer lugar, su continuada ineficacia para impedir el crecimiento del sindicalismo; y, en segundo lugar, el predominio de la acción violenta de las *trade unions*, extremada por el ludismo. Hemos intentado acercarnos al movimiento ludita desde tres direcciones: la oscura tradición de algún tipo de organización política «clandestina»; la opacidad de las fuentes históricas; y las vigorosas tradiciones del sindicalismo ilegal. Ahora debemos analizar más de cerca el contexto industrial en el que surgió el ludismo.

90. Los cuchilleros de Sheffield le mandaron un bonito regalo a Place, mientras que los obreros hilanderos de algodón del Lancashire organizaron un banquete en el que se brindó a la salud de Hobhouse, Hume y Place, y también se bebió a la salud de «Los Fabricantes Algodoneros de Manchester, y que reine la paz y la armonía por mucho tiempo entre ellos y sus obreros». Véase *Trades Newspaper* (24 de julio de 1825).

91. Véase más adelante, cap. 16.

Este tipo de análisis ya existe,⁹² pero se debe rectificar y complementar con los datos que han salido a la luz de forma más reciente. El ludismo propiamente dicho, de los años 1811-1817, se redujo a tres áreas y tres ocupaciones: el West Riding (y los tundidores), el sur del Lancashire (y los tejedores de algodón), y el distrito de los tejidos de punto que tenía su centro en Nottingham y que comprendía partes del Leicestershire y el Derbyshire.

De estos tres grupos, los desborradores o tundidores⁹³ eran obreros cualificados y privilegiados, se situaban entre la aristocracia de los obreros de la lana; mientras que los tejedores o los tejedores de punto eran trabajadores a domicilio con una larga tradición artesana, que sufrían un deterioro en su posición social. Los tundidores eran quienes más respondían a la imagen de los luditas creada por la inventiva popular. Estaban en conflicto directo con la maquinaria que, como bien sabían tanto ellos como sus patronos, les iba a reemplazar. El trabajo del tundidor se describió ante el Comité del Oficio de la Lana, en 1806:

La tarea del obrero que trabaja los paños es coger una pieza de paño en estado bruto, tal y como llega del mercado, o tal como llega del batán después de enfurtir; en primer lugar rebota el paño; después de lo cual, si es una pieza de buena calidad, lo tunde humedecido; luego se lleva a perchar y a practicar una operación que consiste en rellenar los extremos de la lana después de haber sido cortada con las tijeras mojadadas, lo cual se hace con un juego de cardas en cada mano; después de esto se percha y se pone a estirar... y secar; si es una pieza de buena calidad recibirá tres cortes en seco antes de estirar...

92. La obra *The Skilled Labourer* de los Hammond sigue siendo la mejor descripción del contexto del ludismo, cap. 4, «The Cotton Workers», cap. 6, sección 4, «The Shearmen or Croppers», cap. 8, «The Framework Knitters», y caps. 9 y 10 sobre el ludismo de Nottingham y el Yorkshire. *The Rising of the Luddites* (para el Yorkshire) es el estudio regional más penetrante. La obra de F. O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England* trata de forma extensiva pero sin imaginación acerca de los documentos del Ministerio del Interior.

93. Los dos términos eran intercambiables, aunque «desborradores» se utilizaba de forma más común en el Yorkshire y «tundidores» en el West Country. Algunas veces también se utilizaban los términos más genéricos de «acondicionadores de paños» u «obrerros del paño». [Los términos ingleses a los que hace alusión esta nota son: *croppers* (traducido como desborradores) y *shearmen* (traducido como tundidores), que también en castellano pueden considerarse sinónimos. Cuando en el texto aparecen los términos *cropper* o *shearman* solos, se han traducido como «tundidor» por ser el término más conocido para designar el oficio. (N. de la t.)]

Después de esto se cortaba el reverso y se examinaba la pieza para encontrar los fallos, que entonces se arreglaban, se desliñaban, limpiaban, prensaban y quizá se cortaban por última vez.⁹⁴ El obrero que trabajaba con los paños, o tundidor, se encargaba de todos estos procesos. Aparte del lavado, el enramblado (o estirado) y el prensado, la cualificación del tundidor residía sobre todo en el proceso central, mediante el cual se levantaba la «lanilla» del paño con una rebotadera; el tundido se hacía con unas tijeras manuales muy pesadas (121 cm de largo, desde el mango a la hoja, y 18 kg de peso). Ambas operaciones requerían experiencia y habilidad. Además, aunque los salarios de los tundidores se regulaban por costumbre situándose cerca de un 5 por 100 del valor del paño acabado, «pueden trabajar una pieza un 20 por 100 mejor o peor aplicando el cuidado y el trabajo requeridos o hacer lo contrario». Así pues, gozaban de una fuerte posición, que no era habitual, en la negociación.⁹⁵

Hacia el final del siglo XVIII, el acabado de los paños se había convertido en un proceso altamente especializado. Algunos fabricantes con grandes empresas se encargaban de todo el proceso en una sola «fábrica»; y Gott daba empleo por lo menos a 80 tundidores bajo su propio techo. Pero la mayoría de los negociantes compraban las piezas a los pañeros con pequeños negocios en un estado inacabado, y para el acabado las llevaban a talleres de Leeds que empleaban a «40, 50 o 60» trabajadores cualificados y aprendices, o a los talleres de acabado del West Riding, que eran más pequeños y sólo empleaban a unos cinco o seis trabajadores. Las estimaciones de 1806 varían entre la cifra de 3.000 y más de 5.000 tundidores para el West Riding (la segunda estimación incluye a los aprendices), y dan la cifra de 500 maestros aprestadores. En el oeste de Inglaterra quizás había una tercera parte de esta cifra.⁹⁶

De este modo, los tundidores controlaban los procesos de acabado; y, al igual que los cardadores, estaban en una posición fuerte para evitar la entrada de los trabajadores no cualificados. Componían la aristocracia de los obreros de las pañerías del West Riding, y si trabajaban jornada completa, podían ganar, durante los primeros años del siglo XIX,

94. *Loc. cit.*, p. 296. Una aclaración completa de estos procesos se encuentra en W. B. Crump, *The Leeds Woollen Industry, 1780-1820*, Leeds, 1931, pp. 38-51.

95. «Observations on Combinations», 1799, P.C. A. 152.

96. *Committee on the Woollen Trade*, 1806, pp. 239, 289, 297.

más de 30s. a la semana. Tenían fama de ser «independientes» y de comportarse de manera rebelde, de poseer conciencia política y de tener diversiones alegres. «El tundidor, si hablamos en sentido estricto, no es un empleado —escribió un corresponsal del *Leeds Mercury*—: «Ni se siente, ni se denomina a sí mismo como tal, sino que se considera trabajador del sector de la pañería, y, en este sentido, comparte más aspectos de la naturaleza de un zapatero, un carpintero, un sastre, etc. ... Como ellos, viene y va, deja de trabajar por un lapso más largo o más corto ... según el trabajo que tenga.»⁹⁷ Según otro relato, tenían «dos o tres veces más dinero para gastar en la cervecería que el tejedor, el aprestador o el tintorero», y eran «con diferencia, los menos tratables de todas las personas que trabajaban en esta importante fábrica».⁹⁸

Pero, al mismo tiempo, eran totalmente conscientes de que su posición se había vuelto insegura debido a la maquinaria, la cual les podía convertir de la noche a la mañana, de ser una élite, a ser «un tipo de trabajadores que no son necesarios para la fabricación». La rebotadera mecánica era una invención antigua; en realidad, gran parte del conflicto que condujo al ludismo versó principalmente sobre un estatuto de Eduardo VI, bajo el cual quedaba prohibida su utilización. En lo esencial era un aparato sencillo, gracias al cual en vez de levantar la lanilla de forma manual, se pasaba el paño entre dos cilindros que tenían cardas engastadas. Los tundidores (y algunos maestros aprestadores) sostenían que la rebotadera mecánica sólo era adecuada para las telas más bastas, porque desgarraba y deformaba la tela de calidad más fina; pero estos argumentos se deformaban a su vez en el intento de demostrar que la mano de obra cualificada era indispensable. Sin embargo, la rebotadera mecánica amenazaba con desplazar a los tundidores sólo de una parte del proceso de acabado. Más nueva, y con unas consecuencias igualmente importantes, era la invención de la tundidora mecánica: un aparato compuesto por dos tijeras o más, acopladas a un bastidor, que se podían pasar por la superficie del paño, con una simplicidad que permitía prescindir de los artesanos cualificados.

La lucha contra la rebotadera mecánica se remonta al siglo XVIII. Aunque se utilizaba desde hacía tiempo en unas pocas zonas del oeste

97. *Leeds Mercury* (15 de enero de 1803).

98. *Manchester Exchange Herald* (21 de abril de 1812), citado en Darvall, *op. cit.*, pp. 60-61, 106.

de Inglaterra, los obreros del sector pañero no habían llegado a resignarse a su utilización: y, aunque a fines del siglo XVIII ya estaban en funcionamiento algunas rebotaderas mecánicas en zonas del West Riding, los tundidores se habían organizado para impedir su introducción en Leeds. Durante muchos años, los tundidores habían circulado entre el Yorkshire y el West Country, puesto que su técnica se podía intercambiar; y hacia la década de 1790 la resistencia a la rebotadera mecánica alcanzaba el punto crítico. En 1791, los negociantes pañeros de Leeds publicaron un manifiesto que expresaba su intención de introducir la nueva maquinaria; y en los 10 años que siguieron, más de una fábrica de Leeds fue destruida por los tundidores. En 1799 el Consejo Privado recibió la información de que los tundidores tenían un «fondo general» que ascendía a unas 1.000 libras. Eran bastante fuertes para imponer el cierre de un taller, y

un Obrero que, por Gratitude, se atreva a ponerse del lado del patrono en el momento que se le necesita, se convierte en un *Isolé* proscrito. Jamás se le permitirá trabajar donde haya alguien del oficio para controlarlo hasta que haya jurado su neutralidad y pagado la multa que le quieren imponer.

Si cualquier patrono intentaba cortar el circuito en cualquiera de los procesos de acabado, los tundidores se empeñaban en que debía pagar una multa que iba destinada a sus fondos. Si los patronos devolvían trabajo porque estaba mal hecho, el caso lo decidía un comité de los trabajadores. En Leeds se destruyó una rebotadera mecánica ante «cientos» de espectadores, pero, a pesar de que se ofrecía una recompensa cuantiosa, no se pudo encontrar a nadie que testificase contra los trabajadores: «El sistema existe más por un consenso generalizado ante las escasas y simples normas de su *union*, que debido a cualquier forma escrita, y ahora, como manera de eludir cualquier posibilidad de Condena, se han constituido en un Club General de Enfermedad».⁹⁹

Probablemente este club de enfermedad fuese la primitiva forma que adoptó «la Institución» o «Comunidad de los Pañeros» (1802). Su cuartel

99. «Observations on Combinations», P.C. A.152. Véase también *Committee on the Woollen Trade*, 1806, en especial las pp. 235, 264-265, 369; W. B. Crump, *op. cit.*, pp. 46, 317-318, 327; Hammond, *The Skilled Labourer*, pp. 171-180; Aspinall, *op. cit.*, pp. 40 y siguientes.

general se hallaba en Leeds, pero el centro donde tuvieron lugar las quemas de fábricas y los disturbios fue el Wiltshire en 1802. Quizás ésta fuera menos una señal de fuerza que de desesperación. En Leeds los tundidores tenían una organización tan fuerte que había quedado descartada la posibilidad de introducir la rebotadera mecánica.¹⁰⁰ En agosto de 1802, el alcalde de Leeds le había escrito a Earl Fitzwilliam:

Como estaba completamente convencido de que, si algún negociante infringía las órdenes de los obreros pañeros, sus amenazas se pondrían en práctica; durante estos últimos nueve meses, y gracias a mi influencia personal, he conseguido persuadir, privadamente, a una o dos empresas, que tenían la intención de introducir en sus talleres una rebotadera mecánica o una máquina de tundir, de que por el momento renuncien a ello, de lo contrario, estoy firmemente convencido de que hubiésemos presenciado aquí mismo esas horribles atrocidades que se han cometido en el Oeste.¹⁰¹

Esas «horribles atrocidades» habían alcanzado su punto culminante, en el West Country, durante los últimos años del siglo XVIII. Grupos de revoltosos, de unas 1.000 o 2.000 personas, asaltaron las odiadas fábricas; y en el Somersetshire, en diciembre de 1797: «Doscientos o trescientos hombres con las caras ennegrecidas y armados con cachiporras entraron en los Establecimientos de un Afilador de tijeras para tundir ... que se halla a unas tres millas de Frome, y destruyeron Tijeras por valor de treinta libras».¹⁰² Sin embargo, en el Wiltshire existen indicios de que la posición de los tundidores ya se había debilitado, debido a la situación de declive de su propia industria en relación a la del West Riding. El problema del desempleo se había agudizado con el licenciamiento de los tundidores que estaban en el ejército, durante el breve período de paz. «Un Soldado que había Vuelto con su Esposa y sus Ilorosos Huérfanos» le escribió a un parlamentario, desde Bradford (Wilts) en 1802:

100. Sin embargo, cerca de Huddersfield habían habido, durante 20 años, rebotaderas mecánicas que «quedaron paralizadas totalmente» debido a «un *arrête* de los obreros» en 1802: de Cookson dirigida a Fitzwilliam, 30 de agosto de 1803, Fitzwilliam Papers, F.45(d).

101. Aspinall, *op. cit.*, p. 52; Fitzwilliam Papers, F.45(d).

102. De Bowen dirigida al duque de Portland, 20 de diciembre de 1797, H.O. 42.41.

Sabemos que aquellos que tienen Fábricas han hecho mención, ante nuestros hombres importantes y Ministros en el Parlamento, de cuántos pobres emplean, olvidando al mismo tiempo a cuántos más darían trabajo si éste se hiciese de forma manual como antes se solía. El asilo de Pobres está lleno de Muchachos mayores ociosos. ... Muchos me han dicho que habrá una Revolución y que en el Yorkshire hay unas treinta mil personas en una Sociedad de Correspondencia. ... Sabemos que la quema de Fábricas o el incendio de las propiedades de la Gente no son cosas correctas, pero el Hambre obliga a la Persona a hacer lo que no debería ...¹⁰³

Un pañero de Gloucestershire fue el destinatario de una carta más alarmante:

Nos hemos enterado hace unos días que has comprado máquinas de Tundir y si no las haces desaparecer en menos de quince días, Nosotros las destruiremos; y contigo haremos lo mismo Maldito Perro Infernal. Y por Dios Todopoderoso destruiremos todas las fábricas que tengan máquinas de Tundir, os sacaremos a Todos vuestros Malditos Corazones del Pecho y nos mofaremos de los demás, les pegaremos o les haremos lo Mismo que a vosotros.¹⁰⁴

Por muy obsoleto que fuese el estatuto de Eduardo VI que prohibía las rebotaderas mecánicas, lo importante es que los tundidores lo tenían presente y sostenían que no sólo tenían «derecho» a recibir protección ante la maquinaria que podía desplazarles, sino que tenían un derecho constitucional. También conocían la cláusula del *Elizabethan Statute of Artificers* que obligaba a cumplir un aprendizaje de 7 años, y de un Estatuto de Philip y Mary que limitaba el número de telares que un patrono podía emplear. No sólo conocían estas leyes, sino que intentaban que fueran vigentes. En 1802 pidieron el apoyo de la opinión pública del West Riding, y ganaron grandes simpatías en su lucha con Gott. No parece que su oposición a la maquinaria fuese irreflexiva o absoluta; se hacían propuestas en la línea de hacer una introducción gradual de la maquinaria, buscando un empleo alternativo para los trabajadores desplazados por ella, o cobrando un impuesto por yarda de tela acabada con maquinaria, que sería utilizado como fondo para los desempleados

103. Hammond, *op. cit.*, pp. 172-173.

104. D. M. Humer, *op. cit.*, p. 21.

que buscasen trabajo. Parece que los tundidores tenían alguna esperanza de que hubiese una negociación general dentro del oficio, y se indignaron en extremo ante la actitud de algunos patronos, motivada por la «Venganza y la Avaricia», que intentaban aprovecharse de su situación ventajosa siendo «conscientes de ... la facilidad con la cual la ley favorece la condena de las asociaciones ilegales».¹⁰⁵

Aquí es donde la notoria opresión de clase de las *Combination Acts* recaía sobre ellos en todos los aspectos. En una época en que la ley común de conspiración, o 5 Elizabeth c.4, se utilizaba para frustrar la actuación de las *trade unions*, cualquier intento de imponer leyes escritas favorables a los intereses de los obreros terminaba en un fracaso o en pérdida financiera. Los obreros del sector de la lana del oeste de Inglaterra hicieron suscripciones para autorizar a algunos procuradores a que iniciasen acciones legales contra las rebotaderas mecánicas y contra los trabajadores que no habían cumplido el aprendizaje, pero ninguna de ellas tuvo éxito.¹⁰⁶ Sin embargo, los patronos se inquietaron lo suficiente para hacer peticiones en favor de la abolición de cualquier legislación protectora que comprendiese a toda la industria lanera. Los trabajadores del sector lanero del Yorkshire se vieron arrastrados a la misma lucha legislativa. Se hicieron grandes gastos para contratar a un abogado que actuase en su nombre y asistiese a la Cámara durante 1802 y 1803, y para enviar testigos a declarar en nombre de los oficiales. El proyecto de ley de los patronos se examinó en 1803 y se perdió en un Parlamento preocupado por la reanudación de la guerra con Francia. En años sucesivos, se hizo pasar por la Cámara casi sin discusión un proyecto de ley de suspensión, que negaba toda protección legal en favor de los obreros, mientras la cuasilegal Institución hacía infinitos gastos intentando resistir el avance de los patronos. Uno de los testigos de los tundidores declaró, en 1806, que sólo los tundidores y tejedores del Yorkshire habían recogido entre 10.000 y 12.000 libras para los gastos legales y la asistencia al Parlamento, durante los tres años anteriores.

105. Véase las interesantes cartas, firmadas por «Un Espectador» y «Un Comerciante», aparecidas en el *Leeds Mercury* (15, 22, 29 de enero de 1803).

106. Véase E. A. L. Moir, *op. cit.*, pp. 254 y 258-259; W. E. Minchinton, «The Beginnings of Trade Unionism in the Gloucestershire Woolen Industry», *Trans. Bristol and Glou. Archaeol. Soc.* LXX, 1951, pp. 126 y siguientes; *Rules & Articles of the Woollen-Cloth Weavers Society* Gloucester, 1802.

Mientras tanto, los ánimos se encrespaban y el apoyo en favor de los tundidores iba en aumento. En el Yorkshire la Institución se había convertido en una organización formidable. Los tundidores no sólo afirmaban tener organizados al 100 por 100 de los trabajadores («No creo —declaró un testigo— que haya ni 20 obreros del sector pañero en el condado de York, que no estén en la institución»), sino que muchos patronos con pequeños talleres y tejedores hacían suscripciones para sus fondos. Cuando en 1806 sus libros de cuentas fueron incautados, se vio que otros muchos grupos de obreros pertenecían a la Institución o bien habían recibido donaciones de sus fondos: mineros del carbón, albañiles, clasificadores de lana, pañeros, carpinteros, aserradores, aprestadores de lino, zapateros, portazgueros, ebanistas, fundidores de campanas y papeleros; a pesar de que los pagos se habían hecho a, y recibido de, los hilanderos de algodón de Manchester. En realidad, hacia 1806, el caso de los tundidores se había casi disuelto en los agravios generales y las demandas de la comunidad obrera. Para los tundidores el agravio era específico: «parece que ahora se generalizará el uso de las rebotaderas y las tundidoras mecánicas, si se permite que esto ocurra, cientos de nosotros nos quedaremos sin pan». Para los tejedores el problema era más amplio: ¿podían reforzarse las cláusulas del 5 Elizabeth c.4 sobre el aprendizaje, que habían caído en desuso, y frenar de este modo el influjo del trabajo no cualificado? Todos los artesanos lo consideraban como un pleito de prueba, indicativo del restablecimiento o de la total abolición del viejo código de protección y arbitraje del trabajo, que era el único que daba alguna esperanza de defensa legal contra el impacto total del recorte de sueldos y la adulteración del trabajo. Muchos de los patronos con pequeños talleres —miles de los cuales se contaban entre los 39.000 que en 1805 se declararon en favor de una ley para limitar el número de telares, suprimir las rebotaderas mecánicas y hacer que el aprendizaje fuese obligatorio— opinaban que el mismo sistema doméstico estaba en peligro. En 1806, cuando se nombró una nueva comisión para investigar el oficio de la lana, comparecieron impresionantes delegaciones, para proporcionar pruebas, de la mayoría de secciones de los obreros del sector de la lana y los patronos con pequeños negocios, tanto del Yorkshire como del oeste. Todos los testigos coincidían en un aborrecimiento general del sistema de fábrica; «reconocen abiertamente —informaba la comisión— que desean conservar esta ley (es decir, la del aprendizaje) porque tiende a provocar dificultades a la continuación del siste-

ma de fábrica, y de este modo contrarresta su crecimiento». La amenaza de la rebotadera mecánica sólo era uno de los elementos en una situación de rechazo generalizado contra los grandes empresarios, que rompían las costumbres del mundo del trabajo y desbarataban una forma de vida establecida.¹⁰⁷

Decir que los testigos de los trabajadores, presentados ante la comisión de 1806, se encontraron con una recepción glacial sería hacer una descripción atenuada de lo que ocurrió. Tanto ellos como su abogado fueron intimidados y amenazados por los partidarios del *laissez faire* y los tribunos antijacobinos del orden. Las peticiones se consideraron como pruebas de conspiración. Los testigos que los tundidores habían enviado a Londres y mantenido con tanto gasto se vieron interrogados como criminales. («Tengo intención de decir la verdad tal y como la conozco —protestó un tundidor—, mi aval es mi pan.») Se argumentaba que era un delito escandaloso el hecho de que hubiesen recogido dinero que provenía de categorías distintas de la suya y que hubiesen mantenido contacto con los obreros del sector de la lana del oeste. Se les obligó a revelar los nombres de sus dirigentes. Se les confiscaron sus libros. Se les escudriñaron las cuentas. La comisión abandonó toda pretensión de imparcialidad judicial y se constituyó en un tribunal investigador. «Vuestra Comisión apenas necesita señalar —informaba a la Cámara de los Comunes— de que tales Instituciones son, en sus tendencias fundamentales, todavía más alarmantes desde un punto de vista político que del comercial ... » En la organización de los tundidores veía «la existencia de un Plan sistemático y organizado, eficaz y peligroso a la vez, tanto por el conjunto de su fuerza como por la facilidad y el secreto con que ... esa fuerza se podía poner en acción ...». Esto era lo que exigía «la más seria y meditada consideración por parte del Parlamento».¹⁰⁸

Por supuesto, la Institución pasó a la clandestinidad. Durante dos años más se aprobaron proyectos de ley de suspensión. Una vez más, en 1808, los tundidores presentaron una petición declarando que «el gran problema relativo al uso de aquella Máquina ... se ha tratado en tantas Sesiones del Parlamento, que los Gastos les inquietan sobremanera». Finalmente, en 1809, se abolió toda la legislación protectora de

107. Committee on the Woollen Trade 1806, pp. 232, 239, 277, 347, 355, Apéndice 13; Hammond, *op. cit.*, pp. 180-186; Aspinall, *op. cit.*, pp. 66-67.

108. Committee on the Woollen Trade, 1806, p. 244, Apéndice, pp. 17-18.

la industria lanera, que abarcaba el aprendizaje, la rebotadera mecánica y el número de telares. Ahora estaba despejado el camino para la fábrica, la rebotadera mecánica, la máquina tundidora, el empleo de mano de obra joven y no cualificada. Estaba bloqueado, de modo definitivo, el camino a *cualquier* reajuste constitucional. Si habían existido una facción «constitucional» y otra «ludita» dentro de las filas de los tundidores, ahora esta última llevaba la voz cantante. Ya en 1805, se había recibido una carta anónima en la *Royal Exchange Insurance Office*:

Señores Directores:

En una reunión general, pero privada, de los Presidentes de todos los Comités de trabajadores pañeros de este condado (léase, York) se me encargó aconsejaros (para beneficio vuestro) que no aseguréis ninguna fábrica en la que haya maquinaria que afecte a los obreros pañeros. Puesto que se decidió presentar de nuevo una petición al Parlamento reclamando nuestros derechos; y si no se nos garantizan, deteniendo la maquinaria que nos concierne, estamos decididos a garantizarlos nosotros mismos, pero no deseamos que por esa razón ustedes salgan perdiendo.

En nombre de los Obreros Pañeros.¹⁰⁹

Después de 1806 y 1809, había sido abolido cualquier vestigio de legislación que indicase que los oficiales del sector de la lana podían dirigirse al Parlamento para defender su situación. Cuando, en los años de estancamiento y miseria de las *Orders in Council*,^{*} algunos patronos con grandes empresas se apresuraron a instalar la nueva maquinaria con la esperanza de arrinconar, con mano de obra barata, a los pequeños negocios que quedaban, apareció el ludismo con una lógica casi inevitable. Para los tundidores Ned Ludd era el defensor de los antiguos derechos y el paladín de una Constitución perdida:

Nunca depondremos las Armas [hasta que] la Cámara de los Comunes apruebe una Ley para suprimir toda la maquinaria que es perjudicial para la Comunidad, y revoque la ley para colgar a los Destructo-

109. *Ibid.*, p. 312. Esta carta es sin duda auténtica, pero no existen pruebas de que fuese autorizada por la Institución.

* Orden real que el soberano promulga con el asesoramiento del Consejo Privado. Son particularmente famosas las de la época de las guerras revolucionarias francesas. (*N. de la t.*)

res de Máquinas. No vamos a presentar más peticiones —no servirán de nada—, vamos a luchar por ello.

Firmado por el General del Ejército de Reparadores
Nedd Ludd Secretario

Reparadores por siempre Amén.¹¹⁰

Sin embargo, la señal para el ludismo no provino en primer lugar de los tundidores, sino de los tejedores de punto. Su historia se complica con el hecho de que no hubiese una sola máquina detestable, parecida a la rebotadera mecánica, contra la cual sublevarse; y porque, en su caso, las estrategias constitucional y ludita no se presentan como alternativas sino más bien como tácticas que se emplean de forma simultánea. El primero que debemos desenmarañar es el hilo constitucional.

El proceso general que redujo a los tejedores de punto a la pobreza durante las guerras sigue unas líneas muy parecidas al proceso por el cual los tejedores se vieron degradados. De todos modos, el telar de medias era una máquina más costosa que la mayoría de los telares. La industria estaba controlada por los calceteros-negociantes; el producto lo hacían los tejedores de medias, ya fuese trabajando en sus propias casas o en pequeños talleres de patronos de calcetería. Aunque algunos tejedores de medias¹¹¹ eran propietarios de sus telares, después de 1800 éstos fueron siendo progresivamente propiedad de los calceteros-negociantes, o de especuladores independientes que invertían pequeñas o grandes sumas en telares, de los cuales obtenían una renta de la misma forma que los propietarios de los *cottages*. De este modo, a los agravios generales relativos al recorte de salarios y a las costumbres laborales se añadía el agravio continuado de la renta de los telares. De hecho, los calceteros-negociantes tenían dos medios alternativos de rebajar los salarios: reducir el precio que se pagaba por el trabajo realizado, o aumentar los alquileres de los telares. Y, al igual que en el caso

110. W. B. Crump, *op. cit.*, p. 230.

111. Tejedores de medias y tejedores de punto son términos intercambiables. [Los términos a los que se refiere esta nota son *stockinger* (traducido como tejedor de medias) y *framework-knitter* (traducido como tejedor de punto). También aparece repetidamente en este capítulo el término *hosier*, que se ha traducido como calcetero-negociante. Algunas veces, según el contexto, se ha traducido *stockinger* o *framework-knitter* como calcetero, cuando no era posible confundirlo con *hosier*. (*N. de la t.*)]

del tejido manual, en su conjunto los patronos menos escrupulosos socavaban las condiciones del oficio.

En 1811, había quizás unos 29.000 telares de punto en el país, y unos 50.000 trabajadores empleados en y alrededor del oficio de la calcetería.¹¹² Aunque un pequeño núcleo de esta industria permanecía en Londres, que había sido su emplazamiento durante el siglo XVII, la industria estaba ahora mayoritariamente concentrada en el triángulo Nottingham-Leicester-Derby. Como en el caso de la industria lanera del Yorkshire, unos pocos talleres grandes o «fábricas» estaban creciendo con rapidez, pero, con mucho, el mayor número de tejedores de medias trabajaban en pequeños pueblos industriales, en talleres donde había tres o cuatro telares. A diferencia de los cualificados tundidores, los tejedores de punto eran trabajadores a domicilio que se encontraban en una situación extraordinariamente expuesta a la explotación; al igual que los tejedores, evocaban mejores tiempos. Las descripciones relativas a la segunda mitad del siglo XVIII difieren; pero desde 1785 hasta 1805 parece que hubo un nivel bastante alto de empleo, con salarios de 14s. o 15s. a la semana, por una jornada laboral de doce horas. Pero hacia el cambio de siglo la industria se enfrentó a reajustes difíciles. El tono sombrío de la sociedad antijacobina supuso una caída de la demanda para los vistosos productos de calcetería de los años prerrevolucionarios, aunque, hasta cierto punto, esto se vio compensado por el aumento de la demanda de calcetería sencilla y la introducción gradual del encaje hecho a máquina. Los tejedores de medias experimentaron un creciente deterioro de su situación y reaccionaron con energía. Como en el caso de los tejedores, hubo magistrados y patronos que atribuyeron la insubordinación de los trabajadores a la «vida lujosa y licenciosa» que su anterior riqueza les había propiciado: «Durante los primeros días de la semana, las discusiones acerca de política, la destrucción de la caza o el libertinaje en las cervecerías sustitúan las obligaciones de su ocupación, y durante los tres o cuatro días restantes se ganaba lo suficiente para pagar los gastos corrientes»; «las clases más bajas se hallaban casi universalmente corruptas por la abundancia y la depravación, hasta un punto que apenas se puede creer...».¹¹³

112. Descripciones detalladas que se encuentran en los Archivos de Nottingham 3984 II, fol. 29 indican que había 29.355 obreros en el oficio. W. Felkin, *op. cit.*, pp. 239, 437, indica que en 1812 había 29580 telares y 50.000 tejedores de punto.

113. Véase Hammond, *op. cit.*, pp. 222-226; Darvall, *op. cit.*, pp. 28-34.

Los motivos de queja de los tejedores de medias eran complejos y no pueden entenderse por completo si no prestamos un minuto de atención a los detalles del oficio.¹¹⁴ En las Midlands se fabricaba no sólo calcetería sencilla y fina, sino también guantes, tirantes, mitones, blusas de tul, pantalones, corbatas y artículos varios; y Leicester, donde se hacían productos de mucha mayor calidad, no fue tan duramente golpeado durante los años del ludismo como lo fue Nottingham. Pero todas las quejas se dirigían contra los diversos medios que permitían a los calceteros-negociantes menos escrupulosos economizar trabajo y abaratar la producción. En algunos pueblos el «truck» estaba tan extendido que casi había sustituido el pago de salarios. El pago del trabajo estaba sujeto a complicadas tarifas de trabajo a destajo, que a su vez dependían, en el caso del encaje, del número del hilo; los trabajadores se quejaban de que constantemente se les pagaba por debajo del valor de su trabajo, como si hiciesen trabajo de una calidad inferior, y de que los patronos se negaban a utilizar un instrumento para contar los hilos. De sus inadecuados salarios, los tejedores de medias tenían que descontar los costes de coser, agujas, aceite, traer y llevar el trabajo, etc. Los intermediarios poco escrupulosos, o comerciantes no autorizados, a quienes llamaban «calceteros del talego», visitaban los pueblos persuadiendo a los tejedores de medias que estaban subempleados, o que querían ahorrarse la pérdida de tiempo que representaba llevar su trabajo a los grandes almacenes de los calceteros-negociantes de Nottingham, para que trabajasen por debajo de las tarifas establecidas. Pero las quejas más serias eran las que se referían a los «cut-ups»* y al «colting».**

«En Nottingham, o en su vecindad, no hay maquinaria nueva contra la cual los obreros dirijan su venganza», así se expresaba la publicación radical de la clase media, *Nottingham Review*:

Las máquinas, o telares ... no se rompen porque sean de nueva construcción ... sino porque en ellos se fabrican productos de mala calidad,

114. Los resúmenes más completos se encuentran en Darvall, *op. cit.*, cap. 2, y A. Temple Patterson, *Radical Leicester*, cap. 3. Véase también F. A. Wells, *History of the Midland Hosiery Trade*, 1935.

* Se refiere a los recortes en los precios, que perjudicaban a los tejedores de medias. (*N. de la t.*)

** *Colt* significa persona joven y sin experiencia. *Colting* hace referencia al empleo de trabajadores jóvenes y no cualificados. (*N. de la t.*)

que son engañosos a la vista, desprestigian el oficio y, por lo tanto, llevan consigo las semillas de su destrucción.¹¹⁵

Las medias (y otros artículos) que se vendían a precios de saldo, se fabricaban a partir de grandes piezas de tejido de punto, hecho en un telar ancho, que luego se cortaba con la forma requerida y se unían las piezas con costuras.¹¹⁶ Estos artículos eran baratos y —comparados con las medias hechas en el telar— se podían producir en masa. Pero en el oficio creaban un profundo disgusto por varias razones. Los trabajadores, y también muchos de los patronos, argumentaban que el trabajo era de una calidad muy inferior y que las costuras se abrían. Ante la mirada inexperta parecían el artículo auténtico y, por lo tanto, podían rebajar los precios de los productos de calcetería hechos «según las normas del oficio»; y esto ocurría en un momento en que el colapso del mercado sudamericano y el estancamiento general producido por las *Orders in Council* habían conducido a una caída de la demanda. Además, la baja calidad de los «cut-ups» ofendía el orgullo del artesano en su trabajo, y hacía que los productos del oficio, en general, tuviesen mala reputación. Además, esta queja conducía directamente al agravio referente al «colting», empleo de mano de obra no cualificada o de demasiados aprendices. Las técnicas de producción barata fomentaban la afluencia de mano de obra barata y no cualificada. El tejido de punto se estaba degradando al nivel de un oficio «deshonroso».

Los tejedores de medias, al igual que los tundidores, tenían una larga historia de defensa de su situación tanto por medios constitucionales como violentos. Una Compañía de Tejedores de Punto había obtenido una carta de privilegios de Carlos II, aunque durante el siglo XVIII la industria de las Midlands, en la práctica, había eludido sus regulaciones y aquélla había caído en la oscuridad. Entre los años 1778 y 1779 se había producido un decidido intento de conseguir un salario mínimo legal. Cuando el proyecto de ley fue derrotado, se produjeron a continuación revueltas y destrucción de telares. En 1787, se negoció una lista de precios entre los calceteros-negociantes y los trabajadores, que estuvo en vigor, hasta cierto punto, durante 20 años. Desde 1807

115. *Nottingham Review* (6 de diciembre de 1811).

116. Para la oposición a los telares anchos como éste, véanse las cartas que aparecieron en el *Leicester Journal* (13 de diciembre de 1811), y el *Derby Mercury* (19 de diciembre de 1811).

en adelante los salarios disminuyeron y, una vez más, los tejedores de medias recurrieron a la agitación constitucional. Se revitalizó la vieja Compañía de Tejedores de Punto, pagando los oficiales la gravosa cantidad de 1 libra 13s. 6d. para ser admitidos, y se empezaron varias acciones. Triunfó un pleito de ensayo contra el «colting»; pero el pago de 1s. por daños y perjuicios que el jurado impuso no fue suficiente para disuadir a otros infractores. Los salarios disminuyeron alrededor de una tercera parte desde su nivel del año 1807. En 1811, Gravener Henson, que ahora surgió como líder destacado de los trabajadores, intentó una de las pocas acciones de las que hay constancia contra los patronos bajo las *Combination Acts*. Presentó pruebas de que algunos de los calceteros-negociantes se habían asociado para reducir los salarios, y habían publicado sus acuerdos en la prensa de Nottingham. Los magistrados se negaron a admitir su demanda, y el secretario municipal se negó a dar un mandato judicial.¹¹⁷

Exactamente igual que en el caso de los tundidores, los tejedores de punto se encontraron con que todo estatuto legal que podía haberles proporcionado protección era abolido o ignorado, mientras que todo intento de hacer respetar sus derechos mediante la actuación de las *trade unions* era ilegal. Aunque, antes de 1811, algunos de los calceteros-negociantes querían también la supresión de los «cut-ups» y el «colting», los alineamientos de clase se reforzaron un mes tras otro, y la buena voluntad que existía con anterioridad entre aquellos patronos que eran reformadores políticos y sus oficiales desapareció. Sin embargo, existen buenas razones para suponer que, en 1811-1812, algunos de los calceteros-negociantes que pagaban los precios acostumbrados y que no fabricaban «cut-ups» simpatizaban vivamente con los objetivos de los luditas, si no lo hacían con sus métodos. Porque el ludismo en Nottingham, al igual que en el Yorkshire, era sumamente selectivo. Sólo se destruían aquellos telares de quienes fabricaban productos a precios inferiores o «cut-ups»; cuando se rasgaban las telas en los telares, o las que se habían confiscado del carro del trajinante, se destruían los «cut-ups» pero aquellos que tenían los orillos apropiados se dejaban intactos. En la canción, *General Ludd's Triumph*, se hacía claramente la distinción:

117. Hammond, *Town Labourer*, p. 66; *Skilled Labourer*, p. 227; Darvall, *op. cit.*, p. 43; *Committee on Framework-Knitters' Petitions*, 1812; J. D. Chambers, «The Framework-Knitters' Company», *Economica* (noviembre de 1929).

El culpable puede temer pero su venganza no se dirige
 A la vida del hombre honrado o al Estado,
 Su ira sólo afecta a los telares anchos
 Y a aquellos que reducen los precios tradicionales.
 Esas máquinas del mal estaban sentenciadas a morir
 Por el voto unánime del Oficio
 Y Ludd que puede desafiar cualquier oposición
 Se convirtió en el Gran verdugo.
 Puede condenar la gran falta de respeto de Ludd hacia las Leyes
 Aquel que jamás piense ni por un momento
 Que la *vil Imposición* fue la única causa
 Que provocó esos desgraciados resultados.
 Que los soberbios dejen de oprimir a los humildes
 Entonces Ludd envainará su espada conquistadora,
 Cuando sus agravios sean reparados al instante
 Entonces la paz se restablecerá con rapidez.

Que los sabios y los grandes nos presten su ayuda y su consejo
 Que no dejen jamás de prestarnos su ayuda
 Hasta que el trabajo de la mayor calidad pagado según el precio tradicional
 Quede establecido por la Costumbre y la Ley.
 Cuando esta difícil lucha termine el Oficio
 Levantará su cabeza en pleno esplendor,
 Y la práctica del *colting* y el *cutting* y el soborno
 No les robarán más el pan a los obreros honrados.¹¹⁸

En realidad, los tejedores de punto reclamaban una sanción constitucional incluso para la destrucción de telares. En la carta de privilegios que les había otorgado Carlos II había una cláusula que concedía

118. La copia está en H.Q. 42.119 (la melodía es la de *Poor Jack*). (The guilty may fear but no vengeance he aims / At the honest man's life or Estate, / His wrath is entirely confined to wide frames / And to those that old prices abate. / These Engines of mischief were sentenced to die / By unanimous vote of the Trade / And Ludd who can all opposition defy / Was the Grand executioner made. / He may censure great Ludd's disrespect for the Laws / Who ne'er for a moment reflects / That *foul Imposition* alone was the cause / Which produced these unhappy effects. / Let the haughty no longer the humble oppress / Then shall Ludd sheath his conquering sword, / His grievances instantly meet with redress / Then peace will be quickly restore. / Let the wise and the great lend their aid and advice / Nor e'er their assistance withdraw / Till full-fashioned work at the old fashioned price / Is established by Custom and Law. / Then the Trade when this arduous contest is o'er / Shall raise in full splendour its head, / And colting and cutting and squaring no more / Shall deprive honest workmen of bread.)

a la Compañía de Tejedores de Punto el poder de nombrar unos delegados para examinar las mercancías, y para destruir las que fueran defectuosas o engañosas. Ahora los luditas asumían estos poderes como derechos. En réplica a las proclamas de los magistrados, contrarias a sus actividades, hicieron pública una *CONTRADECLARACIÓN*, salpicada de «Por cuanto ques» y «Siempre ques», que declaraba tanto su intención como su derecho a «romper y destruir cualquier tipo de telar que fabrique los siguientes artículos falsos y cualquier telar que no pague el precio regular acordado con anterioridad por los Patronos y los Obreros». Se adjuntaba una lista de los telares y las prácticas que se consideraban delictivas.¹¹⁹

La fase más importante del ludismo en el Nottinghamshire se produjo entre marzo de 1811 y febrero de 1812; y en este período hubo dos puntos culminantes, marzo y abril, y de noviembre a enero, en los que la destrucción de telares se extendió al Leicestershire y al Derbyshire. En esta fase se destruyeron quizás unos 1.000 telares, por un valor que oscila entre las 6.000 y las 10.000 libras, y se dañaron numerosos artículos. Volveremos sobre estos acontecimientos. Pero en Nottingham se da una oscilación interesante entre la protesta ludita y la constitucional, y es posible que ambas fueran dirigidas por la misma organización de *trade union*, en la que quizá los luditas y los constitucionalistas (probablemente dirigidos por Gravener Henson) discrepasen en sus opiniones. La fase más importante del ludismo finalizó con la aprobación de la ley que convertía la destrucción de telares en un delito capital, la cual recibía la calificación de «inválida» en la *DECLARACIÓN* de Ludd, puesto que se había conseguido de «la forma más fraudulenta, interesada y amañada desde el punto de vista electoral». Sin embargo, la aprobación de la ley, en febrero de 1812, alarmó hasta tal punto a los tejedores de punto, que se reunieron con urgencia para constituirse en una asociación cuasilegal llamada «Comité Unido de los Tejedores de Punto», muchos de cuyos documentos (confiscados en 1814) han llegado hasta la actualidad.

El primer paso que dio el comité de Nottingham fue iniciar correspondencia con Londres, Leicester, Derby e incluso con Dublín, Tewkesbury y Glasgow, e intentar (sin éxito) conseguir un aplazamiento de la aprobación del ofensivo proyecto de ley, con el fin de que la Cámara

119. Conant y Baker a H.O. 42.119 parcialmente reproducido en Darvall, *op. cit.*, p. 170.

escuchase a sus representantes. Las respuestas de sus corresponsales ponen de manifiesto las extremas dificultades que se presentaban en el proceso de formación de cualquier asociación legal. Desde Leicester (20 de febrero de 1812) escribían: «Cresmos necesario ponernos bajo el amplio Escudo de la Ley y solicitar el Asentimiento de los Magistrados del Municipio ... para realizar una reunión conjunta del Oficio ...». Desde Derby (3 de marzo de 1812) se decía: «Los Magistrados de este *Rotten Borough* no nos permitirán hacer una Reunión del Oficio». En Londres, donde seguían trabajando sólo unos 100 tejedores de medias aproximadamente, los magistrados de Hatton Garden eran más amables, pero (4 de marzo de 1812) «dos agentes de policía asistieron a nuestra reunión para rendir cuentas al magistrado acerca de la legalidad de nuestros procedimientos». Desde Tewkesbury un corresponsal contestaba (2 de marzo) que el magistrado había impedido una reunión y que les abrían el correo. Thomas Latham (que, junto con Henson, llevaba la mayor parte de la correspondencia) escribió una hiriente carta dirigida al alcalde de «Tukesbury»: «¿No se ha enterado usted, Señor, de que la Ley, que comúnmente recibía el nombre de "La Ley de la Mordaza" hace tiempo que ha fallecido de muerte natural?». Debería tener cuidado porque el pueblo «se puede ver abocado a la comisión de crímenes con el propósito de ejercer su *venganza*, cuando no puede ejercer sus *derechos*». A pesar de todas estas dificultades, se formaron comités en todos estos centros y se mantuvo correspondencia con los tejedores de medias de Sheffield, Sutton-in-Ashfield, Belper, Heanor, Castle Donnington y Godalming.¹²⁰

El objetivo del comité de Nottingham era promover un proyecto de ley para dar ayuda parlamentaria a los tejedores de medias. Desde algunos comités se sugirió que se hiciese una petición en favor de una ley de salario mínimo. El comité de Nottingham se opuso a estas propuestas:

Es de todos sabido que los gobiernos no intervendrán en la regulación del *quantum* salarial que se debe pagar a cambio de un determinado *quantum* de trabajo, porque esto vendría a ser lo mismo que la odiosa práctica de fijar un *máximo* y un *mínimo* sobre un artículo, que fluctúa como lo hace nuestra prosperidad nacional, y la adversidad. ... Es cierto que el gobierno ha intervenido en la regulación de los salarios en

120. Archivos de Nottingham y *Records*, VIII, p. 139.

épocas que hace tiempo que han pasado; pero los escritos del doctor Adam Smith han cambiado las opiniones de la parte culta de la sociedad sobre este tema. Por lo tanto intentar aumentar los salarios mediante la influencia parlamentaria, sería tan absurdo como pretender regular los vientos.

Sin duda, Henson y sus compañeros le habían tomado las medidas a la oposición. Si tenían que conseguir el aumento salarial que querían (argumentaba el comité de Nottingham) debía existir una legislación más detallada que impidiese disminuciones *indirectas*: «Y el comité es de la opinión ... de que los últimos atropellos que se han cometido en esta ciudad y vecindario han tenido su origen en las múltiples imposiciones que han practicado los calceteros sobre los obreros, por falta de regulaciones parlamentarias». De ahí que se pretendiese preparar un proyecto de ley que contuviese un número de cláusulas detalladas: 1) regular el tamaño de la media según el número de *jacks* (es decir, alambres del telar de medias); 2) convertir en obligatoria la calificación de las medias, de modo que se pudiera distinguir la buena calidad de la malla; 3) utilizar obligatoriamente un instrumento para contar los hilos al hacer el cálculo del pago del encaje hecho a máquina; 4) prohibir las imitaciones inferiores de los artículos de buena calidad; 5) convertir en obligatoria la exposición de las listas de precios en todos los talleres, y 6) conferir a los *J.P.s* el poder de regular los alquileres de los telares.

De acuerdo con todo ello se diseñó un proyecto de ley, «Para Impedir los Fraudes y los Abusos en la Industria del Tejido de Punto», que contenía varias de aquellas cláusulas, así como la prohibición del sistema de pago llamado «*truck*». En marzo de 1812 se hicieron circular activamente las listas de apoyo y las peticiones en favor de aquella ley. Hacia finales de abril se habían recogido más de 10.000 firmas entre los tejedores de punto. («N.B. Todos los Hombres del Oficio podían firmar pero las Mujeres no lo podían hacer.»)

Nottingham	2.629
Condado de Nottingham	2.078
Leicester	1.100
Condado de Leicester	2.057
Derby	239
Condado de Derby	1.809
Tewkesbury	281

Godalming	114
Londres	92

Las listas de apoyo muestran un área de ayuda que sobrepasa las propias filas de los tejedores de medias; hay donativos de taberneros, abaceros, panaderos, carniceros, molineros, agricultores, impresores, algunos patronos calceteros y muchos artesanos. Desde los clubs de enfermedad se hizo un llamamiento público para promover los donativos. En junio, cuando se iba a presentar el proyecto de ley ante el Parlamento, un soldado escribió ofreciéndose para recoger suscripciones de apoyo en el regimiento de la milicia que se encontraba en Great Yarmouth, mientras que el comité daba las gracias por «la generosa suscripción de apoyo de Lord Byron».

Desde finales de abril hasta el último día de julio, Henson, Large, Latham y otros delegados estuvieron con frecuencia en Londres ocupándose del proyecto de ley. Sus informes de la City no eran nada liasonjeros. No sólo consideraban que los sindicalistas especializados eran arrogantes, también opinaban que sus gastos en dietas, que pagaba la *union*, eran exagerados. El 22 de abril informaron que habían dormido su primera noche en El Cisne de Dos Cuellos, en Lad Lane:

Cuando a base de una Cena Fría con carne de Vaca, Habitaciones, Camarero y Camarera lograron que aflojáramos veinticinco chelines, Tommy Small [es decir, Large*] sacudiendo la Cabeza, exclamó, ¡es el Demonio! !!!!!

(Cuando Henson estuvo de vuelta a Nottingham en mayo, escribió a sus compañeros para preguntarles si «ha mejorado el Olor de Londres»). Los gastos que supuso este asunto fueron muchos. Los costes legales y parlamentarios se tragarón la mayor parte de los fondos, pero también estaban los billetes y los gastos de los delegados (a mediados de junio, Henson hizo una visita rápida a Dublín), una dieta (de 14s. a la semana) para sus esposas, otra dieta más (de 3s. al día) para los miembros del comité que estaban ocupados todo el tiempo en recoger suscripciones de apoyo. La respuesta de los mismos tejedores de medias era desigual. En Leicester, cuya industria de calcetería de estambre no

* Juego de palabra a base de los significados contrapuestos, *small* (pequeño) y *large* (grande). (N. de la t.)

estaba afectada con la misma gravedad que los algodones de Nottingham, faltaba entusiasmo: «No hay más de media docena de buenos compañeros en la Ciudad —escribía Large en abril—, y éstos son principalmente *Sherwood Lads*».¹²¹ En mayo, un miembro del comité escribía, con desesperación, por la falta de apoyo en los pueblos del Nottinghamshire que trabajaban los productos sencillos del oficio del tejido de punto (el que se hacía con dos agujas). Estos tejedores de medias sospechaban que el proyecto de ley beneficiaría sobre todo a los que trabajaban en la industria del encaje y la seda: «Estuve fuera muchos días y no pude conseguir un Penique, me miran con un aspecto tan afable como el de un Buey». A medida que pasaban los meses, se empezaban a hacer preguntas acerca del coste de mantener a los delegados en Londres y a sus esposas en casa. (Estas envidias surgían de forma inevitable en el contexto de todas las primeras *trade unions*.) Además, mientras el comité intentaba por todos los medios que cesase la destrucción de máquinas, porque ello iba a perjudicar su caso en el Parlamento, los ánimos se caldearon en Nottingham, donde se condenó a siete luditas, en marzo, a 7 o 14 años de deportación. Sin duda el comité sabía quienes eran los dirigentes luditas que habían actuado durante el año anterior, y es posible que, realmente, contase con alguno de ellos entre sus miembros. En abril tuvo lugar el único intento de asesinato, que se produjo durante los disturbios de las Midlands: hirieron ante su casa a un calcetero-negociante llamado William Trentham. El ataque fue precedido por una carta anónima del «Capitán» que denunciaba a Trentham por pagar a las mujeres por debajo del sueldo establecido:

Señor, debe ser consciente de que estas desafortunadas Muchachas tienen grandes tentaciones de convertirse en prostitutas, debido a su extrema pobreza. El Capitán me autoriza a decirle que, puesto que esta Gente está indefensa, la considera bajo su protección de una forma más inmediata, porque cree que sus Salarios son los más bajos de toda Inglaterra.

El secretario del comité local escribió consternado, desde Leicester, a los delegados de Londres:

121. Es decir, luditas.

Me han informado de que el señor Trentham, Calcetero de Nottingham, fue tiroteado el lunes por la noche ante su propia puerta, el informe dice que el sábado anterior *recortó* a sus trabajadoras dos peniques por cada par de medias y les dijo que se lo comunicasen a *Ned Ludd*. No sé cuánta parte de verdad hay en ello, pero lo cierto es que este no es un buen momento para irritar a la opinión pública con una Ofensa importante.

En el desarrollo de los acontecimientos en Londres hay algo de patético. Los representantes de los tejedores de medias —y Henson en particular— hicieron un relato impresionante de su caso ante la comisión parlamentaria que examinaba el proyecto de ley.¹²² Asimismo, los delegados presionaron laboriosamente, mostrando a los parlamentarios algunos ejemplos de malas hechuras y de «*cut-ups*», y distribuyendo regalos de sus productos de mayor calidad (pagados con los fondos del comité) entre personas influyentes. Al príncipe regente se le regalaron medias, un velo de seda, una prensa de seda y pañuelos. Sidmouth recibió a la delegación de forma cortés, encargando medias y un chal para sus hijas, y parecía que los delegados estaban a punto de conseguir el éxito. En vísperas de la tercera lectura del proyecto de ley, Henson escribió en respuesta a Nottingham con un acento de triunfo (30 de junio de 1812): «Tenemos Algunas Razones para [pensar] que el Príncipe Regente también es favorable, sólo tenemos que enfrentarnos a los Discípulos del doctor A. Smith, de cuyos principios abomina todo el Reino». Dos días más tarde escribió con abatimiento. Hume se había opuesto al proyecto y luego la Cámara había suspendido la sesión, «como no había Cuarenta Parlamentarios presentes, salieron de la Cámara cuando nuestro asunto progresaba con rapidez». Otro tanto en relación a los meses de hacer solicitudes y recogidas de suscripciones, de sacrificio e intentos de organización legal. La comisión de la Cámara recibió hasta el último minuto representaciones y peticiones que provenían de grandes establecimientos de calcetería de Leicester y Nottingham. La Cámara decidió, inmediatamente, borrar *todas* las cláusulas del proyecto de ley relativas a la calcetería, dejando sólo débiles cláusulas que hacían referencia al encaje y al sistema de «*truck*». Henson en-

122. Véase *Committee on Framework-Knitters' Petitions*, 1812, en especial las pp. 38-46. Uno de los testigos de los trabajadores era John Blackner, el historiador de Nottingham, que había sido tejedor de punto hasta 1780.

vió estas noticias a Nottingham en una carta con una adenda furiosa: «P.S. Pueden Rebajar, Saldar, Sobornar, Fabricar Simple Algodón, y Estafar, Robar, Ratear y Oprimir tanto como quieran». Los delegados hicieron una visita al líder radical, con la esperanza de que se volviese a incluir alguna de las cláusulas:

Sir Francis Burdett nos dijo que el Parlamento jamás intervenía en las disputas entre Patronos y Obreros. ... Sir Francis no nos apoyó sino que abandonó la Cámara ... los partidarios de nuestro proyecto de ley son quienes pertenecen a la parte *ministerial* de la Cámara.

Por supuesto, el proyecto de ley mutilado superó su tercera lectura, a pesar de otro largo discurso en contra hecho por Hume, el 21 de julio: «Los Ministros estaban a favor del proyecto, sólo había 12 en la Cámara cuando se Aprobó, los Patriotas se habían ido como es habitual». Pero es difícil saber a qué parte del «lado ministerial» se referían, porque tres días más tarde los lores rechazaron el proyecto de manera fulminante. El discurso contrario más enérgico (hay que señalar que no hubo ninguno a favor) lo hizo lord Sidmouth: «confío en Dios que no se vuelva a intentar introducir un principio como éste en ningún proyecto de ley que se presente en esta Cámara».¹²³

Pero este no es, en modo alguno, el final de la historia de la organización de los tejedores de punto. Resumiendo, ante el fracaso del proyecto de ley, el comité tomó medidas para fortalecer la *union*. Se hicieron investigaciones para saber «cómo dirigían su *Union* los Carpinteros, Sastres, Zapateros y Cuchilleros»; se diseñaron unos nuevos estatutos (quizá con el consejo de sir Samuel Romilly); y se le dio el nombre de «Sociedad para Conseguir Ayuda Parlamentaria, y para el Fomento de la Técnica de Mejorar el Mecanismo».¹²⁴ Como tal, su existencia efectiva fue de dos años; se aseguraba el pago de subsidios, por desempleo y huelga; la *union* empleó con éxito a algunos de sus miembros directamente en una fábrica; y sus actividades fueron suficientemente poderosas para desalentar cualquier recrudescimiento del ludismo. Sin embargo, en 1814, se reanudaron los estallidos de destruc-

123. Archivos de Nottingham, 3984 I y II, *passim*; *Records VIII*, pp. 139-162; Hammond, *op. cit.*, pp. 229, 270.

124. El ejemplar de *Articles and General Regulations*, Nottingham, 1813, está en Archivos de Nottingham, 3984 II, fol. 126.

ción de telares; según una versión en contra de los deseos de Henson y el sector «constitucional», según otra como forma complementaria de reforzar las *trade unions*, de modo que pequeñas bandas luditas estaban subvencionadas, en realidad, por los fondos de la *union*. Una huelga en un gran taller de un calcetero-negociante de Nottingham hizo que los calceteros-negociantes y la corporación municipal, que hacía tiempo que utilizaba espías para lograr conocer los procedimientos de la *union*, actuasen a través de un «Comité secreto». Se detuvo a dos de los dirigentes de la *union* y se confiscaron los documentos de la misma. La destrucción de telares siguió, de manera esporádica, hasta 1817; pero está claro que durante los mismos años la *union* siguió teniendo una vigorosa existencia clandestina. La clandestinidad daba lugar, año tras año, a manifestaciones públicas masivas y disciplinadas, y también a negociaciones abiertas.¹²⁵

Gran parte de esta historia corresponde a la situación posterior al ludismo. Pero la historia del proyecto de ley fracasado, para regular la industria del tejido de punto, pone de relieve la difícil situación por la que atravesaban los sindicalistas durante los años del ludismo. Aunque no tenemos documentos que nos permitan leer los pensamientos de los líderes de los tejedores y los tundidores de forma tan clara, ellos debieron conocer experiencias muy parecidas en su infructuoso y costoso recurso al Parlamento, entre 1800 y 1812. Hemos seguido ya, con cierto detalle, la historia de los tejedores de algodón del Lancashire. Pero se debe señalar que el ludismo del Lancashire surgió a partir de una crisis entre el paternalismo y el *laissez faire*, absolutamente paralela a la que tuvo lugar en las industrias de la calcetería y de la lana. En fecha tan tardía como 1800 y 1803 los tejedores, después de una intensa agitación, pudieron conseguir al menos una medida de protección formal con las *Cotton Arbitration Acts*. Los tejedores ya mantenían correspondencia con los tejedores de algodón de Glasgow, y (en opinión del coronel Fletcher de Bolton) su agitación «nace en las *Sociedades Ja-*

125. Véase los Hammond, *op. cit.*, pp. 229-254; W. Felkin, *op. cit.*, p. 238; A. Temple Patterson, *op. cit.*, caps. 6, 7; Darvall, *op. cit.*, pp. 139-150, 155-159; Aspinall, *op. cit.*, pp. 169-183, 230, 234-242, 320-328. Durante un corto período de tiempo, Henson fue empleado por la *union* a tiempo completo. En 1816, llevó adelante dos acciones contra calceteros-negociantes, que habían violado las *Truck Acts*, con éxito. En 1817 le detuvieron mientras se encontraba en Londres haciendo peticiones en favor de las vidas de luditas condenados; y se le retuvo durante 18 meses sin acusación, durante la suspensión del hábeas corpus.

cobinas y se propone ser un medio de mantener los espíritus de los Tejedores en una Agitación continua ...».¹²⁶ La victoria de las *Arbitration Acts* demostró ser ilusoria, aunque se les otorgaron nuevos poderes a los magistrados para mediar e imponer un salario mínimo, «los magistrados, al estar emparentados más de cerca con los Patronos por su rango social y su fortuna, y también por el hecho de conocerles más por el trato que existe entre ellos, se ocupan de los asuntos con mano negligente.»¹²⁷ La agitación en favor de una ley de salario mínimo alcanzó su primer punto crítico en 1807-1808, con las peticiones, las manifestaciones y las huelgas que desembocaron en el encarcelamiento del coronel Hanson.¹²⁸ De acuerdo con un testigo escocés, que afirmaba haber sido una parte dirigente de la organización desde 1809 hasta finales de 1812, existió una impresionante *union* de tejedores a nivel nacional, que tenía su centro en Glasgow y poseía baluartes en Escocia, el Lancashire, Carlisle e Irlanda del Norte.¹²⁹ En 1811 los tejedores hicieron un esfuerzo renovado para conseguir una ley de salario mínimo; 40.000 tejedores de Manchester, 30.000 de Escocia y 7.000 de Bolton firmaron peticiones que reclamaban protección contra los patronos sin escrúpulos. Hacia 1812 parece que hubo algunas divergencias entre las opiniones de los tejedores, mientras que los trabajadores del Lancashire abandonaban toda esperanza de protección y se dirigían hacia el ludismo, los trabajadores de Glasgow y Carlisle libraban largas batallas en costosos pleitos de ensayo en los tribunales sobre los temas de regulación salarial y de aprendizaje. Los trabajadores de Glasgow, de hecho, ganaron su pleito, después de luchar por él, con un coste muy grande, en las más altas magistraturas. Pero inmediatamente, los fabricantes se negaron a pagar el mínimo que habían convenido los magistrados en las *Quarter Sessions*; el resultado de ello fue que (en noviembre y diciembre de 1812) hubo una huelga de tejedores, notablemente disciplinada y bien mantenida, que se extendió desde Aberdeen a Carlisle. Los trabajadores (decía Richmond) estaban decididos a imponer mediante «un esfuerzo moral simultáneo» los salarios decretados por

126. Hammond, *op. cit.*, p. 67, y (para las *Arbitration Acts*) pp. 62-69, 72 y siguientes.

127. Uno que se apiada de los oprimidos, *The Beggar's Complaint against Rack-Rent Landlords, Corn Factors, Great Farmers, Monopolizers, Paper Money Makers, and War ...*, Sheffield, 1812, pp. 100 y siguientes.

128. Véase más arriba, vol. 1, p. 303.

129. A. B. Richmond, *op. cit.*, pp. 14-28

ley, y también estaban decididos «a hacer el último acto de resistencia para mantener su categoría social». Los líderes de Glasgow («personas de una extraordinaria sangre fría y habilidad»), que habían tenido cuidado de consultar todos los aspectos y de actuar dentro de la ley, fueron detenidos acto seguido, y condenados a sentencias que iban de 4 a 18 meses. Dos años más tarde, cuando se revocaron las cláusulas sobre el aprendizaje del 5 Eliz. c.4, una nueva petición (esta vez procedente de los tejedores del Lancashire) declaraba que «la presente ley que revoca la susodicha Ley ha hundido los ánimos de los Solicitantes de forma indescriptible, dejándoles sin esperanza ...».¹³⁰

El trato que recibieron los dirigentes de los tejedores de Glasgow es el ejemplo más indignante de la difícil situación general de los sindicalistas en aquella época. Y en este punto podemos reunir nuestros análisis de las causas que precipitaron el ludismo. Desde luego, es fácil recurrir a una inútil explicación «económica», que atribuye el ludismo al simple juego de causa y efecto de las *Orders in Council*. Es cierto que el sistema continental de Napoleón y la represalia que supusieron las *Orders* habían desorganizado de tal modo los mercados de los productos textiles británicos, que las industrias del Lancashire, Yorkshire y las Midlands se encontraban estancadas. La guerra y las sucesivas malas cosechas habían contribuido a aumentar los precios de las provisiones a niveles de «hambre». Pero esto no sirve como explicación del ludismo; puede ayudarnos a explicar la coyuntura en la que surgió, pero no su naturaleza. Estos años de desgracias, 1811 y 1812, añadieron el agravio supremo del hambre continuada a injusticias que ya existían. Hacía que cada mecanismo que los patronos menos escrupulosos buscaban para economizar trabajo y abaratar su valor (telares mecánicos, máquinas tundidoras, o «cut-ups») pareciesen más ofensivos. Pero el carácter del ludismo no era el de una protesta ciega o el de un motín de subsistencias (como los que tuvieron lugar en otros distritos). Ni tampoco servirá describir el ludismo como una forma de sindicalismo «primitivo». Como hemos visto, los hombres que organizaron, protegieron o disimularon el ludismo estaban lejos de ser primitivos. Eran perspicaces y alegres; junto a los artesanos de Londres, algunos de ellos se encontraban entre los más organizados de las «clases trabajadoras».

130. Véase *ibid.*, pp. 29-40, y el testimonio de Richmon, *Second Report ... Artizans and Machinery*, 1824, pp. 59 y siguientes; Hammond, *op. cit.*, pp. 85-88; Aspinall, *op. cit.*, pp. 137-150, en especial de J. J. Dillon a Sidmouth, pp. 143 y siguientes.

Unos pocos de ellos habían leído a Adam Smith, unos cuantos más se habían puesto a estudiar las normas de funcionamiento de las *trade unions*. Los tundidores, calceteros y tejedores eran capaces de dirigir una organización compleja; encargarse de sus finanzas y de su correspondencia; enviar representantes a lugares tan lejanos como Irlanda o mantener una comunicación regular con el West Country. Todos ellos habían tenido tratos, a través de sus representantes, con el Parlamento; mientras que los tejedores de medias de Nottingham, que habían hecho el correspondiente aprendizaje, eran diputados y electores.

Puede considerarse que el ludismo surgió en el punto crítico de la revocación de la legislación paternalista, y en el momento de la imposición de la economía política del *laissez faire* sobre, y contra la voluntad y la conciencia de, los obreros. Es el último capítulo de una historia que se inicia en los siglos XIV y XV y que en gran parte ha sido contada en la obra *Religion and the Rise of Capitalism* de Tawney. Es bastante cierto que gran parte de esta legislación paternalista en su origen había sido, no sólo restrictiva, sino punitiva para el trabajador. Sin embargo, contenía la imagen indefinida de un estado corporativo benévolo, en el que había sanciones legislativas y morales contra el fabricante sin escrúpulos o el patrono injusto, y en el que se reconocía a los oficiales como un «estado», por muy bajo que fuese, dentro del reino. Al menos en teoría, se podía acudir al J.P., en caso extremo, en busca de arbitraje o protección, y aunque la práctica les enseñó a los trabajadores a esperar una respuesta equívoca, todavía se juzgaba a los magistrados por esta teoría. La función de la industria era proporcionar el sustento a aquellos que trabajaban en ella, y cualquier práctica o invento que fuese manifiestamente destructivo del bien «del Oficio» era censurable. El artesano estaba orgulloso de su oficio, no sólo porque éste aumentaba su valor en el mercado de trabajo, sino porque era un artesano.

Es posible que estos ideales nunca pasaran de ser otra cosa que ideales; es posible que hacia finales del siglo XVIII fuesen poco convincentes. Pero tenían una realidad poderosa, a pesar de todo, en la idea de lo que *debería ser*, a lo cual apelaban los artesanos, los oficiales y muchos patronos con pequeños negocios. Más que esto, los ideales estaban vivos en las sanciones y las costumbres de las comunidades industriales más tradicionales. Los oficiales los festejaban cuando celebraban, con pompa y entusiasmo, la fiesta de San Crispín de los zapateros, el jubileo de las «Cofradías» de Preston, o la fiesta del Obis-

po Blaise de los cardadores de lana. Las primitivas *unions* cuasilegales convirtieron esta tradición en emblema en los adornados boletos o en sus carnets de afiliación: los tundidores con el escudo de armas rematado con las tijeras cruzadas, entre la figura de la justicia y la de la libertad; los zapateros con su lema: «Que las Manufacturas de los Hijos de Crispín anden por Todo el Mundo»; todas las *unions* con sus proclamas y manifiestos firmados «EN NOMBRE DEL OFICIO». Como ocurre a menudo, a medida que la tradición llegó a sus últimos años, quedó bañada de una luz nostálgica.

Además, a menudo se olvida con qué rapidez se hizo la revocación de la legislación paternalista. En fecha tan tardía como 1773 se introdujo la importante *Spitalfields Act*, que estuvo en vigor con algunas modificaciones durante 15 años, y bajo la cual los tejedores de seda consiguieron —lo que otros tejedores y calceteros se esforzaron en vano por conseguir— un salario mínimo legal.¹³¹ Las ineficaces *Arbitration Acts* del algodón (1800-1803) sirvieron por lo menos para mantener viva la idea de la protección. Después de esto, en el espacio de 10 años, quedó barrido casi todo el código paternalista. Entre 1803 y 1808, se suspendieron todas las regulaciones que protegían el oficio de la lana. En 1809 se revocaron. En 1813, las cláusulas del aprendizaje del 5 Eliz. c.4 fueron revocadas. En 1814, les siguieron las cláusulas que daban poder a los magistrados para imponer un salario mínimo. (Sin embargo, la cláusula según la cual era un delito dejar un trabajo sin acabar siguió existiendo.) En 1814 las restricciones en el aprendizaje en la industria de la cuchillería quedaron anuladas por el *Sheffield Cutlers' Bill*. Durante estos mismos 10 años, los obreros, castigados por las *Combination Acts* por cualquier acción directa de las *trade unions*, recurrieron de forma creciente a los tribunales en un intento de mantener en vigor una legislación anticuada. De este modo, hubo acciones por parte de los obreros del sector lanero acerca de las rebotaderas mecánicas y el aprendizaje, de los tejedores de medias acerca del «*colting*» y el «*truck*», de los tejedores de algodón sobre el aprendizaje y la imposición de un salario mínimo, y los oficios de Londres (constructores de carruajes, cerrajeros, constructores de máquinas y otros) lucharon en más de una docena de casos, entre 1809 y 1813, por cuestiones si-

131. Para la aplicación de las *Spitalfields Acts*, véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 4; Hammond, *op. cit.*, pp. 209 y siguientes; J. H. Clapham, «The Spitalfields Acts», *Economic Journal* (diciembre de 1916).

milares.¹³² La gran mayoría de estos casos no consiguieron triunfar. Los pocos que tuvieron éxito agotaron los fondos de las *unions* y supusieron pagos irrisorios por daños y perjuicios. Finalmente, estos años también fueron testigos de la descomposición de los últimos controles consuetudinarios o legales sobre la fijación de los precios en el mercado al aire libre, y el fracaso en los intentos de reactivar la ley común respecto de la compra antes de que se abriera el mercado y la especulación.

Tenemos que imaginar las amargas experiencias de Henson y Large, durante su costosa asistencia al Parlamento, multiplicada por cien. Los obreros comprendían perfectamente bien lo que ocurría. Estaban atrapados de lleno entre dos fuegos. Por un lado, se enfrentaban al fuego del orden establecido. En modo alguno todos los magistrados del país, ni siquiera los *Lords-Lieutenant* de los condados, eran partidarios doctrinales del *laissez faire*. En algunas ocasiones, estos hombres tenían auténticos reparos en actuar contra los oficiales, e incluso sentían un profundo disgusto respecto de los métodos que utilizaban los patrones de las mayores empresas. Pero en el momento que los trabajadores manifestaban sus quejas en voz alta e impresionante, entonces, también ellos amenazaban los valores del orden. El anticuado *squire* podía simpatizar con el famélico tejedor de medias que se presentaba a su puerta de forma plañidera y pasiva. No tenía ninguna simpatía por los comités secretos, las manifestaciones en las calles, las huelgas o la destrucción de la propiedad.

Por otra parte, los trabajadores se enfrentaban al fuego de los patrones, que diariamente contaban con nuevos refuerzos procedentes de los discípulos del *laissez faire*. Las *Corn Laws* de 1815 mostrarían lo lejos que se encontraban la aristocracia y la *gentry* de asentir realmente a esas doctrinas. Pero en tiempo de guerra, el Ministerio consideró conveniente aceptar los argumentos de la «libre competencia», en la medida que militaban más contra los intereses de la clase obrera que los de los terratenientes, haciendo gala de un absoluto oportunismo contrarrevolucionario. Por supuesto, cuando Sidmouth promovió la abrogación del arbitraje salarial, en 1813, apenas creyó que el asunto mereciese argumentación:

No es necesario poseer unos espíritus tan ilustrados como los de sus Señorías para darse cuenta de cuán pernicioso debe ser el actual estado

132. Véase T. K. Derry, «Repeal of the Apprenticeship Clauses», *loc. cit.*, pp. 71-72.

de cosas tanto para el patrono como para el trabajador, pero en especial para el último. Por lo tanto todos deben estar convencidos de lo oportuno de revocar estos perniciosos estatutos.¹³³

Si por un lado los hombres como los delegados de los tundidores y los tejedores de medias se encontraban con desaires de parte de los ministros, tampoco hallaban consuelo en los radicales como Hume o incluso Burdett. Por un lado se les oponían los valores del orden, por el otro los valores de la libertad económica. En medio se hallaba una masa de parlamentarios confusos, algunos de los cuales sentían, quizás, un oscuro sentido de culpa ante la injusticia que se estaba haciendo, y escogían el camino más fácil: «se iban de la Cámara cuando nuestros asuntos progresaban con rapidez».

Byron, en su famoso discurso pronunciado en la Cámara de los Lores contra el proyecto de ley que convertía la destrucción de telares en un delito capital, no se dejó llevar por la hipérbole: «Cuando se hace una propuesta para emancipar o mitigar, dudáis, deliberáis durante años, contemporizáis y desmenuzáis el espíritu de los hombres; pero cuando se debe aprobar una ley de muerte la aprobáis haciendo que pase desapercibida, sin pensar en sus consecuencias». Los obreros tenían la sensación de que los vínculos, por muy ideales que fuesen, que les unían al resto de la comunidad en una serie de obligaciones y deberes recíprocos se estaban rompiendo uno tras otro. Les estaban empujando más allá de los límites de la Constitución. El agravio lo sentían de forma más aguda aquellos que, como los tejedores y los calceteros, percibían que su posición como artesanos se estaba socavando. En 1811 la Asamblea Plenaria de los Obreros de la Seda se dirigía a los patronos calceteros:

Como conjunto de hábiles artesanos que trabajan con materiales de gran valor ... nos consideramos merecedores de una posición más elevada en la sociedad; y consideramos que, por lo que se refiere a los emolumentos, deberíamos figurar entre los trabajadores manuales de primera categoría ... Constreñidos como estamos por unas leyes antiasociativas, no os podemos decir, como organización pública, que pedimos un aumento de salarios, pero podemos deciros que la JUSTICIA EXIGE que seamos remunerados por el trabajo extraordinario que hacemos.¹³⁴

133. Véase Hammond, *op. cit.*, p. 87.

134. *Nottingham Review* (20 de diciembre de 1811).

«Si tenemos en cuenta —declaraba un comité de los tejedores del Lancashire en 1811— que el cuerpo Legislativo ya ha intervenido en asuntos de menor importancia: ha promulgado leyes para regular el precio del grano, para fijar el *assize of bread*, ... para aumentar los salarios de los jueces y los clérigos ... este Comité no puede imaginarse en absoluto sobre qué base de justicia sería impropia la intervención Legislativa, en circunstancias tan acuciantes»: «Si hubieseis poseído 70.000 votos para la elección de Diputados que se sentasen en esta Cámara, ¿hubiesen tratado vuestra petición con tal indiferencia, por no decir falta de atención? Creemos que no».¹³⁵

En primer lugar, pues, debemos ver el ludismo en este contexto. Los oficiales y los artesanos se sentían desposeídos de los derechos constitucionales, y esta era una convicción profundamente arraigada. Ned Ludd era el «Reparador» o el «Gran Verdugo», que defendía («con el voto unánime del Oficio») unos derechos afianzados de forma demasiado honda «por la Tradición y la Ley» para que unos pocos patronos, o incluso el Parlamento, los desechase:

No cantéis más vuestros viejos versos sobre Robin Hood,
Admiro poco sus hazañas.
Cantaré los Triunfos del General Ludd,
Que ahora es el Héroe de Nottinghamshire ...¹³⁶

Pero, en segundo lugar, no debemos exagerar el aislamiento al que se habían visto abocados los tejedores de medias y los tundidores. Desde el primer momento, los «desmanes» luditas, los destructores de máquinas tuvieron el respaldo de la opinión pública en las Midlands y el West Riding. Los grandes empresarios y el sistema de fábrica en general, despertaban una profunda hostilidad entre cientos de patronos con pequeños talleres. En 1795, los patronos pañeros con pequeños negocios, del West Riding, pedían apoyo activamente para un proyecto de ley dirigido a «restaurar y mantener por completo el anterior sistema de organización de la fabricación de Paños ...».

135. H.O. 42.117. Véase los Hammond, *op. cit.*, pp. 84-85, para las selecciones más completas de este notable documento.

136. *General Ludd's Triumph*, en H.O. 42.119. (Chant no more your old rhymes about Robin Hood, / His feats I but little admire. / I will sing the Achievements of General Ludd, / Now the Hero of Nottinghamshire ...)

Hasta hace poco tiempo, este Sistema ha consistido en la fabricación de los paños por parte de Personas que residían en diferentes pueblos del Condado, y los vendían en la Lonja pública de Leeds a los comerciantes que no se interesaban en la fabricación del Paño.

Últimamente, varios comerciantes se han convertido en fabricantes de Paño, y para mejor realizar tal fabricación, han construido unos Edificios muy grandes que se llaman Fábricas en las que pretenden dar trabajo a los Pañeros como Empleados suyos, de modo que aquellas personas que hasta ahora han vivido dispersas con sus Familias, como antes se ha explicado, se verán agrupadas en o alrededor de esos Edificios en un Estado de dependencia.

El proyecto de ley (cuyo fin era impedir que los comerciantes-fabricantes complementasen sus encargos comprando paño en las lonjas públicas) tenía la «intención de preservar una forma de organizar el Oficio, que ha dado lugar a más Independencia, Prosperidad y Moralidad, y en consecuencia mayor Felicidad, que cualquier otra Rama de la Manufactura en el Reino».¹³⁷

La brecha que existía, en cuanto a posición social, entre un «empleado», un trabajador asalariado a jornal sujeto a las órdenes y la disciplina del patrono, y un artesano, que podía «ir y venir» a su gusto, era bastante grande para que los trabajadores vertiesen sangre antes de permitir que les empujaran de un lado al otro de la misma. Y, según el sistema de valores de la comunidad, quienes se resistían a la degradación estaban en su pleno derecho. En 1797, se construyó en Bradford la primera fábrica que utilizaba el vapor como fuerza motriz, esto se hizo con el acompañamiento de un gentío amenazador y abucheador. Los «*little-makers*» del West Riding veían, en la progenie de Arkwright coronada de chimeneas, que se encontraba al otro lado de los Peninos, la sentencia de muerte de su propia industria doméstica. Los menestrales que daban apoyo a la «Institución» o «Comunidad de los Pañeros», entre 1802 y 1806, tenían tras de sí una teoría general de la moral económica.

Es fácil olvidar la mala reputación que habían adquirido las hilanderías de algodón. Eran centros de explotación, prisiones monstruosas donde se confinaba a los niños, centros de inmoralidad y de conflicto laboral;¹³⁸ y, sobre todo, lugares donde el laborioso artesano quedaba

137. MS. «Heds of Proposed Bill ...», Halifax Reference Library.

138. Compárese el Cobbett *tory* en el *Political Register* (23 de julio de 1803): «Los

reducido a «un Estado de dependencia». Para la comunidad estaba en juego una forma de vida, y, por lo tanto, debemos considerar la oposición de los tundidores a unas máquinas determinadas como algo más que un grupo particular de obreros cualificados que defendían su forma de ganar el sustento. Esas máquinas simbolizaban la invasión del sistema de fábrica. Tan profundamente comprometidos estaban los supuestos morales de algunos pañeros, que sabemos de casos en los que suprimieron deliberadamente inventos que ahorraban trabajo; a la vez que el padre de Richard Oastler, en 1800, vendió un próspero negocio antes de emplear maquinaria que él consideraba como «un medio de opresión de parte de los ricos y de correlativa degradación y miseria para los pobres».¹³⁹ Este sentimiento, que existía entre los pañeros, los maestros aprestadores de paños, los artesanos y braceros de todo tipo e incluso entre algunos profesionales, era el que daba legitimidad a los luditas y les proporcionaba protección. El general Grey, que dirigía las tropas del West Riding en 1812, comentaba con consternación:

hasta qué punto la opinión y los deseos incluso de la parte más respetable de los Habitantes está de acuerdo con el populacho, iluso y malintencionado, respecto del objeto actual de su resentimiento, las Rebotaderas Mecánicas y las Máquinas de Tundir, y esto se hace extensivo a personas que poseen talleres de distinto tipo que trabajan en la rama de la Fabricación ...¹⁴⁰

Estos mismos sentimientos también existían en las Midlands, donde no estaban en litigio mejoras importantes en la maquinaria. Los maestros calceteros, las gentes de oficio, los artesanos e incluso algunos calceteros-negociantes estaban por completo de lado de los tejedores de punto, con toda seguridad lo estaban durante la petición al Parlamento en 1812. La ley que convertía en delito capital la destrucción de telares recibió el desprecio incluso de aquellos calceteros-negociantes cuyos intereses supuestamente defendía. Y, considerada bajo esta luz,

domingos, los chiquillos, liberados de ... esas malolientes prisiones denominadas fábricas, pueden estirar sus pequeños miembros entumecidos ...»; y el liberal *Leeds Mercury* (6 de marzo de 1802): «Las grandes fábricas de esta y otras ciudades constituyen escuelas de todo tipo de profanidad y obscenidad ... No se puede dudar de la veracidad de esta observación.»

139. Driver, *op. cit.*, pp. 17-18.

140. Darvall, *op. cit.*, p. 62.

la imagen convencional del ludismo de aquellos años como una oposición ciega a la maquinaria por sí misma, se vuelve cada vez menos defendible. Lo que estaba en litigio era la «libertad» del capitalista para destruir las tradiciones del oficio, ya fuese con maquinaria nueva, con el sistema de fábrica o con la competencia sin restricciones, rebajando los salarios, abaratando los precios para competir con sus rivales y socavando los niveles de calidad del trabajo artesano. Estamos tan acostumbrados a la idea de que era a la vez inevitable y «progresivo» que a principios del siglo XIX se liberase a los oficios de las «prácticas restrictivas», que es necesario hacer un esfuerzo de imaginación para entender que al propietario de una fábrica «libre» o al calcetero con un gran negocio o al fabricante del ramo del algodón, que habían amasado su fortuna por esos medios, se les trataba no sólo con recelo sino como personas comprometidas en prácticas *inmorales e ilegales*. La tradición del precio justo y el salario adecuado sobrevivieron, entre «las clases bajas», más tiempo del que se supone. No consideraban el *laissez faire* como libertad, sino como una «vil imposición». No creían que pudiese haber ley natural alguna por medio de la cual un hombre, o unos pocos hombres, pudiesen ocuparse en prácticas que suponían un perjuicio manifiesto para sus prójimos.

Una «Declaración Extraordinaria», dirigida a «nuestro muy querido Hermano y Capitán en Jefe, Edward Ludd», recoge todas esas ideas de la moral económica del «Oficio».

Considerando que se nos ha dicho a nosotros, Agitadores Generales de los Condados del Norte, reunidos para reparar las Injusticias que pesan sobre los Obreros Manuales, Que Charles Lacy, de la Ciudad de Nottingham, Fabricante Inglés de Encajes, es culpable de diversas Actividades fraudulentas y opresivas, por las cuales ha reducido a la pobreza y la Miseria a Setecientos de nuestros queridos Hermanos ... fabricando Puntilla de Algodón, con Material de Un Hilo, ha ganado la Suma de Quince Mil Libras, con la cual ha arruinado el Oficio del Encaje de Algodón, y en consecuencia a nuestros honrados y queridos Hermanos, cuya supervivencia y bienestar dependía de la continuación de aquella manufactura.

Nos parece que el susodicho Charles Lacy ha actuado por los más diabólicos motivos, y por lo tanto ... opinamos que no tiene derecho a las susodichas Quince Mil Libras, y por este motivo ... le ordenamos a Charles Lacy que desembolse esta suma y la reparta en partes igua-

les entre los Obreros, que fabricaron Puntilla de Algodón durante el año 1807 ...¹⁴¹

Desde este punto de vista, pues, el ludismo puede considerarse como una erupción violenta de sentimiento contra el capitalismo industrial desenfrenado, que rememora un código paternalista anticuado, y se ve legitimado por las tradiciones de la comunidad trabajadora. Pero llegados a este punto el término «reaccionario» acude con demasiada facilidad a algunos labios. Porque a pesar de todos los sermones dirigidos a los luditas (en aquel momento y con posterioridad) referentes a las beneficiosas consecuencias de la maquinaria nueva y de la «libre» empresa —argumentos que, por otra parte, los luditas eran bastante inteligentes para ponderarlos por sí mismos— fueron los destructores de maquinaria, y no los autores de los tratados, quienes hicieron una valoración más realista de sus efectos a corto plazo. Los tundidores proporcionan el ejemplo más claro de un oficio que, simplemente, se extinguió:

Entre 1806 y 1817, se dice que el número de rebotaderas mecánicas del Yorkshire aumentó de 5 a 72; el número de tijeras de tundir accionadas de forma mecánica de 100 a 1.462; y de 3.378 tundidores, por lo menos 170 estaban sin trabajo mientras que 1.445 estaban sólo parcialmente empleados.¹⁴²

Su trabajo fue sustituido por el de obreros no cualificados y mano de obra juvenil. Según una información de 1841:

En 1814 había 1.733 tundidores en Leeds, todos ellos con un empleo de jornada laboral completa; y ahora, desde que se ha introducido la maquinaria, todo el paño ... lo aprestan un número comparativamente inferior, principalmente de muchachos, que cobran de 5s. a 8s. ... y unos pocos trabajadores adultos que cobran de 10s. a 14s. a la semana. Los viejos tundidores han empezado a trabajar en cualquier cosa que han podido; algunos trabajan de alguaciles, trajinantes de agua, basureros o

141. La «Declaración», realizada en una hermosa escritura, está fechada en noviembre de 1811, y confiere a Edward Ludd el poder de «infligir el Castigo de la Muerte» en caso de fulta y de repartir 50 libras entre los verdugos: J. Russell, «The Luddites», *Trans. Thoroton Society*, X (1906) pp. 53-62.

142. E. Lipson. *The History of the Woollen and Worsted Industries*, 1921, p. 181.

vendiendo naranjas, pasteles, cintas y encajes, pan de jengibre, betún, etc.¹⁴³

Este era un triste final para un oficio honorable. La historia más tardía de los tejedores de medias y los tejedores de algodón apenas proporciona más datos para el aspecto «progresivo» de las ventajas de la desaparición de la tradición y las «prácticas restrictivas». Hemos examinado ya con suficiente detalle la destrucción del sustento de los tejedores. Si existe algún episodio de la Revolución industrial más angustioso que el de los tejedores de telar manual, es el de los tejedores de medias. Hacia 1819, según Felkin, muchísimos de ellos se habían visto reducidos a cobrar de 4s. a 7s. a la semana, por 16 o 18 horas de trabajo diario; el único medio de escapar que estaba a su alcance era emigrar hacia el Cabo de Buena Esperanza. A principios de la década de 1820 hubo una cierta recuperación, con la introducción del encaje hecho a máquina (la «fiebre» de la puntilla o encaje de bolillos), que aportó una nueva afluencia al oficio, seguida de un deterioro continuado. «De vez en cuando se produce algo parecido a un acelerón —le dijo uno de ellos a Thomas Cooper en 1840—, pero rápidamente retrocedemos de nuevo a la miseria.» (En aquel momento se daba la cifra de 4s. 6d. como salario «promedio», cuando se tenía empleo.) Entre el alquiler del telar, por un lado, y múltiples formas de pequeña explotación —salarios rebajados, «recortes» o penalizaciones, *truck*— por el otro, «el pobre tejedor de punto estaba agotado, hasta el punto que lo podríais haber reconocido por su aire particular de miseria y abatimiento, si os lo hubieseis encontrado a cien millas de Leicester». Y esto había sido el resultado sólo de la «libre competencia», sin la introducción de ninguna maquinaria que utilizase la fuerza motriz del vapor o del agua.¹⁴⁴

Incluso haciendo la salvedad del abaratamiento de los productos, es imposible calificar como «progresivos», en ningún sentido significativo, los procesos que conllevaron la degradación, para los veinte o treinta años subsiguientes, de los obreros empleados en la industria. Y, considerándolo desde este punto de vista, podemos ver al ludismo como un momento de conflicto *de transición*. Por un lado, miraba hacia atrás

143. W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, p. 15.

144. Felkin, *op. cit.*, pp. 441 y siguientes; T. Cooper, *Life*, pp. 137-142. Véase también J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», en A. Briggs, *Chartist Studies*, pp. 121-129.

hacia unas viejas costumbres y una legislación paternalista que jamás podría revivir; por otro lado, intentaba resucitar antiguos derechos con el fin de establecer nuevos precedentes. En distintos momentos sus demandas incorporaron un salario mínimo legal; el control de la «explotación» de las mujeres y los jóvenes; el arbitraje; el compromiso, por parte de los patronos, de encontrar trabajo para aquellos trabajadores cualificados que hubiesen perdido su puesto de trabajo debido a la maquinaria; prohibición de la producción de ínfima calidad; el derecho a la organización legal de *trade unions*. Todas estas demandas miraban tanto hacia adelante como hacia atrás; y contenían en su seno una imagen indefinida, no tanto de una comunidad paternalista, como democrática, en la que el crecimiento industrial se regulase de acuerdo con prioridades éticas y la búsqueda del beneficio estuviese subordinada a las necesidades humanas.

De este modo, podemos ver los años 1811-1813 como una divisoria de aguas, cuyas corrientes fuesen, en una dirección, hacia atrás a la época de los Tudor, y en la otra, hacia adelante a la legislación fabril de los siguientes cien años. Los luditas fueron unos de los últimos agremiados, y al mismo tiempo unos de los primeros en introducir las agitaciones que conducirán al movimiento en favor de las 10 horas. En ambas direcciones hay una economía política y una moral alternativas a las del *laissez faire*. Durante las críticas décadas de la Revolución industrial, los obreros estuvieron expuestos a uno de los dogmas más degradantes que han habido en la historia —el de la competencia irresponsable e incontrolada— y generaciones de trabajadores a domicilio perecieron bajo esta exposición. Fue Marx quien vio, en la aprobación de la ley de las 10 horas (1847), una prueba de que «por primera vez ... en pleno día, la economía política de la clase media ha sucumbido a la economía política de la clase obrera».¹⁴⁵ Los hombres que atacaron la fábrica de Cartwright en Rawfolds anunciaban esta economía política alternativa, aunque lo hiciesen en un confuso encuentro a medianoche.

V. LOS MUCHACHOS DE SHERWOOD*

El ludismo sigue siendo, en la visión popular, un asunto, extraño y espontáneo, de trabajadores manuales analfabetos que se resistían cie-

145. K. Marx, *Selected Works*, 1942, II, p. 439.

* Sobrenombre que designa a los luditas. Sherwood es uno de los bosques más an-

gamente a la maquinaria. Pero la destrucción de maquinaria tiene una historia mucho más larga. La destrucción de materiales, telares, máquinas trilladoras, la inundación de pozos de minas o el deterioro de los aparatos instalados en la boca del pozo, el robo o el incendio de las casas o las propiedades de los patronos impopulares; estas y otras formas de acción directa violenta, se empleaban durante el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, mientras que «rapiñar» era todavía una actividad endémica en la cuchillería de Sheffield en la década de 1860. Estos métodos iban, algunas veces, dirigidos a la maquinaria que se consideraba detestable como tal. Más a menudo, eran una forma de imponer cuestiones consuetudinarias, de intimidar a los esquirols, a los trabajadores «ilegales», a los patronos, o eran medios auxiliares (a menudo eficaces) para la huelga u otras acciones de tipo «sindical».¹⁴⁶

El *Movimiento ludita*, aunque estaba relacionado con esta tradición, se debe distinguir de ella, en primer lugar, por su grado de organización, en segundo lugar, por el contexto político en el cual floreció. Estas diferencias pueden resumirse en una sola característica: aunque su origen se hallaba en determinadas injusticias de tipo laboral, el ludismo era una *movimiento cuasi-insurreccional*, que se agitaba continuamente al borde de ulteriores objetivos revolucionarios. Esto no significa que fuese un movimiento completamente revolucionario; por otro lado tenía una tendencia a convertirse en un movimiento de este tipo, y esta tendencia es la que se ha subestimado muy a menudo.

El ludismo del Lancashire demostró tener el más alto contenido político, a la vez que la mayor espontaneidad y confusión. El ludismo de Nottinghamshire era el más organizado y disciplinado, y el que se limitaba, de forma más estricta, a los objetivos de tipo laboral. El ludismo del Yorkshire se desplazó de los objetivos de tipo laboral hacia otros de más largo alcance. Antes de pasar a analizar estas diferencias, debemos proceder a una narración breve.

Los principales disturbios se iniciaron en Nottingham en marzo de 1811. Una gran manifestación de tejedores de medias, «que pedían a voces trabajo y un precio más generoso», fue dispersada por el ejército

tiguos de Inglaterra. Se le considera tradicionalmente como el refugio de Robin Hood. (N. de la t.)

146. Véase E. J. Hobsbawm, «The Machine Breakers», *Past & Present*, I (febrero de 1952), pp. 57 y siguientes. (Hay trad. cast.: «Los destructores de máquinas», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 16-35.)

to. Aquella misma noche se destruyeron 16 telares de medias en la gran población de Arnold; lo hicieron manifestantes que ni siquiera tomaron la precaución de disfrazarse y que recibieron los aplausos de la multitud. Los disturbios continuaron durante semanas, principalmente por la noche, en todos los pueblos calceteros del noroeste del Nottinghamshire. Y aunque la policía y las tropas patrullaron los pueblos, no se pudo detener a nadie.

Aunque en 30 años jamás se había extendido de forma tan amplia la destrucción de telares, este primer estallido de los meses de marzo y abril no causó sensación. Los motines de uno u otro tipo eran endémicos en los distritos manufactureros, y provocaban pocos comentarios. Pero a principios del mes de noviembre de 1811, el ludismo apareció de una forma mucho más disciplinada. La destrucción de telares dejó de ser obra de «alborotadores» y pasó a serlo de bandas más pequeñas, disciplinadas, que se movían con rapidez, de un pueblo a otro, por la noche. Se extendió de Nottinghamshire a partes del Leicestershire y Derbyshire, y su actividad continuó sin interrupción hasta febrero de 1812. El 10 de noviembre hubo un enfrentamiento serio en Bulwell, donde un calcetero-negociante, llamado Hollingsworth, defendió sus establecimientos. Se intercambiaron disparos, y uno de los luditas (un tejedor de medias de Arnold, llamado John Westley) resultó muerto; pero después de batirse en retirada llevando su cuerpo, los luditas volvieron, derribaron las puertas y destruyeron los telares. Tres días más tarde, un grupo muy numeroso de luditas, armados con mosquetones, pistolas, hachas y martillos, destruyeron 70 telares en un gran taller de calcetería situado en Sutton-in-Ashfield. Una noche tras otra, durante más de tres meses, siguieron los ataques, que a veces tenían lugar en dos o tres pueblos muy distantes, en la misma noche.

Hacia finales de diciembre el corresponsal en Nottingham del *Leeds Mercury* afirmaba: «La situación de Insurrección a la que se ha visto sometido este país, durante el último mes, no tiene paralelo en la historia, desde los turbulentos días de Carlos primero». Ni la mayor actividad por parte de los magistrados, ni los grandes refuerzos del ejército disuadían a los luditas. Todos los ataques revelaban planificación y método:

Sólo rompieron los telares de los que han reducido los salarios de los trabajadores; los que no han disminuido los salarios siguen teniendo los telares intactos; en una empresa, la última noche, de seis telares destru-

yeron cuatro; los otros dos, que pertenecían a patronos que no habían rebajado sus salarios, no los estropearon.

Los luditas iban enmascarados o disfrazados, tenían centinelas y correos, «se comunicaban unos con otros por medio de un santo y seña, y el disparo de una pistola o escopeta en general es una señal de peligro o de retirada»: «Los alborotadores aparecen de pronto, en grupos armados que tienen un jefe regular; al jefe, sea quien sea, se le da el nombre de *General Ludd*, y sus órdenes se obedecen de forma tan incondicional como si hubiese recibido su autoridad de manos de un Monarca». Era una creencia generalizada que los luditas actuaban bajo juramento solemne y que la desobediencia a las órdenes del general se castigaba con la muerte.¹⁴⁷

Al mismo tiempo se generalizaron las incursiones en busca de armas y las colectas generales de dinero para los fondos luditas. Una carta que provenía de Ashover describía con qué autoridad actuaban los luditas:

A este lugar llegaron dos hombres que se denominaron a sí mismos inspectores del comité; fueron a todas las casas de los tejedores de medias y les exoneraron de trabajar por debajo de los precios que venían en la lista que les entregaron ... Convocaron a todos los tejedores de medias, unos 12 o 14 que trabajaban para patronos, a un local público, y tuvieron tanto éxito como si lo hubiesen hecho por orden del Príncipe Regente. Cuando les tuvieron allá, todo lo que sé hasta el momento, les pidieron dinero para mantener a las familias que no podían ganarse el pan porque tenían sus telares rotos. Cuando encontraban a una persona que no había hecho su aprendizaje, o a una mujer, trabajando en un telar, la sacaban y si prometía dejar de trabajar, colgaban un papel en el telar que tenía escrito lo siguiente: «No toquéis este telar, el *coll** se ha despedido».¹⁴⁸

En la población de Pentridge (que 5 años más tarde sería famosa en otro contexto) «después de pasar por el pueblo y examinar los telares, y a

147. Darvall, *op. cit.*, pp. 67-70; Hammond, *op. cit.*, pp. 261-265; *Leeds Mercury* (7, 14, 21 de diciembre de 1811).

* Persona o trabajador joven que no ha pasado el período de aprendizaje. Trabajador ilegal. (*N. de la l.*)

148. Aspinall, *op. cit.*, p. 118.

quienes los tenían, así como el trabajo que realizaban y el precio a que lo cobraban, se retiraron sin hacer ningún daño ...». No sabemos si por cuestión de simpatía o como autodefensa, los calceteros-negociantes que cumplían las condiciones exigidas por los tejedores de medias pegaban carteles impresos en sus telares, que decían: «ESTE TELAR PRODUCE ARTÍCULOS DE LA MEJOR CALIDAD AL PRECIO ESTABLECIDO.»¹⁴⁹

El extraordinario éxito de los luditas les proporcionó una elevada moral:

Ahora, indómito ante la fuerza, impávido ante la amenaza
Ni la misma muerte puede reprimir su vehemencia
La presencia de los Ejércitos no puede asustarle
Ni impedir su trayectoria de triunfo
Mientras las noticias de sus conquistas se extienden por doquier
Cómo se sobresaltan sus enemigos
Su valor, su fortaleza les atemoriza
Porque temen su Brazo Omnipotente ...

Y cuando se aplica a su labor de destrucción
No se limita a ningún procedimiento,
Destruye con fuego y con agua
Porque los elementos colaboran con sus propósitos.
Y aunque estén vigiladas por soldados apostados en la carretera
O cuidadosamente encerradas en la sala,
Las hace añicos tanto de día como de noche,
Y nada puede mitigar su destino.¹⁵⁰

No sólo ofrecían abiertamente «recompensa» a cualquier persona que les diese información relativa a otros que revelasen sus secretos, también hacían amenazas públicas contra los pseudoluditas que recogían fondos o robaban en granjas aisladas bajo ese pretexto. La disciplina

149. *Alfred* (9 de diciembre de 1811).

150. *General Ludd's Triumph*, H.O. 42.119. (Now by force unsubdued, and by threats undismay'd / Death itself can't his ardour repress / The presence of Armies can't make him afraid / Nor impede his career of success / Whilst the news of his conquests is spread far and near / How his Enemies take the alarm / His courage, his fortitude, strikes them with fear / For they dread his Omnipotent Arm ... / And when in the work of destruction employed / He himself to no method confines, / By fire and by water he gets the destroyed / For the Elements aid his designs, / Whether guarded by Soldiers along the Highway / Or closely secured in the room, / He shivers them up both by night and by day, / And nothing can soften their doom.)

del «General» queda bien reflejada en una carta dirigida a un «Forastero Desconocido», que acompañaba algunos objetos robados durante un ataque que había tenido lugar en Clifton (Notts.), con la petición de que los artículos fuesen «Devueltos a sus respectivos propietarios»:

... os informo con sumo pesar de cómo llegaron a mis manos cuando salí con mis hombres se nos sumaron otros que jamás habían venido conmigo y fueron esos villanos quienes saquearon pero cuando nos íbamos de Clifton uno de mis hombres vino y me dijo que creía que aquellos hombres habían cogido alguna cosa que no les correspondía por lo cual di órdenes de que fuesen registrados ...

La carta finalizaba de manera más severa:

... en el momento en que íbamos a colgar a uno de los villanos fuimos informados de que los soldados se hallaban cerca y que era necesario retirarse. N.B. Los hombres que tenían las cosas eran desconocidos a mis órdenes en caso contrario nunca hubiesen tocado nada, pero han sido castigados por su villanía uno de ellos ha sido colgado durante tres minutos y luego le hemos soltado soy amigo de los pobres y los afligidos y enemigo del poder de los opresores.

GENERAL LUDD¹⁵¹

Durante la primera semana de febrero de 1812, la que había sido la fase más importante del ludismo de las Midlands desapareció gradualmente. Hubo tres razones para ello. Primera, los luditas había tenido un éxito parcial; la mayoría de los calceteros-negociantes se habían avenido a pagar mejores precios, y en general los salarios habían aumentado alrededor de 2s. por semana. Segunda, en aquel momento había varios miles de tropas en la zona, con la ayuda de guardias especiales y grupos locales de vigilancia. Tercera, el proyecto de ley para convertir la destrucción de maquinaria en un delito capital se discutía en el Parlamento, y (como ya hemos visto) el ludismo dio paso, de pronto, a la agitación constitucional; y lo hizo de forma tan repentina, que es imposible dejar de creer que el nuevo comité seguía, en parte, bajo la anterior dirección ludita.¹⁵² Pero en el mismo momento que el

151. *Leeds Mercury* (15 de febrero de 1812); *Nottingham Review* (7 de febrero de 1812).

152. Henson afirmaba que él había aconsejado la formación de clubs de oficio como alternativa a la actividad ludita: *Fourth Report ... Artizans and Machinery*, 1824, p. 282.

ludismo de Nottingham se volvió inactivo, se desencadenaron el ludismo del Lancashire y del Yorkshire siguiendo el ejemplo de aquél.

En el Yorkshire, los tundidores seguían con ansia las informaciones que provenían de Nottingham y, según la tradición, los relatos que salían en el *Leeds Mercury* se leían en voz alta en los talleres. La primera indicación de ludismo activo tuvo lugar a mediados de enero, cuando un grupo de hombres con los rostros ennegrecidos fue sorprendido en el puente de Leeds. Después de esto, apareció un ludismo ya completamente desarrollado, modelado según la disciplina y las tácticas del de Nottingham, pero acompañado de un mayor número de cartas con enérgicas amenazas que podían proceder, o no, de una fuente central. En enero una de las pocas rebotaderas mecánicas de Leeds fue incendiada; hacia el mes de febrero, había ataques nocturnos en los distritos de Huddersfield y Spen Valley, donde se encontraban el mayor número de rebotaderas mecánicas y de tundidoras mecánicas. Después de un ataque que había tenido éxito,

En seguida que la tarea de destrucción hubo finalizado, el jefe alineó a sus hombres, pasó lista, cada hombre respondía a un determinado número en vez de su nombre; luego hicieron fuego con sus pistolas ... dispararon un tiro y se fueron en un orden militar regular.

No se destruyó nada más aparte de la odiosa maquinaria:

... cuando uno de los del grupo le preguntó al Jefe qué debían hacer con uno de los Propietarios, éste le contestó que no debían tocarle ni un cabello; pero que si se veían obligados a visitarle de nuevo, entonces no podrían ser misericordiosos.¹⁵³

Parece que en el West Riding hubo distintos «comandos» luditas, que estaban localizados en Leeds, Halifax, Huddersfield y los pequeños pueblos pañeros del Spen Valley, cuyos delegados (procedentes de Cleckheaton, Heckmondwike, Gomersal, Birstall, Mirfield, Brighouse, Elland y «otros lugares más lejanos») se supone que se reunieron en febrero, y parece que enviaron representantes a otra reunión que

153. *Leeds Mercury* (18 de enero, 29 de febrero de 1812); Frank Peel, *op. cit.*, edición de 1880, p. 17.

tuvo lugar una o dos semanas más tarde en Halifax.¹⁵⁴ En Lees, se distribuyó un panfleto escrito en unos términos mucho más insurreccionales que nada de lo que se pueda atribuir a los luditas de Nottingham:

A todos los Tundidores, Tejedores, etc., y Público en general.
Generosos Compatriotas.

Os pedimos que os personéis con Armas y ayudéis a los Reparadores a reparar los Males de ellos y a librarnos del odioso Yugo de un Viejo Loco y su Hijo, que aún está más loco, y sus Pícaros Ministros, todos los Nobles y Tiranos deben ser derrocados. Sigamos el Noble Ejemplo de los valientes Ciudadanos de París que a la vista de 30.000 Soldados del Tirano derribaron a Un Tirano, haciendo esto serviréis mejor vuestro propio Interés. Cerca de 40.000 Héroes están dispuestos para sublevarse, para aplastar el viejo Gobierno y establecer uno de nuevo. Presentaros al General Ludd, Jefe del Ejército de Reparadores.¹⁵⁵

Un tal señor Smith, fabricante de Huddersfield, recibió una carta que todavía helaba más la sangre:

Nos acaba de llegar información de que posees esas detestables Máquinas Tundidoras, y mis Hombres me han encargado que te escriba y te haga la razonable advertencia de que te deshagas de ellas ... Te advierto de que si no han desaparecido a finales de la semana que viene, destacaré a uno de mis Lugartamientos con 300 hombres, por lo menos, para que las destruyan y además te advierto de que si nos provocas la molestia de tener que ir tan lejos aumentaremos tu desgracia reduciendo tus Edificios a cenizas y si tienes el Atrevimiento de disparar contra alguno de mis Hombres, tienen órdenes de matarte y quemar tu Vivienda, tendrás la Bondad de informar a tus Vecinos de que les aguarda la misma suerte si no quitan rápidamente sus Máquinas ...

A continuación se informaba al señor Smith y a sus «Hermanos en el Pecado» de que «había 2.782 Héroes Juramentados unidos por un Vínculo de Necesidad» sólo en el Ejército de Huddersfield y casi el doble de Hombres juramentados en Leeds:

154. Peel, *op. cit.*, edición de 1895, pp. 44 y siguientes. Debemos hacer constar que siempre que se puede comprobar la información que proporciona Peel, ésta resulta ser minuciosa en general, incluso en los detalles.

155. W. B. Crump, *op. cit.*, p. 229.

Las últimas cartas de nuestros Corresponsales nos informan de que los fabricantes de los siguientes lugares se van a sublevar y se unirán a nosotros para reparar los Males de ellos Léase Manchester, Wakefield, Halifax, Bradford, Sheffield, Oldham, Rochdale y toda la zona del algodón donde el valeroso señor Hanson les conducirá a la Victoria, se nos unirán los Tejedores de Glasgow y de muchas zonas de Escocia, los Papistas de Irlanda se sublevarán como un solo Hombre, de modo que les van a dar a los Soldados algo mejor que hacer que Holgazanean en Huddersfield y luego que la Desgracia se cierna sobre los lugares que ahora vigilan ...¹⁵⁶

Diez días más tarde (20 de marzo de 1812) el magistrado más activo del distrito de Huddersfield recibió una carta amenazadora, que procedía presuntamente del «Procurador del General Ludd» en el bosque de Sherwood, Nottingham, y contenía, supuestamente, la sentencia del «Tribunal de Ludd en Nottingham».¹⁵⁷ Los sucesos del Yorkshire, que siguieron a los que habían tenido lugar en las Midlands, la impotencia del ejército y la hostilidad de la opinión pública, fueron demasiado para los fabricantes con empresas más pequeñas, en especial cuando se convertían en receptores de cartas de este tipo, que ponían los pelos de punta. Muchos de ellos simplemente se rindieron, destruyendo o almacenando sus propias tundidoras mecánicas. Según la tradición, los luditas hacían, a menudo, instrucción por la noche: «en primer lugar formaban hombres con mosquetes, de diez en fondo, luego los que iban armados con pistolas ... en tercer lugar con picas y hachas y a la cola iba un grupo desarmado dispuesto en una fila».¹⁵⁸ Pero el orgullo del lugar lo constituían, según la leyenda popular, los martilladores que empuñaban enormes mazos de hierro que se llamaban «*Enochs*», para derribar las puertas y destrozar los telares. Esos telares (y también los martillos) los construía Enoch Taylor, de Marsden, un herrero que se había convertido en constructor de maquinaria, y el grito de los luditas era: «Enoch los hizo, Enoch los destruirá». Los asaltos se celebraban en la canción de los tundidores, que se debía cantar con un «verdadero estilo de vocinglero de baladas»:

156. *Ibid.*, pp. 229-230. Presumiblemente, el señor Hanson es el coronel Hanson, que fue encarcelado por apoyar a los tejedores en 1808.

157. Asa Briggs, *Private and Social Themes in Shirley*, Brontë Society, 1958, p. 9.

158. A. L., *Sad Times*, p. 112.

Y por la noche cuando todo está tranquilo,
 Y la luna se esconde detrás de la colina,
 Nosotros marchamos hacia nuestro objetivo
 ¡Con hacha, pica y fusil!
 Oh, muchachos tundidores venid conmigo,
 Vosotros que con golpe vigoroso
 Destruís las máquinas de tundir,
 ¡Oh, muchachos tundidores venid conmigo!

El Gran Enoch debe estar todavía en la vanguardia
 ¡Que le pare quien se atreva! ¡Que le pare quien pueda!
 Que todo hombre valiente siga adelante
 ¡Con hacha, pica y fusil!
 Oh, muchachos tundidores venid conmigo ...¹⁵⁹

La fase principal del ludismo del Yorkshire sufrió una crisis a mediados de abril, cuando sólo tenía seis o siete meses de existencia efectiva. A medida que disminuía el número de los pequeños fabricantes que todavía utilizaban las odiosas máquinas, se iba poniendo de manifiesto que los luditas debían, o bien detener su actividad apoyándose en estos éxitos, o bien intentar la destrucción de las pocas fábricas importantes que todavía seguían manteniendo las máquinas. Escogieron la segunda alternativa. Durante la última semana de marzo se atacaron con éxito dos fábricas cercanas a Leeds; el 9 de abril, se saqueó e incendió la «extensa» fábrica de paños de Joseph Foster en Horbury, cerca de Wakefield, después de un ataque realizado por un contingente de unos 300 luditas, que probablemente reunía a varios comandos.¹⁶⁰ Se esperaba entonces, en general, que se llevara a cabo un ataque a uno o dos establecimientos importantes, cuyos propietarios se habían destacado por su decisión de desafiar a los luditas. William Horsfall, de Ottiwells, cerca de Huddersfield, estaba colérico e impaciente por hacer frente a un ataque; sus hombres estaban armados y había montado un cañón en la fábrica, con troneras para cubrir la línea de ataque; se

159. Frank Peel, *Spen Valley: Past and Present*, p. 242. (And night by night when all is still, / And the moon is hid behind the hill, / We forward march to do our will / With hatchet, pike and gun! / Oh, the cropper lads for me, / Who with lusty stroke / The shear frames broke, / The cropper lads for me! / Great Enoch still shall lead the van / Stop him who dare! stop him who can! / Press forward every gallant man / With hatchet, pike, and gun! / Oh, the cropper lads for me ...)

160. *Leeds Mercury* (11 de abril de 1812); Darvall, *op. cit.*, p. 114.

había jactado de desear «cabalgar hasta manchar las cinchas del caballo» con sangre ludita, y su odio era tan obsesivo que incluso los niños se mofaban de él por las calles gritando «¡Soy el General Ludd!». William Cartwright, de Rawfolds, en el Valle del Spen, estaba más tranquilo pero no menos decidido; tenía soldados y hombres armados en los locales (donde él mismo dormía) cada noche, centinelas, y (por si acaso se rompían sus defensas exteriores) tenía barricadas de rodillos claveteados en las escaleras y un tubo de vitriolo en la parte más alta de éstas. Según la tradición, los luditas echaron a suertes la decisión de qué fábrica sería su primer objetivo. La elección recayó sobre Rawfolds.

El ataque a Rawfolds se ha convertido en legendario. En él tomaron parte quizá 150 luditas (se dijo que se esperaban más, pero que los contingentes de Leeds o Halifax, no consiguieron llegar a tiempo). Dirigidos por George Mellor, un joven tundidor de un pequeño taller de acabado situado en Longroyd Bridge, cerca de Huddersfield, los luditas intercambiaron un fuego vivo con los defensores atrincherados, durante 20 minutos. Bajo la cobertura de este fuego, un pequeño grupo de martilladores y hombres armados con hachas hicieron repetidos intentos de derribar las pesadas puertas de la fábrica. Este grupo sufrió bajas importantes, al menos fueron heridos cinco, de los cuales dos —heridos mortalmente— fueron abandonados cuando los luditas se replegaron repentinamente. Se dice que su jefe, Mellor, fue el último que abandonó el campo, y que no pudo ayudar a los hombres heridos puesto que estaba ayudando a trasladar a otro hombre (su propio primo) a salvo. El terreno alrededor de la fábrica quedó cubierto de mosquetes, hachas, picas y herramientas de metal.

Cientos de detalles de este ataque y de sus consecuencias pasaron a formar parte de la tradición tanto de los patronos como del populacho. Y llegados a este punto, deberíamos detenernos a investigar por qué, así como a revisar las fuentes de las autoridades, el contexto político de abril y mayo de 1812 y los sucesos contemporáneos de la zona del Lancashire.

Una parte del contexto se refleja con fidelidad en la obra de Charlotte Brontë, *Shirley*. El propietario de la fábrica, Gérard Moore (cuyo modelo es Cartwright), se representa correctamente como perteneciente a la clase media, medio *whig*, medio radical, cuyo órgano de expresión era el *Leeds Mercury*: indiferente u hostil a la guerra, impaciente por conseguir acabar con todas las restricciones al comercio, implacablemente crítico de la política ministerial y en especial de las *Orders in*

Council. El párroco militar, Helstone (imitación exacta del reverendo Hammond Roberson), es un *tory* fanático de la «Iglesia y el Rey», que considera dañino al *Leeds Mercury* y desleales a los propietarios de las fábricas, además de considerarles causantes de sus propias inquietudes. Todo esto es auténtico. Mr. Yorke, el *squire* jacobino-*whig* de Charlotte Brontë, que se hallaba dividido por su lealtad de clase y su comprensión de las quejas populares, también pudo tener un original en más de un *J.P.* que permaneció extrañamente inactivo durante los estallidos luditas.

Las limitaciones de *Shirley*, por supuesto, están en el tratamiento dado a los luditas y a sus simpatizantes. Pero la novela sigue siendo una expresión fiel del mito de la clase media. En el año 1812 los antagonismos de clase tradicionales fueron arrojados al crisol del ludismo; el propietario de la fábrica y el *squire* iniciaron el año con un gran antagonismo mutuo; a medida que los luditas conseguían intimidar a un fabricante tras otro, el desprecio de los Robersons aumentaba. Luego, Cartwright, con su retadora actuación en Rawfolds, se ganó la admiración y la gratitud de los oficiales del ejército y de la *squirearchy** *tory*. En el norte, durante unas cuantas semanas, fue un héroe cuyo nombre se podía pronunciar al lado del de Wellington. La detonación de Rawfolds señaló una profunda reconciliación emocional entre los propietarios de grandes fábricas y las autoridades. El interés económico había triunfado y la lealtad última de los fabricantes, cuando se vieron enfrentados al jacobinismo obrero, se reveló en un dramático incidente.

Pero lo que condujo a la reconciliación emocional de las clases propietarias, llevó a un antagonismo más profundo entre aquéllos y las clases trabajadoras. Las tradiciones populares sobre el ataque de Rawfolds subrayaban el heroísmo de los luditas y la crueldad de los defensores. La narración popular se centra en el incidente, en los riesgos particulares y en la interacción de los personajes. Se afirmaba que, después del repliegue, Cartwright se había negado a dar agua y ayuda a los dos hombres que estaban heridos de muerte, a menos que revelasen los secretos luditas. Se cree que Hammond Roberson se comportó más como un inquisidor que como un sacerdote con respecto a ellos. Cientos de personas se agruparon en la calle frente a la posada en la que los hombres yacían moribundos. Se encontraron manchas de *agua fortis* (utilizadas, quizá, para cauterizar) en sus camas, y se creyó que les habían

* Conjunto de los *squires*, terratenientes o *gentry* rural. (*N. de la t.*)

torturado para que diesen información. Se cree que Roberson se inclinó sobre el lecho de uno de ellos, John Booth, hijo de un pastor anglicano, que tenía 19 años, a la espera de una confesión final. En el momento de su muerte, el joven Booth le hizo señas a Roberson: «¿Puede usted guardar un secreto?» «Sí, sí —respondió impaciente Roberson—. Puedo.» «Yo también», le replicó Booth, y poco después murió.

La reacción inmediata de la población nos la ofrece una carta, interceptada por las autoridades, de un obrero de Nottingham, que vivía en el Yorkshire (y quizás era un refugiado ludita), dirigida a su familia que estaba en casa:

Se ha producido un enfrentamiento entre los *Luds* y el Ejército en el que los *Luds* han sido derrotados lo cual fue debido a que los *Luds* de Halifax no han comparecido tal y como se habían comprometido había 16 hombres asaltando el Lugar tuvieron dos muertos allí mismo los hombres heridos fueron trasladados y ninguno de ellos ha sido detenido puesto que los dos hombres fueron enterrados el jueves último en Othersfield (Huddersfield) el Cuerpo de los cuales se puso en una habitación Oscura con seis Cirios moldeados por la Mañana los amigos de los *Luds* les siguieron ataviados con un mandil de seda ribeteado de Negro los Pastores se negaban a Enterrarles pero los *Luds* insistieron en que se les Enterrase en la Iglesia donde además se les ha puesto una gran Losa uno de ellos vivió veinticuatro horas después de ser recogido era hijo de un párroco de Iglesia muchos le visitaron pero se negó a decir nada.¹⁶¹

Durante los días que siguieron al ataque no faltaron los episodios que excitaban la imaginación popular: se contaron muchas historias de escapadas del ejército por los pelos, de hombres heridos ocultos en graneros. Más de uno de los que formaban parte del pequeño destacamento de soldados en la fábrica de Cartwright había mostrado una notable falta de entusiasmo hacia el deber, y uno de ellos se negó a disparar su mosquete durante los 20 minutos que duró la refriega, «porque podría alcanzar a uno de mis hermanos». El infortunado soldado (que pertenecía a la milicia de Cumberland) fue juzgado por un tribunal militar y

161. Radcliffe MSS., 126/32. De hecho, el que escribe la carta confunde los detalles del funeral de John Booth, que fue enterrado apresuradamente en Huddersfield para adelantarse a las grandes multitudes que se reunían para rendirle homenaje, con el funeral de Hartley en Halifax, para el cual véase p. 167 más adelante. El texto original inglés presenta muchos problemas de tipo ortográfico y sintáctico, por lo cual la traducción es más libre. (*N. de la t.*)

sentenciado a recibir 300 latigazos: una sentencia de muerte probable. El castigo se administró en Rawfolds y esto le dio ocasión a Cartwright para recuperar algo del favor público al conseguir la reducción de gran parte de la sentencia.

Recuperó poco. En el mito de la clase media, Cartwright y Roberson no sólo eran los héroes del día, sino que aparecían como los perseguidores implacables de los «malos hombres intrigantes», emisarios misteriosos y agitadores de lugares remotos que instigaban los desórdenes. «No conocía a los jefes», escribió Charlotte Brontë acerca de Gérard Moore:

Eran forasteros: emisarios de las grandes ciudades. La mayor parte de ellos no pertenecían a la clase obrera, eran principalmente «gentes venidas a menos», insolventes, hombres que siempre estaban en deuda y a menudo borrachos; hombres que no tenían nada que perder, y mucho —por lo que se refiere a carácter, dinero y limpieza— que ganar. Moore perseguía a esas personas como un sabueso; y la ocupación le gustaba ... le gustaba más que fabricar paños.

En el folklore popular, sin embargo, Cartwright y Roberson eran, simplemente, los «sabuesos». La comunidad se cerró contra ellos de una forma extraordinaria. Hasta el ataque de Rawfolds, los luditas del Yorkshire (al igual que los de las Midlands) se habían limitado estrictamente a destruir telares. No habían sido ellos, sino Cartwright, los que habían derramado la primera gota de sangre. Durante meses, a pesar de la presencia de 4.000 soldados en el West Riding y el amplio empleo de espías, no se pudo identificar de forma clara a ninguno de los atacantes de Rawfolds. Miles de personas debían conocer a alguno de los participantes. La tradición nos habla de pastores disidentes y de cirujanos que se negaron a dar información, pañeros con pequeños negocios que ocultaron a sus propios trabajadores luditas, soldados que ignoraron pruebas. En parroquias enteras la ley de «Vigilancia y Custodia» era inoperante. Las baladas luditas contaban:

Héroes de Inglaterra que queréis tener un oficio
Sed sinceros unos con otros y no temáis
Aunque la Bayoneta esté calada no pueden haceros nada
Siempre que sigáis las Normas del General Ludd.¹⁶²

162. Sumario, *Rex v. Milnes y Blakeborough*, T.S. 11.2673. (You Heroes of England who wish to have a trade / Be true to each other and be not afraid / Tho' Bayonet

Incluso el asesinato de William Horsfall de Ottiwell (el 27 de abril) causó menos reacción de sentimientos de lo que se podía haber esperado. La misma crisis que había unido a las gentes partidarias de la «Iglesia y el Rey» y el *Leeds Mercury*, a Roberson y a Cartwright, había consolidado el sentimiento popular contra los magistrados y los grandes empresarios por un igual.¹⁶³

Además, en abril y mayo de 1812, el ludismo fue el foco de una tensión insurreccional más difusa (y confusa). Una parte de ella tenía su origen en la crisis económica general de 1811-1812, la creciente impopularidad de la guerra y la agitación contra las *Orders in Council*. El bloqueo mutuo que existía entre Gran Bretaña y Francia y la interrupción del comercio norteamericano habían dado lugar a dificultades extremas en muchos sectores de la industria manufacturera —en Birmingham, Sheffield, Liverpool, los distritos textiles— entre los años 1807 y 1812. Las malas cosechas añadieron su grano de arena de escasez de alimentos y precios en aumento. Los fabricantes atribuían todos los motivos de queja a la continuación de la guerra, y concretamente a las *Orders in Council* que ponían a gran parte de Europa en una situación de bloqueo. Es significativo que el ludismo estallara en aquellas industrias en las que los grandes empresarios habían perdido el apoyo del público al sacar provecho de este período de dificultad económica para introducir nuevas prácticas o máquinas; mientras que en aquellos centros —Sheffield, Birmingham y hasta cierto punto Manchester— en los que la industria se encontraba parcialmente paralizada, y los mismos empresarios habían empezado a hacer manifestaciones y peticiones contra las *Orders in Council* (bajo la dirección de Brougham y, en Birmingham, del joven Thomas Attwood), el descontento de la clase obrera permaneció durante mucho tiempo dentro de las formas «constitucionales».¹⁶⁴

is fixed they can do no good / As long as we keep up the Rules of General Ludd.)

163. El «folklore» del ludismo se encuentra en A. L., *Sad Times*; F. Peel, *Risings of the Luddites and Spenn Valley: Past and Present*; Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*. Cuando ello ha sido posible, estas informaciones se han confrontado con las que aparecen en el *Leeds Mercury* y los procesos posteriores. Las cartas de Cartwright que describen el ataque y la «traición» de sus soldados están en Hammond, *op. cit.*, pp. 305-306; y en H. A. Cadman, *Gomersal: Past and Present*, Leeds, 1930, pp. 114-116.

164. Véase A. Briggs, *The Age of Improvement*, pp. 164-166; A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, pp. 41-47; Chester New, *Life of Henry Brougham*, Oxford, 1961, caps. 4 y 6.

De hecho, hacia 1812, la vieja *squirearchy* apenas podía controlar los distritos manufactureros, a menos que tuviese el apoyo de los grandes fabricantes. Pero, paradójicamente, allí donde los patronos eran hostiles a la administración había menos problemas de orden. El ludismo ilustra por completo este problema de orden. Durante el verano de 1812, había por lo menos 12.000 soldados en los condados con disturbios, lo cual era una fuerza mayor que la que Wellington tenía bajo su mando en la Península. En un momento determinado, y durante meses, esas fuerzas fueron particularmente ineficaces. En parte se pudo deber al hecho de que muchos soldados simpatizaban con la población, de modo que las autoridades se veían en la necesidad de cambiarles continuamente de un distrito a otro, por miedo a que el «descontento» se extendiese en sus filas. También se debía a la extraordinaria seguridad y a la comunicación que tenían los luditas, que se movían silenciosamente por un terreno bien conocido, mientras la caballería trotaba ruidosamente de pueblo en pueblo. En el West Riding, cuyas montañas estaban atravesadas por todas partes por caminos de herradura y rutas de caballerías, los luditas se desplazaban con inmunidad. Los movimientos de la caballería eran «conocidos, y el entorchocar de sus espadas, la marcha de las patas de sus caballos se podían oír, por la noche, desde muy lejos, para los luditas era fácil escabullirse detrás de los setos, agacharse en los campos plantados o tomar caminos vecinales...».¹⁶⁵ Los objetivos de los luditas se encontraban en multitud de pueblos dispersos y de fábricas lejanas. Estos pueblos no tenían prácticamente policía, y el ejército se resistía a alojar a los soldados en grupos de cinco o seis, en lugares de un aislamiento peligroso. El magistrado a caballo, que sabía pocas cosas sobre la industria y el pueblo, estaba casi indefenso. Sólo el propietario o el fabricante, cuyo establecimiento y cuyo libro de pagos dominaban el pueblo, era capaz de ejercer algún control. De ahí que, donde los patronos habían perdido la lealtad de sus obreros, toda la estructura de orden estuviese en peligro y sólo se pudiese reparar supliendo su autoridad como en el caso de Rawfolds, donde no era Roberson, sino Cartwright quien mandaba. Pero en aquellos distritos, como Sheffield y Birmingham, donde los fabricantes y los obreros se hallaban unidos por una sensación de agravio contra la autoridad, el peligro de desórdenes reales se mantenía bajo el control de los patronos.

165. D. F. E. Sykes, *History of the Colne Valley*, Slaithwaite, 1906, p. 309.

Así, el ludismo no sólo condujo a la unión de los magistrados y los propietarios de las fábricas, también fue la causa de que la administración hiciera concesiones a los intereses de los fabricantes. Y esas concesiones se recibieron de forma triunfal, junto con la revocación de las *Orders in Council*, en junio de 1812.¹⁶⁶ Quizás el ludismo contribuyó a precipitar este suceso en la misma proporción que la agitación constitucional de Attwood y Brougham. Pero la revocación tuvo lugar contra un trasfondo todavía más amenazador, porque hacia esta época al ludismo del Yorkshire y las Midlands se habían unido serios desórdenes en el Lancashire.

Es difícil saber hasta qué punto los desórdenes del Lancashire se pueden calificar como auténtico ludismo. En parte se componían de amotinamientos espontáneos, en parte de agitación ilegal pero «constitucional» en favor de la reforma política, en parte de incidentes realizados por *provocateurs*, y en parte de genuinos preparativos insurreccionales. Entre febrero y abril de 1812, se habían creado «comités secretos» de al menos dos tipos en una parte de las ciudades del Lancashire. En primer lugar, estaban los comités de los tejedores cuya organización clandestina había hecho agitación y peticiones en favor de un salario mínimo, durante varios años. Se informó de que estos comités empezaron a existir a primeros de abril en Manchester, Stockport, Bolton, Failsworth, Saddleworth, Ashton-under-Lyne, Oldham, Stalybridge, Droylesden, Preston, Lancaster, Hindle, Newton, Drilsdale, Hollinwood, Willington y Eccles.¹⁶⁷ En segundo lugar, en el distrito de Manchester-Stockport y quizás en otras partes, había un incipiente consejo de los oficios (o «Comité de Oficios») que comprendía a «los Hilanderos, Sastres, Zapateros, Albañiles, Cortadores de fustán, Carpinteros ensambladores y muchos otros Oficios». Este comité existía ya en 1799, cuando se aprobó por primera vez la *Combination Act*, y sin duda los sindicalistas de Manchester consultaban con él, de manera formal o informal, siempre que la ocasión lo requiriera.

166. Y también la revocación del 5 Eliz. c.4 en 1813 y 1814.

167. Estas ciudades y poblaciones se mencionan, como lugares que enviaron delegados a diversas reuniones secretas, en la declaración de Yarwood y en los informes de «B» (Bent) de abril de 1812, en H.O. 40.1. Véase también la declaración de Thomas Whitaker, en H.O. 42.121, en la que se afirma que en una reunión celebrada el 25 de marzo en El Buen Samaritano en Salford, estuvieron presentes delegados de casi todas las ciudades de un área de quince o veinte millas a la redonda. Para la autenticidad de estos informes, véase más adelante, pp. 175 y siguiente.

El 20 de marzo atacaron, en Stockport, el almacén de William Ratcliffe, uno de los primeros fabricantes que introdujeron el telar mecánico. En abril los hechos se sucedieron uno tras otro con rapidez. El 8 de abril se produjo un alboroto un tanto exuberante en la Lonja de Manchester. El motivo era, al menos de manera indirecta, político. Durante años se había creído que el príncipe regente daba su apoyo a los *whigs* e incluso a la reforma política; y de hecho durante los primeros años de la guerra había alentado la oposición foxita para sus propios intereses faccionales. Había crecido la expectación en torno a que, cuando se acabasen las restricciones a su poder, a principios de 1812, se formaría un Ministerio de «Paz y Reforma», en el que los lores Grey y Grenville ocuparían un lugar eminente. Sin embargo, el príncipe regente se había limitado a ofrecer puestos en una coalición a «algunas de las personas con las que se conformaron los primeros hábitos de mi vida pública», en unos términos que sabía de antemano que eran inaceptables. En la remodelación subsiguiente, tomó el poder una administración todavía más impopular, presidida por Perceval, con Castle-reagh como ministro de Asuntos Exteriores y Sidmouth (por primera vez) como ministro del Interior. Las esperanzas populares se hicieron añicos de forma más general de la que se supone. Incluso existen sugerencias que indican que este desengaño fue la causa directa del inicio del ludismo en el Yorkshire.¹⁶⁸ En Manchester, el partido de la Iglesia y el Rey interpretó de forma muy equivocada el sentimiento popular y convocó un mitin público en la Lonja para mandar una felicitación al regente por haber mantenido en el poder a los ministros que tenía su padre. Los reformadores llenaron Manchester de carteles con una llamada al público para que asistiese al mitin y frustrara la felicitación. Los *tories* se retiraron e intentaron cancelar el mitin. Pero grandes multitudes se agolparon alrededor de la Lonja y muchos de ellos, en su mayoría tejedores, fueron luego a St Anne's Square, donde realizaron su propio mitin. Mientras tanto, algunos jóvenes irrumpieron en el gabinete de lectura; se rompieron las ventanas y se volcaron los muebles, y finalmente se produjo un motín generalizado. No fue un suceso importante, pero «indicaba un cambio en la corriente de opinión popular. Con anterioridad, el grito favorito era "Iglesia y Rey" y la caza del "jacobino" era un deporte seguro ...». Un viejo formador re-

168. Véase más adelante, pp. 170-171.

cordaba más tarde: «¡Pero después de esto no tuvimos más muchedumbres favorables a la Iglesia y el Rey!». ¹⁶⁹

Durante los quince días siguientes se produjeron disturbios mucho más serios en Manchester, Oldham, Ashton, Rochdale, Stockport y Macclesfield. En su mayoría eran motines de subsistencias de una violencia y un alcance excepcionales, con el objetivo de hacer bajar los precios de las patatas y el pan. Al mismo tiempo, se dieron informaciones confusas respecto de la presencia de agitadores «luditas» y «jacobinos» que contribuyeron a la instigación activa y a la organización de los amotinados. En Stockport, dos hombres vestidos con ropas de mujeres, que se denominaban a sí mismos «esposas del General Ludd», encabezaron a los insurgentes. Tanto los propietarios de telares mecánicos como los que poseían maquinaria perfeccionada para el apresto de los paños recibieron cartas amenazadoras:

Por respeto a la humanidad creemos que es nuestro Deber Ineludible Advertiros que si No Hacéis que esas Máquinas Aprestadoras desaparezcan en menos de Siete Días ... vuestra fábrica y todo lo que Contiene Será Con Seguridad Incendiada ... No es nuestro Deseo haceros ningún Daño Pero estamos completamente Decididos a Destruir tanto las Máquinas Aprestadoras como los Telares Mecánicos Sean Quienes Sean los Proprietarios ... ¹⁷⁰

(Sin embargo, esta carta no estaba firmada por Ludd sino por el «General Justicia».) El 20 de abril tuvo lugar una refriega mayor en Middleton, donde varios miles de personas atacaron la fábrica de telares mecánicos de Daniel Burton. Se asaltó la fábrica a base de un torrente de piedras tras otro, y sus defensores respondieron con disparos de mosquete que mataron a tres personas e hirieron a algunas más. A la mañana siguiente, las multitudes amenazadoras se reunieron con mayor fuerza que antes, y a mediodía se les unió:

un grupo de hombres, compuesto por unos doscientos, algunos de los cuales iban armados con mosquetes que tenían las bayonetas caladas, y otros con picos de mineros, [que] entraron en el pueblo en procesión y se unieron a los amotinados. Al frente de esos bandidos armados trans-

169. Prentice, *op. cit.*, pp. 48-52; Darvall, *op. cit.*, pp. 93-95.

170. Carta anónima, 19 de abril de 1812, en H.O. 40.1.

portaban a un *Hombre de Paja* que representaba al famoso General Ludd cuyo abanderado ondeaba una suerte de bandera roja ...¹⁷¹

Al demostrarse que la fábrica era inexpugnable, los amotinados incendiaron la casa del propietario. Luego se enfrentaron con el ejército, a cuyas manos murieron por lo menos siete y fueron heridos muchos más.

Este fue el punto culminante del ludismo del Lancashire por lo que se refiere a los ataques directos contra la maquinaria. Evidentemente, fue un fenómeno mucho más amplio que un movimiento de tejedores; entre los muertos había un panadero, dos tejedores, un cristalero y un carpintero ensamblador, mientras que los mineros del carbón de Holmfild se destacaron en el segundo día de ataque. En términos de bajas, también fue la refriega ludita más seria de todo el país. Con todo, el 24 de abril se produjo una continuación misteriosa, el incendio de la fábrica de Wray y Duncroff en Westhoughton. En este caso el misterio no es que atacasen la fábrica, puesto que era un objetivo de destrucción evidente. No sólo había sido objeto de repetidas amenazas, sino que se había hecho más de un intento de atacarla, bajo la instigación de un «comité secreto» de Bolton que estaba dirigido en gran parte por *agents provocateurs* empleados directamente por el coronel Fletcher. El aspecto enigmático del asunto es que, después de estas provocaciones que habían tenido muy pocos resultados, se hiciera luego un ataque con éxito, independientemente (como parece) de la intervención de espías.¹⁷²

Este episodio del ludismo está tan lleno de duplicidades que la mente apenas puede seguir sus tortuosas implicaciones. Pero la suposición (derivada de los sucesos de Bolton) de que el ludismo del Lancashire era poco más que una provocación superpuesta por el coronel Fletcher y Joseph Nadin sobre el hambre de los tejedores, no se puede sostener. Es cierto que las actuaciones públicas de los trabajadores del Lancashire tienen poco de aquella organización y disciplina que caracterizaba los hechos de Nottingham y el West Riding. Por otra parte, la destrucción de telares mecánicos presentaba problemas de carácter distinto al de los telares de medias o las máquinas tundidoras. El telar mecá-

nico era una máquina costosa, de reciente introducción, que sólo se empleaba en unas pocas fábricas que utilizaban la fuerza motriz del vapor, y no estaba diseminada por los pequeños talleres de las zonas rurales. Por consiguiente, las tácticas guerrilleras de medianoche no eran de gran utilidad en el Lancashire: cada ataque debía realizarse a la misma escala de los casos de Rawfolds o Burton, con la posibilidad de que se produjese un enfrentamiento directo con el ejército. Esto apenas tenía sentido, incluso en términos estrictamente tácticos. A la vez, la población del Lancashire había vivido, durante varias décadas, junto a la hilandería accionada por la fuerza del vapor. Con seguridad, hubo muchos tejedores (probablemente una mayoría) que dudaron de la eficacia de resistirse a las nuevas máquinas; y esto queda confirmado por las informaciones referentes a serias divergencias en el seno de los propios «comités secretos» de los tejedores. De ahí que el ludismo del Lancashire atravesara su fase de destrucción de maquinaria en cuestión de tres o cuatro semanas. Pero exactamente en el mismo momento en que se acabaron los ataques a las fábricas, las informaciones sobre juramentos, armas y entrenamientos se volvieron muy generalizadas. Los ataques contra los telares mecánicos dieron paso, durante los meses de mayo y junio, a preparativos insurreccionales más serios. A pesar de las brutales sentencias dictadas por los *Assizes* del Lancashire y el Cheshire, a finales de mayo de 1812, contra los amotinados de abril,¹⁷³ los disturbios siguieron produciéndose hasta otoño. A mediados de junio, uno de los confidentes mejor informados del Lancashire escribía que «grupos de más de 200 luditas han entrado en las casas, una noche tras otra, y se han apoderado de armas». Las incursiones iban acompañadas por señales hechas con pistolas, cohetes y «bengalas» que revelaban (según un agente de policía) «un grado extraordinario de coordinación y organización». Durante semanas, distritos enteros situados en los límites del Lancashire y el Yorkshire estuvieron prácticamente bajo la ley marcial. Y en particular un comando militar estableció un reino del terror, con detenciones arbitrarias, registros, interrogatorios brutales y amenazas, que nos retrotraen a la historia de Irlanda, en busca de una posible comparación.¹⁷⁴

173. En Lancaster, de 58 detenidos, 28 fueron condenados: 8 de ellos condenados a muerte y 13 deportados. En Chester, de 47 detenidos, fueron condenados 29: 15 recibieron sentencia de muerte (aunque sólo se ahorcó a 2 personas) y 8 de deportación.

174. Lloyd a H.O., 17 de junio de 1812, H.O. 40.1; F. Raynes, *An Appeal to the Public*, 1817, pp. 20-21 et passim.

171. *Leeds Mercury*, informe de Middleton (25 de abril de 1812).

172. La tortuosa historia del «Viejo S» y el «Joven S» se cuenta en los Hammond, *op. cit.*, cap. 10; Darvall, *op. cit.*, caps. 5, 14; Prentice, *op. cit.*, pp. 52-58; y Anónimo, *The Blackfaces of 1812*, Bolton, 1839.

A principios del verano el ludismo alcanzó su punto crítico. Durante la semana en que se produjeron los sucesos de Middleton y Westhoughton, también hubo señales alarmantes que provenían de muchas partes del país. Serios motines de subsistencias tuvieron lugar en Bristol, Carlisle, Leeds, Sheffield, Barnsley; en Cornualles los mineros se declararon en huelga e hicieron marchas hacia los mercados de las ciudades en demanda de reducciones de los precios de los alimentos; hubo disturbios en Plymouth y Falmouth. En varios de estos lugares, los motines de subsistencias respondían a una premeditación mayor de lo habitual como acción política o cívica para imponer un máximo popular, y en Sheffield, donde se asaltó el almacén de armas del ejército, se afirmó que los dos cabecillas principales no eran desempleados hambrientos, como el grueso de los manifestantes, sino los «dos mecánicos más hábiles de la ciudad», que cobraban salarios de cuatro guineas y media a la semana.¹⁷⁵ El 27 de abril asesinaron a William Horsfall en el West Riding. El 11 de mayo asesinaron a Perceval, primer ministro, en la Cámara de los Comunes. Durante un día reinó la confusión en el país. No se disimuló la alegría popular. En Bolton (se lamentaba el coronel Fletcher) «la Muchedumbre se Alegró» ante las noticias. En las *Petitioner's* un testigo se enteró de las noticias cuando: «Un hombre bajó corriendo por la calle, dando saltos en el aire, agitando el sombrero alrededor de su cabeza y gritando con una alegría frenética, “¡Han asesinado a Perceval, viva! ¡Han asesinado a Perceval, viva!”». La multitud de Nottingham lo celebró, y «desfiló por la ciudad redoblando tambores y ondeando banderas de forma triunfal». En el mismo Londres se agruparon multitudes en el exterior de la Cámara de los Comunes a medida que se filtraban noticias, y cuando se llevaron al asesino, John Bellingham, «estallaron repetidos aplausos por parte del sector ignorante o depravado de la multitud». La noticia de que Bellingham sufría un trastorno mental y había actuado por motivos de agravio personal, se recibió casi con disgusto; se hubiese esperado que surgiera otro Despard con más éxito. Cuando Bellingham fue al cadalso, la gente gritaba «Que Dios le bendiga», y Coleridge les oyó añadir: «Esto es sólo el principio». Se consideró inoportuno hacer un funeral público por Perceval.¹⁷⁶

175. *Leeds Mercury* (2 de mayo de 1812); T.S. 11.5480.

176. H.O. 40.1; Prentice, *op. cit.*, p. 46; *Leeds Mercury* (16 de mayo de 1812); Peel, *Risings of the Luddites*, pp. 156-157; A. Briggs, *Age of Improvement*, p. 157.

Pocas veces en la historia de Gran Bretaña ha estado más extendida la furia genuinamente insurreccional. Durante algunas semanas se habían escrito con yeso en las puertas y las paredes del West Riding, anuncios que ofrecían 100 guineas por la cabeza del príncipe regente.¹⁷⁷ A mediados de mayo el regente y su secretario privado recibieron multitud de cartas amenazadoras, una de las cuales, que estaba firmada «Vox Populi», empezaba diciendo: «Las provisiones más Baratas; Pan o Sangre; Dile a tu Amo que es un Maldito Sinvergüenza Insensible ...».¹⁷⁸ Pero por lo que se refiere a las gentes del Yorkshire, el príncipe regente estaba muy lejos, mientras que los propietarios de las fábricas y los magistrados estaban allí mismo. Después de la derrota de Rawfolds, el ludismo del West Riding entró en una fase más desesperada. Siempre había tenido una disciplina más militar que el ludismo del Nottinghamshire, y se había rodeado de más secretos y juramentos puesto que había surgido en el mismo momento en que la destrucción de telares pasó a ser un delito capital. Probablemente la decisión de asesinar a Horsfall la tomó el mismo George Mellor, que era el jefe del distrito local, en vez de una reunión de representantes del Yorkshire. Según la tradición, el joven Booth, el hijo del pastor, era su amigo íntimo y protegido, y su muerte le había trastornado. Benjamin Walker, el cómplice que declaró en favor de la acusación, dijo que Mellor y sus compañeros tundidores del taller de John Wood de Longroyd Bridge «hablaron acerca de ... los hombres muertos en el asalto a la fábrica de Cartwright»: «Decían que esta es una cuestión difícil. Mellor opinaba que se debía abandonar el método de romper las tundidoras y en vez de ello había que matar a tiros a los patronos. Esto es todo lo que oí decir; dijeron que habían perdido a dos hombres y que debían matar a los patronos».

Una cosa era alegrarse de la muerte de un lejano primer ministro. Pero asesinar, a sangre fría desde detrás de un muro, a un hombre que pasaba normalmente cabalgando y que —a pesar de su impopularidad— «perteneía» a la comunidad, era otra. Es demasiado exagerado dar la idea de que se produjo una conmoción de sentimientos. Cientos de personas debieron sospechar quiénes eran los asesinos y sin embargo nadie reveló nada durante meses. Es más acertado decir que hubo una conmoción de sentimientos entre quienes antes habían sido simpatizan-

177. Radcliffe MSS., 17 de marzo de 1812, 126/26.

178. *London Gazette* (19 de mayo de 1812); H.O. 42.123.

tes o espectadores pasivos, mientras que a la vez se daba un endurecimiento de sentimientos en ambos extremos. «No hay un solo habitante de este Vecindario que yo conozca», escribió el reverendo Hammond Roberson a Cartwright tres días antes de la muerte de Horsfall,

que sea completamente consciente de la situación del país, o quizá, más bien, que sea capaz y que se atreva a tomar una parte decisiva en la dirección del Ejército, aparte de yo mismo. Si me fuese posible dedicar todo mi tiempo al ejército, haría lo mejor que pudiese.¹⁷⁹

Por su parte, los luditas empezaron a perder individuos y recurrieron a las amenazas para recuperar su debilitada disciplina. Se acabaron los ataques a las máquinas tundidoras (aunque en aquel momento todavía quedaban algunas empresas retadoras), y dieron paso a incursiones generalizadas en busca de armas y dinero. Estas incursiones, de forma parecida a las del Lancashire, siguieron durante los meses de mayo, junio, julio, agosto y septiembre, aunque uno o dos grupos de ladrones de casas, que se hacían pasar por luditas, confundían el panorama. Las informaciones sobre esas incursiones son comparables con las de una operación partisana en un territorio ocupado por el enemigo. En julio de 1812, un magistrado describía una incursión en un pueblo de Clifton (Yorks), y hacía las siguientes observaciones:

... la precisión, la intrepidez y la prontitud con las cuales un grupo de bandidos armados registraban con regularidad un pueblo populoso, de una milla de longitud, en busca de armas y se llevaban seis o siete sin intentar tocar cualquier otra propiedad, disparando repetidamente sobre casas e individuos que intentasen la más mínima resistencia, con una rapidez y una aparente disciplina que ningunas tropas regulares podrían superar ...¹⁸⁰

El ludismo del Yorkshire desapareció en medio de detenciones, traiciones, amenazas y desilusión. Una vez más, la historia se transmitió en forma de folklore, tal y como se reveló en los procesos que se llevaron a cabo en York en enero de 1813. Espías mandados desde otros distritos hicieron diversos descubrimientos. En Halifax se detuvo a un grupo de painitas, en el que había un sombrerero, John Baines, bajo la

179. Véase A. Briggs, *Private and Social Themes in Shirley*, p. 12.

180. Fitzwilliam Papers, F.46 (g).

acusación de prestar juramentos luditas. Más tarde, Benjamin Walker, compañero de trabajo y cómplice de Mellor, traicionó los secretos del asesinato de Horsfall. Otros luditas se convirtieron en confidentes para salvar sus vidas. Se averiguó el paradero de algunos de los hombres que habían tomado parte en el episodio de Rawfolds; hubo otras detenciones en Barnsley y Holmfirth. En octubre, Joseph Radcliffe, que era el magistrado más activo en la investigación del paradero de los luditas, recibió una amenaza definitiva: «Con toda seguridad me convertiré en otro Bellingham y tengo hecha la bala que dispararé a tu Corazón en caso de que lo hiciese en la casa del Señor».¹⁸¹ Hacia noviembre se cerró el círculo. En la Comisión Especial de York de enero de 1813, Mellor y dos compañeros fueron declarados culpables del asesinato de Horsfall e inmediatamente ejecutados, mientras que los otros procesos seguían desarrollándose. Otras quince personas fueron condenadas a la pena capital y sólo se le conmutó a uno por la deportación para toda la vida, por su participación en el ataque de Rawfolds o en incursiones en busca de armas. Otros seis, incluyendo al viejo demócrata de Halifax, Baines, fueron condenados a 7 años de deportación por prestar juramentos ilegales. Si este delito lo hubiesen cometido a finales de julio de 1812, en vez de hacerlo a principios, les hubiese supuesto la pena de muerte.

Mientras tanto, Nottingham y los distritos calceteros habían permanecido tranquilos durante la primavera y el verano de 1812, tiempo en el que el comité de los tejedores de punto había intentado conseguir la aprobación de su proyecto de ley en el Parlamento. Ni uno solo de los líderes del movimiento de 1811-1812 fue condenado jamás, a ciencia cierta. A pesar de la paz aparente de los años 1812-1813, se mantuvo la presión sobre los patronos para que aceptasen las condiciones de los tejedores de medias, mediante cartas anónimas y amenazas de volver de nuevo a la acción:

George Rowbottom esta carta es para informarte [rezaba una de tales cartas, de abril de 1812] de que no hay un solo hombre en la ciudad de Arnold Bullwell Hucknall ni Basford que dé trabajo como no sea

181. Radcliffe MSS., 126-91. Radcliffe recibió amenazas durante varios años más. «La acción ludita va a volver a empezar de nuevo» le advirtió en marzo de 1815 un corresponsal anónimo. Los tundidores «juran que en primer lugar dispararán contra ti, te llaman viejo Belcebú»: 126/136.

al máximo precio y de la mejor calidad y tamaño y precio adecuados y ésta es para informarte de que si llevas o das más trabajo sin que sea de la máxima calidad, el máximo precio y el tamaño adecuado trabajarás en este telar¹⁸² con una cuerda alrededor de tu cuello ...

Luego hubo un recrudescimiento sin importancia del ludismo, en noviembre y diciembre de 1812, pero durante dos años los obreros del sector calcetero parecieron situar su fe en la acción de su *union*. Más adelante comenzaron de nuevo unos pocos ataques dispersos (1814), y parece que en realidad algunas empresas calceteras intentaron provocar la destrucción de telares con el fin de tener un pretexto para actuar contra la *union*.¹⁸³ Cuando la *union* se desmembró, y se detuvo a algunos de sus dirigentes, los ataques se volvieron más generalizados. En septiembre de 1814 un tejedor de medias de Basford, James Towle, fue detenido por su participación en uno de los ataques, pero se le absolvió en los *Assizes* de primavera (1815). Desde el verano de 1816 hasta los primeros meses de 1817 hubo una última fase de ludismo en las Midlands, que alcanzó una intensidad desconocida desde 1811. El ataque más sensacional tuvo lugar en la importante fábrica de Heathcote y Boden, en Loughborough, donde hombres enmascarados armados con trabucos redujeron a los guardias y destruyeron las costosas máquinas de hacer encaje a los gritos de: «*Ludds* haced bien vuestro trabajo. ¡Voto a Dios, que esta es una tarea tan importante como Waterloo!». Sólo en este ataque se hicieron daños por valor de más de 6.000 libras. Una vez más detuvieron a James Towle y esta vez le condenaron y, a mediados de noviembre, le ejecutaron. Durante uno o dos meses siguieron los ataques. Según una de las informaciones, el hermano de Towle dirigió un grupo que estaba ansioso por demostrar a «Jem que también podían hacer algo sin él». Según otras informaciones, esta fase final del ludismo fue obra de uno o dos grupos casi «profesionales», que recibían el encargo y el dinero de parte de algunas logias de la *union*, que en aquel momento era clandestina. En una confesión que hizo Jem Towle, la misma mañana de su ejecución, declaró que jamás había prestado un juramento de secreto ni había oído que nadie lo hiciera:

182. Aquí hay un tosco dibujo de una horca, con la macabra observación: «este telar trabaja por el máximo precio y con la mejor calidad». H.O. 42.122.

183. Véase C. Gray, *Nottingham Through 500 Years*, Nottingham, 1960, p. 165.

No tienen un fondo específico de dinero, pero cuando se tiene intención de hacer algún trabajo, o hace falta dinero para cualquier fin, se recolecta entre los tejedores de medias o encajeros que en aquel momento tienen trabajo. ... No tienen depósito de armas alguno. Muchos de la cuadrilla tienen una o dos pistolas escondidas en sus casas. ... Cuando se pretende hacer una faena, tres o cuatro de los más influyentes van de un sitio a otro en busca de brazos para realizarla, entre quienes ellos saben que son favorables a la acción ludita.

Pero la confesión de Towles pudo estar pensada para despistar a sus interrogadores. A principios de 1817 se descubrió a otros miembros de su cuadrilla, y en abril de 1817 seis de ellos fueron ejecutados en Leicester y dos más recibieron sentencia de deportación. Uno de los hombres condenados, Thomas Savage, en declaraciones que hizo durante los 15 días anteriores a su ejecución, afirmó que en aquellas últimas fases «el Ludismo y la política habían estado en estrecha conexión». Afir-
 mó que existía una colonia de refugiados luditas en Calais.¹⁸⁴ Intentó implicar a Gravener Henson (a quién acusó de ser «capaz de perpetrar cualquier cosa que Robespierre jamás se había atrevido a hacer»), como el «Cabeza del conjunto». Pero este relato con tanto colorido y tan sospechoso, de hecho no conectaba en ningún aspecto a Gravener Henson con la destrucción de máquinas; las acusaciones contra él eran que Henson había iniciado entre los tejedores de medias la agitación ultrarradical que culminó en el movimiento del Club Hampden, del invierno de 1816-1817; y que pensaba en una revolución republicana y «hablaba de atacar los cuarteles de Nottingham». Fuera verdadero o falso, Henson no tenía la libertad de revelar sus simpatías cuando tuvo lugar el «levantamiento» de Pentridge, de junio. Puesto que, durante la misma semana en que Savage había hecho su acusación, Sidmouth había recibido la información, mediante un confidente de Nottingham, de que Henson («un tipo sensato muy aficionado a hablar») había tomado el correo de Londres con la intención de presentar una petición para salvar las vidas de los condenados. En Londres le detuvieron y, bajo la suspensión del *habeas corpus*, le retuvieron durante varios meses. Pero

184. No es imposible. Había una colonia de tejedores de punto ingleses en Calais. Véase la información de Henson en *Fourth Report ... Artizans and Machinery*, 1824, p. 274; y H.O. 79.3 fol. 31.

mucho antes de este momento, el movimiento ludita, tal y como lo hemos definido, había llegado a su fin.¹⁸⁵

VI. EN NOMBRE DEL OFICIO

«¡Tantas marchas y contramarchas!», exclamó Byron en la Cámara de los Lores:

¡De Nottingham a Bullwell, de Bullwell a Banford, de Banford a Mansfield! y cuando por fin los destacamentos llegaban a su destino, con todo «el orgullo, la pompa y lo que rodea a la gloriosa guerra», llegaban justo a tiempo para contemplar el daño que se había hecho ... y volver a sus cuarteles entre las mofas de las mujeres viejas y los abucheos de los niños.

Sin duda, entre quienes acabaron en el cadalso se encontraban algunos de los jefes locales del ludismo; ciertamente, tanto las pruebas como la tradición popular demuestran que George Mellor y Jem Towle eran «capitanes» luditas. Pero el ludismo se niega, hasta nuestros días, a revelar sus secretos. ¿Quiénes eran los instigadores «reales»? ¿Había alguno, o bien el movimiento estallaba de forma espontánea de un distrito a otro por medio del ejemplo? ¿Qué tipo de comités existían en los distintos distritos? ¿Había algún tipo de comunicación regular entre ellos? ¿Hasta qué punto es cierto que se tomaban juramentos secretos? ¿Qué objetivos políticos o revolucionarios ulteriores se tenían entre los luditas?

A todas estas preguntas sólo se les pueden dar respuestas muy provisionales. Sin embargo deberíamos decir que las respuestas generalmente aceptadas no están en consonancia con algunas de las pruebas. Los dos estudios más importantes acerca del ludismo son el de los Hammond y el de Darvall. *The Skilled Labourer* es un buen libro; pero los capítulos que tratan del ludismo se expresan a veces como un resumen escrito, elaborado en nombre de la oposición *whig* y hecho con el propósito de desacreditar las exageradas afirmaciones de las autoridades

185. Confesiones de W. Burton en H.O. 40.4; declaraciones de Thomas Savage, H.O. 42.163; H. W. C. Davis, *Age of Grey and Peel*, p. 172; Darvall, *op. cit.*, pp. 144-149; 155-159; Hammond, *op. cit.*, pp. 238-242.

relativas a los aspectos conspirativos y revolucionarios del movimiento. El papel de los espías y los *agents provocateurs* se acentúa de tal modo que se llega a dar la idea de que *no* existió un auténtico movimiento clandestino insurreccional ni hay pruebas de la existencia de delegados que viajasen entre los condados. Respecto de la toma de juramentos, los Hammond declaran que «aun en la interpretación más liberal, no existen pruebas que demuestren que el juramento era un hecho extendido, o que alguna vez se prestara excepto en aquellos distritos en que los espías trabajaban afanosamente».¹⁸⁶ El auténtico ludismo (se da por supuesto) no tenía objetivos ulteriores y, o bien se trataba de una cuestión de disturbio espontáneo (Lancashire), o se trataba de una acción con objetivos laborales estrictamente delimitados (Nottingham y Yorkshire).

F. O. Darvall, en su *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, está de acuerdo con la mayor parte de las opiniones de los Hammond. «No existen pruebas de ningún tipo», declara de forma terminante,

acerca de motivaciones políticas de parte de los luditas. No hay un solo ejemplo con el que se pueda probar que un ataque ludita se dirigiese contra algo más profundo que las disputas entre patronos y trabajadores, entre los obreros y sus empresarios. No hubo un solo ludita ... contra el cual se pudiese promover o pudiese recaer una acusación de traición. No hay un solo indicio, a pesar de los grandes esfuerzos de los espías para probar tales móviles, de que los luditas, o desde luego nadie excepto unos pocos agitadores sin importancia, no representativos e irresponsables, tuviesen cualquier tipo de intenciones políticas más amplias.

«A pesar de los registros más cuidadosos no se encontraron los grandes depósitos de armas de los que hablaban los espías. No se pudo establecer ninguna conexión entre los descontentos de un distrito y los de los demás ...» Los comités secretos de las ciudades del Lancashire eran una «excrecencia fungosa» controlada por los espías u hombres que hacían de la «pequeña sedición su fuente de ingresos». Y en cuanto a los ataques luditas más amplios, «no parece que hubiese más organización en estas grandes muchedumbres que la que existe entre una multitud que lleva a cabo un "asalto" espontáneo colectivamente». No existe

186. *Loc. cit.*, p. 339. La cursiva es mía.

«ninguna otra cosa que el testimonio indemostrable de los confidentes para demostrar que los luditas tomasen alguna vez un juramento secreto». ¹⁸⁷

Si quedamos atrapados en los minuciosos detalles de los informes cotidianos —agentes de policía flemáticos aquí, magistrados aterrizados allá, historias de espionaje increíblemente tortuosas en otro lugar— podemos dudar de la realidad del ludismo en su conjunto. Pero si nos distanciamos de los detalles por un momento, podemos ver que las conclusiones de esas autoridades sobre el tema son tan improbables como las teorías más sensacionales acerca de la conspiración ludita. Cualquiera que haya dirigido una rifa u organizado un torneo de dardos sabe que no se pueden reunir por la noche muchos hombres que proceden de diversos distritos en un lugar determinado, disfrazados y armados con mosquetes, martillos y hachas; formados en línea; pasarles revista mediante números; marchar varias millas para realizar un ataque con éxito, con la ayuda de señales de luz y de cohetes; todo ello no se puede hacer con la organización espontánea de un «asalto» colectivo. Todo el que conozca la geografía de las Midlands y el norte considerará que es difícil de creer que los luditas de tres condados colindantes *no* estuviesen en contacto unos con otros. En una época en que los irlandeses llegaban a cientos al Lancashire y en que la gente celebraba con júbilo por las calles el asesinato del primer ministro, segregar el ludismo en nuestras mentes como un movimiento puramente «laboral», totalmente desconectado de la política, requiere un ejercicio de agilidad mental. Abreviando, tal punto de vista sobre el ludismo sólo se puede sostener con argumentos especiosos que exageran la estupidez, el rencor y el papel provocativo de las autoridades hasta el límite del absurdo; o gracias a una falta académica de imaginación, que compartimenta y no tiene en cuenta todo el peso de la tradición popular.

La realidad es que *no* existen fuentes de información, relativas a la organización del ludismo, que no estén «contaminadas» en cierto grado. Como señalan los Hammond y Darvall, sólo sabemos algunas cosas de los delegados o de los juramentos a través del rumor, de las historias de los confidentes, del ejército y la magistratura, o de las confesiones de hombres, condenados a muerte o temerosos de ser condenados, ansiosos de salvar la vida. Lo mismo es cierto para los objetivos posteriores del ludismo. Pero ¿qué otro tipo de información podría

187. *Loc. cit.*, p. 174-196.

haber? *Todo* prisionero se convierte en objeto de coacción, *todo* informador se convierte inmediatamente en un «espía».

Podemos tomar como ejemplo los juramentos. Si bien existen pocas pruebas de que los luditas de las Midlands tomasen juramentos, puede haber una razón para ello. La fase principal de destrucción de telares en las Midlands finalizó en febrero de 1812. Hasta este mes la destrucción de telares no se convirtió en un delito capital. El ludismo del Yorkshire y el Lancashire se iniciaron a sabiendas de que ser descubiertos significaba pagar con la vida: es probable por lo tanto que se prestase algún tipo de juramento (como afirman de manera insistente los espías y la tradición popular). En julio de 1812 el juramento prestado con finalidades delictivas se convirtió también en un delito capital. Los rumores sostienen que en el Yorkshire se continuaron prestando juramentos hasta finales del año. Pero es probable de nuevo que cuando el ludismo volvió a empezar en las Midlands, de 1814 a 1816, los pequeños grupos implicados no quisieran añadir el riesgo capital suplementario que suponía el delito adicional.

Dos de los grupos de detenidos que fueron juzgados en los *Assizes* de York, en enero de 1813, fueron condenados por tomar juramentos. Uno de los casos —el de Baines y los demócratas de Halifax— es sumamente sospechoso. Su condena se dictó en base a las pruebas de dos espías profesionales, conocidos por su mala fama, que habían venido especialmente de Manchester con este fin, y existen buenas razones para creer que el caso fue un «montaje». Tanto los Hammond como Darvall dan por supuesto que el otro caso —el de un tejedor de Barnsley— también era sospechoso y era obra de un «espía» profesional. ¹⁸⁸ Pero esto no es completamente cierto. El informador, Thomas Broughton, era un tejedor francmasón de Barnsley, que dio voluntariamente información por razones que no están claras, y juró una declaración ante dos magistrados de Sheffield en agosto de 1812. Según esta declaración, a principios del año había ingresado en un «comité secreto» de cinco tejedores de Barnsley. Habían «enrolado» a unos doscientos en Barnsley, principalmente tejedores, pero también a dos taberneros, un sombrerero y un jardinero. (No se admitió a ningún irlandés.) Sus obligaciones eran asistir a las reuniones, recoger dinero y mantener correspondencia con otros comités. Barnsley (donde ningún tipo de ludismo tuvo lugar) estaba considerado como un centro débil y nuevo, si-

188. Véase Hammond, *op. cit.*, pp. 314, 325.

tuándose la mayor fuerza en Sheffield y Leeds. En los círculos luditas se hacían grandes alardes de los 8.000 «enrolados» en Sheffield, 7.000 en Leeds, 450 en Holmfirth. Se enviaban delegados a las reuniones de Manchester, Stockport y Ashton. En Halifax los luditas se reunían «como los disidentes bajo el manto de la Religión». Muchos de los luditas también eran miembros del ejército. «A la larga, los luditas tienen en perspectiva derrocar el Sistema de Gobierno, mediante una Revolución en el País.» El mismo Broughton asistió a una reunión de delegados en Ashton, en la que otro delegado le dijo que la primera señal sería un ataque a las Cámaras del Parlamento. Si la revolución tenía éxito, se esperaba que el comandante Cartwright y Burdett se uniesen a ella. Recibió 10s. y 10d. a cuenta de los gastos por haber actuado como delegado.¹⁸⁹

Como en muchas otras declaraciones de este tipo, es casi imposible distinguir, a partir de ellas, lo que es cierto de lo que es falso. Pero se pueden señalar dos cosas. La primera es que Broughton parece que fue un informador *bona fide*; es decir, un hombre que había sido un auténtico ludita y se había convertido en un traidor. La segunda es que en el caso que se presentó en York, en base al testimonio de Broughton —contra John Eadon, uno de los miembros del comité de Barnsley—, no se citó una sola palabra de esta declaración. El proceso sólo intentó aportar pruebas para demostrar la toma de un juramento ilegal:

Yo, libre y voluntariamente acuerdo, declaro y juro solemnemente que jamás revelaré a ninguna ... Persona o Personas nada que pueda conducir al descubrimiento de la misma Ya sea de palabra o acción que pueda llevar a cualquier Descubrimiento bajo el Castigo de ser enviado fuera de este Mundo por el primer Hermano que Encuentre además juro que Castigaré con la muerte a cualquier traidor o traidores que puedan surgir entre nosotros les perseguiré con venganza insaciable, aunque vaya hasta el límite de lo Establecido. Seré completamente sincero, sobrio y fiel en todos mis tratos con todos mis Hermanos de modo que pueda ayudar a DIOS a mantener mi Juramento Inviolado Amén.¹⁹⁰

A primera vista, al juramento suena a auténtico.¹⁹¹ Pero de lo que

189. Declaración en Fitzwilliam Papers, F.46 (g).

190. *Rex. v. Eadon, State Trials* de Howell. XXXI, 1070.

191. Los juramentos inventados por *agents provocateurs* eran, en general, mucho más horripilantes; uno de ellos incluía la promesa de cortar la cabeza y las manos de cualquier traidor y de toda su familia.

aquí se trata es de examinar más detenidamente los motivos que lo avalan. Los gobernantes británicos eran insensibles e indiferentes hacia la población obrera; pero Gran Bretaña no era un «Estado policial». Había magistrados y agentes de policía —el reverendo Hammond Roberston o el coronel Fletcher de Bolton— cuyo odio hacia el ludismo era obsesivo, y que no se hubiesen detenido ante cualquier tipo de violencia o trampa para conseguir una condena. Y sin embargo había todavía otro tipo de opinión pública que se debía tener en cuenta. Earl Fitzwilliam, el *Lord-Lieutenant whig* del West Riding, era un hombre de carácter moderado, que más adelante perdería el cargo debido a su protesta pública acerca de Peterloo, y que es muy improbable que hubiese autorizado auténticas provocaciones. El señor Justice Bayley, que fue juez en varios casos de ludismo de las Midlands, recibió duros ataques por su indulgencia. En un caso más importante de Manchester, en el verano de 1812, el jurado se negó a condenar a 38 reformadores radicales a quienes Nadin había intentado «amañar» el caso para que fuesen condenados por prestar juramento ludita. Los agentes de la ley sabían perfectamente que la condena no era automática.¹⁹²

Además, durante esos años, la población obrera detestaba al gobierno y gran parte de la clase media mostraba activamente su disgusto hacia aquél. Aun cuando, en base a declaraciones como las de Broughton, los representantes de la ley hubiesen aconsejado iniciar un proceso por traición, a las autoridades no les interesaba proceder de esta forma. La sospecha de que actuaban principalmente por motivos políticos hubiese inflamado la opinión pública. Su tarea se limitaba al procesamiento de los *actos manifiestamente criminales*: destrucción de telares y ataques nocturnos, robos de armas, toma de juramentos. Las declaraciones como la de Broughton, de todos modos, eran un material pobre para los tribunales de justicia, en especial cuando la defensa podía contratar los servicios de un abogado como Brougham. Aquéllas se basaban en informes de retórica revolucionaria no comprobados; reuniones con delegados de otros distritos que, en general, no se nombraban o actuaban bajo un seudónimo; exageraciones evidentes o sugerencias sumamente improbables, como las afirmaciones de que Cartwright, Whitbread o Burdett dirigirían la revolución.

De hecho, tuvo lugar una pelea de lo más curioso entre las autori-

192. Esta fue la razón por la cual los principales procesos luditas se hicieron a través de la Comisión Especial.

dades locales y el Ministerio del Interior, en particular en el Yorkshire en verano y otoño de 1812. «El señor Lloyd, un procurador muy activo de Stockport a quien el gobierno había empleado para que obtuviese información enviando espías por todo el país» (como señaló un *J.P.* en una carta dirigida a Fitzwilliam),¹⁹³ actuaba bajo la protección directa del ministro del Interior en su trabajo de intentar reconstruir casos irrecusables, empleando métodos que algunos *J.P.s* hubiesen considerado deplorables, y realmente secuestrando y trayendo en custodia preventiva secreta a sus testigos clave del otro lado de los Peninos.¹⁹⁴

Podemos sugerir que había una cierta divergencia en la forma de abordar el problema. Por un lado, el Ministerio del Interior (que ahora estaba dirigido por Sidmouth) seguía ya una política que conducía a las provocaciones de Oliver, Edwards y Castle, en la posguerra, Sidmouth, Lloyd y Nadin querían muchas detenciones, juicios y ejecuciones sensacionales, que el terror anidase en el corazón de los luditas y los reformadores, y tenían pocos escrúpulos por lo que se refiere a si las víctimas eran «auténticos» luditas o no, y en cuanto a los medios que se empleaban para crear las pruebas. Por otro lado, los hombres como Fitzwilliam y Radcliffe no estaban menos deseosos de destruir el ludismo, pero eran más escrupulosos en cuanto a los medios y estaban decididos a detener a los delincuentes reales: por ejemplo, a los asesinos de Horsfall y a los hombres que habían atacado la fábrica de Cartwright. Tal como resultó después, los casos más importantes que se llevaron a juicio (con la excepción de los 38 de Manchester) ofrecían «ejemplos de detección, condena y castigo» seguros, por delitos *particulares*, y en ellos las acusaciones de sedición política se mantuvieron como fondo. Incluso en el caso de los demócratas de Halifax, aunque es cierto que había motivos políticos detrás de él,¹⁹⁵ la acusación tuvo mucho cuidado en acusar a los detenidos, sólo de forma indirecta, de sus opiniones y de basar el caso sobre las pruebas del acto público de toma de juramento a determinada persona en una ocasión determinada. Así, si se nos pregunta por qué no se promovió ningún caso de trai-

193. Fitzwilliam Papers, 9 de julio de 1812, F.46 (g).

194. Para esta curiosa maraña, véase Hammond, *op. cit.*, pp. 315 y siguientes, y Darvall, *op. cit.*, pp. 125-133.

195. El sumario, *Rex. v. Baines*, que se halla entre los documentos del procurador del Tesoro, empieza: «el mayor de los Baines es Sombrerero, un hombre notoriamente desafecto al Gobierno»: T.S. 11.2673.

ción, la respuesta es que una acusación de este tipo hubiese sido impopular, dudosa desde el punto de vista legal, y podría (como en el caso de Manchester) haber tenido como resultado una absolución.

Las autoridades tampoco *deseaban* que se entablaran juicios al por mayor por prestación de juramentos. Deseaban simplemente que aquello acabase.¹⁹⁶ Y para ello, querían convertir en ejemplares, mediante el juicio y la deportación, los casos más propicios. Por diferentes razones, los casos de los hombres de Halifax y Barnsley se convirtieron en ejemplares. Suponer que la autoridad tenía un deseo vehemente de seguir cualquier posible caso hasta el final es equivocarse acerca de la naturaleza del poder. En York, las «leyes agraviadas» y los valores del orden quedaron satisfechos cuando se aseguró que los asesinos de Horsfall eran condenados, que se iba a deportar a varios hombres por prestación de juramento y que otros 14 irían al cadalso por robo de armas y ataques nocturnos. Ir más lejos hubiese supuesto atormentar a la opinión pública más allá de lo que era capaz de resistir, hasta el punto de que todos los *J.P.s* y los propietarios de fábricas del norte hubiesen vivido en medio de la abominación el resto de sus vidas. En este punto, se pasó una página y se hizo pública la proclamación de una amnistía. ¿Era posible que hubiese habido suficiente venganza?

Así pues, no podemos discutir sobre la organización del ludismo a partir de los casos que se llevaron a juicio ni a partir de las pruebas aportadas por la acusación. Las autoridades, por cierto, actuaban, en general, en base a pruebas o fuertes sospechas que jamás aparecían en

196. Las pruebas de F. Raynes, *An Appeal to the Public*, 1817, sobre todo esto son abrumadoras. El capitán Raynes dirigía una unidad con especial responsabilidad de infiltrarse y detectar a los instigadores luditas en el Lancashire (junio-septiembre de 1812) y en el West Riding (septiembre-diciembre de 1812). Más adelante, y por motivos de agravio personal, publicó una descripción de su servicio, junto con su correspondencia con los agentes superiores. En varios de los distritos del Lancashire, como Newton, el juramento era «casi universal entre las clases fabriles y más bajas». En más de una ocasión, sus agentes consiguieron penetrar en la conspiración, pero los luditas (al darse cuenta de que habían sido descubiertos) se apresuraban inmediatamente a acudir al magistrado más próximo y se «desenrolaban» prestando el juramento de lealtad, para sumo enojo del capitán Raynes. El escepticismo respecto del predominio de la toma de juramentos no puede seguir en pie después de una atenta lectura de este folleto. (Ejemplar en la Manchester City Reference Library.)

los procesos.¹⁹⁷ De hecho, estaban en posesión de muchas pruebas relativas a reuniones secretas, entrenamientos, juramentos y viajes de delegados, algunas de ellas eran oscuras, otras escandalosas, la mayoría de ellas de poco valor ante un tribunal de justicia. Incluían multitud de cartas anónimas, así como cartas y declaraciones de informadores, algunos de ellos extremadamente circunstanciales, como uno que describía el sistema ludita de santos y señas:

Levanta la Mano derecha y ponla sobre el Ojo derecho, en caso de que haya otro Ludita cerca de ti levantará su Mano izquierda y la pondrá sobre su Ojo izquierdo; luego levanta el dedo índice de la Mano derecha hasta el Lado derecho de la Boca, el otro levantará el dedo meñique de su Mano izquierda hasta el Lado izquierdo de su Boca y dirá: ¿Qué sois? La respuesta debe ser: Decidido. El dirá: ¿Con qué fin? Vuestra respuesta será: la Libertad Soberana.¹⁹⁸

Es acertado decir que tales declaraciones carecen de valor como pruebas ante un tribunal de justicia. Pero si seguimos la opinión de los Hammond y de Darvall de desechar *todas* estas pruebas,¹⁹⁹ acabamos por encontrarnos en una situación ridícula. Debemos suponer que las autoridades, mediante sus agentes, creaban realmente organizaciones conspirativas y luego institúan nuevos delitos capitales (como en el caso de los juramentos) que sólo existían en la imaginación o eran el resultado de las provocaciones de sus propios confidentes. Además, toda esta línea de argumentación revela la incapacidad de imaginar al ludismo en el contexto de la comunidad local. Particularmente en las

197. Este punto se ha desarrollado porque también ayuda a explicar parte de la confusión que rodea los casos de Despard y de Brandreth. Algunos sumarios que han sobrevivido entre los documentos del procurador del Tesoro revelan con qué gran cuidado los agentes de la ley, de la Corona, cribaban las pruebas presentadas en público que se podían someter con mucha facilidad a comprobación. Incluso en el caso de O'Coigly (véase vol. I, p. 176) el sumario de la Corona tiene una anotación: «¿Se debe mencionar la invasión de Irlanda?» (T.S. 11.333). Para el caso de Thomas Bacon, véase más adelante, p. 259.

198. Fitzwilliam Papers, F.46 (g).

199. En los documentos del Ministerio del Interior hay una considerable cantidad de testimonios de este tipo, referentes a instrucción, delegados, ambiciones revolucionarias. Darvall facilita su argumentación al no citar ninguno de ellos y despreciar cualquier ejemplo, en desdenosas notas a pie de página, considerándolo obra de confidente interesados o con imaginación.

zonas de Nottingham y el West Riding, la fuerza de los luditas se encontraba en los pequeños pueblos en los que todos eran conocidos por sus vecinos y se hallaban dentro de los límites de una misma red de parentesco estrecha. La legitimación de un juramento debió ser bastante terrible para una gente de espíritu supersticioso, pero la legitimación de la comunidad era todavía más fuerte. Los jefes luditas eran populares en sus pueblos, como George Howarth, un tejedor que probablemente era miembro de un comité secreto del Yorkshire; de «rostro dulce y constitución corpulenta; cuando estaba en compañía era un gran cantor; tenía una conversación vulgar como cualquier campesino ...».²⁰⁰ Las autoridades tenían grandes dificultades para conseguir que cualquier testigo se presentara y nombrara a un vecino. Esto era, en parte, resultado del miedo a las represalias luditas. Pero había más, actuar como informador era un quebranto de la moral económica que implicaba una sentencia de proscripción por parte de la comunidad. Ni siquiera los magistrados locales podían considerar de otro modo a Benjamin Walker, el cómplice que declaró contra Mellor, que como un Judas. En la víspera de su ejecución, Mellor declaró: «Que prefería estar en la situación en la que se encontraba, por muy terrible que fuese, que tener que responder por el crimen de su acusador, y que no cambiaría su situación por la de él, ni siquiera por su libertad y dos mil libras». La situación de los luditas que salvaron la vida declarando ante las autoridades era casi más lastimosa que la de los condenados. Un cuáquero, que visitó a Walker después de las ejecuciones de York, le encontró con un «semblante ... pálido y cadavérico y sus articulaciones, por así decirlo, estaban tan flojas que apenas parecían capaces de sostener su cuerpo». En realidad nunca recibió la cantidad de 2.000 libras de dinero manchado de sangre que se le debía; siguió teniendo una existencia de vagabundo miserable y al final se vio reducido a la mendicidad. Dos luditas de Nottingham que se habían convertido en informadores temieron por sus vidas y pidieron a la Corona pasajes para irse a Canadá. Otros sospechosos de ser informadores fueron condenados al ostracismo; un hombre del Yorkshire se negó a seguir viviendo con su esposa, la cual con indiscreciones estúpidas había proporcionado pruebas que condujeron a uno de los pertenecientes al grupo de los asaltantes de Rawfolds a la ejecución. En situaciones similares, varios años más tarde, la comunidad decidió condenar al ostracismo a dos informado-

200. F. Raynes, *op. cit.*, pp. 114-115.

res del Yorkshire hasta el final de sus vidas; si entraban en una sala pública o en una taberna, los que se hallaban reunidos dejaban de hablar inmediatamente o se levantaban para irse.²⁰¹

Tenemos que imaginarnos la solidaridad de la comunidad, el aislamiento extremo de las autoridades. Esta sensación fue la que convirtió en héroes a Cartwright y a Roberson a los ojos de Charlotte Brontë, que había experimentado personalmente el mismo aislamiento en la casa parroquial de Haworth, durante las agitaciones cartistas. Cuando tuvo lugar el ataque a Rawfolds, a pesar del cañoneo, nadie del pueblo se movió para defenderla. Sólo después de que se retirasen los luditas aparecieron los tres o cuatro hombres del lugar que estaban dispuestos a declararse a favor de los asediados: el reverendo Hammond Roberson, el señor Cockhill (un maestro tintorero con un gran negocio), el señor Dixon (director de unos talleres químicos) y un *bon vivant* local que se llamaba Clough. Rápidamente se vieron rodeados por una multitud rumorosa, cuyas simpatías se situaban claramente en el lado de los luditas heridos.²⁰² Además, tanto los juicios como los entierros se convirtieron en ocasiones de manifestar la solidaridad pública, que adoptaba a veces la forma de intimidación, a veces la de fervor religioso. Los juicios de los acusados luditas de Nottingham se realizaron en medio de amenazas, manifestaciones y en una ocasión en una sala de justicia atestada en la que se suponía que había hombres armados.²⁰³ El presidente de un jurado que había condenado a varios hombres por complicidad en ataques luditas, en Nottingham en marzo de 1812, fue perseguido hasta Worksop:

201. *An Historical Account of the Luddites*, Huddersfield, 1862, p. 79; Peel, *Risings of the Luddites*, edición de 1895, p. 278; Peel, *Spen Valley: Past and Present*, pp. 261, 264; Hammond, *op. cit.*, pp. 241-242; Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*, p. 335. Durante los años de la posguerra las autoridades acostumbraron a prometer a los confidentes de la clase obrera el billete para una de las colonias. Véase también, Hammond, *The Town Labourer*, pp. 259-261.

202. Peel, *Spen Valley*, pp. 255-256. Cf. *Leeds Mercury* (9 de mayo de 1812): «... Creemos que existe una disposición muy general entre las clases más bajas a considerar con complacencia las acciones de las personas que forman parte de esta asociación, por no decir que las contemplan con aprobación. Esta es la fuerza y la sangre vivificadora de la Asociación.»

203. T. Bailey, *Annals of Nottinghamshire*, 1855. IV, p. 280.

Señor,
por Orden *Expresa* y urgente del general Ludd he ido a Worksop para preguntar acerca de vuestra Actitud hacia nuestra causa y siento decirlos que me he enterado de que se corresponde con la conducta que últimamente habéis mostrado hacia nosotros. Recuerde, se acerca con rapidez el momento en que los hombres como usted se Arrepentirán, dentro de poco podemos venir a veros. Recuerde, es usted un hombre marcado,

Suyo, en nombre del General Ludd,
un Hombre leal.²⁰⁴

A pesar de que los juicios del Yorkshire se realizaron en York, a más de treinta millas de los centros del conflicto, las autoridades mandaron fuerzas del ejército adicionales y temían un intento de rescate. Incluso los adversarios admiraban la fortaleza de los reos de muerte. Mellor y sus dos compañeros se negaron a hacer confesiones. Y los 14 que murieron unos pocos días después hicieron lo mismo. «Si alguno de esos hombres desafortunados poseía algún secreto —escribía el *Leeds Mercury*—, lo callaron hasta la muerte. Sus revelaciones fueron en extremo exiguas.»²⁰⁵ (Según cuenta la tradición, el juez que presidía se permitió una ligera informalidad en aquella ocasión. Cuando le preguntaron acerca de si los 14 condenados debían ser colgados en una sola viga, respondió, después de meditarlo un poco, «No señor, creo que estarían más cómodos colgados de dos».) Los primeros siete que fueron ejecutados en presencia de grandes multitudes, avanzaron hacia el caldoso cantando el himno metodista:

Contemplad al Salvador de la Humanidad,
Clavado en el ignominioso madero;
Qué inmenso el amor que inspiró,
Para verter su sangre y morir por mí.

¡Escucha: cómo gime! mientras la naturaleza tiembla,

204. H.O. 42. 122.

205. Un funcionario que presenció la ejecución le escribió a Radcliffe: «Considero que había ocho auténticos Luds ... y nueve Depredadores que se aprovecharon de los Tiempos que corren» (es decir, ladrones de casas). El capellán le informó de que los «auténticos Luds» se negaron a hacer confesión alguna: «Creo verdaderamente que ellos no consideraban que aquello fuese ninguna gran ofensa, ni siquiera que lo fuera.» Y añade: «Creo que todos eran Metodistas.» Coronel Norton a Radcliffe, enero de 1813, Radcliffe MSS, 126/114.

Y los fuertes pilares de la tierra se doblagan;
El velo del templo se rompe en pedazos,
Se agrietan los sólidos mármoles.

¡Ya está! La preciosa redención se ha consumado,
«Recibe mi alma», exclama;
Mirad cómo inclina su sagrada cabeza,
Inclina la cabeza y muere.²⁰⁶

En los tres condados tenemos la impresión de que existía una legitimación moral activa por parte de la comunidad a todas las actividades luditas excepto el auténtico asesinato. Las mismas autoridades lamentaban que: «Se alentase con las dudas que se vierten sobre la vileza moral de esos crímenes; y el mal alcanzase su punto culminante debido al fanatismo religioso que desgraciadamente es excesivo en estos populosos distritos».²⁰⁷ Al igual que el mito popular describía a todos los informadores como Judas, Charlotte Brontë utilizaba el mito de la clase media cuando en el personaje de Moses Barraclough hacía una caricatura de un predicador «*Ranter*» y un «adherido al Metodismo», un investigador ludita hipócrita; y cuando le proporcionó al que había intentado asesinar a Gérard Moore un lenguaje del Antiguo Testamento: «Cuando perece el malvado, se produce un clamoreo; como cuando pasa el huracán, así desaparece el malvado ...».²⁰⁸ Las pruebas con respecto a esto son tan poco fiables como siempre. Ciertamente, dos o tres de los ejecutados en York eran metodistas. Pero aunque muchos de ellos se habían nutrido de una cultura metodista (o de sus márgenes *ranters* o *southcottianos*), sus ministros —que estaban extremadamente ansiosos de exculpar al metodismo de complicidad— carecían de poder sobre ellos, incluso en la celda de los condenados. El fervor del An-

206. *Proceedings under the Special Commission at York, Leeds, 1813*, pp. 67-69; Hammond, *op. cit.*, p. 332; H. Clarkson, *Memories of Merry Wakefield*, Wakefield, 1887, p. 40. (Behold the Saviour of Mankind, / Nail'd to the shameful tree; / How vast the love that him inclin'd, / To bleed and die for me. / Hark: how he groans! while nature shakes, / And earth's strong pillars bend; / The temple's veil in sunder breaks, / The solid marbles rend. / 'Tis done! the precious ransom's paid, / 'Recieve my soul', he cries; See where he bows his sacred head, / He bows his head and dies.)

207. Introducción autorizada a los procesos de York, en Howell, *State Trials XXXI*, 964.

208. *Shirley*, caps. 8, 30.

tiguo Testamento había llegado a asimilarse a una solidaridad de clase que ni siquiera Jabez Bunting podía comprender.

Los funerales luditas lo ilustraban bien. El entierro de John Westley, el ludita muerto en una refriega en noviembre de 1811, se convirtió en una ocasión para la manifestación de la solidaridad popular en Nottingham. «El cadáver iba precedido por varios antiguos compañeros del club del difunto, que lucían varas negras, adornadas con lazos de crespón.»

La escena era verdaderamente imponente. El Sheriff Superior, el Ayudante del Sheriff y una media docena de Magistrados se hallaban en el lugar auxiliados por un pelotón de Guardias y unos treinta dragones montados a caballo ... antes de que se trasladase el cuerpo, se leyó la *Riot Act** en varios lugares de la ciudad.²⁰⁹

Los dos hombres que fallecieron a causa de las heridas recibidas en Rawfolds fueron atendidos con la misma solidaridad. En Huddersfield se impidió un funeral público masivo sólo porque las autoridades enterraron en secreto a Booth antes del momento esperado. Hartley fue enterrado en Halifax, seguido por cientos de acompañantes del féretro con un brazalete de crespón blanco. Sus amigos querían que se le hiciese un entierro metodista, y cuando Bunting se negó a leer el servicio se produjeron escenas de cólera. El siguiente domingo se reunieron grandes multitudes para asistir a un servicio conmemorativo. Jonathan Saville, un predicador local lisiado, recordó que aquella era «la mayor reunión que jamás se había juntado en la capilla de Halifax»:

... la gente vino de todas partes para mostrar su dolor por el difunto. Llenaron la capilla hasta rebosar; cientos de ellos permanecieron en el exterior porque no se cabía y había guardias que se paseaban por delante de las puertas para mantener el orden. El predicador que se había previsto para aquella tarde se había ido a Huddersfield, probablemente para zafarse ...

Bunting se negó de nuevo a predicar y ordenó a Saville que le representase. El inválido predicó sobre el contraste que se daba en la muerte de un creyente y de un infiel:

* Ley sobre motines. (*N. de la t.*)

209. *Leeds Mercury* (23 de noviembre de 1811); Bailey, *op. cit.*, IV, p. 247.

En aquel momento, quizá más que nunca, la infidelidad se encontraba activamente entre las clases más bajas ... Exclamé, «¡Infiel, muere lentamente! ¡no arries la bandera negra cuando la Muerte se encare contigo!». Parece que tuvo un gran efecto ...

Sin embargo, el efecto apenas fue el que pretendía Saville, y cuando salía de la capilla fue apedreado. En las paredes y en las puertas se escribió con yeso, «Venganza por la Sangre del Inocente». Durante semanas después de estos hechos, a Bunting (que también recibió cartas amenazadoras) se le proporcionó una guardia armada para sus desplazamientos por las zonas rurales. En Holmfirth y en Greetland (cerca de Halifax) se desarrollaron parecidos incidentes cuando el ministro metodista se negó a enterrar a los hombres que habían sido ejecutados en York.²¹⁰ Y las mismas manifestaciones públicas acompañaron el funeral de James Towle en Nottingham, en noviembre de 1816, cuando un magistrado clérigo, el doctor Wylde, prohibió la lectura del servicio de entierro. A pesar de ello, a la ceremonia asistieron 3.000 personas y según el informe de un espía:

Un maestro de escuela, se me informó, anunció los Himnos que fueron cantados por Seis mujeres jóvenes en el recorrido desde su Casa hasta la Tumba y ante ella. ... Sobre la tapa del ataúd había una Estrella o Cruz que dio lugar a muchas conjeturas en torno a qué significaba. Algunos decían que era porque había muerto con valentía, otros porque le habían colgado, y algunos maldijeron al doctor Wylde por no permitir que se leyese el servicio del funeral. Badder dijo ... que esto no le importaba a Jem porque no quería curas a su alrededor.²¹¹

Cualquier explicación del ludismo que lo reduzca a una interpretación laboral limitada, o que desprecie su trasfondo insurreccional diciendo que se trataba de unos pocos «exaltados», no es satisfactoria. Incluso en Nottingham, donde el ludismo presentaba una mayor disciplina en cuanto a la consecución de objetivos de tipo laboral, la conexión entre la destrucción de telares y la sedición política se daba por supuesta en todos lados, puesto que no sólo los tejedores de punto sino tam-

210. J. U. Walker, *History of Wesleyan Methodism in Halifax*, Halifax, 1836, p. 255; E. V. Champan, *John Wesley & Co (Halifax)*, Halifax, 1952, p. 35; F. A. West, *Memoirs of Jonathan Saville*, 1844, pp. 24-25.

211. Hammond, *op. cit.*, p. 239.

bién las «clases bajas» eran, en general, cómplices de los luditas en su lucha con los calceteros-negociantes, el ejército y los magistrados. En el Lancashire —aunque los tejedores componían la espina dorsal de la organización— los mineros del carbón, los hilanderos de algodón y las gentes de oficio de todo tipo participaban en los disturbios. En el West Riding, aunque los objetivos que se atacaban eran las rebotaderas mecánicas y las tundidoras mecánicas, no sólo los tundidores colaboraban con los luditas, sino también «multitud de tejedores, sastres, zapateros y representantes de casi todos los oficios manuales». John Booth, el hijo de un párroco muerto durante el ataque a Rawfolds, era aprendiz de guarnicionero.²¹² Los detenidos llevados a juicio ante la Comisión Especial en York, incluían 28 tundidores, 8 braceros, 4 tejedores, 3 zapateros, 3 mineros del carbón, 3 hilanderos de algodón, 2 sastres, 2 pañeros y un carnicero, cardero, carpintero, tejedor de alfombras, sombrerero, vendedor ambulante, tendero, cantero, barquero y un hilandero de lana.²¹³

Podemos ahora aventurar una explicación de la trayectoria del ludismo. Se inició (1811) en Nottingham como una forma de imposición directa de las *trade unions*, que contaba con la aprobación de la comunidad obrera. Como tal, de inmediato incurrió en la ilegalidad y su misma situación le llevó en una dirección más insurreccional. Es probable que, durante el invierno de 1811-1812, se trasladasen «delegados», fuesen éstos oficiales o no, a otras zonas del norte.²¹⁴ El ludismo del Yorkshire empezó con un carácter más insurreccional. Por una parte, las injusticias que de antiguo afectaban a los tundidores estallaron en llamas con el ejemplo de Nottingham. Por otra parte, pequeños grupos de demócratas o painitas veían en el ludismo una oportunidad

212. Peel, *op. cit.*, pp. 6, 18.

213. *Report of Proceedings under Commissions of Oyer & Terminer ... for the County of York*, Hansard, 1813, pp. XIV-XIX. Se debe decir, sin embargo, que unos pocos de ellos eran pseudoluditas acusados de asaltar casas, mientras que el sombrerero, los zapateros y el cardero eran los demócratas de Halifax. Casi todos los que fueron procesados por tomar parte en el asunto de Rawfolds eran tundidores. Véase También T.S. 11.2669.

214. Véase, por ejemplo, una carta interceptada, que provenía de los hermanos, en el Yorkshire, de un hombre que se encontraba en Nottingham y era relativa a un hombre de Nottingham que pasaba unos días con ellos: «Le recibimos como amigo tuyo, creíamos que lo era, y nos tomamos juntos una o dos jarras de cerveza, y leyó la Canción del señor Luds»; 19 de abril de 1812, Radcliffe MSS, 126/32.

revolucionaria de tipo más general. Estos dos estímulos pueden observarse en algunos pasajes de dos cartas luditas, ambas de marzo de 1812. La primera, que probablemente procede de Huddersfield, se hace eco de las quejas particulares de los tundidores:

N.B. ... el General ... me manda que os informe de cómo los Apresadores de Paños del Distrito de Huddersfield se han gastado Siete Mil Libras en presentar peticiones al Gobierno para que pusiera en vigor las leyes que prohíben las Tundidoras y las Rebotaderas Mecánicas sin ningún éxito de modo que ahora intentan este método, y tiene noticia de que estáis asustados por si se hace con otro fin pero no necesitáis preocuparos por eso, tan pronto como vuestra Detestable maquinaria se Paralice o se Destruya el General y su Ejército de Valientes se dispersarán y Volverán a sus Trabajos como todos los demás Súbditos Vasallos.²¹⁵

La otra carta, que se puso en el correo más o menos una semana antes, no es nada probable que la escribiese un «Súbdito Vasallo». Sugiere que el desencadenante del ludismo del Yorkshire fue la decepción por el fracaso en formar un gobierno de paz y reforma por parte del príncipe regente (lo cual ya había sido el motivo del último motín en la Lonja de Manchester):

La Causa inmediata de que empezásemos cuando lo hicimos fue aquella Canallesca carta del Príncipe Regente a los Lores Grey y Grenville, que nos dejó sin esperanzas de cambio para mejorar, y su alineamiento con ese Maldito grupo de Delincuentes, Percival y compañía a quienes atribuimos todas las Miserias del País. Pero esperamos contar con la ayuda del Emperador Francés para sacudirnos el Yugo del Gobierno más Podrido, más Malvado y más Tirano que jamás existió, después de derrocar a los Tiranos de Hanover, y a todos nuestros Tiranos desde el mayor hasta el más pequeño, seremos gobernados por una República justa, y el deseo y la Plegaria de Millones de personas de este País es que el Todopoderoso haga llegar con prontitud esos Tiempos felices ...²¹⁶

Si aceptamos como auténticas ambas cartas, esto indicaría que el lu-

215. Radcliffe MSS., 126-127.

216. W. B. Crump, *op. cit.*, p. 230.

dismo del Yorkshire empezó con opiniones divididas. Si fue así, a medida que un hecho sucedía a otro, el carácter insurreccional se fue convirtiendo en dominante. También se le puede conceder alguna autoridad a la tradición oral recogida por Frank Peel, según la cual, Baines, el antiguo sombrerero de Halifax, estaba ciertamente en el centro de un grupo de «seguidores de Tom Paine» que crearon «un club democrático o republicano» de reunión en la Taberna de San Crispín, en Halifax. Allí tuvo lugar una reunión importante de delegados luditas en marzo, y Baines, desde la presidencia, dio la bienvenida a su movimiento:

Durante cuarenta años he luchado para que el pueblo se sublevase contra este mal, y ... he sufrido mucho por mis opiniones en cuerpo y en condición. Ahora me acerco al fin de mi peregrinaje, pero moriré igual que he vivido; los últimos días de mi vida los dedicaré a la causa del pueblo. Saludo vuestra rebeldía contra los opresores, y espero que siga adelante hasta que no exista ningún tirano por derribar. He esperado durante largo tiempo el alba del día prometedor y es posible que, viejo como soy, llegue a ver el glorioso triunfo de la democracia.

Según la misma tradición, también habló un delegado de Nottingham llamado Weightman: «Nuestra junta está en comunicación permanente con las sociedades que existen en todos los centros en los que hay descontento, y propone que haya un levantamiento general en mayo».²¹⁷

Hay razones para suponer que, no las palabras, pero si las líneas generales de este relato son ciertas. Las autoridades estaban decididas, sin ningún género de dudas, a conseguir una condena contra Baines, a pesar de la debilidad de las pruebas de sus espías. Un testigo declaró que Baines había dicho que «no acostumbraba a tener trato con personas que no estuviesen familiarizadas con las palabras Aristocracia y Democracia»; mientras que el juez consideró que el haberse jactado de que «se le habían abierto los ojos hacía veintitrés años», constituía un agravamiento de su delito.²¹⁸ Si este fue simplemente un caso de falsa acusación «tramada» contra los radicales locales, o verdaderamente tenían co-

217. Peel, *op. cit.*, edición de 1880, pp. 23-26. En el prefacio a la segunda edición, de 1888, Peel explica cómo se conservó esta tradición.

218. *Reports of the Proceedings ... under Oyer and Terminer*, pp. 124, 207.

nexiones con el ludismo, es otra cuestión. Pero sobre este tema los informes de marzo y abril de 1812, del confidente más importante del Lancashire, «B», arrojan luz. «B» declaraba que le había visitado un delegado de Leeds llamado Walsh, y que (en abril) había recibido una carta de un tal Mann de la misma ciudad, relativa a los éxitos luditas.²¹⁹ Walsh le dijo que en el comité secreto de Leeds, «no se permite actuar a ninguno de los *old Jacks* [es decir, jacobinos] porque durante los últimos años han sido sospechosos»: «Algunos de los *old Jacks* querían actuar, pero el antiguo Comité había obrado de forma tan indisciplinada que no consiguió ser prudente ni tener éxito, de modo que a ninguno de ellos se les permite estar en el Comité sino que permanecen en segundo plano». La organización del Yorkshire (le dijo Walsh a «B») estaba dirigida por un «Comité de Oficios», cuyas reuniones se celebraban con extremo secreto en Leeds: «Los comités nunca se reúnen en una taberna, sino en casas privadas, o, cuando el tiempo lo permite, se hacen incluso por la noche en los campos, y no como antes se llevaban a cabo los asuntos de modo que toda la Ciudad se enteraba».²²⁰

Es posible que mientras en Leeds se mantenía a los *old Jacks* en un segundo término, en Halifax los luditas fuesen menos prudentes. Y sugerir que el ludismo del Yorkshire adoptó una forma insurreccional más generalizada después del fracaso del ataque de Rawfolds es algo que concuerda con los datos que existen. Sin duda, hacia el mes de abril estaba en funcionamiento algún sistema secreto de delegados en el West Riding. Después de Rawfolds, la organización ludita trasladó su interés hacia los preparativos revolucionarios generales. Los meses que van desde abril a septiembre son meses en los que se producen frecuentes incursiones en busca de armas, recogidas de dinero y rumores de prestación de juramentos. El plomo (para hacer balas) desaparecía como la nieve en un día cálido; «las bombas y las conducciones de agua desaparecen constantemente»;²²¹ desaparecían incluso las tinajas de tinte y los canalones. La conspiración se extendió hasta áreas en las que, como Sheffield y Barnsley, no había ni tundidores, ni rebotaderas mecánicas

219. James Mann, un tundidor de Leeds, fue retenido durante la suspensión de *habeas corpus* en 1817 (más adelante, p. 262) y más tarde se convirtió en el principal librero radical. Sería interesante si estos dos «Mann» fueran el mismo.

220. Informes de «B», 25 de marzo, 18 de abril de 1812, H.O. 40.1. El «viejo Comité» y los «viejos asuntos» se refieren, probablemente, a la conspiración de 1802, más arriba, pp. 36-40.

221. *Leeds Mercury* (6 de junio de 1812).

ni máquinas tundidoras. Los luditas se movían por «toscas ideas de derrocar al mismo Gobierno, cuando su organización se hubiese extendido por todo el país y hubiesen reunido suficientes armas».²²²

Si bien el ludismo del Yorkshire surgió a partir de las quejas de los tundidores y llegó a alcanzar objetivos revolucionarios más generales, sin embargo no había un solo tema que uniese los descontentos del Lancashire. Los motines de subsistencias, las frases incendiarias escritas en las paredes, la agitación *secreta* en favor de la reforma, los comités secretos de las *trade unions*, las incursiones en busca de armas, los ataques contra los telares mecánicos y las provocaciones de los espías acontecían de forma simultánea, a veces espontáneamente, y a menudo sin ninguna conexión organizativa directa entre ellos. El capítulo dedicado al «Ludismo del Lancashire» es el menos satisfactorio de la obra *The Skilled Labourer*. Algunas de las afirmaciones que contiene son simplemente falsas, como la afirmación de que todos los disturbios del Lancashire y Cheshire habían terminado a principios de mayo de 1812. Otras —como la enorme influencia que se les atribuye a unos pocos espías procedentes de Bolton y a «B» de Manchester— se basan en especulaciones y argumentos artificiosos disfrazados de narrativa. Las conclusiones son poco menos que ridículas. Se nos pide que creamos que en mayo de 1812 estaban de servicio activo 71 compañías de infantería, 29 escuadrones de Guardias y Dragones a Caballos así como miles de guardias especiales (1.500 sólo en el Salford Hundred) porque el «Viejo S», el «Joven S» y «B» les habían helado la sangre a sus patronos con historias de insurrección y porque habían tenido lugar algunos motines de subsistencias espontáneos.

Lo más destacable de la utilización que los Hammond hacen de las fuentes es una marcada tendencia a *empezar* su investigación partiendo del supuesto de que cualquier plan insurreccional auténtico por parte de los obreros era, o bien sumamente improbable, o bien equivocado e indigno de tener sus simpatías, y por lo tanto se debía atribuir a elementos fanáticos e irresponsables. Pero lo difícil es determinar por qué esto se debería dar por supuesto para el año 1812. La guerra había durado casi veinte años, con un solo año de interrupción. La población tenía pocas libertades civiles y ninguna libertad de asociación sindical. No estaban dotados con la clarividencia histórica necesaria para poder consolarse sabiendo que al cabo de 20 años (cuando muchos de ellos

222. Pecl, *op. cit.*, edición de 1880, p. 9.

estarían muertos) la clase media conseguiría el voto. En 1812 los tejedores habían experimentado un declive desastroso de su condición y su nivel de vida. La población estaba tan hambrienta que era capaz de arriesgar su vida volcando una carreta de patatas. En esta situación podría parecer más sorprendente el hecho de que un hombre no hubiese tramado levantamientos revolucionarios que sí lo hubiese hecho; y también parecería sumamente improbable que tales condiciones diesen lugar a una generación de reformadores gradualistas constitucionales, que actuaran dentro del marco de una constitución que no admitía su existencia política.

Se podría suponer, como mínimo, que una cultura democrática se aproximaría a la difícil situación de esos hombres con prudencia y humildad. De hecho esto apenas se ha efectuado. Varios de los historiadores que iniciaron el estudio de este período (los Hammond, los Webb y Graham Wallas) eran hombres y mujeres de opiniones fabianas, que miraban hacia atrás la «historia temprana del Movimiento Obrero» desde la perspectiva de las *Reform Acts* subsiguientes y el desarrollo del TUC* y el Partido Laborista. Como los luditas o los que participaban en los motines de subsistencias no parecen ser unos «precursores» satisfactorios del «movimiento obrero» no han merecido ni comprensión ni una atención estrecha. Y este prejuicio se complementaba, desde otra dirección, con el prejuicio más conservador de la tradición académica ortodoxa. De ahí que la «historia» haya tratado con justicia a los mártires de Tolpuddle y con excesiva benevolencia a Francis Place; pero que los cientos de hombres y mujeres ejecutados o deportados por prestar juramentos, acusados de conspiración jacobina, de ludismo, de participar en las sublevaciones de Pentridge y Grange Moor, en los motines de subsistencias, contra las *enclosures* o el pago de los portazgos, los motines Ely y la Revuela de los Braceros de 1830 y en multitud de refriegas menores, hayan sido olvidados por todos excepto unos pocos especialistas, o, si se les recuerda es como ingenuos u hombres corruptos con locura criminal.

Pero para aquellos que la viven, la historia no es «temprana» ni «tardía». Los «precursores» son a su vez herederos de otro pasado. Se debe juzgar a los hombres en su propio contexto; y en ese contexto debemos

* TUC: Trades Union Congress, Confederación de los sindicatos británicos. (N. de la t.)

considerar a hombres como George Mellor, Jem Towle y Jeremiah Brandreth como personas de talla heroica.

Además, el prejuicio tiene formas de introducirse en los mismos detalles de la investigación histórica. Esto es particularmente notorio en la cuestión del ludismo del Lancashire. Sólo existe una razón para creer que las diversas declaraciones que se encuentran en los documentos del Ministerio del Interior, relativas a sus características revolucionarias, son falsas, y es dar por supuesto que cualquier prueba de este tipo tiene que ser forzosamente falsa. Una vez que han dado esto por supuesto, los Hammond se lanzan a los mares de la ficción histórica. Así, el confidente más regular del Lancashire, durante los años luditas y de la posguerra, fue un individuo a quien se designaba como «B». Este tal «B» posiblemente había estado trabajando como confidente desde 1801 o 1802,²²³ y había llegado a ganarse la confianza de los ultraradicales de Manchester. Se llamaba Bent y era un pequeño comerciante, descrito en 1812 como «comprador y vendedor de algodón sobrante».²²⁴ Como era un hombre de una riqueza relativa, le nombraban con bastante frecuencia tesorero de diferentes comités secretos, excelente puesto de escucha para un espía. A primera vista, estaba bien situado para proporcionar información interna.

«B» aparece con frecuencia en *The Skilled Labourer* en el papel de sensacionalista y *provocateur*:

Los Documentos del Ministerio del Interior contienen multitud de incultas comunicaciones de él, llenas de indicaciones espeluznantes acerca de próximos estallidos de las clases bajas, alentados por seres misteriosos situados en elevados puestos. El asunto recurrente es el levantamiento general, con los cientos de personas que han prestado juramento en distintas partes del país.

Respecto del juramento ludita del Lancashire (declaran los Hammond), «es bastante razonable suponer ... que tiene su origen en el fértil ce-

223. Véase *The Skilled Labourer*, pp. 67, 73 y más arriba, p. 58. Sin embargo, no es totalmente cierto que fuese el mismo «B», puesto que estuvieron empleados otros «B»; por ejemplo, Barlow, véase más arriba, p. 53.

224. Declaración de H. Yarwood, 22 de junio de 1812, en H.O. 40.1. También se le describía como «un respetable comerciante de algodón»: véase *The Trial at Full length of the 38 Men from Manchester*, Manchester, 1812, p. 137.

rebros de "B". Cuando se encuentran con el dato de que un delegado de Manchester visitó un comité secreto de los tejedores de Stockport e intentó implicarles en preparativos revolucionarios, los Hammond hallan la explicación adecuada: «Hoy en día, nadie que haya leído los documentos del Ministerio del Interior para este período puede dejar de reconocer, en el informe de lo que dijo el delegado de Manchester, la voz de "B"...». En base a esta hipótesis (que se sustenta en el supuesto de un conocimiento superior que pocos lectores se preocuparán de poner en duda) se elabora la ficción de la provocación. Pero unas cuantas páginas más adelante, cuando a los mismos autores les conviene dar fe a otra parte de los informes de «B», informan suavemente al lector: «Es improbable que Bent intentase seriamente inducir a sus compañeros a trabajar en favor de acciones violentas, lo cual por otra parte le hubiese supuesto perder la confianza de hombres de la talla de John Knight...». En resumen, los informes de «B» se modelan de modo que se adecuen a la leyenda del momento.²²⁵

Se puede hacer la sugerencia de que los documentos del Ministerio del Interior pueden leerse de forma diferente. Bent no era un provocador, era un simple informador, y limitaba su actividad a lo que era necesario para seguir teniendo la confianza de sus compañeros radicales. Parece que reunía una combinación poco habitual, ser un hombre un tanto estúpido pero observador. Por tanto los datos que ofrece sólo merecen confianza cuando describe hechos en los que participó personalmente, mientras en sus informes referentes a objetivos últimos o a organización en el resto del país transmitía las baladronadas de algunos de los agitadores optimistas. La idea de que Bent era el delegado de Manchester que implicó al comité de Stockport en planes de tipo conspirativo no resiste un examen minucioso.²²⁶

En realidad, si dejamos de seguir la falsa pista de la provocación, es posible reconstruir un relato más coherente de la historia interna del ludismo del Lancashire, utilizando exactamente las mismas fuentes que

225. *Ibid.*, pp. 274-275, 297, 336-337.

226. A principios de la primavera de 1812, «B» informó de manera regular y locuaz. Los Hammond basan su descripción de la reunión de Stockport, en febrero, en la confesión de Thomas Whitaker, que se encuentra en H.O. 42.121. Pero el 25 de marzo, «B» informaba de que todavía no había conseguido asistir a ninguna de las reuniones secretas, aunque esperaba ser admitido en breve (H.O. 40.1). Consiguió asistir a varias de las reuniones de tejedores en abril, pero fue excluido de una importante reunión que tuvo lugar en mayo, debido a una disputa acerca del dinero (declaración de Yarwood, H.O. 40.1).

los Hammond. En primer lugar, debemos recordar que el jacobinismo había echado raíces más profundas en el Lancashire que en otros distritos fabriles, y que la inmigración irlandesa le había proporcionado un tono particularmente revolucionario. En el Lancashire, y casi en ningún otro lugar más, existe una trama continua de agitación *abierto* contra la guerra y en favor de la reforma, desde la década de 1790, pasando por los «Ingleses Unidos», hasta la época del ludismo. En 1808, se informa que esta agitación existe, no sólo en Manchester, sino en Royton, Bolton y Blackburn. «¿No es momento ya —se preguntaban los tejedores de Bolton, cuando anunciaron su intención de manifestarse cada domingo, a lo largo de dos meses, en Charters Moss, más arriba de la ciudad— de sacar la Constitución Inglesa de su oscuro agujero y de exponerla en su desnuda pureza original, para mostrarles a todos los individuos *las leyes de sus antepasados?*»²²⁷ Año tras año, la yerma agitación de los tejedores por un salario mínimo los condujo a la agitación política, ya fuera de carácter revolucionario o de carácter constitucionalista.

En segundo lugar, cuando se inició el ludismo en 1811-1812, el sindicalismo ilegal estaba ya profundamente arraigado en el Lancashire. Ya hemos observado el grado de organización y de contactos que poseían los oficios artesanos y los hilanderos de algodón de Manchester. Probablemente la organización de los tejedores también estaba muy extendida y firmemente consolidada. En las ciudades e incluso en algunos pueblos del Lancashire había «comités secretos» de tejedores, más o menos representativos, que estaban acostumbrados a consultar los unos con los otros respecto de las solicitudes presentadas al Parlamento, las peticiones, la recogida de fondos, etc.²²⁸

Por lo tanto, cuando el ludismo llegó al Lancashire, no se desplazó a ningún vacío. En Manchester y en los centros urbanos mayores habían ya *unions* artesanas, comités secretos de tejedores y algunos gru-

227. Véase Aspinall, *op. cit.*, pp. xxiii n. 2, 98-99 n.1, 100-101 n.2.

228. Véase la declaración de A. B. Richmond, citada más arriba p. 115. También hay una declaración completa en los Fitzwilliam Papers, F. 46(g) referente a una oscura «*union* de tejedores», que según se decía se extendía «desde Londres a Nottingham, y desde allí a Manchester y Carlisle», protegida por el más estricto secreto, con distintos grados de juramento y distintos niveles de organización y extrema precaución en la transmisión de documentos: la cita nocturna en los páramos, el mensaje dejado en el hueco de una estaca en la esquina de un campo determinado, etc.

pos viejos y nuevos de radicales painitas, con un estrato de irlandeses exaltados. El Lancashire era un campo abonado para los espías y los *provocateurs*, no porque fuera pequeño sino porque allí se tramaban muchas cosas. Y los informes que se refieren a él son contradictorios, no porque todos los confidentes mintiesen, sino porque había contradicciones en el movimiento. En un distrito que, comparativamente, era tan sofisticado desde el punto de vista político como el Lancashire no podía dejar de haber opiniones divididas en cuanto a la destrucción de maquinaria. Este conflicto causó muchas fricciones, entre febrero y finales de abril de 1812, en los comités obreros. Así, parece que la política de ludismo propiamente dicho se aprobó, en algún momento de febrero, en reuniones de delegados de los tejedores que representaban a los comités secretos de varias ciudades. Según la declaración de un tal Yarwood, que era él mismo subdelegado del comité secreto de Stockport, los tejedores estaban inscritos y «enrolados» en una organización cuyos objetivos eran la destrucción de telares accionados por la fuerza del vapor, la recogida de dinero para armas y el rechazo de la fuerza mediante la fuerza. Se recogían las suscripciones de 1*d.* a la semana, y se empleó efectivamente a un organizador, John Buckley Booth, un anterior «ministro disidente»,²²⁹ que trabajó normalmente a tiempo completo durante un mes o dos. Pero en este punto la declaración de Yarwood se vuelve imprecisa. Parece que otros oficios, particularmente los hilanderos, sastres y zapateros, tenían representantes en los comités secretos de Manchester y de Stockport, y que otros muchos además de los tejedores estaban «enrolados». Pero los planes reales de los comités eran desconocidos para Yarwood, que sólo era secretario de un distrito de la organización de Stockport y que entregaba el dinero y recibía las instrucciones de John Buckley Booth.

Sin embargo, a partir del relato de Yarwood, y de otros relatos, queda claro que los comités estaban divididos. En fecha tan temprana como el 5 de abril, el comité de Manchester se negó a realizar una acción ludita: «Aquella noche reinó la discordia entre ellos. Los distritos ni siquiera aportaron suficiente dinero para pagar el poco licor que se había consumido en el Comité Secreto». Era preciso reunir el dinero necesario para enviar delegados a Bolton y a Stockport, «para informar de que Manchester no actuaría en coordinación con ellos», pidiéndoselo prestado (a sugerencia de Yarwood) a «el señor Bent ... a quien

he visto en el Comité Secreto en el Blasón del Príncipe Regente». Los motines de abril parecerían ser, en la mayoría de los casos, espontáneos; no habrían sido incitados (ni apoyados) por los comités secretos. Hacia finales de abril los oficios de Manchester (en particular los hilanderos y los sastres) se negaron a pagar más dinero, y el resultado fue que los de Manchester (incluyendo a Bent) quedaron excluidos de una importante reunión de delegados en Failsworth el día 4 de mayo.

A partir de este momento, parece que hubo dos formas de organización (que a veces se interferían) simultáneas en el Lancashire. Por un lado, una parte del movimiento se concentraba en reactivar la agitación en favor de la paz y la reforma parlamentaria. Bent daba información de una reunión de delegados convocada para preparar una petición con este objetivo, el 18 de mayo, a la que asistieron representantes de diversas ciudades tanto del Yorkshire como del Lancashire; como era habitual, Bent se las arregló para que le nombrasen tesorero. Para llevar adelante esta agitación se asociaron John Knight y los «treinta y ocho» que fueron detenidos por Nadin en Manchester durante el mes de junio (como consecuencia de la información de Bent) y acusados de toma de juramentos. Por otro lado, otra parte del movimiento estaba verdaderamente implicada en preparativos de tipo insurreccional. El 28 de marzo, Bent declaraba haber tenido una reunión con conspiradores irlandeses, «tipos peligrosamente osados, y por lo menos cuatro de ellos han participado en la rebelión de Irlanda». En abril declaró que un delegado inglés le había visitado efectivamente, había pasado durante su trayecto por Dublín, Belfast y Glasgow y tenía intención de proseguir su viaje hacia Derby, Birmingham y Londres. Decía que había sido dirigente en la rebelión, se llamaba Patrick Canovan, y tenía «unos cuarenta años, un aspecto elegante, bien vestido en negro y calzado con botas de Hesse*». La siguiente visita que tuvo Bent fue un delegado de Birmingham que pasó por Manchester de camino a Glasgow, pasando por Preston y Carlisle. Un nuevo delegado visitó a alguien del comité a mediados de mayo, procedente de Newcastle en la zona de las Potteries, traía las noticias de que en aquel distrito varios miles se habían juramentado y tenían armas, pero que Londres se mostraba «muy tímido ... no tiene el entusiasmo que cabría esperar». Los que participaban en la conspiración en Londres eran «so-

229. ¿Era quizás un predicador local?

* Botas altas rematadas con unas borlas en la parte frontal, que utilizaban las tropas de Hesse. (N. de la t)

bre todo Tejedores de Spitalfields y Sastres», o «Caballeros de la Aguja».

Estas historias de un movimiento clandestino, cuyo principal canal de comunicación lo constituían los irlandeses refugiados del 98, no son intrínsecamente inverosímiles. Sin embargo, es equivocado intentar dividir, de forma demasiado aguda, el panorama en reformadores constitucionales aquí, e irlandeses insurreccionales allí. Es igualmente posible que los reformadores políticos más sofisticados se considerasen a sí mismos como revolucionarios más serios que los destructores de máquinas.²³⁰ «La Ejecutiva —escribió Bent a principios de mayo— recomienda que la gente se mantenga en calma y que, bajo ningún concepto, altere la paz; aquella gente que no se encuentre entre aquellos que están enrolados ...» «La realidad es», escribió un jacobino anónimo del Lancashire, el 6 de mayo, que firmaba como «Tom Paine»,

que existe una organización del pueblo regular, general, progresiva que sigue adelante. Se les puede llamar Hamdenitas, Sidneyitas o Painitas. Me ha tocado en suerte unir a miles. Nosotros —porque hablo en nombre de multitudes— digo, nosotros negamos y rechazamos todo y cualquier tipo de conexión con los destructores de máquinas, los incendiarios de fábricas, los exatores de dinero, los saqueadores de la propiedad privada o los asesinos. Sabemos que cualquier máquina pensada para disminuir el trabajo humano es una bendición para la gran familia de la que formamos parte. Pretendemos ir al Origen de nuestros agravios, y como no nos sirve de nada presentar peticiones, pretendemos *exigir e imponer* una reparación a nuestras quejas ...

Podemos indicar que hacia mayo de 1812, el ludismo del Lancashire y del Yorkshire había dado paso ampliamente a la organización revolucionaria que estaba estableciendo contactos, por medio de los emigrados irlandeses y de los antiguos jacobinos, con muchos centros (Sheffield, Barnsley, Birmingham, las Potteries, Glasgow) en los que no ocurrieron estallidos luditas. Del ludismo propiamente dicho, sólo sobrevivió el nombre del general. Para conseguir entrar en las reuniones se utilizaban tarjetas toscamente impresas, fichas, signos secretos

230. Cf. el comentario de Peel a la reacción de los demócratas de Halifax ante el asesinato de Horsfall: «El asesinato no encontró un defensor ni un paladín en el viejo demócrata Baines.» Peel, *op. cit.*, p. 164.

y contraseñas.²³¹ Una prueba aún más tentadora son los papeles que se dice, se cogieron por las calles poco antes del ataque ludita a la fábrica de Foster en Horbury, cerca de Wakefield. Son dos largos discursos, expresados en una florida retórica libertaria, junto con una «Constitución» y un «Juramento», que son *idénticos que los que le fueron descubiertos a uno de los asociados de Despard* y se citaron como pruebas en su juicio.²³² A menos que supongamos que existe alguna «trampa» deliberada (y no hay razón para ello), esto señala inequívocamente hacia algún tipo de relación entre el movimiento clandestino de 1802 y el de 1812.²³³

Los datos relativos a la existencia de un movimiento clandestino de este tipo proceden de fuentes tan diversas, que si tenemos que rechazarlos todos debemos entonces recurrir a alguna hipótesis que todavía nos exige una mayor credulidad; como por ejemplo la de la existencia de una auténtica fábrica de falsedades, que también produciría fantasmas complementarias, con el único propósito de engañar a las autoridades. Así, un informador completamente diferente, un tejedor al que se designa como «R.W.», le dijo a su J.P. local, a principios de junio, que en Stockport había tenido lugar una reunión de delegados, a la que habían asistido personas de Nottingham, Derby y Huddersfield. Estos delegados echaban la culpa «a la impaciencia de la Gente, en esta zona, por iniciar los Motines antes del momento decidido, y antes de que hubiese suficiente número de personas pertrechadas con armas». Según se informaba, la fabricación de picas continuaba en Sheffield, lo cual era relativamente fácil en una ciudad que tenía tantos pequeños talleres y herrerías. Ahora se hablaba de una sublevación proyectada para fines de septiembre o principios de octubre. Cerca de Didsbury un «hombre de aspecto elegante» había dirigido la palabra a una reunión realizada en un campo. No se dijo «una sola palabra sobre fábricas o maquinaria», sino que se hizo un llamamiento para un levantamiento de tipo *general* y no «parcial». Era un orador que «podía haber hablado

231. Véase el ejemplo de la p. 195 del vol. 1.

232. Adjuntos en reverendo W. R. Hay, de 16 de mayo de 1812, en H.O. 41.

233. Oliver informó acerca de una reunión de delegados en el West Riding (28 de abril de 1817): «Encontré que había muchos entre ellos que no dudaban en afirmar que estaban bien preparados con Despard y compañía en 1802, y que el asunto se había estropeado completamente por la pérdida de unos pocos que no se habían cuidado de mantener una Comisión estrecha entre ellos». «Narrative» de Oliver, H.O. 40.9.

desde un púlpito o un tribunal al igual que cualquier otro hombre del reino». ²³⁴

Pero es precisamente en el punto en que encontramos rumores de organización *nacional* y de líderes «elegantes» cuando debemos tomar precauciones. Evidentemente, los auténticos agitadores intentaban reforzar la moral de sus partidarios con grandes promesas relativas al apoyo a nivel nacional incluso de conocidas personalidades (Cartwright, Burdett, Cochrane, Whitbread, el coronel Wardle y otros) que se esperaba que ayudasen a la revolución. Pero cualesquiera que fuesen los oscuros vínculos que la *union* de los tejedores, los «Caballeros de la Aguja», o los delegados irlandeses ambulantes proporcionaban, lo cierto es que el ludismo era un movimiento sin una dirección o un centro a nivel nacional, y sin apenas objetivos de ámbito nacional que fuesen más allá del descontento general y el deseo de derrocar al gobierno. Sobre todo, el hablar (al igual que lo hacían algunos hombres como Bent) de un «Gran Comité» en Londres era completamente ilusorio y mostraba un malentendido, entre los revolucionarios provinciales, en cuanto a cuál era su verdadera difícil situación.

El general Maitland probablemente tenía razón cuando declaró que el ludismo no tenía «un fundamento real», y que:

en la actualidad la totalidad de estos movimientos está limitada a las clases más bajas de la población en general; a los lugares donde hacen acto de presencia, y que no existe ninguna coordinación, ni hay un plan establecido, más allá de lo que se manifiesta en los actos abiertos de violencia que se cometen a diario. ²³⁵

Podemos aceptar este juicio, a condición de que nos fijemos atentamente en lo que se está diciendo. Observadores con información menos fiable que la de Maitland estaban asustados porque no podían concebir un «Movimiento Revolucionario» que no tuviese alguna camarilla secreta o algunos «hombres malos e intrigantes», algunos líderes aristocráticos

234. Esta discusión acerca del ludismo del Lancashire se basa ampliamente en las declaraciones de Bent, Yarywood, Whittaker, «R.W.» informes de magistrados y cartas anónimas que se hallan en H.O. 40.1 y 42.121 y 42.123.

235. Darvall, *op. cit.*, p. 175. Cf. Beckett a Maitland, 29 de agosto de 1812: «debe existir una cooperación más coordinada y una mayor organización en todo lo que hacen, antes de que se pueda temer un mal serio que provenga de ellos», H.O. 79.2.

o de la clase media, que en secreto inspirasen el conjunto. Cuando no se podían encontrar a los conspiradores, entonces la opinión se desplazaba hacia el extremo opuesto: si no había personas que lo dirigiesen, entonces no podía haber existido movimiento revolucionario. Era inconcebible que los tundidores, los calceteros y los tejedores pudiesen intentar derrocar a la autoridad por su propia iniciativa. ²³⁶ «Parece que no habían pruebas para demostrar la existencia de una *intriga*, ni pruebas para demostrar un *complot*.» Esto es lo que comentó Cobbett en el Informe del Comité Secreto de la Cámara de los Comunes en 1812. «Y esta es la cuestión que más perplejidad causa al Ministerio. No pueden descubrir *agitadores*. Es un movimiento del *mismo pueblo*.» ²³⁷

Sin embargo era un movimiento que podía tener ocupados durante unos meses a 12.000 soldados, y que hacía declarar al *Vice-Lieutenant* del West Riding, en junio de 1812, que el país estaba tomando el «Camino directo hacia una Insurrección abierta»: «... excepto en los mismos lugares que están ocupados por los Soldados, el país estaba prácticamente en manos de los rebeldes ... de modo que los desleales sobrepasaban ampliamente a los Habitantes pacíficos». ²³⁸ Desde un punto de vista, puede considerarse al ludismo como lo más cercano a una «revuelta de los campesinos» realizada por obreros industriales; en lugar de saquear los *châteaux*, atacaban los objetos más cercanos que simbolizaban su opresión, la rebotadera mecánica y el telar mecánico. Los luditas, que aparecieron cuando casi se cumplían veinte años de silencio de la prensa impresa y las reuniones públicas, no conocían dirección nacional alguna en la que pudiesen confiar, ni política nacional de ningún tipo con la que pudiesen identificar su propia agitación. Por lo tanto, el ludismo siempre fue más fuerte en la comunidad local y más coherente cuando realizaba acciones laborales limitadas.

Si bien atacaban aquellos símbolos de la explotación y el sistema de fábrica, tenían presentes objetivos de más largo alcance, y además había

236. Véase *The Historical Account of the Luddites*, p. 11: «Prevalcía la opinión de que el objetivo de algunas de las personas comprometidas en estos excesos se extendía hasta las medidas revolucionarias y contemplaban la posibilidad de derrocar al gobierno; pero esta opinión no parece avalada por pruebas satisfactorias; y en todas partes se admite que los líderes de los motines, aunque poseían una influencia considerable, pertenecían todos a las clases trabajadoras.»

237. Cole, *Life of Cobbett*, p. 180.

238. Darvall, *op. cit.*, p. 310.

grupos de «seguidores de Tom Paine» que les podían encaminar hacia metas ulteriores. Pero para ello no les servía ya la cerrada organización que valía para destruir la fábrica o los telares de hacer medias; en su comunidad no existía ningún *Old Sarum** para derribar y las Cámaras del Parlamento estaban fuera de su alcance. Sin duda, los luditas de diferentes distritos estuvieron en contacto unos con otros; y sin duda, en el Yorkshire y Nottingham se estableció algún tipo de dirección del distrito que sólo conocían algunos de los «capitanes», como Towle y Mellor. Pero si, como es probable, las informaciones de reuniones de delegados en Ashton, Stockport y Halifax son ciertas, allí era donde el ludismo tenía su punto débil, estaba más abierto a la infiltración de espías, y era más dado a la charla frívola acerca de insurrecciones con la ayuda de los franceses, los irlandeses o los escoceses. Sólo a mediados del verano de 1812 parece que empezó a existir una organización de tipo conspirativo seria, que estaba por encima de las quejas laborales limitadas y se extendía a nuevos distritos. Hacia el mes de agosto los luditas (en opinión del capitán Raynes) deben «hacer un esfuerzo desesperado para levantarse todos a la vez», o de otro modo el movimiento quedará colapsado.²³⁹ Hubo dos causas que acabaron con él. Primera, la revocación de las *Orders in Council* y la rápida mejora del comercio. Segunda, la presión creciente de las autoridades: más tropas, más espías, más detenciones y las ejecuciones de Chester y Lancaster.

Desde otro punto de vista podemos ver al ludismo como un movimiento de transición. A través de la destrucción de maquinaria debemos saber observar los motivos de los hombres que empuñaban los grandes mazos. Como «movimiento del mismo pueblo», no nos sorprende tanto su atraso como su creciente madurez. Lejos de comportarse de forma «primitiva», en Nottingham y en el Yorkshire mostró una disciplina y un autocontrol de primer orden. Puede considerarse al ludismo como una manifestación de una cultura obrera de mayor independencia y complejidad que cualquiera de las conocidas en el siglo XVIII. Los 20 años de tradición ilegal que transcurren antes de 1811 son años de una riqueza que sólo podemos suponer; en particular en el movimiento de las *trade unions*, los nuevos experimentos, la experiencia y la alfabetización crecientes y la mayor conciencia política se evidencian por todas partes. El ludismo se desarrolló a partir de esta cultura —el mun-

* Es uno de los ejemplos notorios de *rotten borough*. (N. de la t.)
239. F. Raynes, *op. cit.*, p. 58.

do de las sociedades de socorro mutuo, la ceremonia secreta y el juramento, las peticiones cuasilegales al Parlamento, las reuniones de los artesanos en sus locales de encuentro— de una forma aparentemente inevitable. La fase de transición podemos situarla en el momento en que las aguas del sindicalismo, llenas de confianza en sí mismas y contenidas por las *Combination Acts*, pugnaban por abrirse camino y convertirse en una presencia manifiesta y abierta. También hubo un momento de transición entre, por un lado, Despard y la «Linterna Negra», y Peterloo por el otro. «Estoy autorizado para decir», escribió desde Nottingham un «Secretario del general Ludd» (probablemente no autorizado²⁴⁰), para Huddersfield, el primero de mayo de 1812,

que en opinión de nuestro general y nuestros hombres mientras ese tipo miserable borracho y bastardo a quien llaman Príncipe Regente y sus criados intervengan en el gobierno nada sino la aflicción recaerá sobre nosotros desde sus escabeles. También se me pide que os diga que de vosotros se espera que recordéis que estáis hechos de la misma materia que el hijo del rey y que el grano y el vino se hicieron para vosotros al igual que para él.

En los tres condados, la agitación en favor de la reforma parlamentaria empezó exactamente en el mismo punto en el que el ludismo había sido derrotado. En Halifax se fundó una de las primeras *Unions for Parliamentary Reform*, incluso antes del juicio de Baines. «Me han llegado noticias de que estáis haciendo Peticiones en favor de una Reforma Parlamentaria», escribió George Mellor a un amigo, mientras se encontraba en espera de juicio en el castillo de York: «Quiero que incluyas los nombres que te doy a continuación ...», y se adjuntaban los nombres de 39 compañeros de prisión. («Recuerda —añadía— que un Alma vale más que el Trabajo o el Oro.») Y si llevamos esta lógica hasta su conclusión final, podemos dar crédito al exacerbado comentario de un magistrado del Derbyshire en 1817:

240. Además de las cartas que probablemente provenían de grupos luditas *bona fide*, el período fue productivo en cuanto a la gran cantidad de escritores de cartas que actuaban por su cuenta y riesgo. Entre los autores de los que he tomado nota están: «Señor Pistola», «Señora Ludd», «Pedro Peluche», «General Justicia», «Thomas Paine», «Un hombre Leal», «Eliza Ludd», «Abajo el Rey», «Roy Ludd» y «Joe Revoltoso», con direcciones tales como la «Cueva de Robin Hood» y el «Bosque de Sherwood».

Los luditas se dedican hoy principalmente a la política y a la caza furtiva. Son los líderes más importantes de los clubs Hampden que hoy día existen en casi todos los pueblos que se encuentran en el ángulo situado entre Leicester, Derby y Newark.²⁴¹

15. DEMAGOGOS Y MÁRTIRES

I. DESAFECCIÓN

Las guerras terminaron en medio de motines. Se habían prolongado, con un intervalo, durante 23 años. Mientras se aprobaban las *Corn Laws* (1815), las Cámaras del Parlamento eran defendidas con tropas de las multitudes amenazadoras. Miles de soldados y marineros licenciados volvieron a sus pueblos para encontrarse con el desempleo. Los cuatro años siguientes son la época heroica del radicalismo popular.

Este radicalismo no era (como lo había sido el de la década de 1790) una propaganda minoritaria que se identificaba con unas pocas organizaciones y escritores. Después de 1815 las demandas de *Los derechos del hombre* aportaban pocas novedades; ahora, estaban asumidos. La mayor parte de la retórica radical y del periodismo se ocupaba de exponer, parte por parte, los abusos del sistema de «compraventa de los cargos municipales» y de «inversión en deuda pública»: impuestos, abusos fiscales, corrupción, sinecuras, detentación de varios empleos; y estos mismos abusos, que se consideraban procedentes de una camarilla de terratenientes, cortesanos y *placemen* venales y egoístas señalaban cuál era el remedio para ellos: una profunda reforma parlamentaria. Este era el mar de fondo de la propaganda radical, cuya voz periodística más insistente era la de William Cobbett y cuya voz más convincente en las *hustings* era la de Henry Hunt. «Por lo que se refiere a la causa de nuestras desdichas actuales —escribió Cobbett, en su famosa *Address to the Journeymen and Labourers* (2 de noviembre de 1816)— es el enorme importe de los impuestos que el gobierno nos obliga a pagar para mantener su ejército, sus *placemen*, sus pensionistas, etc., y para el pago del interés de su deuda.»

El «orador» Hunt trataba los mismos temas. En una de las grandes

241. Radcliffe MSS., 126/46 y 126/127A; *An Appeal to the Nation*, Halifax, 1812; Lockett & Beckett, 12 de enero de 1817, H.O. 40.3.